Latentes
MariaL Pardos

Latentes
MariaL. Pardos

Latentes

MariaL Pardos

Siempre me he inventado historias para mi sobrina Rebeca, ahora ya no es una niña, pero un cuento es un cuento, y este es para ella, con todo el cariño. Y, por supuesto, siempre, para Aisha y Pepe, que comparten la propiedad de mi corazón a partes iguales.

Contenido

Kevin Allen sabía que no iba a tener un buen día.

La pequeña Susie, el miembro más reciente de la familia, con tan solo tres meses de vida, decidió deleitarles con una de sus noches en blanco.

Según el pediatra, podían ser cólicos, aunque su expresión delataba su falta de convicción. Tampoco persuadió a los padres de la criatura, que conocían de primera mano los síntomas, ya que los otros dos hijos del matrimonio los habían sufrido.

Kevin empezaba a sospechar que su hija poseía algún tipo de poder extrasensorial, capaz de detectar los niveles de cansancio de sus padres, y se deleitaba aplicándoles su medicina particular: a mayor agotamiento, menos sueño. Y, por supuesto, no se contentaba con que uno de ellos perdiese la noche, no, los necesitaba a ambos.

Con un poco de suerte, también conseguía despertar a sus hermanos -asunto de mayor calado porque los angelitos dormían como auténticos leños- y volvían a caer cual troncos en cuanto tenían ocasión. No era ni la mitad de gracioso que tener a sus padres acunándola, cantando nanas, paseándola por toda la casa, corriendo a buscar biberones y cambiar pañales limpios… La diversión consistía en berrear sin decaer, hasta que el despertador estaba a punto de sonar; entonces, el interruptor de su pequeño cerebro se apagaba y se dormía profundamente, con una sonrisa inocente en los labios.

Su padre sabía, por experiencia, que aquello no era más que su forma de reunir fuerzas de cara a próximas fiestas nocturnas, donde los invitados de honor serían los padres que, a esas alturas, se preguntaban por qué no se conformaron con dos niños, en lugar de buscar a la princesita que completara su familia feliz.

Faltaban quince minutos para que sonase el despertador y lo apagó, en previsión de que su estridente sonido despertase de nuevo al monstruo que habitaba en un cuerpecito tan pequeño.

Los niveles de ansiedad del matrimonio estaban llegando a cotas insospechadas. incluso sopesó la idea de abandonarla en la puerta de alguna institución… Sí, la desesperación, tras muchas noches en blanco, deja un poso de locura transitoria.

Por supuesto, durante el día, cuando la pequeña Susie les

regalaba algún gorgorito y una sonrisa bobalicona de bebé, se olvidaban de la quimera vociferante en que se convertía por la noche.

De camino a la ducha, sumido en sus pensamientos, pisó uno de los juguetes de plástico de la pequeña. El chillido del maldito cacharro hizo que Susie gimotease en su cuna. Su esposa le lanzó una rápida mirada que podía haberlo dejado petrificado -tal era la cara de Gorgona que gastaba la otrora preciosa mujer con la que se había casado-.

Con el corazón galopando a toda velocidad, se metió en la ducha y volvió a maldecir por olvidar que el termo del agua caliente de ese baño estaba estropeado, y el chorro manaba a apenas unos grados sobre cero, lo justo para cagarse en todo, pero no lo suficiente como para quedarse congelado y, por consiguiente, callado. Prometió, igual que todas las mañanas desde la semana anterior, encargarse de arreglarlo él mismo o de buscar a alguien que lo hiciera, consciente de que volvería a olvidarse al cabo de un rato.

El café, igual de frío que el agua de la ducha, no conseguiría despejarlo y no le apetecía recalentarlo en el microondas, ya lo tomaría en el laboratorio. Quizá comprase en la gasolinera algún donut para comer por el camino, de todas formas, tenía que parar a echar combustible. Eso lo retrasaría un poco. Por fortuna, el doctor Donovan no era demasiado exigente con la puntualidad, siempre que uno cumpliera con su trabajo.

En el aparcamiento de los laboratorios se frotó los enrojecidos ojos, antes de salir del coche, con el donut a medio comer en la mano y el rostro crispado. Había calculado mal: la acera estaba algo más alta de lo que pensaba y el chirriar de los bajos de la parte delantera fue una protesta sonora, tan alarmante, que le hizo rechinar los dientes. ¡Lo único que le hacía falta hoy era una factura del taller!

Ya bregaría con eso después, ahora necesitaba la tranquilidad y el orden del trabajo, que le hicieran olvidar las horas pasadas.

De camino a la entrada del edificio, vio de reojo a un hombre que iba unos metros tras él, a su derecha. Le pareció un trabajador de mantenimiento porque iba cargado con algo voluminoso, y le recordó que debía preguntar por el encargado: tal vez pudiese recomendarle a alguien que le arreglara la caldera de agua caliente.

Al girar la cabeza de nuevo hacia la entrada, se fijó en algo que no había visto en todos los años que llevaba trabajando allí: un pájaro

con las alas extendidas labrado a la altura de su pecho, en uno de los pilares que sujetaban la arcada. Estaba grabado de tal manera que, a no ser que la luz incidiera de determinada forma, pasaba desapercibido.

A pesar de su formación científica, le pareció un buen augurio y se preguntó qué clase de pájaro sería.

De haber vivido para ver el chorro de sangre que bañó el bajorrelieve un segundo más tarde, hubiese reconocido la silueta de una golondrina. Los buenos presagios se le escaparon, junto con la vida, por el agujero que le perforó la espalda y le pulverizó el corazón.

Chad Hunnam no era empleado de mantenimiento, de hecho, apenas hubiese sabido usar un destornillador sin las instrucciones impresas. Era corredor de bolsa desde que aprendió a jugar al Monopoly y de eso hacía, al menos, 30 años.

Gozó de buenas rachas en su trabajo, las suficientes para tener una vida acomodada; sin embargo, con la demanda de divorcio, todo empezó a desplomarse a su alrededor, como si su notoriedad profesional dependiera de su éxito familiar.

Ya no era tan joven, ni tan agresivo, ni tan despreocupado.

En uno de esos baches, incluso se vio obligado a apuntarse en un programa experimental por el que le pagaron muy bien. Una tontería que no funcionó. Un día en un laboratorio, por mil machacantes que le duraron poco, pero cumplieron con su propósito.

Tenía una auditoría con la empresa que iba a adquirir la suya y no podía permitirse un descubierto, aunque fuera mínimo: los números rojos generan más números rojos. Acudir a la negociación con valores negativos en su cuenta le hubiera supuesto la ruina total, estado que comenzaba a entrever.

Su estrella no volvió a brillar, mantenía el tipo asesorando a desgraciados a los que gustaba presumir de inversionistas, y que poseían menos capital que él, que ya era triste. Su supervivencia, y la elevada pensión con que satisfacer a su familia, dependían de que tuviese la boca cerrada y la sonrisa pronta.

Cuando su interruptor interno se encendió, dos días antes, estaba a punto de salir de su minúsculo apartamento, camino del trabajo. Desde ese instante, se convirtió en un depredador con un destino y una presa. No recordaba nada de su vida, y nada, salvo la muerte,

hubiese podido detener sus pasos.

Abandonó su coche, tras sufrir un accidente, sin volver la vista atrás. Eso fue el día anterior, con el resultado de dos costillas rotas que no sentía y magulladuras que no le importaban. De la pelea que mantuvo con unos traficantes de armas callejeros, salió casi ileso y armado para organizar una de esas fiestas que tanto gustaban a los federales.

Del vehículo robado a punta de pistola también se había olvidado… Dos días sin dormir, 48 horas borradas de su memoria.

Ahora, con una pistola de gran calibre en la mano izquierda, su mano dominante, y el bidón de gasolina colgando del hombro derecho, tenía el aspecto del protagonista de una película de acción de serie B.

Todavía llevaba el traje con el que pensaba acudir a la agencia para la que trabajaba: un discreto dos piezas azul marino, que ahora era una mezcla de gris polvo y pardo rojizo, con algunos rotos en codos y rodillas. Avejentado, agotado y con la mirada fiera de un depredador, ¡ni su madre lo hubiese reconocido de cruzarse con él!

La piel de cara y manos, con churretones de sudor y polvo, tampoco ayudaban a su identificación; sin embargo, su mirada dura y fija dejaba claro que tenía una meta que estaba a punto de alcanzar.

Cruzó la puerta principal que daba a las instalaciones de investigación, sin dedicarle una sola mirada al cuerpo de Kevin Allen que, definitivamente, no había tenido un buen día.

Capítulo 1. Charlie

Las piedras, pequeñas y afiladas, se empeñaban en clavarse en mi piel con auténtica saña, obligándome a cambiar de postura minuto sí, y minuto también.

No me resultaba incómodo estar tumbada boca abajo en la pequeña loma, al fin y al cabo, mi trabajo consistía en remover piedras y tierra; lo frustrante era la inmovilidad.

Llevaba más de tres horas en esa incómoda posición, con los prismáticos pegados a la cara y los codos desollados. Tomé nota mental, para futuras ocasiones convendría incluir en el equipo unas coderas y quizá algún libro. La espera no era lo mío.

Me sabía de memoria la ubicación de cada matorral, piedra y surco de tierra que bordeaba la rústica casita. En un momento en el que el tedio se volvió agónico, pensé en ponerles nombre a las distintas lagartijas que correteaban por el espacio libre, ante la puerta. Deseché la idea casi de forma inmediata, mirando a mi alrededor por si había algún animalillo acechando mis pensamientos desquiciados. Algunas veces, cuando mi imaginación tomaba el mando, dudaba de mi propia cordura.

Por cierto, ya que estábamos, llegué a la conclusión de que la de detective no sería la profesión elegida en caso de quedarme en el paro, aunque comenzaba a admirar a aquellos abnegados profesionales que pasaban días enteros vigilando a alguien, sin una queja, sin malas caras… Al menos, en las películas lo hacían.

Claro que lo de hacer pis en una botella y tal, parecía una exageración y, en todo caso, válida solo para los hombres. En el supuesto de que la vigilante fuera del género femenino, el asunto tomaba otras connotaciones. ¿Debería usar pañales, o arriesgarse a abandonar un minuto la guardia y vaciar la vejiga detrás del vehículo? Aguantarse demasiado dañaba los riñones, y perder un riñón por pillar a un marido infiel *in fraganti*, no podía salir a cuenta.

Chasqueé la lengua, «¡ya estás desvariando otra vez, Charlie!», me recriminé. Y es que, en cuanto me aburro, doy luz verde a la imaginación, que es mucho más divertido que mirar la tele.

Tomé un trago de agua y giré el cuello, desentumeciendo la rigidez provocada por las largas horas de espera. Después de todo, en aquellos parajes montañosos, el sujeto que vivía en la cabaña no podía

ir muy lejos sin que me enterase.

Volví a mirar, por enésima vez, la figura de la golondrina labrada en una de las piedras del muro bajo que rodeaba la casa. Ahí estaba, no había echado a volar.

El murete debía de servir de contención, frenando la creación temprana de los cúmulos de nieve, que cubrirían la parte posterior de la cabaña de piedra durante lo más crudo del invierno.

Wilbur Nichols debía ser un tipo duro, tenía que resultar difícil vivir tan aislado.

Durante los meses más fríos, los guardabosques residían en las poblaciones cercanas, ya que no había máquina quitanieves capaz de llegar a esos parajes. El aislamiento podía ser largo, y los bosques no se iban a mover de allí. El resto del año, se dedicaban por completo al cuidado de los cortafuegos, senderos, control de animales y árboles…, y eso requería estar allá arriba, a solas, lejos de la civilización.

La única receta para soportar una existencia tan solitaria debía sustentarse en una rica vida interior, y una pobre vida social. ¡Yo llevaba unos días y ya empezaba a tutear a las lagartijas!

Los latentes no necesitaban cambiar de nombre, puesto que no aparecían en base de datos alguna. Dar con Nichols no presentó ninguna dificultad, llevaba una vida tranquila de guarda en la zona de Deer Mountain de la reserva forestal de Medicine Bow. Todos los días salía con el Jeep a hacer rondas por los caminos forestales, o eso creía, seguirlo en mi coche hubiese sido igual de discreto que salir gritando en pelotas por el centro de Pittsburg.

Observé los movimientos del hombre durante varios días, sin terminar de decidirme a abordarlo. El tiempo se dilataba, yo me aburría, y demoraba lo que debía hacerse porque no las tenía todas conmigo.

Antes de abandonar la ciudad, medité mucho sobre cómo trasladarlo al laboratorio de forma discreta. La única manera era llevarlo en coche, lo que resultaba una locura. Eran casi 24 horas al volante, conduciendo y vigilando al forestal.

Tío Peter le pidió ayuda a su ayudante, Harry, justo el último que yo hubiera escogido. Le faltó tiempo para dejar claro que no participaría más que en relevarme al volante. De echar una mano en el secuestro, nada de nada.

Me abstuve de decirle que, si nos pillaban en plena faena, iba a ser cómplice de secuestro igualmente, ¡qué lo dedujera él mismo, para eso era un cerebrito!

—Mi lugar es el laboratorio, no pienso implicarme en un delito federal —concluyó Harry—. ¡Eso es cosa tuya!

Lo mío era desenterrar huesos y trozos de vasijas, ¡me había saltado los cursos monográficos sobre secuestros del último año de universidad!

A propósito, ¿he mencionado que Harry es un completo imbécil?

Tío Peter se partió de risa al verme coger una botella de litro de éter del laboratorio, pero ¿cómo si no iba a traer dormido al sujeto, transportándolo a través de medio país?

Me hubiese encantado conocer alguna técnica de lucha oriental, que dejase a alguien K.O. con un simple toque, pero ante la imposibilidad de aprenderlo en unas horas, tendría que conformarme con el medio clásico, que funcionaba de maravilla en el cine. ¿Quién no ha visto a los malos de la peli dejar grogui a la heroína, poniéndole una gasa con éter en la cara?

Me molestó un poco ser el blanco de las risas del científico, porque ¿qué sé yo de anestésicos? ¿Se compran en la farmacia o en una tienda de productos químicos? ¿Hace falta receta? ¿Un permiso especial de las autoridades nacionales? ¿Dispensa papal?

¡En mi trabajo, las personas llevan muertas, al menos, varios centenares de años, y no se quejan si los muevo de un sitio a otro!

—Toma, cariño. —Tío Peter me tendió un frasco de cristal ambarino, más propio de un medicamento. Nada que ver con la botella transparente cuyo contenido parecía agua, que estuve a punto de llevarme—. Solo unas gotas en una gasa. Con una inhalación bastará.

La botellita de 250 ml de color ámbar, tenía un nombre comercial y especificaba su contenido: halotano líquido.

Después busqué en la red su función, y que se trataba de un anestésico más seguro que el éter o el cloroformo. Claro que cualquiera de los otros dos eran unos clásicos en la literatura y las pelis en blanco y negro, el halotano era algo con menos enjundia literaria.

Me conformaba con que funcionara de manera parecida a lo visto en las pelis: bien y rápido.

Harry llegaría durante la tarde, así que lo que fuese a hacer, mejor resolverlo cuanto antes.

«¿A qué hora llegas a Laramie?», tecleé un mensaje instantáneo.

Descubrí, por casualidad, que al pequeño montículo llegaba una débil señal de internet, a ciertas horas y con intermitencia. Tres metros por debajo, o a la derecha, o a la izquierda, no. En mi subconsciente, creo que elegí ese lugar de vigilancia, no porque fuese el más adecuado, sino que otros dos que probé no captaban la red.

Es lo que tiene vivir en el siglo 21, te miran mal si te comes un chuletón, pero ¡ay de ti si se te ocurre sentarte a tomar un café sin el móvil en la mano! Hay que ser yonkis de la tecnología concienciados, las proteínas, mejor en sobres con sello ecológico, que no sangran.

Wilbur Nichols, un hombretón de color, completamente calvo y vestido con vaqueros sucios y camisa de franela, ponía en ese momento el Jeep en marcha, enfilaba un sendero forestal, y se alejaba entre una nube de polvo.

Tardaría en volver, y yo debía preparar mi numerito. Pero primero, un respiro. Me giré de cara al cielo despejado, e inspiré, llenándome los pulmones con el aire ligero impregnado de savia. Por el rabillo del ojo capté la luz parpadeante que indicaba la entrada de un mensaje en mi móvil. Sí, la dependencia del siglo 21, lo sé.

«En una hora», fue la respuesta de Harry a mi pregunta anterior.

«Te aviso y me esperas frente al aparcamiento del motel del que te mandé ubicación».

«Pensaba que tendríamos un rato a solas».

Suspiré. Harry no iba a dejar pasar la oportunidad ni en estas circunstancias. Posiblemente fuera buen chico, aunque algo lerdo y, no era culpa suya que el día que repartieron el *sex appeal*, se encontrara preparando un examen. Terminó la carrera con 20 años y resultados brillantes, lo que le valió un puesto en el equipo de investigación de tío Peter, que él aceptó encantado, quería dedicarse a ese campo.

A pesar de ser 2 años mayor que él, me trataba con una

condescendencia irritante. No dejaba pasar la ocasión de bromear a mi costa, por haber escogido una carrera que él consideraba romántica y nada práctica. «¿Qué futuro puede tener el pasado?», era su frase favorita cuando quería sacarme de quicio.

Eso no impedía que «míster ciencia» me lanzase sus insinuaciones de Don Juan trasnochado, en cuanto se presentaba la ocasión, o lo que es lo mismo: cada vez que nos encontrábamos.

¡Lástima el veto de mi padre al grupo de apuestas que creé en su día! Tuvo una gran acogida, y la mayoría de votos afirmativos era aplastante: 38 contra 2. «¿Harry es o no virgen?» era la pregunta. Yo era uno de esos dos que apostaban a que no, y pensaba llevarme un pico, segura de que el cerebrito había manipulado algún gen para follárselo. A tío Peter no le hizo gracia, pero su otra ayudante se desternilló durante toda la tarde.

«Céntrate, Charlie», me recriminé, viendo que mi cabeza empezaba a tomarse libertades, era hora de actuar de Mata-Hari y lo que había que hacer, cuanto antes, mejor.

No podía dar pie a que ningún otro latente fuera accionado, antes de estudiar la forma de desactivarlos, si era posible.

Recogí la mochila cargada con los prismáticos, agua, un sándwich a medias y el anestésico colocado entre vendas limpias, y me acerqué a mi coche, oculto tras la colina.

Al principio del viaje, pensé en alquilar uno, luego decidí que, si el laboratorio no me lo iba a subvencionar, mejor llevar mi propio Audi rojo cereza, del que estaba muy orgullosa. Un inesperado regalo de mi padre al terminar la carrera. Inesperado porque sabía de su decepción al no seguir sus pasos en el mundo científico. No era el vehículo ideal para la zona, pero no tenía otro.

Conduje despacio por el camino de tierra hacia la cabaña de piedra. Si pinchaba, hoy sería el día en que tendría que arreglármelas con dos novedades: un secuestro y un cambio de rueda. Con una de las cosas ya tenía suficiente y, de poder quedarme solo con una de ellas, hubiera elegido hacer mis pinitos en la rama mecánica.

Esperé el regreso del forestal preparando con rapidez las gasas y el halotano. Si esto no funcionaba como en las películas, más me valía estar lista para salir corriendo.

La adrenalina me recorrió las venas por litros, al escuchar el

motor del vehículo que se acercaba. Se me puso la piel de gallina, notaba cada uno de los pelos de los brazos intentando salir de sus folículos. «¡Cobardes!», pensé, y noté un acceso de risa nerviosa abriéndose camino desde mi estómago. Inicié, en cambio, una sonrisa tímida, y saludé con la mano en dirección al Jeep.

—¿Algún problema, señorita? —preguntó el hombre, apeándose del vehículo, que se elevó un poco al perder el considerable peso soportado.

El conato de ataque de risa nerviosa se me pasó, en cuanto Nichols se bajó del vehículo.

¡Madre mía, qué tío tan grande!

Desde allá arriba no se apreciaba tan exagerado su tamaño. «Jesusito de mi vida, qué el anestésico funcione, o este tío me aplastará igual que a un mosquito», pedí en silencio, sin dejar de sonreír.

No podía dar muestras de estar acojonada, y no lo confesaría, aunque me torturasen clavándome astillas bajo las uñas.

—Llevo una hora perdida, ¡menos mal que he encontrado esta casa!

—Es más habitual de lo que cree. —Él sonrió a su vez y lo hizo con naturalidad, lo que indicaba que era muy propio de su carácter.

Una punzada de duda se instaló en mi corazón: ¿y si me equivocaba de persona? En mi mente, los latentes debían ser gente sin escrúpulos, con personalidades rudas y sonrisas taimadas.

—Los caminos forestales apenas tienen señalizaciones, y menos en esta zona, que no es visitada por turistas —continuó él, acercándose para alargarme la mano.

El apretón fue vigoroso y cálido, al mismo tiempo.

—Wilbur Nichols, guardabosques. —Se presentó, como si la última palabra fuese un segundo apellido.

—Olivia Meyers —dije lo primero que se me ocurrió, tras un pequeño titubeo. Y a esto estuve de decirle: Olivia Newton-John, porque hacía unos instantes se me había pasado por la cabeza la escena final de Grease, ¿a cuento de qué? ¡Y yo qué sé!

En cualquier caso, en ningún escenario imaginado me veía en la necesidad de presentarme.

—¿Qué le parece si la acompaño hasta el cruce donde se ha desviado, y le muestro el camino hacia la interestatal, señorita Meyers?

—¡Se… sería estupendo, señor Nichols! —Si se sentaba de copiloto no podría aplicarle la gasa. Mi cerebro adquirió revoluciones, buscando una solución—. ¿No le importaría darme un vaso de agua antes?

El hombre soltó una risotada y se dio una palmada en la frente.

—¡Perdone mis modales! Claro que debe hidratarse y descansar si lo desea. Aún quedan varias horas de sol, no hay prisa.

—¡Muchas gracias! No llevo ni una botella de agua, ¡vaya excursionista que estoy hecha!

El hombre me precedió al interior de la casa, que era mucho más confortable de lo que parecía por fuera. Me indicó una silla en la cocina, y me sirvió un vaso de agua cristalina del grifo.

—Viene de la montaña, no habrá probado un agua mineral más pura que esta —declaró, orgulloso.

Tras un largo trago asentí, y el hombre rio complacido, sentándose en una silla frente a mí.

—¿Puedo usar el baño? —Una excusa poco original, lo sé, el guionista que llevaba dentro había escapado, junto con mi valor.

—Ahí, a la derecha.

Tras la puerta cerrada, el ambiente del baño era más húmedo y frío que en el resto de la vivienda. Inspiré profundamente e impregné dos gasas con el líquido, manteniéndolas a buena distancia de mis vías respiratorias. Resultaría estúpido caer redonda en casa del hombre al que iba a secuestrar, y ya bastante surrealista era todo el asunto.

Hice acopio del coraje que me quedaba, era muy importante que aquello funcionara, porque muchas vidas podían depender de ello.

Nichols seguía en su silla y no se volvió cuando salí del baño. Me coloqué a su espalda y le apreté la gasa con las dos manos sobre la

boca y la nariz. El hombretón se defendió por puro instinto, y lanzó un codo hacia atrás magullándome el costado. Me quedé sin aire, y aguanté lo que pude. Otro empellón del guardabosques me arrojó contra la mesa maciza de la cocina.

Él intentó levantarse, a la desesperada, se le doblaron las piernas y cayó de rodillas. Volví a acercarme con las gasas aún en la mano, se las apreté de nuevo sobre boca y nariz, apreciando que el forestal estaba bastante fuera de juego.

El hombre cayó con pesadez a un lado, y quedó tendido en el suelo de la cocina. Tenía pulso, yo más: quiero decir que mi corazón latía tan rápido que, de haberle puesto ruedas, hubiese podido competir en las 500 millas de Indianápolis como favorito.

No lo había matado, y eso me aliviaba. Por una parte, lo necesitaba vivo, por otra, me parecía un tipo agradable, sin el rastro de la maldad que asociaba al latente asesino de mi padre: Chad Hunnam.

Ahora debía enfrentarme a otra circunstancia que no había planeado: mis 55 kilos contra los 100 o más del hombre. Le cogí por los brazos y lo fui arrastrando, poco a poco, hacia la entrada de la casa.

El esfuerzo me dejó exhausta y jadeante. Caí sentada de culo, recuperando fuerzas de cara al siguiente asalto.

¡La madre que parió a Harry con su tontería de no implicarse!

Intenté recuperar la calma, a la vez que la respiración: debía concentrarme en llevar al hombre hasta mi coche, unos veinte metros más allá, veinte kilómetros desde mi punto de vista. La operación de meterlo en la parte posterior del Audi me llevó casi una hora, además de planificación y fuerza como para asaltar un castillo medieval.

Completamente empapada en sudor, me detuve unos segundos a descansar. Pensar que tendría que viajar hasta Pittsburg con la ropa húmeda y oliendo a choto, no contribuyó a mejorar mi humor.

Entré en la casa y me serví dos vasos de un agua fresca que, de inmediato, vomité en el fregadero.

Grité a la habitación, en un intento de desahogar la tensión, y volví a beber otro vaso de agua que, ahora sí, aguantó en mi estómago.

Ya en la interestatal, en cuanto me acerqué a una población y dispuse de buena cobertura, le mandé un mensaje a Harry: si no se encontraba en el lugar indicado, lo dejaría tirado.

Eché una ojeada al asiento trasero, rogando de nuevo a las alturas que el anestésico dejara al forestal fuera de combate durante varias horas. Necesitaba un respiro.

Cabía confiar en que la suerte estuviese de nuestra parte a partir de ese momento, es decir: que ningún poli nos parase, que no tuviésemos una avería, que Harry no me diese demasiado la lata con sus insinuaciones sexuales… Me encontraba tan cansada que había perdido el sentido del humor, y me veía capaz de aplicarle algo de la medicina duermelefantes de Nichols, y luego amontonarlo junto a él en el asiento trasero.

Creo que ya he dicho que tengo una imaginación muy gráfica, así que la vívida idea de tener a los dos hombres, uno sobre otro en el asiento de atrás, babeando por la comisura de la boca y roncando al unísono, me hizo soltar una carcajada de alivio: aún conservaba el sentido del humor.

Capítulo 2. Josh

Lo bueno de beber con Vic McPherson era que respetaba tu espacio, y supongo que venía a beberse unos tragos conmigo porque yo le retribuía de igual forma.

Normalmente, nuestras charlas giraban en torno al trabajo y a lo que pasaba en el mundo, salvo en esas ocasiones en que no estábamos de humor después de un día para olvidar o, simplemente, no había nada que decir. Teníamos el acuerdo tácito de no molestar si el compañero solo deseaba pensar en sus cosas.

Uno al lado del otro en la barra, encaramados en sendos taburetes, con la vista perdida al frente, podíamos estar horas sin dirigirnos la palabra. Nuestra única necesidad consistía en que la camarera rellenase las copas en cuanto se vaciaban, y eso era algo que Debra acostumbraba a hacer sin tener que pedírselo.

Era mi espacio personal, por eso jamás había llevado a una mujer al local. Tendría que sentirme muy cómodo para compartirlo con una, por no hablar de que su extravagante decoración echaba atrás a cualquiera con cierta sensibilidad estética. Creo que era una de las razones por las que me gustaba.

De momento, y como no conocía a ninguna mujer capaz de sentirse cómoda en un local cuyo aspecto distaba mucho de los ambientes de moda, me conformaba compartiéndolo con Vic, cuya conversación, cuando hablábamos, resultaba de lo más amena.

Me gustan las mujeres guapas, igual que a cualquiera, pero me muevo en ambientes donde no abundan las tertulias académicas. Tampoco es que durante mis años en la universidad hubiese tenido muchas charlas de esas, no íbamos a las fiestas a intercambiar opiniones sobre la influencia de Platón y Sócrates en el pensamiento filosófico de Aristóteles, la verdad; sin embargo, el entorno cuenta.

Desde que me dedicaba a perseguir a los que escapan de la ley –rectifico: a los que huían de los garantes de fianzas, que son los que me dan trabajo-, me muevo entre camellos, putas, matones, proxenetas, y toda esa ralea, porque son esos los que tengo que buscar. Los tipos que malversan o roban grandes sumas de una empresa no suelen escapar, se rodean de abogados y pagan la fianza sin rechistar.

Eso no quiere decir que no me sienta cómodo con mi trabajo. La

gran ventaja que tiene es que soy libre de hacer lo que quiero, de aceptar o no un encargo, según vaya de dinero y de ganas.

Mi madre lo llama «vivir a salto de mata», una expresión fantástica que cuadra perfectamente con mi forma de vida: sin compromisos, ni obligaciones, ¿hay otra manera mejor?, juraría que no.

—Me voy unos días —dije, sin girarme hacia Vic.

—¿Trabajo o placer?

—Ambas. A veces es un placer retirar de la circulación a según qué individuos.

Mi compañero de barra sonrió por un solo lado de la boca.

—Ser cazacabezas tiene sus momentos, supongo…

Se abstuvo de soltarme la cantinela acostumbrada. Seguro que la guardaba para más adelante, de lo contrario, no sería el McPherson que conocía.

—Los mejores ratos son, con diferencia, aquellos en los que entregas al tipo y te sueltan un fajo de billetes —le dije.

Vic asintió, sin girarse a mirarme todavía, señal inequívoca de que había tenido uno de esos días de mierda que solo se curan con unos cuantos «lingotazos» en el bar de Debra. No era propio de él dejar de afear mi falta de ética.

Una vez se me ocurrió preguntarle por qué no traía a su compañero, y me miró como si se me hubiera aflojado un tornillo esencial.

—Aunque no lo creas, mi paciencia tiene un límite —contestó al cabo del rato.

A partir de entonces, supe que se llevaba mal con su compañero de turno, y que los días de «bajón» se debían, en gran medida, a tener que contenerse de partirle la cara. En momentos así, me alegraba de trabajar solo, reprimirme no era mi estilo, además, es muy malo para la salud y yo intento cuidarme. El whisky y las mujeres son todos los vicios que me permito.

—Unos cuantos días de fiesta y volver a empezar. Eres consciente

de que tienes un trabajo de barrendero, ¿no?

Ahí venía su ración de propaganda, y yo perdido en mis pensamientos.

—Buscas a los tipos que, previamente, han sido arrestados y puestos a disposición judicial —continuó.

—Busco a los tipos que se le escapan de las manos a la administración. Tú, en primera línea, te pegas investigando meses y, cuando por fin llegan al juzgado, les conceden una fianza y los devuelven a la calle, sin importar lo que te ha costado cogerlos —respondí. No me daría la razón, aunque él sabía que la tenía.

—Ya, ya, ya… Pero no es a eso a lo que iba.

—Puedes ahorrarte el esfuerzo, Vic, ya hemos pasado por eso muchas veces, pareces una esposa gruñona: no voy a entrar en el FBI.

Ahora sí que se volvió a mirarme con el vaso en la mano.

—Te iba a preguntar si necesitas un socio.

¡Esto no lo esperaba! ¿Se trataría de otra de sus maniobras para captarme?

—¿Te han dado la patada? —le pregunté, incrédulo.

—Estoy pensando en darles la patada yo —concluyó, posando el vaso con fuerza en el mostrador.

A la señal, Debra se acercó con la botella en la mano, momento que aproveché para apurar mi copa y dejar que me la rellenara, así le ahorraba un viaje.

—Es lo malo de tener jefes —comenté por enésima vez desde que nos conocíamos, y lo decía con absoluta convicción. Me daba urticaria imaginarme en un trabajo como el suyo, obedeciendo órdenes y cumpliendo un horario—. ¿Problemas morales o económicos?

—Supongo que los dos.

Asentí con la cabeza volviendo a mirar mi vaso.

—En lo segundo te puedo ayudar, ya lo sabes. En cuanto a lo otro…, estoy seguro de que es un bache, Vic. Naciste con la placa del FBI en la mano, y morirás de igual forma. Yo no acostumbro a leerle

la ley Miranda al capullo de turno que detengo, no es mi deber, tú no podrías dejar de recitársela mientras le pones las esposas. —Negué con la cabeza—. Eres bueno en lo tuyo, y yo en lo mío.

—También tú eres bueno en lo mío, el FBI se está perdiendo un buen elemento.

—Al final, hemos vuelto a lo de siempre, pero sigue insistiendo, igual un día me pillas etílicamente perjudicado y acepto.

McPherson soltó una risita, al tiempo que se encogía de hombros.

Bromeaba al decirle aquello al agente, aunque lo cierto es que notaba el alcohol aligerándome la cabeza, señal de que era hora de dejarlo, so pena de terminar la noche en algún garito de mala muerte y hoy no era el día adecuado.

—¿Me llevas al aeropuerto? —le pregunté—. A no ser que seas consecuente con tu moral de representante de la ley, y no quieras conducir después de haber tomado unas copas.

Se giró de nuevo a mirarme alzando las cejas, incrédulo ante mi osadía.

—¡Soy descendiente de escoceses, me amamantaron con alcohol, mequetrefe! ¿Dónde vas?

—Al aeropuerto —repetí.

Vic puso los ojos en blanco y se rio, esta vez con las dos comisuras de la boca alzadas, evidenciando sus patas de gallo. Era un buen agente que trabajaba demasiadas horas. Llevaba lo de la legalidad en el ADN, y jamás hubiese usado los trucos sucios que yo acostumbraba a aplicar.

—Pittsburg —concreté, riendo yo también.

Apuró su copa de un trago y le imité.

—Venga, vamos antes de que me arrepienta. ¿Llevas equipaje?

Le hice una seña a Debra, que me acercó una bolsa de viaje por encima de la barra.

—Ya veo, pensabas que te iba a salir el taxi gratis. Pues olvídate, tú pagas las copas.

Lo hice riendo, mientras él cogía la bolsa y se adelantaba, camino del aparcamiento.

McPherson era lo más parecido a un mentor que yo tenía en la ciudad, y era bueno en su trabajo. Coincidíamos en el bar de Debra porque a ambos nos quedaba cerca: a él de sus oficinas, a mí, de mi apartamento.

Nos conocimos en una ocasión en que me presenté a entregar a un fugado, y me pilló haciendo manitas con su compañera anterior, bastante más joven que él. Vic me invitó «amablemente» a que me fuera a tomar por el culo y, durante el año siguiente, me tuvo en su punto de mira.

Un día asomó por el bar de Debra, se acercó a mi banqueta del bar y se sentó en la de al lado. Estuvimos horas bebiendo en silencio.

—Eres un capullo —me soltó en un momento dado—, pero te he estado observando y serías un buen agente.

—Cuando quiera que me mangoneen, ya me buscaré a alguien que pague mejor que el FBI.

Aquello fue el principio de nuestra cómoda camaradería.

En raras ocasiones hablábamos de algo privado. Las conversaciones solían girar en torno a nuestros trabajos. Aunque, a veces, si la velada se alargaba, nos daba por filosofar. Aun así, buenos observadores ambos, adivinamos retazos de la vida del otro a partir de ideas, pensamientos, bajones, borracheras…

Yo nunca le hablaba de mis ligues de una noche y, a cambio, él jamás me contó que estaba pasando por un traumático divorcio.

Colaboraba con él en alguno de los casos en los que trabajaba, de manera extraoficial, claro, y Vic, en ocasiones, me soplaba dónde podía encontrar al fugitivo que buscaba.

Yo le daba un punto de vista distinto a su caso, y él me correspondía proporcionándome pistas sobre el paradero de mis fugados. Era un «toma y daca» del que ambos salíamos beneficiados.

Solía pasar por alto el tono paternalista que adoptaba en ocasiones, porque cerraba los ojos y me parecía estar escuchando a mi padre. Seguro que, de tener la oportunidad de conocerse, se harían amigos al instante.

—¿Quién es el tipo? —me preguntó de camino al aeropuerto.

—Vinn «pesopluma».

Negó, sin apartar la mirada de la carretera.

—No me suena.

—Vince Morgan.

—Si encuentro algo, ya te llamaré.

—No es necesario, sé dónde está. —Me apeé, cogiendo mi bolsa de viaje al vuelo—. Volveré en un par de días, a lo sumo.

—Te guardaré la banqueta.

Le hice un gesto de despedida y me interné en el aeropuerto. Calculé que, entre la espera y el vuelo a Pittsburg, sería afortunado si conseguía dormir un par de horas esa noche.

Capítulo 3. Charlie

Después de la epopeya con Nichols, me di cuenta de que con mantenerme más o menos en forma no llegaba. Si había que pasar por algo parecido con el resto de los latentes, tendría que entrenarme un poco mejor.

Debería ampliar mi recorrido diario de jogging de 5 a 8 kilómetros, por lo menos, y tampoco estaría mal hacerme con un juego de pesas. La idea de volver a un gimnasio no entraba en mis planes, odiaba aquellos espacios mal ventilados, llenos de gente sudorosa.

Lo malo de esos propósitos era cumplirlos, empezaría mañana, de verdad.

Tío Peter me saludó, igual que siempre que nos encontrábamos, con un beso en la coronilla. Era más bajo que yo, por lo que tenía que inclinarme, cosa que hacía de buena gana. Era un gesto cariñoso que se remontaba a mi niñez, cuando era él quien se inclinaba a besarme. Sospechaba que, a sus ojos, yo todavía era una niña, en ciertos aspectos.

Al igual que tío Charles y tío Bert, tío Peter no era familia mía, en todo caso, no la clase de familia al uso: eran los colegas de mi padre, a los que conocía desde siempre. Ejercieron de niñeras, profesores, padres suplentes, asesores, compañeros de juegos, enfermeros, psicólogos… En fin, el larguísimo etcétera de obligaciones que conlleva la paternidad.

Mi madre murió durante el parto, y mi padre era el único familiar con que contaba. Debido a su adicción al trabajo, apenas aparecía por casa, y jamás cumplía un horario, por lo que las niñeras duraban poco, y desde muy pronto tuvo que llevarme con él al laboratorio.

Con apenas un mes de vida, se dio cuenta de que un bebé dormía igual en un laboratorio que en una casa, y que incluso disponía allí de más gente que atendiese mis necesidades que en nuestro propio hogar, con una canguro a tiempo completo a la que no podía vigilar.

Calculando a ojo, creo que, hasta que me fui a la universidad, no llegué a vivir en nuestra casa más allá de seis meses en total. Y eso teniendo en cuenta que el último año, antes de irme a la universidad, la usé de picadero ocasional, ya que la privacidad era un concepto desconocido en el laboratorio.

Mi padre, al igual que los otros tres investigadores, organizó una pequeña habitación, anexa a su despacho, como dormitorio improvisado. Lo de improvisado va entre comillas, claro. Si yo llegué a vivir en casa medio año de mis 18, él apenas la pisó desde el momento en que me llevó al laboratorio con mi carga de pañales y leche en polvo.

Cuando crecí lo suficiente, se me adaptó el despacho vacío del ayudante de tío Bert. No era demasiado amplio, lo justo para una niña pequeña, aunque también tuvo que serlo para una adolescente, ante la limitada disponibilidad de espacio.

En mi dormitorio no cabía ni un escritorio, por lo que hacía los deberes en el despacho de mi padre, que era más grande que mi habitación. Él apenas lo usaba durante el día, sin embargo, casi todas las noches se quedaba dormido frente al ordenador.

Fui una niña de laboratorio en el sentido estricto de la frase.

Y teniendo en cuenta todos estos factores, el que yo me decidiese por la arqueología, en vez de por la ingeniería genética, era un misterio mayor que el de la Santísima Trinidad.

—Es por rebeldía, nada más, Mark. Ya se le pasará —le repetía, por enésima vez, tío Peter a papá, ante la decepción de este, que pensaba hacer de mí una científica que continuase con su trabajo.

La primera vez que escuché ese comentario me dio un ataque de risa: tío Peter parecía creer que había contraído la varicela, que remitiría tras unos cuantos días de cama y mucho zumo.

Ese momento de rebeldía se prolongó, aunque no era el motivo de que escogiese mi carrera. Era, simplemente, que me atraía la antigüedad y lo que representaba, en la misma medida que a mi padre le entusiasmaba el futuro de la ciencia genética.

Me fascinaba la arqueología, donde la mayoría veía un trozo de vasija roto y polvoriento, yo podía construir una civilización a su alrededor, y con todo lujo de detalles. Así funcionaba mi imaginación: a lo grande y en tecnicolor.

Es posible que, vivir con ellos, hubiera ayudado a decantar la balanza, a la hora de decidirme a pasar el resto de mi vida en excavaciones al aire libre, y no encerrada entre cuatro paredes. Me especialicé en arqueología de campo precisamente por eso. Llevaba en prisión provisional en el laboratorio desde mi nacimiento y, aunque

los quería, no deseaba cumplir cadena perpetua a su lado.

—¿Alguna novedad con Nichols, tío Peter?

Este negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Ninguna respuesta. Ya te dije que harían falta las notas de Bert, al menos, pero la policía las requisó tras su asesinato.

—¿Podrías interpretarlas, o descifrarlas, o lo que sea, si las consigo?

—La investigación policial no ha terminado y, en todo caso, se las entregarán a alguno de los familiares de Bert cuando no las necesiten. Pueden pasar meses, o años —argumentó con buen criterio tío Peter —. ¿Cómo piensas conseguirlas?

Buena pregunta. ¡Había raptado a un hombre en Las Rocosas y ya me creía la «no va más» del mundo del crimen!

—No lo sé. Solo te pregunto si servirían de algo, en caso de que pudiera hacerme con ellas.

—Charles podría trabajar sobre su base. No es mi especialidad, ni la suya, pero él estaba más familiarizado con el trabajo de Bert.

—¡¿Trabajar sobre su base?! —Puse los ojos en blanco ante la calma del hombre—. Tío Peter, no tenemos todo el tiempo del mundo. ¡Esto no es un experimento! ¡Debemos desactivar el implante de esos latentes, antes de que provoquen otra desgracia!

De verdad, estos hombres me sacaban de quicio. Abordaban todos los temas como si tuviesen un plazo ilimitado para presentar hipótesis con referente empírica. Eran científicos cuadriculados hasta la médula.

En otras circunstancias, me hubiera reído con ganas. La situación ahora tenía menos gracia, uno de esos experimentos, desarrollado para Inteligencia Militar años atrás, había vuelto a aparecer, dejando a su paso un rastro mortal.

Tío Bert y mi padre, además de otros empleados del laboratorio, habían sido víctimas del latente que se coló en las instalaciones, aprovechando su irrisoria seguridad. Después de dos semanas, aún podía distinguirse el desastre provocado por el intenso tiroteo y el fuego, a pesar de que el personal de mantenimiento trabajaba sin descanso sustituyendo mobiliario, instrumental dañado, tapando

agujeros y pintando, mientras los científicos retomaban su rutina, aparentando una tranquilidad que estaban lejos de sentir.

Tío Peter bajó los ojos, avergonzado por la ligereza de sus palabras. Sus colegas y amigos, Bert y Mark, habían muerto a manos de uno de esos latentes, antes de que este fuese acribillado por la policía. Charles salvó la vida de milagro, resultando herido solo en la pierna. ¿Cómo olvidarlo?

—Lo sé, cariño, el problema es que no soy tu padre, y no tengo las respuestas.

Mi padre, titular del experimento y director del laboratorio, era el único que disponía de la información completa sobre el proyecto, y no dejó constancia por escrito entre todos sus efectos personales y sus ordenadores. Por si fuera poco, los últimos años parecía algo trastornado, en exceso celoso de ocultar su trabajo en archivos encriptados. Nos veíamos en contadas ocasiones, pero me preocupaba hasta tal punto que le propuse unas vacaciones en cuanto hubiera terminado el doctorado. El latente se me adelantó.

Abracé a tío Peter, las profundas ojeras que cercaban sus ojos grises y enrojecidos, indicaban que llevaba días sin dormir. Me sentí fatal, no podía exigirles más.

Ese proyecto se había llevado a cabo entre cuatro científicos, de los que solo quedaban dos. Cada uno tenía un área de especialidad que complementaba la del resto. Faltaban dos piezas que tenían que estudiar, limar y pulir para montar el puzle.

Y yo le pedía que metiera esas piezas a presión, sin pararme a pensar en que podía desencadenar el desastre final.

Me aterraba imaginar que los otros latentes que quedaban sueltos fuesen activados, porque el desastre del laboratorio sería un juego de niños, comparado con lo que ocurriría si accedían a políticos, centrales nucleares, aeropuertos…

En teoría, era un proyecto desechado. Inteligencia Militar destruyó todos los documentos, al concluir que sus planes para los latentes resultaban inviables. El experimento fue clausurado y borrado.

O así tendría que haber sido, porque los latentes seguían por ahí, y alguien los estaba activando.

—Vale, tío Peter, recapacitemos: cada uno conservó sus notas y proporcionó una copia a Inteligencia, ¿no?

El hombre asintió. Los fluorescentes se reflejaban en su cabeza calva, ahora cubierta por una película de sudor.

—Bien —continué reflexionando—. El portátil de tío Bert se lo llevó la policía, y dudo que pueda entrar en el depósito de pruebas. ¿Quién se pudo quedar con la totalidad de vuestras notas?

—El coronel Hackford de Inteligencia Militar —respondió sin dudar—. Era el único responsable con el que tuvimos contacto.

La cosa se ponía interesante. Asaltar el depósito de pruebas de la policía o el despacho de un militar que vaya usted a saber dónde estaría, en una base, en el Pentágono… Vamos, ¡chupado! Mis lecciones de Barrio Sésamo sobre allanamiento no llegaban a esos niveles, claro que…

—Sigue con lo que estabas haciendo tío Peter, yo voy a mirar unas cosas en el despacho de papá.

Se me ocurrió que, si ese proyecto fue desechado por el Pentágono, igual se estaba desarrollando de forma encubierta… ¡No, no me he explicado bien! Que se usaba de forma encubierta era evidente. La DIA es una agencia del gobierno federal, especializada en inteligencia militar y de defensa, con capacidad de hacer estas cosas discretamente. Si su intención era terminar con los creadores del programa, tendría medios para no llamar la atención.

Pensaba que, tal vez, el coronel se hizo con una pensión sustanciosa vendiendo un proyecto que, a todos los efectos, resultó un fiasco para los militares, pero que podía tener otro uso en manos de un civil falto de escrúpulos.

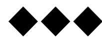
En una hora disponía de la vida y milagros del coronel, desplegados en varias ventanas del portátil de mi padre. Los que aparecían en internet, por supuesto, mis conocimientos de informática estaban al nivel de los de pesca de trucha con mosca.

Habida cuenta de que era militar de carrera, casi toda la información se limitaba a esa parte de su vida: un breve perfil profesional.

Descarté a miles de Hackford en unos minutos. Buscaba un perfil concreto y tío Peter me confirmó su identidad, al enseñarle las fotos

de los 23 que quedaron de la criba.

Me llevó más rato conseguir una dirección. Su esposa tenía a su nombre una línea fija de teléfono en Brunswick, Maryland, a una hora de la capital. Necesité algunas llamadas y al final, el hermano de Hackford me proporcionó la información. Nada como una charla con una empleada de hacienda inflexible, para que todo el mundo se apresure a colaborar.



—Necesito hablar con el coronel Hackford.

—El coronel no vive aquí. —La mujer me observó con ojillos porcinos y penetrantes.

Me había disfrazado con un traje anticuado, tomado en préstamo de una de las colaboradoras del laboratorio, que lo conservaba en su taquilla para emergencias: chaqueta y falda negras, y camisa blanca, con un gran lazo anudado a la altura del cuello.

Era, al menos, dos tallas menor de lo que necesitaba y tres décadas pasado de moda, a juego con los zapatos en todo, en lo pequeño y anticuado. Se lo agradecí igual, no podía presentarme con mi aspecto, las personas responden mejor ante algún tipo de autoridad.

Seguro que, si suspiraba un poco o me sentaba sin meter barriga, las costuras reventarían, así que me propuse respirar lo justo para mantener mis constantes vitales. El pelo recogido en un tirante moño y unas gafas con montura gruesa, me daban aspecto de bobalicona calientasillas.

—¡Oh, vaya inconveniente! —Hice un mohín de desilusión, mientras buscaba entre unos papeles que llevaba pegados al regazo—. Tengo un aviso del Pentágono que debería entregarle.

—Muy típico de ese pedazo de cerdo no dar cuenta de que estamos en trámites de divorcio.

Las gafas de culo de vaso de tío Peter me estaban empezando a marear.

—Tendré que dar parte de esto. —Mis palabras parecieron alegrar a «miss resentida», porque se animó a lanzar una sonrisa de

satisfacción, ante la posibilidad de que pusieran en evidencia a su ex.

—Tome nota. —Me dictó una dirección de memoria. Sus niveles de rencor indicaban que la solicitud de divorcio la debió pillar por sorpresa—. Aquí guarda sus mierdas, aunque no sé dónde asienta el culo por la noche, ¡y no olvide poner en su informe que el coronel no ha dado cuenta de su nuevo domicilio!

No tenía pelos en la lengua, ni demasiada educación, porque me cerró la puerta en las narices. «Un placer, señora», expresé mentalmente con ironía.

Pues ya que estaba metida en harina, ¡tocaba visita a Germantown!

Decir que llegar hasta el coche con las gafas puestas y sin romperme la crisma resultó una hazaña, era quedarse muy, pero que muy cortos. El movimiento en una cortina me indicó que la mujer no me perdía de vista, y debía mantener el tipo un poco más.

Y si salir del coche sin reventar la falda de tubo había sido el logro del día, sentarme de nuevo tras el volante fue un ejercicio de 10 en cualquier modalidad de gimnasia olímpica.

Me paré en una gasolinera y cambié el traje hortera por mis vaqueros rotos, camiseta y botas viejas. Me solté por fin el moño que, junto con las gafas, se habían convertido en los mejores aliados para proporcionarme un dolor de cabeza de los de órdago.

Me miré en el espejo sucio y descascarillado del baño, me alegraba reconocerme, por no hablar de que sentaba de maravilla poder respirar a pleno pulmón. Tenía que reconocer que estas «movidas» me divertían, solo hubiera deseado que las circunstancias fueran otras.

Capítulo 4. Josh

La verdad es que lo estaba pasando en grande. Si no hubiese estado tan concentrado en «pesopluma» Morgan, los manejos de la chica me hubiesen hecho reír hasta las lágrimas. Todavía no tenía claro si era muy atrevida, muy ingenua, o una combinación de ambas.

Mi hombre la estuvo siguiendo con la discreción de un elefante en una cacharrería, pero ella ni caso, concentrada en lo suyo. Y Morgan no era de los que pasaba desapercibido, con sus casi 200 kilos a cuestas.

—Te has saltado la condicional por enésima vez, pedazo de capullo, podría vivir solo con seguirte cuando sales de la cárcel. —Le apreté las esposas a conciencia, la capa de grasa que cubría sus muñecas haría de amortiguador.

Era uno de los tíos más desagradables que conocía: dotado de una personalidad perversa y obesidad mórbida, se dedicaba a cualquier cosa que le llenara los bolsillos, y lo mismo le daba un allanamiento que un asesinato, con alguna violación entre medias para desentumecer los músculos.

Esto último resultaba sorprendente, dudaba que pudiera encontrársela bajo aquellas capas de tejido adiposo, pero las denuncias no daban lugar a interpretaciones. Y no se molestaba en borrar su rastro, dejaba ADN como para tener trabajando horas extra a un laboratorio al completo.

Su condición de confidente de la poli le reportaba sustanciosas rebajas en las condenas, lo que no colocaba al cuerpo de policía de Nueva York en buen lugar. Un sujeto así debería estar fuera de la circulación permanentemente.

Sudaba grasa, por lo que acercarse a él sin máscara de gas y traje aislante, suponía un gran riesgo biológico para la salud, y ya he comentado que aprecio la mía, así que busqué la manera de abordarlo, sin comprometerla en mayor medida.

Sorprendentemente, no paraba de recibir encargos. Su aspecto le daba una especie de tapadera, un tipo tan grande no levantaba sospechas, más bien, producía lástima.

Yo conocía su lista de detenciones y no me daba pena ninguna. Era el típico tío que no dejaría de hacer daño hasta que cabrease al

tipo equivocado. Y aquí estaba, desafiando una vez más a los garantes de su libertad condicional.

Bueno para mí, no tan bueno para él.

Se quedó muy quieto, pegado al suelo, sabiendo, por experiencia, que si se movía le haría daño. Ya nos conocíamos y no esperaba que me mostrara delicado, no era mi estilo.

—¿Qué quieres de esa chica, Vinn? ¿Le debe los créditos de la universidad a alguien? —La verdad es que eran preguntas retóricas, por lo que sabía de este pedazo de mierda con patas, lo mismo la acechaba para violarla.

—Me han encargado hacerla desaparecer —contestó jadeando. Se encontraba en una postura en la que sus pulmones quedaban aplastados por su propio peso.

La respuesta me dejó estupefacto, y eso que me esperaba cualquier cosa de aquel despojo humano, a punto de asfixiarse entre mi peso y el suyo. Lo incorporé, haciendo que se apoyara contra la rueda trasera del coche aparcado a nuestro lado.

—¿Quién te ha encargado liquidarla, Vinn?

—Mi cliente. —El capullo se atrevió a sonreír.

Le corté el mal vicio antes de que se convirtiera en costumbre, con un puñetazo en los dientes. Como solo escupió uno, suspiré aliviado, no se me había ido la mano.

—¿Te repito la pregunta, o crees que podrás recordarla?

—Me contrataron por teléfono… —Se tocó la boca con el dorso de la mano— ¡Joder! ¡Me has roto un diente, mamón!

—Tómatelo como el inicio de una nueva dieta… ¿Quién te contrató por teléfono?

—Joder, ¡y yo qué sé! Un tío que no quería ensuciarse las manos. ¿Crees que me gano la vida haciendo favores o preguntas? —Se permitió una media sonrisita de las que tanto me gustaban.

—Ese camino es el más rápido, si pretendes estrenar una dentadura postiza completa, te lo advierto. —Las sonrisas de este tío me hacían recordar, con nostalgia, mis combates con un saco de boxeo

— ¿Te contrató por el móvil?

El gordo escupió una flema de sangre que me revolvió el estómago. ¡Dios, qué tío más asqueroso!

—Llamó al de casa —respondió.

Su cliente era, entonces, el próximo candidato al premio de la primera categoría de imbéciles. ¿Quién encarga liquidar a una persona mediante un teléfono particular?

Le lancé una mirada ceñuda, con el firme propósito de saltarle otro diente si pretendía mentirme, y lo hubiera hecho sin remordimientos.

—¿Y eso ocurrió…? —le pregunté, en cambio.

—Hace tres días.

Me cuadraba. Coincidía con su viaje a Pittsburg.

—Eres rápido, Vinnie, parece que te hace falta la pasta.

—¡Ya te digo! Pienso largarme en cuanto cobre.

—¿Y cómo vas a hacer eso si te tengo esposado, listo?

—Repartimos beneficios —contestó apresuradamente—. 30.000 pavos.

¡Mira, ahí estuvo rápido el gordo! Mis finanzas tampoco estaban demasiado saneadas últimamente.

—¿Cómo te tienes que poner en contacto con el cliente?

—Tengo un número al que llamar, en cuanto haya terminado.

—¡Ale, pues andando! Le vamos a sacar la pasta a tu mecenas. —Tiré de él, ayudándole a ponerse en pie, cosa nada fácil—. Si te comportas, igual prescindo de los mil dólares que me dan por ti, y dejo que tomes un vuelo lo más lejos posible.

Vince era un superviviente, iba siempre con el que apostaba por su vida. En este caso, tomó la mejor y única opción que le di.

—Hecho, jefe. En un callejón de la cuarta. Tardarán uno o dos días en descubrirlo… —Escuchó lo que le decían al otro lado y colgó

el teléfono.

El pedazo de dinosaurio usaba un móvil de la era mesozoica, de los de almeja y sin altavoz, perfecto para su negocio porque no iba equipado con nueva tecnología de rastreo. Lo malo es que tuve que fiarme de su palabra, y esta valía lo mismo que un billete de 3 dólares.

—¿Y bien? —pregunté.

—Plaza Mckinkey en una hora.

—Si le avisas de alguna forma, te hago un ombligo nuevo. Lo sabes, ¿no, Vinn?

—Mira tío, yo no quiero más problemas. En cuanto cobre, me piro.

No creí ni media palabra.

—Cobremos —le corregí con un cachete cariñoso. Ese singular me daba mala espina. Me la iba a jugar—. Te voy a poner en antecedentes del procedimiento a seguir, gordi, ya que eres un tío todo lo majo que puede llegar a ser un capullo como tú: me esperas dos horas, nos repartimos la pasta, te vas. Por ese orden.

Tragó saliva. Pálido ya estaba antes, así que no se apreció cambio en ese sentido.

—Entendido —susurró, bajando la vista.

Si pensaba que iba a bajar la guardia por tenerlo atrapado, iba listo. Me hubiera fiado más durmiendo en un nido de serpientes de cascabel.

—Sabes que cabreado no soy un tío tan majo. Si te vas con mi pasta, te encontraré, y hablaremos de esa dieta a base de líquidos.

El encuentro tuvo lugar sin incidentes. Tomé varias fotografías del mecenas de Vinn y le seguí hasta unas oficinas del centro. Era un intermediario. Un abogado de medio pelo al que accedí con una lacrimógena historia de divorcio.

Al entrar en faena, dejando de lado las chorradas, se negó a colaborar por las buenas. No me dejó otra opción que meterle el cañón de la pistola en la boca. Es un buen supositorio para estreñidos verbales, y lo que tenía que decir, salió a borbotones.

Miré la hora al dejar el despacho. Aún estaba a tiempo de sostener una pequeña charla con el teniente, cliente del chupatintas. Vinn se pensaría mucho lo de irse sin hablar conmigo.

El militar aguantaba mal la presión y poseía información más jugosa que él mismo no entendía, y yo menos, pero tomé nota mental de ella. La relación que no veía entre ese asunto y la chica me quedó claro: era la hija de uno de los científicos que desarrolló el Proyecto Golondrina, fuera lo que fuera aquello. Resultaba un estorbo, preguntando demasiado sobre la muerte de su padre y, aunque con una técnica curiosa, estaba obteniendo respuestas.

El tipo no sabía de dónde llegó la orden, de algún mando, puesto que fue cursada por comunicado con una clave cifrada. Debía realizarse del modo más discreto posible, de forma que ninguno de sus superiores resultara salpicado. Lo de buscar a un abogado fue idea suya, necesitaba un intermediario mediante el que encargar el asesinato.

Dios, de verdad, esta panda de panolis me ponía de los nervios. Dos horas me costó dar con él, y eso que perdí media para conseguir el arma. ¡Vaya profesional!

Vinn cumplió, yo no. Me quedé con la pasta y cobré mil más por su persona, al dejarlo en manos de los agentes que lo escoltarían de vuelta a Nueva York. Sus protestas no interesaban a nadie, y menos a mí. Le iban a caer unos añitos de propina, aparte de la pena que le impusieran por asalto sexual con arma de fuego, que era por el delito que debería ser juzgado, lo que no me quitaría el sueño.

Cumpliría tres años, por reincidente, de los cinco que le caerían si el juez se levantaba con el pie derecho.

Con la avanzada cirrosis hepática que padecía, no creía que volviese a ver la luz del sol, por mucho tratamiento que le aplicasen en la trena.

En cualquier caso, la sociedad no lamentaría su pérdida.

Había estado a punto de matar a la chica a la que estaba siguiendo: Charlenne Donovan, un bombón de 27 años, divertida para más señas.

Y, si no lo parecía en un principio, en los siguientes días que fui tras sus pasos, me proporcionó anécdotas para echar una buena temporada de risas con los colegas de Nueva York.

La gente a la que solía perseguir eran maleantes de mala o peor calaña, delincuentes, sin más. Esta chica era genial, tenía recursos e imaginación, y una decisión a prueba de bomba. La única pega era que estaba metida en una partida que le iba grande.

Su cruzada al investigar la muerte de su padre, ponía de los nervios a alguien. El autor material estaba igual de muerto que su progenitor, aunque ella parecía buscar más allá.

Por cierto, yo no era el único que seguía sus pasos. Eliminado Vince Morgan de la ecuación, aún quedaban dos tipos más que no le quitaban los ojos de encima.

Y yo no perdía de vista a ninguno de los tres.

¿Por qué no volví a Nueva York una vez hube terminado mi trabajo? En principio, por curiosidad, quería ver hasta dónde llegaba ella sin ayuda. Luego pensé que unos días de vacaciones a costa de Vinn, tampoco me vendrían mal.

Si contrataron a aquel pedazo de grasa con ojos para quitarla de en medio, igual los tíos que la seguían querían lo mismo de ella.

Mal asunto, demasiada artillería para tan poco enemigo.

Y la jugada podía haberles salido bien, de ser otro el encargado de pillar a Vinn, pero es que la curiosidad y las mujeres me pierden. Cuando andan de la mano, no puedo evitar meter la nariz, por no hablar de que la chica no estaba nada mal, y quería saber en que terminaba la cosa, porque no tomaba ningún tipo de precaución, ajena totalmente al peligro que corría.

Me marqué un farol con Vinn al decirle que le haría un agujero en la barriga si me fallaba, porque iba desarmado en ese momento. Tuve que solventarlo sobre la marcha, a través del teléfono de un contacto que me dio un contacto.

Así funcionaba mi negocio, necesitaba resolver las cosas rápidamente y, visto el panorama, ya no me fiaba de ir desarmado por ahí.

Durante un intervalo en que la chica estaba en el laboratorio donde mataron a su padre, devolví el coche de alquiler. Necesitaba otro más discreto, que tomé en préstamo de un aparcamiento cercano. Me olía que aquello podía complicarse, y sabía cubrirme las espaldas, en caso de que me viera más implicado.

Sus sombras seguían de guardia en el aparcamiento, por lo que ella continuaba dentro. Aproveché para echarles un buen vistazo y rebautizarlos. Hardy fumaba, apoyado en el coche, mientras Laurel hablaba por el móvil, sentado al volante.

Pendientes de la puerta que vigilaban, no se fijaron en que aparqué, sin bajar del coche, a unos cincuenta metros de ellos.

En Brunswick, Charlenne Donovan se metió en el lavabo de una gasolinera, del que salió con un traje oscuro y camisa blanca de lazo, además de un moño bien apretado. ¿Dónde iría con esa pinta de becaria hortera? Seguirla era como ver en directo una serie de humor, preguntándote qué giro inesperado tendría preparado el guionista.

Condujo hasta una casa, aparcó delante, y remató el conjunto con unas gafas de culo de vaso imposibles, antes de llamar a la puerta. Se me pasó la risa al comprobar que el disfraz obtuvo mejor resultado del que presagiaba.

Parecía haber conseguido una dirección.

Contemplarla subir y bajar del coche con aquella falda de tubo, que le apretaba muslos y glúteos como si los hubiesen forrado de plástico de cocina, era todo un espectáculo. Uno que los otros dos tipos tampoco se estaban perdiendo.

Era ingeniosa y osada, mucho más temeraria de lo que convenía a su salud.

Entré al edificio de oficinas en Germantown tras sus pasos. Laurel y Hardy iban delante de mí, pero dieron media vuelta en cuanto se percataron de que subía las escaleras detrás de ellos. Quizá pensaron que era un inquilino, y no querían testigos incómodos.

Yo, por si acaso, no aparté la mano de la culata de la pistola, mientras se cruzaban conmigo.

Laurel era delgado y bajito, tenía una piel muy curtida, con una larga cicatriz que iba desde la sien hasta la mandíbula, iba armado, y sus ojos fríos ni pestañearon al cruzarnos.

Hardy también llevaba traje, aunque le quedaba igual que si hubiesen intentado montarle una tienda de campaña encima, y se la hubieran sujetado con un pequeño pin dorado en la solapa.

El muy idiota se lo había colocado uniendo la solapa con la parte

del pecho, y el resultado era un frunce que dañaba la vista de cualquiera que tuviese un poco de sentido estético.

Dotado de una barriga de embarazada de 20 meses y cara redonda y carnosa, parecía un tipo cuyo mayor peligro sería que te cayera encima. Nada más lejos: llevaba, además de una pistola, otra arma encajada en el lateral del pantalón. Por la forma, apostaría por un cuchillo Bowie, y no puse en duda que sabía usarlo, nadie lleva un chisme de esos para limpiarse las uñas.

Conocía la clase de gente que eran, lo veía todos los días en mi trabajo. Esperaban su momento y Charlenne Donovan estaba sentenciada. Alguien la quería muerta, y ahora yo deseaba saber a quién molestaban tanto sus preguntas.

Comprobé que salían a la calle, y subí de dos en dos las escaleras hasta el último piso, en el que se había detenido el ascensor.

Capítulo 5. Charlie

La dirección que me facilitó la ex del coronel Hackford correspondía a un edificio de oficinas bastante viejo. Subí al quinto y último piso, con el fin de reconocer el terreno, sin un plan concreto, improvisaría sobre la marcha.

Fincas Brody rezaba el letrero pintado en la puerta, no me hubiese sorprendido lo más mínimo ver anunciado: Brody, investigador privado. La mitad superior era de cristal esmerilado con persiana interior, y aspecto polvoriento y anticuado de los años 50 del siglo pasado. Un clásico de las películas de detectives.

Si en el interior hubiese una secretaria rubia masticando chicle y pintándose las uñas tras una mesa, el ambiente hubiera sido perfecto.

Bueno, ahí estaba, dejándome llevar por la imaginación una vez más. Sin duda, había consumido demasiadas pelis de detectives.

Hice un tímido intento de abrir, que aborté en cuanto me percaté de que un hombre al fondo del pasillo avanzaba en mi dirección. No quería que ningún inquilino me abordase en plan simpático, curioseando sobre mi presencia en el edificio.

Me dirigí al ascensor, mientras él avanzaba en mi dirección con agilidad, ¡hostia, y vaya tío! Desde luego, no pegaba nada con aquel edificio.

Nos cruzamos, al tiempo que nos pegábamos un buen repaso. Enderecé la espalda para mostrar que lo que tenía estaba bien puesto, una tiene su amor propio… No se trataba de superficialidad, sino de un juego de seducción tan antiguo como el ser humano. Me gustan los tíos inteligentes y con las ideas claras, si además tienen un cuerpazo, ¡pues no iba a ser yo quien pusiera inconvenientes!

Tenía hombros anchos y caderas estrechas, los brazos… Mejor lo dejaba ahí, se me estaban empezando a ocurrir adjetivos usados solo en películas para adultos, y más me valía centrarme.

«No te vuelvas a mirarle el culo, ¡ni se te ocurra!», la parte sensata de mi conciencia a veces surgía así, de pronto. Como no solía hacerle mucho caso, volvía a las sombras sofocada por mi parte curiosa, la dominante, que me hizo volverme a ver si el trasero del tío se encontraba en armonía con el resto del físico. ¡Y vaya que si lo estaba!

¿Que si me fijé en el color de sus ojos?, ¿en el de su pelo? Pues no, era guapo en conjunto, pero no me detuve en los detalles.

Menos mal que él no sintió la misma curiosidad por mi trasero, o se podía haber dado una situación bastante incómoda. Vale, era consciente de que llevaba demasiado tiempo sin un hombre en mi vida. Lo solucionaría en su momento, que no era precisamente ese.

Pensaba encontrarme un piso o un apartamento en el que localizar a Hackford, no una oficina que, claramente, no era el domicilio de nadie y se encontraba cerrada a cal y canto, al igual que las demás de esa planta. Esa noche tendría que entrar, por lo que decidí esperar en la habitación de un motel y organizar mis ideas.

Investigué un poco más en internet y llamé a la señora Hackford con el fin de verificar mis datos: sí, Brody era el nombre de casada de la hermana del coronel, que regentaba un pequeño negocio inmobiliario.

Por lo visto, no reinaba la buena sintonía en la familia si el hermano del coronel desconocía que se alojaba con la hermana de ambos, o no me lo quiso decir… ¡Bah! ¿Qué más daba? Sus relaciones familiares no eran de mi incumbencia, ni me interesaban.

Debía entrar en aquella oficina, no porque creyese que Hackford vivía allí, pero si su esposa decía que en ese lugar estaban «sus mierdas», igual es que la usaba de guardamuebles. Y quizá encontrase alguna pista sobre su paradero, si no daba con lo que buscaba.

Me hubiese gustado disponer de un juego de ganzúas, si las vendieran en la ferretería, y tuviese la menor idea de cómo usarlas, aunque seguro que YouTube tenía algún tutorial al respecto. En su defecto, ya me las arreglaría.

Me estaba convirtiendo en una autodidacta del mundillo del crimen a marchas forzadas. Incluso me acordé de llevar la linterna de boli que tengo en la guantera del coche.

El edificio permanecía igual de vacío que por la tarde, y el portal solo se encontraba entrecerrado. Subí por las escaleras; en las pelis, cuando el protagonista se dispone a allanar una casa, nunca sube en ascensor.

Ascendí los cinco pisos corriendo, jugándome el cuello a la luz de la linterna lápiz que, para lo que alumbraba, lo mismo me hubiese dado llevar un mechero. Me paré a recuperar el aliento, arrepentida

de la chorrada y tomé nota: la próxima, cogería el ascensor.

La llave de cruceta del coche se me clavaba en el estómago, pero era necesaria para romper el cristal de la puerta. Sonreí muy satisfecha de mí misma. ¡No se me pasaba una!

Di un respingo ante el estruendo que organicé rompiendo el cristal, además de que los trozos al caer se dividieron en miles de segmentos, a cuál más ruidoso. Seguro que lo habían oído hasta en los edificios vecinos. Ese paso no lo había planeado en condiciones, y el galope de mi corazón me indicó que más me valía espabilar por si alguien venía a investigar.

El pestillo por dentro se encontraba abierto. ¿Lo había comprobado antes de romper el cristal? No lo recordaba.

Decidí que lo del allanamiento no era mi punto fuerte, se me daban mejor los secuestros.

Nichols aguantó con el anestésico la mitad del viaje, y otra dosis en cuanto se empezó a despejar, lo dejó frito hasta el laboratorio. Claro que los vapores del halotano en el espacio cerrado del coche por poco nos fulminan, asunto que solventé bajando las ventanillas cuando Harry pegó el primer volantazo. Aproveché para darle un par de cachetitos, por si acaso se encontraba atontado, cosa que le sentó fatal, y a mí, genial. Ya que le dejaba conducir mi Audi, lo menos que podía hacer era ser cuidadoso.

Me moví con precaución al pisar los cristales, ¡bastante alboroto estaba organizando! En mi cabeza lo veía más sencillo, y en ningún escenario imaginado terminaba en una comisaría esposada, que era el camino que llevaba.

La entrada tenía un mostrador de cristal dedicado a la recepción -adiós a mi ensoñación de la secretaria mascando chicle y pintándose las uñas-, unos sillones vetustos y desgastados de mala imitación de cuero, una máquina de café con su papelera al lado, y un dispensador de agua.

A la derecha de la mesa de recepción, una puerta que daba al despacho pequeño, e igual de anticuado, siguió trasladándome a una peli de los años 50. ¡Lástima el mostrador de cristal que había roto mis esquemas!

Un ligero sonido hizo que me girara en medio del despacho. Alguien había entrado en la recepción, pisando los cristales rotos de la

puerta.

Un brazo rodeó los míos por detrás, mientras una enorme mano me tapaba la boca y me hacía retroceder. El dueño de esos miembros me pegó contra él y me susurró en la oreja:

—Shhhh, te han seguido. No hagas ruido.

Siguió tirando de mí, hasta meterme con él en un armario ropero con la puerta de lamas. La cerró con cuidado de no hacer ruido.

¡Joder, esto también era muy de pelis de detectives!

«¡Céntrate!», me recriminé, «¡no estás en una película!»

Mi idea era entrar, buscar y coger lo que me interesara, y salir a toda hostia o más rápido aún. El que un hombre me metiese en un armario no entraba en mis planes de esa noche, aunque sí en mis sueños de otras.

El tipo que me tenía sujeta emitía un leve perfume a desodorante, cuero y masculinidad, no al olor fuerte del sudor de los hombres, era algo vivo, caliente, potente, si es que eso pudiera percibirse por el olfato: yo podía.

Poseía, además, unos fuertes brazos que me sujetaban pegada a su cuerpo, mientras respiraba lentamente contra mi pelo.

Vale, esto no era un abrazo, ni podía verle la cara al tío que me tenía agarrada, aunque mi imaginación se disparó, creando escenas bastante subidas de tono: era la confirmación de que necesitaba echar un polvo con urgencia.

En ningún momento mi instinto de supervivencia se rebeló contra su agarre. Su voz y su presión no me habían alarmado, eso sí que era alarmante. Debía tener algún sensor averiado en mi interior, tendría que hacérmelo mirar.

—Te han seguido. —Él retiró la mano con que me cubría la boca y me giró para quedarnos cara a cara—. Son dos, no hagas ruido.

Era un palmo más alto que yo y, acostumbrados ya mis ojos a la claridad de la luz de la calle, que entraba por la ventana y se filtraba entre las lamas del armario, pude ver que se trataba del tío al que le tomé las medidas por la tarde.

—¿Tienes un arma? —Se inclinó y me susurró de nuevo al oído, cosquilleándome con su aliento. Negué, tragando saliva—. Vale, entonces, quédate detrás de mí.

Se giró hacia la puerta del armario y la empezó a abrir lentamente. Un largo chirrido rompió el silencio.

En la penumbra apenas se distinguían dos figuras, separadas unos metros la una de la otra.

Zumbido y fogonazo. Zumbido y fogonazo.

¡Aquello habían sido disparos!

El hombre del culo bien puesto se abalanzó hacia el lugar en el que habían caído las sombras.

—Mierda —susurró.

—¿Qué pasa? —No me atrevía a salir de la protección del ropero.

—Están muertos los dos, ¡joder! —Se giró hacia mí—. Coge lo que has venido a buscar, ¡tenemos que irnos!

Podía distinguir las dos figuras en el suelo y no me atrevía a moverme. ¡Había dos hombres muertos en la habitación!

Sin lugar a dudas, prefería los secuestros.

—¡Vamos, mueve el culo que no tenemos toda la noche!

Su voz apremiante me hizo recordar mi misión. No sabía qué buscaba hasta que me topé con un armario cerrado y el hombre le dio una patada, exasperado por mis inútiles esfuerzos de tirar de la manija. En su interior, varias bolsas con ropa, cajas de zapatos, y un portátil bajo una capa de documentos. Cogí ordenador y papeles esperando que me sirviesen de algo.

—¿Es eso lo que buscas?

—No lo sé —contesté con franqueza.

—Más vale que lo sea… —Sonó a amenaza, y lo pasé por alto solo porque necesitaba salir de allí cuanto antes, llevo muy mal que intenten intimidarme—. Pon la mano en mi espalda, no pierdas el contacto y agáchate, no sé si hay alguien más esperándonos.

No contesté, no hubiese podido. Me encontraba asustada, impresionada y excitada, todo al mismo tiempo.

La mano sobre su espalda: no la hubiera apartado, aunque me hubiesen disparado en ambas rodillas. Su tacto era duro, y podía notar cada paso que daba a través del movimiento de sus músculos bajo mi palma.

Recorrer el pasillo de aquella manera resultó toda una experiencia sensorial. Estaba convencida de que ese tipo no sudaba igual que el resto de personas, desprendía testosterona por cada uno de sus poros.

Las escaleras se me hicieron una tortura monumental. Una mano sosteniendo el portátil contra mi estómago, y la otra notando sus músculos flexionándose cada vez que bajaba un escalón. Un tipo de suplicio ideado por alguien muy desalmado.

En la calle, esperamos unos minutos, mirando a ambos lados. Bueno, él miraba, yo seguía con la mano en su espalda, absorbiendo su calor, cual vampiro, echando de menos el movimiento que me había tenido en tensión todo el camino desde la oficina.

Se sentó al volante de mi Audi, después de acompañarme hasta el asiento del copiloto.

No recuerdo haberle dado permiso para conducir mi coche, ni que le indicase cuál era. Ni siquiera recuerdo haberle entregado las llaves, si a eso vamos.

Sin duda, seguía conmocionada, porque no dejo que cualquiera lo conduzca. Efecto del shock, seguro.

Por un momento, esperé que me preguntara dónde vivía, y cuando vi que se dirigía a mi motel sin pedir indicaciones, supe que mis lagunas mentales no lo eran.

Sabía cuál era mi coche y donde me hospedaba, y probablemente supiera quién era yo. Me sentí un poco imbécil, aferrándome al portátil y los documentos robados a costa de dos muertes.

En todo caso, me sentí como una imbécil afortunada.

Ya sabía que su interés residía en lo que tenía entre las manos, y no entre las piernas, lo que no impidió que durante unos minutos dejase vagar mi imaginación.

Capítulo 6. Josh

Subí las escaleras tan rápido como pude, quise asomarme para ver su destino y en mi apresuramiento, la inercia tiró de mí, dejándome en medio del pasillo. No me descubrió por poco. La puerta de la oficina a la que pretendía entrar estaba cerrada, y se volvió, sin darme ocasión de ocultarme en el hueco de la escalera.

No tuve más remedio que seguir camino y cruzarme con ella, intentando controlar mi jadeante respiración por el acelerado ascenso.

De cerca ganaba en atractivo, tenía unos enormes ojos azul claro, bordeados de largas pestañas, nariz un poco respingona salpicada de pecas, y boca pequeña. El pelo castaño, con mechas algo más claras, le caía en suaves ondas hasta mitad de la espalda. Pecho generoso, caderas suavemente redondeadas y piernas kilométricas.

Todo eso ya lo conocía de días precedentes, pero debía reconocer que de cerca impresionaba más, incluso con unas viejas botas y un tejano desgastado, con agujeros en las rodillas.

Por si el conjunto no fuese lo suficientemente bien equipado de serie, además olía de maravilla, como pude constatar en cuanto pasó a mi lado. Noté la fragancia del jazmín, que recordaba del jardín de mi abuela en California, un aroma que me traía felices recuerdos.

Estuve a punto de soltar una carcajada, al ver su reflejo en el cromado de una de las cantoneras de aluminio pulido que protegía las esquinas, ¡se giró para mirarme el culo! Me limité a una sonrisa satisfecha, ¡me encantaba esa espontaneidad! No la imité porque, después de seguirla dos días, conocía perfectamente la redondez de su trasero, en contraste con la brevedad de su cintura.

Condujo hasta las afueras y se registró en un motel.

Aproveché la espera para hablar con Vic, en Nueva York.

—Tengo una cosa bastante urgente, si me puedes echar una mano…

—Dispara.

Le describí a Hardy, un matón bastante peculiar por su envergadura, y le mandé unas fotos hechas de lejos con el móvil. El otro pasaba desapercibido y seria más difícil de localizar.

—Llevaba un pin con el escudo de Baltimore, empieza por la zona —le sugerí.

Un par de horas después me llegaron varios archivos con fotos e informes. Ahí estaba Hardy, que se llamaba John Grey, orgulloso hijo de la ciudad de Baltimore. Cinco detenciones y tres condenas, dos de ellas por asesinato con brutalidad, que fueron sobreseídas por falta de testigos y de pruebas. Tenía, además, otros cargos por agresión con arma blanca con alevosía de estado de indefensión. ¡Un carnicero el angelito, vaya!

Y apostaría a que el historial de su colega no le iba a la zaga. El que no estuvieran en la cárcel de por vida, hablaba de sus buenas relaciones.

¡La chica tenía un buen marrón encima!

Cuando volvió a salir, ya de madrugada, yo tenía una idea muy clara de su destino. Me adelanté, tomando atajos, con el fin de allanarle el camino. Laurel y Hardy la seguían sin grandes precauciones, no intentarían abordarla hasta que estuviera en un lugar sin testigos. Eso esperaba, al menos.

Me interesaba que encontrase lo que iba a buscar. Era curiosidad, nada más, y ella no parecía del tipo que supiera abrir una puerta, dos en este caso: la de la entrada al edificio que dejé entornada, y la de la oficina, que cerré solo con el resbalón.

El estruendo del cristal al romperse no me sorprendió, ni siquiera había probado a abrir la puerta. Me escondí en un ángulo del despacho que quedaba sumido en las sombras. Ella entró con su camiseta blanca, la misma que llevaba esa tarde, y que era lo menos indicado para colarse en una oficina por la noche; ofrecía un blanco perfecto.

Llevaba una pequeña linterna, que apagó en cuanto escuchó el crujido de cristales de la puerta rota. Alguien había entrado tras ella. Supuse que Laurel y Hardy llegaban a la fiesta.

Desde atrás, le tapé la boca y rodeé sus brazos para que no hiciera ningún movimiento, al tiempo que la arrastraba hacia el ropero, a mi espalda.

¡Cojonudo! Me estaba poniendo al descubierto, pero era eso o dejar que se la cargaran.

Las cosas se pusieron feas enseguida, y no me refiero a la amenaza de Laurel y Hardy. Al rodearla para que no se moviese, sentí que sus pezones se erizaban y apretaban contra mi antebrazo. No llevaba sujetador.

Por si fuera poco, su trasero se pegó a mis muslos, y la otra parte pensante que todos los hombres tenemos entre las piernas, decidió hacerse notar.

La metí en el armario conmigo y la hice volverse, al tiempo que la apartaba unos centímetros. Las novelas del héroe que salva a la chica con una erección de caballo, no tienen una gran tirada. El caso es que su respiración también se hizo más rápida y superficial, y ser consciente de eso todavía fue peor.

Enrosqué el silenciador del arma con manos temblorosas, al tiempo que me giraba hacia la puerta. Ella no emitió ningún sonido, solo me puso una mano en la cintura, como si necesitara un contacto tranquilizador. Sentía su calor a través de la tela de mi camiseta oscura y respiré profundamente, luchando por centrarme en lo que esperaba fuera.

Joder, ¡si esto me pasaba por meterme donde no debía!

No sabía cuántos hombres habían entrado en la oficina. Por las pisadas creía que eran Laurel y Hardy, aunque no descartaba que pudiese haber alguien más. Uno tenía que quedar vivo para hacerle cantar ópera, así que me aislé de la mano de la mujer, que no se separaba de mi cintura, y atisbé entre las lamas de madera.

Una figura corpulenta y la otra más enjuta. No me equivoqué, eran mis amigos.

Abrí lentamente la puerta del armario, que emitió un largo chirrido. Eso no había ocurrido antes, pero así son las cosas en la vida real.

Un disparo. Dos. Y ¡cómo no! En el blanco. El calor de la mano de la mujer, la turbación que me provocaba, mi falta de concentración…

Total de cuentas: los dos tíos muertos.

Y es que el «bicho» que me había conseguido el contacto de mi contacto era cosa seria, un revolver Magnum con silenciador casero y con 50 años a las espaldas. Una reliquia efectiva y letal.

Juré entre dientes al inclinarme a tomarles el pulso, solo con el fin de cerciorarme de lo que ya sabía: tendría que prescindir de la agradable conversación que pensaba mantener con uno de ellos, los muertos no acostumbran a mostrarse locuaces.

Insté a la mujer a coger lo que fuera que buscaba, y salir cuanto antes. No escuchaba nada en el pasillo, aunque si había otros hombres al acecho, no iban a esperar silbando el «*Libiamo*» de la Traviata.

Ella se encontraba conmocionada, y eso que, a la débil luz, apenas se distinguía la enorme cantidad de sangre que los tipos estaban vaciando sobre el suelo de la oficina.

No apartó la mano de mi espalda ni un segundo mientras descendíamos la escalera, cruzábamos la calle y la instalaba en el asiento del copiloto de su coche. Arranqué rápidamente. No convenía quedarse mucho tiempo por allí, los refuerzos de los tipos o la poli podían sorprendernos, y cualquiera de esas opciones supondría una complicación añadida al asunto, ya bastante turbio.

Pensé en pedirle a McPherson que buscase algo más sobre ella en sus bases de datos, pero eso hubiera supuesto tener que ponerlo en antecedentes del lío en el que me acababa de meter por seguir a aquella pirada.

—¿Qué quieres? —me preguntó, sentada sobre la cama de su habitación, con el portátil todavía aferrado contra su pecho.

—Saber, cielo. Soy muy curioso y no sé de qué va el Proyecto Golondrina.

Ella palideció más, y siguió en su terco silencio, mientras se mordía el labio inferior de forma muy sexy.

¡Maldita sea, no quería pensar en eso!

Tomé asiento en una silla frente a ella, en un intento de no parecerle tan amenazador.

Levantó la vista y en sus ojos solo pude ver rabia.

—¿Qué tienes tú que ver con ese proyecto? ¿Quién te manda?

—No tengo nada que ver, ni me manda nadie. —Ahí estaba haciendo el gilipollas, una vez más. ¡De record, sí señor!

—Entonces vete, te agradezco la ayuda —se levantó y cogió una pequeña bolsa de viaje que estaba sobre la cama.

Aquella mujer me provocaba curiosidad, aparte de otras cosas, hecho constatado por el dolor de huevos que sentía desde hacía rato.

—¿Vuelves a Pittsburgh? —le pregunté, descruzando las piernas y sintiendo, con alivio, que el dolor se había convertido en una quemazón soportable.

—¿Y a ti qué te importa?

—Pues ahora sí que me importa. Ayer detuve a un tipo que iba a matarte y llevo preguntándome por qué desde el momento en que te vi.

Ella palideció un poco más, ¿cómo era posible ese color en una persona viva?

—¿A qué te dedicas? ¿A cotillear lo que hace la gente por hobby, o qué?

—Normalmente, por trabajo.

—Periodista —escupió la palabra, como si fuera el veneno de una serpiente.

—Ummmm, prueba otra vez.

—¿Policía?

—Algo así, aunque no cobro del Estado, ni suelo andar matando a gente por ahí de forma gratuita.

Ella me miró suspicaz, cosa bastante normal, dadas las circunstancias.

—Vale, claro que no, los matas cobrando.

—No me he explicado: no suelo matar gente. Los capturo y los pongo a disposición del tribunal al que corresponda. No soy un asesino a sueldo.

Ella me lanzó una mirada desconfiada.

—Cazarrecompensas.

Tampoco sonó muy bien, parecía un insulto más que otra cosa. Y es que mi profesión, que tuvo un halo de gloria y romanticismo en el pasado, cuando los fugitivos eran tipos duros de verdad y los captores emanaban un tufillo heroico, ahora abarcaba a toda una ralea de ex polis corruptos expulsados del cuerpo, y matones de diversa índole, en su mayoría ex convictos.

No me encontraba en ninguna de las dos categorías, ni pensaba dar más explicaciones, no era mi estilo.

—Dicho de esa forma, suena raro, la verdad —contesté, e intenté esclarecer mi postura, no sé por qué, ya he dicho que no acostumbro a dar explicaciones—. Tengo licencia de detective privado, aunque suelo ocuparme de los casos más graves de violación de la libertad condicional.

—Pues esta noche has rebasado tus competencias, ¿no? Me parece que esos hombres estaban muertos cuando los hemos dejado allí tirados.

Suspiré. No quería pasarme con ella, estaba todavía un poco agobiada, y a mí me costaba horrores contener mi lengua. Podía ser muy borde a la mínima ocasión, y a veces sin proponérmelo. Mi gran bocaza tenía por costumbre sabotearme.

—Bueno, la alternativa era que tú ocuparas su lugar, no estaban en esa oficina para hacerte un favor. ¿Hubiese satisfecho eso tu parte civilizada de ciudadana respetuosa de las leyes?

Esa pregunta devolvió el color a sus mejillas. Se sonrojó ligeramente, ¡estupendo, no iba a morir de un colapso!

—No sé en qué andas metida, lo que sí sé es que no estás preparada. Déjame ayudarte.

Lo dije sin pensar, seguramente la parte que quedaba por debajo del cinturón me inspiró un ofrecimiento tan atolondrado. Mi lema era: *no money, no honey*. Sentí que mi libido estaba tomando el control de mi cuerpo y mi mente. Vale, confiaba que ella continuase confusa, y esto último le hubiera pasado desapercibido.

—¿Me ayudarías? —Me estaba lanzando una mirada de osito de

peluche desvalido. ¡Anda que no sabía la tía! En apenas un parpadeo se transformó de mujer dragón en dulce mariposa.

¡Joder! ¡Puto bocazas! A ver…, ¿quién le decía que no ahora? ¡Me quería meter en sus bragas, no en sus problemas!

Capítulo 7. Charlie

—Charlie Donovan —me presenté.

Me había salvado la vida, ¿qué podía hacer? Aparte de que me hubiera gustado comprobar si besaba tan bien como suponía, lo mínimo era presentarme.

Mis sensores internos pitaban a todo volumen, recordándome que era una idea de mierda confiarme a un extraño. Sí, esos sensores que habían fallado cuando lo del armario, ahora se volvían locos advirtiéndome que ese tío me iba a causar problemas. ¡A buenas horas!

—Josh Carter. —Me tendió la mano en gesto formal.

El chispazo que sentí al estrecharla era cosa de la estática de la moqueta, seguro.

En condiciones normales, me fliparía la idea de conocer a un detective privado. Ahora mismo, me encontraba tan confusa con todo que, si me hubiese dicho que se dedicaba a buscar vida extraterrestre, ni me habría inmutado.

El recuerdo de los dos hombres muertos en una oficina de la que me había llevado unos documentos y un portátil, se me hacía un poco cuesta arriba. Los cadáveres no entraban en la ecuación de mis correrías.

Según él, esos hombres querían matarme, y yo no creía que me estuviese dando toda la información. ¿Y si pretendían matarlo a él y no a mí? ¿Estaría buscando lo mismo que yo?

Mis hormonas se adelantaron al aceptar su ayuda, sin duda, tenía que reflexionar sobre el tema. Me escamaba que hubiese estado tan a mano en el momento más oportuno.

Tenía que volver a casa y hacer un receso para poner mis ideas en orden. Estaba alterada por todo lo que sucedía a mi alrededor, y tener un hombre tan tentador cerca no ayudaba a aclarar mis pensamientos, por el contrario, mi cabeza intentaba dilucidar si no lo estaría imaginando. A veces, se me va un «poquito» la olla y me monto unas películas que ya quisiera Spielberg.

Por si las moscas, probé a darle puerta.

—Mira, no sé qué sabes sobre lo que estoy buscando, y tengo la impresión de que tus intereses y los míos van en direcciones opuestas, así que… —Me levanté y abrí la puerta, esperando que captase la indirecta.

Se puso en pie, aunque solo para volver a cerrar la puerta que yo sostenía.

—Si me das unos minutos, te cuento cómo he llegado aquí —me dijo.

—Me has estado siguiendo, está claro. —Le lancé una mirada rencorosa por haberme chafado la idea genial de mí misma en el papel de detective intrépida—. Yo no te he dicho cuál era mi coche, ni el sitio en el que me alojaba…

—Cinco minutos —me pidió, indicándome que me sentara.

Lo hice, hipnotizada por sus ojos grises que me miraban con seriedad. Aproveché para rozarle el brazo al pasar a su lado. Vale, era sólido, no un producto de mi imaginación.

Me mortificó bastante enterarme que había tenido la friolera de cuatro hombres siguiendo mis pasos los últimos días, además de que resultaba inquietante desconocer a quién le molestaban tanto mis indagaciones como para encargar que me liquidaran.

—Sigo pensando que corres peligro y que necesitas ayuda.

Él paseaba de un lado a otro, contándome su parte de la historia, luego, se sentó en el sillón frente a mí y se humedeció los labios con la punta de la lengua, esperando mi dictamen. Y a mí, aquel gesto, me despistó de mi línea de pensamientos. ¿Se trataría de una medida de distracción? ¡Pues funcionaba, vaya que sí!

Me apreté los puños contra los ojos, intentando despejar la cabeza. No quería pensar en los hombres muertos, ni en la cantidad de gente que había llevado detrás, sin ser consciente, ni en aquella lengua húmeda hidratando unos labios muy atrayentes.

—Me voy a casa —dije por fin.

—Vale, te acompaño.

—Me voy a Pittsburg —le aclaré, por si pensaba que me iba a la vuelta de la esquina.

—Ya sé dónde vives. Te acompaño —repitió—, si te parece bien.

Me sonrió, y esa fue mi perdición.

—El Proyecto Golondrina… —empecé a contar, con voz vacilante. Me daba pánico abrirme a un tío al que no conocía de nada, pero que había salvado mi vida. Continué—. Es un trabajo fallido de ingeniería genética que debería haber desaparecido.

—Parece que no es el caso, o no estaríamos teniendo esta conversación. —Él seguía mirando la carretera y conduciendo con seguridad—. ¿Me lo cuentas detenidamente?

No sé por qué no conducía yo si era mi coche, cuando salimos del motel, me instaló en el asiento del copiloto sin preguntar y sin darme opción. En cualquier otro momento, lo hubiera desalojado del volante de una patada, pero me di cuenta de que estaba demasiado cansada para pelear, y me quedé recostada en el asiento, contándole algo que todavía no tenía claro ni yo.

—Mi padre, junto con unos colegas, desarrolló un proyecto de ingeniería genética. Era un implante en el córtex de ciertos individuos, que no notarían un cambio apreciable en sus vidas, mientras el programa que les diera órdenes no se activara.

—¿Y cuándo las recibieran?

—En teoría, querían usarlos como armas. No mis tíos, sino los militares. Personas normales que, en el instante en que recibieran órdenes, serían capaces de hacer cualquier cosa. —No estaba explicando nada, y me corregí—. Su implante fue diseñado en contra de…

Joder. Tampoco era lo que quería explicar.

—Kamikazes a la carta —propuso él.

—Dicho de esa manera, parece peor de lo que es.

—¿Les das un objetivo y cargan con lo que pueda resultar un obstáculo hasta que dan con el blanco? —preguntó con un deje de ironía, el concepto de gravedad que teníamos distaba mucho, aunque expuesto de forma tan despiadada…

—Más o menos —acepté de mala gana. ¿He comentado que me molesta no tener toda la razón?

—Bombas humanas.

Vale, sonaba cada vez peor. En ningún momento lo vi de aquella forma, aunque eso eran exactamente: bombas humanas.

—Mis tíos nunca pretendieron crear asesinos con su proyecto, al contrario.

—Bien, parece que se les fue de las manos, ¿no? —Recapacitó un instante— ¿Tus tíos? ¿Toda la familia está metida en este lío?

—Bueno, no son mis tíos en el sentido literal de la palabra, son los colegas de mi padre en el proyecto. Anímicamente son mi familia, si tienes que decir algo sobre ellos, más vale que lo pienses.

—Tu parcialidad está bastante comprometida, según veo.

Me puse a la defensiva. Mi padre y mis tíos eran las personas menos capciosas y más comprometidas que conocía. Aquel era un proyecto que nunca debió salir del ámbito para el que fue creado, lo que no quitaba que, si alguien se metía con ellos, tendría que hacerlo pasando sobre mi cadáver.

Iba a indicarle la salida de la autopista, cuando puso el intermitente para señalizar el desvío. ¡Ya, por supuesto!, también sabía dónde vivía.

—Bueno, si todavía no te has hartado del tema, mañana te presentaré a mis tíos supervivientes. Yo necesito darme una ducha y meterme en la cama, en mi carrera no me han preparado para bregar con cadáveres de menos de 300 años.

—¿Tienes un sofá donde pueda descansar lo que queda de noche?

¡La madre que lo parió! ¿No podía ir a un hotel? Me encontraba tan agotada que me hubiese dormido en el filo de un cuchillo de carnicero, y temía no poder pegar ojo si lo llevaba a mi casa.

—Claro. —En esas ocasiones, odiaba mi educación. No fui capaz de decirle que se buscara su espacio, que es lo que hubiera hecho cualquiera en mi lugar.

Tras sacarle una almohada y mantas, me tiré encima de la cama tal cual, vestida, exhausta. Mi intención había sido darme una larga ducha, pero las sábanas eran demasiado tentadoras para rechazar su canto de sirena.

Antes de amanecer me desperté, y me arropé con una manta con la que no me había tapado al acostarme. Y no era lo peor, resulta que tampoco estaba sola. Josh dormía de espaldas a mí, emitiendo unos profundos ronquidos, fruto de la relajación. Se encontraba vestido también, así que no ocurrió nada que hubiera olvidado.

Ya le pediría explicaciones más tarde, de momento, le solté un codazo para que dejara de roncar. Funcionó y se giró, quedándose frente a mí. ¡Estupendo! ¿Cómo era aquello de salir del fuego y caer en las brasas?

Cerré otra vez los ojos, hasta que él me enlazó por la cintura y me atrajo hacia sí. Seguía dormido, por lo que supuse que era un acto reflejo que seguro les encantaba a sus compañeras de cama, ¡y a mí, caramba, que una no es de piedra! En contra de mi voluntad me volví, dándole la espalda. Su proximidad me turbaba sobremanera y nuestra relación debía ser de trabajo.

Como si leyera mis pensamientos, volvió a pasarme la mano por la cintura y se pegó a mi espalda.

Estaba segura, o bastante segura, de que seguía dormido, aunque alguna otra parte de su cuerpo empezaba a despertar. Sentí su dureza pegada a mi trasero.

Me levanté, en contra de mi voluntad, deshaciéndome de su abrazo. Mi vida era lo suficientemente complicada en ese momento, gracias.

La larga ducha terminó con un chorro de agua fría que me despejó completamente. Me preparé de cara a mis cinco kilómetros… «Ocho, habíamos quedado en que serían ocho, Charlie». Hoy igual eran 10, tenía demasiada energía acumulada.

Nueve kilómetros me costó acallar el gusanillo bajo el ombligo. Regresé sin respiración y con las piernas temblorosas para volver a darme otra ducha fría. Esta vez, resulté ruidosa a propósito, me molestaba que el tío siguiera durmiendo tan tranquilo.

—Tenías una pesadilla —se disculpó Josh al despertar.

«¡Ya! ¡Muy oportuna!», dije para mis adentros, sin creerlo. Yo no lo recordaba y él parecía divertido, además de estar guapo con el pelo revuelto y los ojos adormilados.

Era guapo, me corregí a mí misma: Despierto, dormido,

despeinado, vestido… Era guapo, y punto. No eran solo mis hormonas, podía verlo. Un sueño de tío, si mantuviese la boca cerrada.

—Vale, ¿quieres un café o lo tomamos de camino? —No me apetecían continuar con las explicaciones de por qué habíamos amanecido en la misma cama.

—¿Puedo darme una ducha antes?

—No te entretengas…

¡Uff, menuda situación! ¿Y si salía del baño en pelotas o con solo una toalla rodeando sus caderas?

Ya me reiría al contárselo a mi amiga Gina, por el momento, no me hacía ninguna gracia.

—¡Te espero en el coche! —grité, ya en la puerta.

La mejor idea del día, sin lugar a dudas. Y pensándolo detenidamente, igual debía darle las gracias y mandarlo de vuelta a su casa.

Me las arreglaría sola y quitaría la tentación de mi camino.

Y si no lo hice fue porque pensé en los hombres muertos de la oficina, y en todos los que me siguieron, incluido él. Podía ponerle mucha voluntad si esta detuviera balas, que no era el caso hasta donde sabía.

Dejando aparte el atractivo del cazarrecompensas, y que su intromisión en mi vida y su cara dura me sacaban de quicio, necesitaba su capacidad y experiencia.

Con esa idea en la cabeza, me fue más fácil llevar a Josh al laboratorio y presentarle a la pequeña familia que me quedaba.

Capítulo 8. Charlie

—Tío Peter, este es Josh Carter.

El científico le estrechó la mano y se acercó a mí para darme el consabido beso en la coronilla. Le eché una mirada asesina a Josh por la sonrisita burlona que le apareció en los labios, al ver que me inclinaba con el fin de que tío Peter llegase a lo alto de mi cabeza.

Tío Charles también estaba por allí, entretenido en algún trabajo no muy absorbente porque se giró y me sonrió. Tomó el bastón y se acercó a nosotros. Siempre tuvo un porte muy elegante, con los hombros echados hacia atrás, manteniendo su espalda erguida. La cojera no mermaba su elegancia, sino que le daba un aire sofisticado. No conseguía imaginar una situación en que no resultara distinguido, ni siquiera en el baño. Poseía una abundante mata de pelo blanco y ojos azules, risueños. Era el único que apoyó mi empeño en estudiar arqueología, con la condición de que no desechase, en un futuro, ampliar mis conocimientos con la antropología.

Los presenté y Tío Charles cambió el bastón de mano para estrechar la que Josh le tendía. Me pasó luego el brazo sobre los hombros.

—¡Te veo bien, tío Charles!

—¡Nunca había estado mejor, pequeña! ¡Esto de que te peguen un tiro en la pierna revigoriza mucho! —Soltó una carcajada mientras hacía señas a Harry que andaba remoloneando por los alrededores, en espera de que alguien le hiciera caso.

—Acércate, muchacho, te presento al señor Carter. —Tío Peter los presentó—. Este es mi ayudante, Harry Holmes.

Josh alzó las cejas: me lo temía, iba a soltar el típico chistecito sobre el detective de ficción más famoso de la historia, que ponía al ayudante de mi tío de tan buen humor. Sonreí anticipadamente, me encantaba el mohín de disgusto que no podía disimular cuando se enfadaba.

—¡Caramba! Eres muy joven para trabajar aquí, ¿no? —exclamó Josh.

¡Coño, eso no era lo que tenía que decir!

El interpelado sonrió levemente. Le gustó que no soltase la gracia y, en cambio, le dedicase un cumplido tan evidente.

—Ya sabes lo que se dice sobre la ciencia: cuanto más pequeños empiezan, mejor. —No me pude contener.

La tontería, que en otros labios hubiese sido un halago, dicho por mí lo ponía de peor humor que el chiste sobre su apellido. Desde que entró a trabajar en el laboratorio, no pasaba un día sin tirarme los tejos, y yo sin recordarle que no era una corruptora de menores.

Por otra parte, tenía ganas de lanzarle una pulla, aún estaba algo resentida porque no me hubiera ayudado con el guardabosques. Mientras yo conducía, ni siquiera se quiso sentar a su lado, por si acaso despertaba.

—No te entretenemos más, Harry. Dejaremos que sigas con tu trabajo. —Tío Charles cortó la mirada asesina del mocoso.

Su fijación conmigo era de dominio público, así como su patética forma de tirarme los tejos, y eso lo mortificaba. De no resultar tan jodidamente insistente, hasta me hubiese dado pena.

—Josh sabe lo del Proyecto Golondrina. —Solté sin más preámbulos, en cuanto nos quedamos a solas.

Ambos me miraron con cara de pasmo.

—Vamos al despacho de mi padre, o tendremos al satélite orbitándonos de nuevo en dos minutos. —Eché a andar y los tres me siguieron.

—Lo de la falta de diplomacia de la que has hecho gala hace un segundo, ¿venía por algo en concreto? —me reprendió tío Peter, en cuanto hubo cerrado la puerta del despacho a sus espaldas.

—Viene a que la próxima vez que sea necesario secuestrar a alguien, me mandáis ayuda de verdad, o no mandéis a nadie —le contesté, un poco malhumorada.

Ante la cara de asombro de Josh, tío Charles le aclaró:

—No es lo que piensas. Trajimos a ese hombre en un intento de desactivarlo.

—Ya está, tío Charles, lo estás empeorando. —Me giré hacia los

hombres mayores—. Él se ha ofrecido a ayudarnos y, tal como van las cosas, necesitaremos una mano.

—Bueno, yo… —quiso intervenir el cazarrecompensas.

Si imaginaba que iba a poder echarse atrás, lo tenía claro. Él se había ofrecido y no le iba a dar ocasión de retractarse.

—Mis tíos desarrollaron un programa mediante el que se podía hacer un implante a nivel cerebral a ciertos individuos.

—Exactamente no es así Charlie, la corteza cerebral…

—Déjalo, tío Peter, no vamos a entrar en tecnicismos —le dije, y continué, dirigiéndome solo a Josh, ya con las ideas más claras que la noche anterior—. El proyecto se concibió con el fin de inhibir conductas agresivas, por ejemplo: un agresor sexual implantado siente el impulso de agredir, este es interpretado por el implante que, mediante órdenes al hipotálamo y a la glándula pituitaria, desencadena una riada de endorfinas en la sangre del sujeto y aplacan inmediatamente el instinto, dando al individuo el efecto de un chute de morfina. ¡Problema resuelto, crisis solventada!

Tío Charles soltó una risita.

—Buena capacidad de síntesis.

Tío Peter negó con la cabeza, le disgustaba que usara un lenguaje tan profano para referirme a su trabajo. Josh asintió. Todos nos entendimos.

—¿Y el paso intermedio entre un invento tan beneficioso a uno tan destructivo? —preguntó Josh.

—Durante años experimentamos mucho y de muchas formas, con intención de darle un uso correcto. Lo malo es que también descubrimos que se podía activar con otras opciones menos…, pongamos terapéuticas, sin que interfiriera nada más en la vida del sujeto implantado. —Tío Charles lo dijo con verdadera pesadumbre—. No pensábamos ahondar en ello porque no le vimos utilidad.

—Aún hoy no sabemos cómo llegó a oídos de Inteligencia Militar —intervino tío Peter—. A requerimiento del pentágono, hicimos una prueba supervisada por un coronel, cuya aprobación nos permitió implantar a 12 sujetos voluntarios cualquiera. Su única condición era que no debían tener antecedentes.

—¿Hay gente que se presenta voluntaria para esas cosas? —Se extrañó Josh.

—Te sorprendería lo que hace la gente por mil pavos —le contesté irónica, aludiendo a su captura de Vince Morgan, que él mismo me había relatado.

¿Un golpe bajo? Quizá. Su expresión me dijo que le había fastidiado la comparación, pero también que juzgaba el trabajo de mi padre y sus colegas, y eso me fastidiaba a mí.

—Bien, y ¿cómo los programaron?, ¿para hacer qué? —preguntó, sin dignarse en mirarme.

—El programa estaba en blanco —contestó tío Charles.

—Ese es el problema. En teoría, era un proyecto de uso militar y nuestra participación terminaba en cuanto verificasen los resultados. Pero el que uno de los latentes intentara matar a todo el equipo, no es casualidad.

—¿Latentes?

—Así los llamaron —intervine yo—. Hacen sus vidas normalmente hasta que reciben una orden, a través de una señal que se activa con un pequeño ordenador portátil. La petición puede consistir en algo tan inocente como ir a las Bahamas, comprar una revista y volver, o en llevar a cabo un atentado.

—Pues hay una significativa diferencia entre una y otra cosa.

—La hay, sí. El caso es que el proyecto fue desechado, y todo debería haber quedado ahí. Pero no es lo que ocurrió, alguien puede controlarlos ahora. En fin, hay intereses que no tienen que ver con la cura de una enfermedad mental, ni con la seguridad nacional —le contesté.

—¿Por eso entraste en esa oficina?

Asentí.

—Es la dirección que me dio la ex de Hackford, y no debía ir muy desencaminada si intentaban matarme, ¿no?

Los dos científicos se volvieron alarmados. Negué con la cabeza, tranquilizándolos.

—Gracias a él no pasó nada —les dije, no me apetecía entrar en detalles, por el momento. Sin embargo, sabía que en algún momento tendría que explicárselo mejor, no iban a dejarlo estar.

—¿Así que los estáis buscando para quitarles el chisme de la cabeza? —preguntó Josh

—No exactamente. No es tan sencillo. —Tío Peter carraspeó, quería intervenir—. Si extraemos uno de esos chismes, como usted los llama, el receptor puede ser alertado. Eso solo sería factible si se extrajesen todos a la vez y, créame, es una operación mucho más delicada que la de implantarlos. El controlador podría activarlos si se ve en riesgo de que le quiten los juguetes.

—Entonces, ¿por qué traerlos?

—Hemos traído a uno, que era el que vivía apartado y solo, tardarán en echarlo de menos. Lo secuestramos sin otra intención que buscar la forma de desactivar a todos —contestó tío Charles, mucho más preocupado de lo que dejaba entrever.

Josh se levantó y se puso a pasear de un lado a otro.

—Es posible que después de tanto tiempo se hayan estropeado los implantes, o que no funcionen correctamente, ¿no?

—Por lo que sabemos, uno funcionaba a la perfección. —Tomé unos papeles del escritorio, aunque no era necesario, recordaba los datos—. Chad Hunnam, 49 años, agente de bolsa en Nueva York. Divorciado, con dos hijos. Hace dos semanas entró en las instalaciones sin dificultad, abriéndose camino a tiros y, en el laboratorio que acabamos de dejar, asesinó a mi padre y a tío Bert, hirió a tío Charles y, si no llega a acudir el resto del personal de seguridad, probablemente estarían los cuatro muertos, además de muchas personas más. Roció a mi padre con gasolina y le prendió fuego. No hizo ninguna intención de detenerse, ni aun cuando lo amenazaban con armas. Al final, tuvieron que abatirlo.

Tío Charles me rodeó los hombros con el brazo. Se me había ido crispando la voz a medida que hablaba, sin poder evitarlo. Me dolía el tema, por eso prefería no recordarlo siquiera.

Josh ojeaba los documentos, sin mirarlos realmente. No era el único incómodo por mi escueta explicación. Se trataba de un asunto peliagudo y yo había asumido la responsabilidad que le hubiese correspondido a mi padre.

—¿Todos funcionaban al salir de aquí? Quiero decir…

—Nos aseguramos de ello, se les dio una orden que cumplieron a la perfección: la de tatuarse una golondrina en el hombro —contestó tío Peter—. Al cabo de un mes se les dio una nueva orden: tenían que inscribir la figura del mismo pájaro fuera de sus casas, en un árbol, en una roca, en la pared. Todos lo hicieron.

Josh se paró a mi lado y se apoyó en la mesa del despacho, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Visto esto, ¿todavía estás dispuesto a ayudar? —le pregunté, por si se le habían quitado las ganas. Él se ofreció, pero no podía obligarle a continuar.

Me dio un golpecito con el hombro. ¡Vaya, ya se estaba torciendo el asunto!, podía haberse mantenido a distancia, pero no, este tío no entendía el concepto de espacio personal. Me escrutaba con ojos brillantes, su brazo a unos centímetros del mío. No me tocaba, aunque hubiese jurado que irradiaba calor.

—Te salvé el culo, ¿no? Eso te pone directamente bajo mi tutela de por vida. —Sonrió ante mi rubor.

No se me pasó por alto la mirada que intercambiaron tío Charles y tío Peter. Estaban interpretando erróneamente la situación, y no podía decir nada, o Josh se daría cuenta.

—¿Y la poli? —preguntó, como si se le acabase de ocurrir—. Tendrán abierta una investigación después de lo ocurrido, imagino.

—La policía…, es complicado explicarles el asunto al completo, lo intentamos y a la única conclusión a la que han llegado es que el sujeto en cuestión enloqueció y la tomó con nuestro equipo —contestó tío Peter—. Me temo que no van a ahondar, ya ni siquiera pasan por aquí como al principio. Si no han cerrado la investigación, lo harán pronto.

—Bien, mirad por si ese ordenador tiene algo que pueda interesarnos, nosotros seguiremos trabajando. —Carraspeó tío Charles, tomando por el brazo a su amigo y llevándolo a la puerta.

Cogí el portátil y lo abrí: como imaginaba, tenía contraseña. Mi gozo en un pozo, las cosas no podían ponerse fáciles por una vez.

Los documentos que me llevé solo eran facturas irrelevantes, y el

ordenador podía ser de Hackford o no, tal vez era el de la dueña de la inmobiliaria.

Me estaba agobiando.

—Voy a llevarlo a los que mantienen a punto la tecnología en el laboratorio. —Intenté largarme con el ordenador bajo el brazo. Josh me sujetó el hombro, deteniéndome. Definitivamente irradiaba calor, seguro que tenía unas décimas de fiebre.

—¿De verdad? —preguntó irónico—. ¿Y qué les vas a decir, que olvidaste la contraseña?

Dio un resoplido y me cogió el portátil.

—Sí, definitivamente necesitáis ayuda con esto. —Puso los ojos en blanco y me tendió la mano.

Me quedé mirándola, sin entender.

—Las llaves del coche. Vinimos en el tuyo, ¿recuerdas? —Me hubiese gustado borrarle esa sonrisa de sabelotodo de un guantazo. No lo hice, claro, mi escrupulosa educación…

—Ni hablar, voy contigo.

—A mi amigo no le gustan las visitas sorpresa. ¿No tienes que desenterrar algún hueso por ahí?

—Los huesos seguirán donde están durante unos cientos de años más. Yo voy con el ordenador, no pienso perderlo de vista.

Josh se encogió de hombros y salió detrás de mí.

Harry nos dedicó una mirada envenenada, especialmente al hombre que me acompañaba. ¿Eran celos? No diré que no me sentía halagada. Entre el caradura este y yo no podía haber nada, pero me satisfacía que alguien pensara lo contrario.

Nos despedimos con un gesto de tío Charles y tío Peter, que se encontraban hablando en voz baja en un aparte. No me gustaron nada sus miradas risueñas. Una cosa es que Harry creyera que entre el cazarrecompensas y yo había algo, otra muy distinta, que lo pensaran ellos.

Los conocía y, por muchos títulos académicos que tuvieran, en el fondo eran unos cotillas. Me someterían a un tercer grado en cuanto

estuviésemos a solas, y más me valía ir pensando en alguna explicación, porque la verdad resultaba increíble hasta para mí.

Capítulo 9. Josh

El término «científicos locos» le iba que ni pintado a aquellos tipos. Me cuidé de decir lo que de verdad pensaba, por el evidente cariño que Charlie les profesaba a sus tíos, lo que no cambiaba el hecho de que todo el asunto me pareciera delirante.

Ciudadanos anónimos con vidas irreprochables, convertidos en un momento en auténticos asesinos. Fuera del alcance de los radares del gobierno y las agencias de inteligencia, se podían acercar a cualquier objetivo y matar, antes de ser detectados. Una pistola en sus manos, o una bomba, y el desastre estaba garantizado.

Y todavía quedaban 10 por ahí.

—Al aeropuerto —le dije, en cuanto nos instalamos en su coche y tras una carrerita por su parte para impedir que me sentara al volante.

—¡Si, amo!

Solté una risita que me valió una mirada de advertencia. Estaba muy mona cuando se enfurruñaba.

Me centré en las llamadas. Primero a Devlin que contestó a la tercera, para variar. No me importó, conocía sus costumbres: nunca atender el teléfono las dos primeras veces, si era urgente, quien fuese ya volvería a llamar. Era una costumbre que sacaba de quicio a cualquiera.

—¿Dónde te puedo encontrar, Dev?

—Hola Josh, ¡cuánto tiempo sin que me necesites! —Saludó, el muy rata.

—Ya sabes que mi amor por ti es incondicional, siempre que no uses mi nombre para hacer alguna trastada.

Las carcajadas con que acogió mi broma hubiesen tranquilizado a cualquiera que no lo conociera como yo.

—Te juro que esta semana no te he metido en nada muy malo.

—¡Gracias, bueno es saberlo! ¿Dónde puedo localizarte?

—¿Qué necesitas?

—Acceder a un ordenador con clave, y es la hostia de urgente, así que dime hacia donde tengo que tirar.

—Apunta. —Me dio una dirección de Indianápolis.

—Estás lejos de tu circuito habitual.

—Ya sabes, a veces hay que tomar perspectiva. —Volvió a reír.

—Voy con una amiga, así que no le babees encima, ¿vale?

—Será de fiar, estoy sin blanca, y sin posibilidad de cambiar de aires otra vez.

—Totalmente de confianza. Te veo.

Charlie elevó una ceja, intrigada.

—Tranquila, mi amigo es como esos perros grandes: babean mucho, pero no muerden —le aclaré, con una carcajada, ante su cara de pasmo—. Los arqueólogos no reís demasiado, ¿no?

—Eso es que no nos has visto etiquetando trozos de vasija, ¡es un jolgorio continuo!

Era rápida y aguda, me gustaba.

Iba a soltarle alguna otra pulla, porque me encantaba verla sonrojarse, pero me abstuve. Nos habíamos detenido en un semáforo y me observaba muy seria, retándome a reírme más de ella.

Vale, no estaba de humor y empeoraba por momentos. Mi vista bajó, atraída por un imán invisible, de sus ojos a su escote y se había percatado.

Juraría que llevaba uno de esos sujetadores que elevan el pecho hasta el cuello, porque esa falta de gravedad no parecía natural. Eso y la profundidad del canalillo, me tenían intrigado desde que habíamos salido de su casa. Era una sima que no me importaría explorar. El cosquilleo y la tensión que empezaba a notar en mis pantalones, me advirtieron que era hora de centrarme en otra cosa.

Me puse a teclear en el móvil.

—El primer vuelo a Indianápolis sale dentro de tres horas. Tenemos la opción de esperar un buen rato en el aeropuerto, o de dar un romántico paseo de cinco horas por la interestatal 70. Tú decides.

Lo del romántico paseo pareció seducirla más, porque puso rumbo a Columbus.

Se hizo un silencio incómodo, ella parecía centrada en la carretera y malhumorada. Bueno, para el que no me conoce, suelo causar un efecto extraño en las personas, tengo mi propio sentido del humor y mi forma de hacer las cosas, y eso no lo encaja bien todo el mundo.

—¿Puedo? —Alargué la mano hasta el aparato de música y lo encendí, sin esperar respuesta.

Las suaves notas de la música clásica invadieron el interior del vehículo, ahogando el ronroneo del motor.

—¿En serio? ¿Esto escuchas mientras conduces? —le pregunté.

—Depende, me ayuda a concentrarme y a organizar mis ideas.

—¿Organizas tus ideas mientras conduces y escuchas música clásica? —No esperé su respuesta—. Bueno, siempre que no pierdas de vista la carretera, me vale.

—Soy una mujer, tengo la capacidad divina de caminar y masticar chicle al mismo tiempo —contestó con ironía.

—¡Touché! Esta música me va de maravilla para echar un sueñecito, despiértame cuando quieras que te releve.

Me arrellané en mi asiento, girándome un poco hacia ella, y cerré los párpados con morosidad, escaneando una última imagen que me hiciera retenerla en la memoria de mi sueño.

El suspiro que lanzó Charlie me hizo entreabrir un ojo para mirarla. Estaba mosqueada otra vez. Definitivamente, no entendía mi sentido del humor. Tomé nota de aprender chistes sobre fósiles, a ver si me congraciaba con ella.

Se había recogido el pelo, con descuido, en lo alto de la cabeza, y unos mechones se le escapaban hacia la cara. En su largo cuello se destacaba una vena pulsante: me hubiese gustado comprobar con los labios si esa vena latía al mismo ritmo de su corazón, y luego pasar a mordisquear esa pequeña oreja que apenas tenía lóbulo y era un poco ahusada, casi como la de una elfa.

Entre eso, y el leve olor a jazmín que invadió el interior del coche

a los pocos minutos de ponernos en marcha, me di cuenta de que mi pulso volvía a acelerarse.

«¡Relájate ya!» Mi entrenamiento, que tan útil me fue en el pasado, tomó el mando: debía descansar mientras pudiera, por si acaso.

Cerré los ojos. Desconecté mis sentidos para aislarme de todo, centrarme en mi respiración cada vez más ralentizada, poner la mente en blanco, y no pensar en cómo sería la mujer que tenía al lado en la cama, con ese olor a jazmín que parecía brotar de sus poros. «¡Ya basta!», me recriminé, ese no era el camino.

Me quedé dormido hasta que nos detuvimos en una estación de servicio a las afueras de Cincinnati.

Ella había salido del coche y yo hice lo mismo, desperezándome.

—Podías haberme despertado antes —le dije, tomando la botella de agua que me alargaba.

—¿Y perderme el acompañamiento musical de tus ronquidos entremezclados con las sinfonías de Mozart? —Fingió escandalizarse.

—¡Muy graciosa! —Programé el GPS para que nos llevara a la dirección de Devlin y nos pusimos en marcha.

—¿Seguro que no necesitas despejarte unos minutos? Puedo seguir un rato más. Hay tramos en obras, y lo último que necesito ahora en mi vida es un siniestro total.

—Parece que tal como están las cosas, el seguro de tu coche pasa a la cola de prioridades. —Debió sonarle mal, porque no contestó.

Tras un silencio que se me hizo eterno, mientras nos incorporábamos de nuevo a la autopista, le pedí:

—¿Puedes quitar esa música? Yo no sé andar y masticar chicle al mismo tiempo.

Tampoco funcionó, después de todo ese rato, seguía malhumorada y mis comentarios no contribuían a mejorar su genio, aunque la sorprendí varias veces echándome miraditas furtivas.

—¿Hay algún tipo de música que te guste para conducir?

—No voy a quedarme dormido, si es lo que temes. Tu coche está

a salvo. —¡Dios, es que soy un bocazas! Estaba seguro que iba a contestarme de mala manera y me adelanté a su protesta—. Prefiero que hablemos, si te parece.

Charlie asintió apenas, parecía tener la cabeza en otro sitio.

—¿Habéis pensado en que hacer, en caso de que las notas que buscáis no estén en ese ordenador?

—Mis tíos no, yo sé lo que hay que hacer.

La miré con el ceño fruncido, valorando si estaba diciendo lo que yo creía.

—¡Eh! ¡¡¡Mira la carretera!!! —gritó.

—¿Estás hablando de matarlos? —le pregunté, incrédulo. No creo que ella tuviera conciencia de la gravedad de sus palabras.

—¿Hay otra solución, si no se pueden desprogramar pronto?

Paré en el arcén con las luces de emergencia encendidas, y me giré completamente hacia ella. Tenía el rostro tenso y no podía dejar las manos quietas. Eso, junto con la pesadilla de la noche anterior, me hizo sospechar que seguía afectada por lo ocurrido con los tipos muertos de la oficina.

En apariencia, estaba bien, aunque la procesión debía ir por dentro, y ahora se le ocurría la peor idea que podía haber tenido.

—Estás hablando de matar a 10 personas, 11 si contamos con el que está retenido en el laboratorio.

—Si cada uno de esos individuos está programado para acabar con, al menos, 6 vidas, que son las que se llevó por delante el primer latente, estoy hablando de salvar a 66 personas.

Le puse una mano sobre el hombro, quería que se volviera a mirarme.

—Tú nunca has matado a nadie, y menos a sangre fría…

—¿Y?

—No es fácil.

Rehuyó mi mirada. En la suya podía ver determinación, aunque

también un brillo de desesperación.

—Supongo que no, pero si tengo que hacerlo, lo haré. —Se giró, fijando la vista al frente otra vez—. Y ahora, ¿qué tal si continuamos? No es seguro quedarnos aquí, y tenemos prisa.

Arranqué y me incorporé a la circulación. Esta mujer me descolocaba, a ratos parecía una florecilla silvestre, y otros una despiadada bruja, lo de los términos medios no era su fuerte. Lo que sí pude apreciar es que tenía las cosas muy claras, quería terminar con este lío a cualquier precio, y lo intentaría, aunque le fuese demasiado grande.

Era decidida, de eso no cabía duda, y si no fuera por la ingenuidad con que afrontaba el problema, me hubiera hecho reír a carcajadas.

—¿Me enseñarías a disparar? —me preguntó.

Medité muy bien mi respuesta. Definitivamente, me dejaba descolocado. ¡A ver si el ingenuo era yo!

—Sí.

Ella buscó entre la memoria del disco duro hasta que localizó un concierto de Gary Moore, y dejó que las notas de la guitarra eléctrica llenaran el silencio que se había instalado tras la conversación.

—Voy a tener que empezar a cambiar de opinión sobre tus gustos musicales —comenté, con intención de romper el hielo.

—¿Por alguna razón crees que me importa lo que pienses sobre mis gustos musicales o de cualquier otra índole?

Además de descolocarlas, también sabía joder a las personas con esa voz dulce y profunda.

Capítulo 10. Josh

Devlin abrió tras la tercera llamada. Lo de este tío era obsesivo, y el humor que yo gastaba en ese momento, más bien la falta de él por cortesía de Charlie, no era el adecuado para que me chuleara un hacker con trastornos de ansiedad.

—¿Y tus trastos? —le pregunté, una vez hubimos entrado en un gran espacio abierto, equipado solo con un escritorio, un sillón algo pringoso, y tres pantallas conectadas a sendos ordenadores.

—Me sobra —respondió lacónico, y agregó ante mi ceja alzada con incredulidad—, el resto está en un guardamuebles.

—¡Joder tío, sí que has caído bajo!

—Los federales se han hecho con un puto crio de 15 años, que me encontró en un abrir y cerrar de ojos. El nene es el rey, de momento, gracias por tu interés. ¿Y la señorita es…?

—Susan, mi novia. Él es Devlin, el rey destronado —resumí, sin hacer mucho caso de la cara de pasmo de ambos—. A lo que vamos: necesito la clave de este trasto.

Charlie le alargó el portátil, después de regalarme una miradita cargada de ponzoña por la presentación. Devlin lo cogió y le dio un par de vueltas, observando su carcasa.

—No es ninguna maravilla. Un HP de 500 gigas de…

Puse los ojos en blanco.

—No quiero que me lo vendas, Dev, solo que fuerces la contraseña.

—Joder, tío, ¿estamos de mala uva hoy, o qué?

—Tengo prisa, colega.

—Ya —contestó mirando apreciativo a Charlie—. Volved en un par de horas y lo tendré listo. ¿Te dará tiempo?

—Estás muy dicharachero hoy, Dev. Haz lo que debas, no tengo ganas de aguantar tus chorradas.

—No nos movemos de aquí hasta que tengamos esa clave. —La

voz de ella cortó la conversación, con más firmeza que si hubiese empuñado un lanzamisiles apuntando hacia nosotros.

—Quizá deberías cambiar de novio, cariño.

—¿Puedes hacerlo, o buscamos a alguien más profesional? —preguntó Charlie, en claro desafío.

—El gatillazo ha tenido que ser de los que hacen época, colega. —Se volvió, sin esperar contestación.

Se sentó en su sillón y conectó varios cables al portátil. Lo sincronizó con una de las pantallas y empezó a teclear. Cada vez que introducía un código, la pantalla se llenaba con caracteres y números, que él parecía leer sin dificultad. De vez en cuando, soltaba un gruñido y volvía a darle al teclado. Sus cien kilos sudaban copiosa y olorosamente, concentrado y ajeno a todo lo que no fuese el monitor.

Una balada de Led Zeppelin, a un volumen muy bajo, salía de los altavoces de una de las pantallas. Dev intentaba imitar a los viejos rockeros, vistiendo de negro y dejando crecer su escaso pelo hasta media espalda. El resultado era poco convincente, más que un rockero, parecía un vampiro, con la piel tan blanca que casi reflectaba. Me preguntaba si la falta de luz solar tendría que ver con su ansiedad, me sonaba haber leído sobre ello en algún sitio.

Una sola lámpara, a un extremo del escritorio, iluminaba deficientemente el espacio. La luz del día no debía haber bañado esa habitación desde que Dev llegó, ya que las persianas permanecían cerradas, según su costumbre.

En alguna otra ocasión, en su anterior cueva, le propuse que plantara champiñones y se sacara un sobresueldo. No sé si no le hizo gracia, o no se enteró de la ironía.

En el frigorífico, lo único fiable eran unos botellines de agua fría. Le lancé uno a Charlie, que lo atrapó en el aire.

—No hay nada de comer, tendremos que esperar a salir de aquí —le dije.

Asintió y bebió un largo trago de agua, tras sentarse en el suelo con la espalda apoyada en la pared.

Me arrepentí de haberla llevado hasta allí. ¿Qué hacia una mujer guapa, inteligente y culta, en la insalubre guarida de un hacker que no

tenía ni una mala silla donde sentarse?

Su opinión sobre mí solo podía empeorar tras la visita a Devlin, y que no era su tipo ya lo había dejado claro. Ambos nos sentíamos atraídos por el otro, saltaba a la vista, pero para muchas personas, la simple atracción física no es suficiente. El problema era lo demás, seguramente buscaba a un tío que tuviera una vida menos complicada. Necesitaba mis recursos, hasta que se hubiera solucionado lo de los latentes, luego, si te he visto, no me acuerdo.

Una postura muy inteligente por su parte.

Observé a la luz de la pantalla su rostro tenso. Me pareció ver un pequeño tic en su párpado inferior, y uno de sus pies se movía de forma involuntaria. Reconocía los síntomas, demasiada tensión.

Charlie creía que se encontraba preparada para lo que ocurría a su alrededor, yo sabía que no lo estaba.

Me apoyé en la pared, cerca de ella, resbalé hasta quedar sentado y dejé la botella a un lado. Un trago, y no de agua, me hubiese venido mejor, lástima que Dev solo tuviese afición por los zumos de frutas repletos de azúcar. El agua estaba de adorno, por eso era lo más fiable de aquel apartamento.

—¡Venga, chica, déjame ver lo que tienes entre las piernas!

Charlie me miró y me encogí de hombros, restándole importancia, Dev acostumbraba a hablar con sus aparatos, lo mismo que otras personas con sus mascotas.

—Ya sabes, cosas de informáticos.

No volvimos a hablar, cada uno sumido en sus pensamientos. Por mi parte, me encontraba inmerso una ensoñación muy agradable, a pesar de los acontecimientos del día.

—Casi la tengo, colega —me dijo Dev, y continuó, dirigiéndose de nuevo al ordenador—. Venga, zorrita, déjame ver…

—Cambia la clave y deja tus expresiones gráficas, Dev, ¡tenemos compañía! —le corté.

—¿Cuál le pongo?

—Golondrina podría servir. —Miré a Charlie, que no puso

objeciones, y que se levantó a ver lo que hacía el informático.

Caminaba unos pasos hacia la izquierda y volvía, estaba muy tensa. Casi podía escuchar el crujido de sus tendones cada vez que giraba el cuello, y la piel le brillaba, cubierta de una fina película de sudor.

Ese nerviosismo era preocupante, no era la clase de crispación provocada por un mal día, sino un tipo de tensión que yo conocía muy bien, y que podía derivar en estrés postraumático.

Lo ocurrido con los dos hombres que la seguían, tuvo que resultarle impactante, aunque todavía no hubiera pensado en eso más que lo justo. Alguien como ella, que jamás se vio en la necesidad de matar para no morir, debía sentirse confusa.

Me acerqué por detrás y le puse las manos sobre los hombros. Se sobresaltó, pero no se apartó. Comencé a amasarle los músculos, duros como piedras, al principio con cuidado de no hacerle daño, luego, en profundidad.

Dejó que mis manos trabajaran en su musculatura, ablandándola, oxigenándola y, al abordar su nuca, su respiración comenzó a hacerse más superficial y rápida.

Me sorprendió que se relajara tanto como para apoyarse en mi pecho, y más el suspiro que se le escapó cuando mi aliento le rozó la oreja, señal de que no era necesario continuar con el masaje en los hombros, y que no era el único que se había olvidado de Dev y su soliloquio con el portátil.

Su olor me desquiciaba, y el abandono con que se apoyaba en mí, me hizo pensar que necesitaba distenderse de otra forma. ¿Qué iba pasar si me equivocaba, que me abofeteara y me mandara a la mierda? Estaba acostumbrado a afrontar los riesgos.

La tomé de la mano y la conduje al cuarto de baño. Se dejó llevar sin protestar. Cerré la puerta y la pegué a ella.

—¿Qué haces? —inició una débil queja que acallé colocándole un dedo sobre los labios.

—Shhhh, solo voy a intentar que te relajes. Lo necesitas —susurré con voz estrangulada, mi erección convertida en algo doloroso y latente.

Apreté mis caderas a la suyas, dejando que notara mi rigidez, mientras yo sentía el latido acelerado de su corazón contra mi pecho.

Me tensé, esperando un rechazo que no llegó. En vez de eso, Charlie se pegó más a mí, soltando un gemido entre dientes. Noté su deseo, tan intenso como el mío, elevarse en una vorágine de sensaciones e impaciencia.

Sus manos buscaron la hebilla de mi cinturón, pero la cogí de las muñecas y se las inmovilicé contra la puerta.

—No vamos a follar —le susurré al oído.

Soltó otro gemido, esta vez mezclado con algo de frustración que me sonó a gloria.

—Si un día lo hacemos, será en una cama grande, con todo el tiempo del mundo, no en un baño infecto —le dije, empujando mis caderas hacia ella y retirándome de nuevo, para volver a presionarla un segundo después—. Ahora solo te ayudaré a relajarte, nada más.

Su pelvis me buscaba, reclamaba mi contacto a través de nuestros pantalones, al tiempo que jadeaba, intentando alcanzar mi boca con sus labios. No la dejé. No porque no lo deseara, sino porque quería que fuese ella la que necesitara besarme, y no el instinto desatado en su interior.

A cambio, le rocé el lóbulo de la oreja, y volví a apretar mi erección contra su pelvis. Era tan sensible que casi daba miedo, su cuerpo temblaba de excitación y sus jadeos se hicieron más intensos, ya no buscaba un roce, sino el contacto que provocara la satisfacción de su deseo.

Tuve que cerrar los ojos y concentrarme, porque sus gemidos, en el momento en que el orgasmo la atravesó y convulsionó su cuerpo pegado al mío, me tenían al límite de lo que un tío normal puede aguantar.

Me mordí el labio, resistiendo la necesidad de sucumbir con ella. ¡Dios mío, era deliciosa! Tan sensible y dúctil que mis terminaciones nerviosas podían registrar hasta el vello de su cuerpo erizándose por el placer.

Por fin, se relajó, apoyando la frente en mi hombro.

—Lo siento —susurró—, tú…

—Yo tengo otras necesidades. —Abrí la puerta con manos temblorosas—. Espérame fuera.

Mi resistencia había llegado a su límite, y no me apetecía ir por ahí con una mancha delatora en el pantalón. Por primera vez, caí como un novato en mi propio juego de provocación.

No me costó nada terminar con la mano lo que podía haber sido el polvo de mi vida. Dejé correr el agua en el lavabo y me miré al espejo.

Me encontraba cansado y algo triste. Si me había equivocado al dar ese paso, Charlie no me lo perdonaría. Era orgullosa e impredecible, y le disgustaba que la consideraran vulnerable.

Ella estaba sentada igual que antes, la espalda pegada a la pared, con las piernas recogidas y la cabeza apoyada en las rodillas. No me miró y me sentí fatal.

Me senté cerca de ella, sin rozarla. Pasaron varios minutos de silencio, solo roto por el mascullar de Devlin, con todos sus sentidos puestos en el portátil.

Charlie levantó la cabeza de repente y la apoyó en mi hombro.

—Gracias —dijo y volvió a posar la frente en sus rodillas, sin esperar una contestación.

No, no tenía ni idea de qué pensaba, ni por dónde iba a salir. En general, las mujeres me sorprendían, Charlie rompía todos mis esquemas.

—¡Lo tengo! Golondrina —exclamó Dev, girando su sillón, y exhibiendo una enorme sonrisa de satisfacción. Realizó un par de comprobaciones y me tendió el portátil.

—Todo vuestro.

—Gracias, Dev, te debo otra.

—¿Qué tal si me empiezas a liquidar alguna? Ando corto de fondos.

Saqué uno de los grandes y se lo coloqué en la palma.

—¿Ves? A esto se le llama hacer negocios.

—Tú haces el negocio, Devlin. Yo quiero terminar este día en algún sitio donde se pueda uno sentar sin temor a que le coman las ratas.

Devlin se despidió de Charlie tomando su mano y besándosela, el gesto supremo de caballerosidad, según su punto de vista. La mueca de ella, en cambio, parecía indicar que el placer no había sido recíproco.

—Tenías razón, ¡es literalmente baboso!

Se me escapó una risita viendo cómo rebuscaba en su bolso, a la caza de un pañuelo con que limpiarse el dorso de la mano.

—Te lo dije. Es un buen tipo, lo que pasa es que no está acostumbrado a ver mujeres fuera de sus webs porno. —Sonreí de forma poco convincente, seguía tenso—. ¿Hotel o motel?

—Podemos estar en Pittsburgh antes de medianoche. Esto es urgente.

—Estupendo, yo hago la primera guardia. —Me ofrecí, reprimiendo un resoplido.

Se durmió al poco rato, y me permití echarle breves ojeadas. Se encontraba relajada, con una mano sobre su muslo y la otra abandonada en el terreno de nadie entre los dos asientos. Tenía una expresión dulce cuando dormía, su respiración era profunda y seguía exhalando ese olor a jazmín que me nublaba los sentidos. Aunque su sueño se volvió agitado al cabo de unas horas, no la desperté. Bastante tenso estaba ya, no necesitaba que me soltara alguna de sus flores.

Cambié a la música clásica, para no molestarla, e intenté reprimir el recuerdo de cómo se había derretido un rato antes, pensando en lo que teníamos entre manos.

Decidí que, si la conclusión final era que los latentes debían desaparecer, yo me encargaría.

Aún me preguntaba cómo me había metido en aquel lío, no podía culpar solo a mi curiosidad, los encantos de la arqueóloga tenían mucho que ver. Sabía poco de ella, a ratos era divertida y optimista, pero se tornaba en una borde completa en cuanto le tocabas la tecla adecuada. Yo solía tocar aquella tecla, aunque no la tenía identificada.

Era buena gente que nunca se había visto en la obligación de usar

la violencia, y ahí entraba yo: tenía entrenamiento de sobra y podía hacerlo. Ella pensaba que podía también…, se equivocaba.

Matar a un hombre es mucho más difícil de lo que parece, en especial, si no tienes que elegir entre tu vida y la de él. Ese paso, para el que Charlie no estaba lista, marcaría el resto de su existencia.

Tan profundamente dormida, tan confiada, me producía una ternura que no podía explicar. Debía protegerla de sí misma y de aquellos que iban a por ella, por estar metida en los asuntos de su familia. Le prometí enseñarle a usar un arma y lo haría, tenía que saber defenderse. Sus palabras hirientes únicamente podían dañarme a mí, no a cualquier tipo que empuñase una pistola con intención de matarla.

Le sacudí con delicadeza el hombro.

—Ya hemos llegado.

Posó su mirada vidriosa en mí. Me dio un vuelco el corazón, creyendo que era deseo lo que reflejaba, pero no, se trataba tan solo del sueño que persistía en su mente, y que todavía no se había disipado de sus ojos nublados.

Capítulo 11. Charlie

¡Vaya día de mierda! Dejando aparte el polvo que seguro tenía mi compañero de viaje, era un capullo como pocos.

¿Pues no se había atrevido a presentarme como su novia? ¿Acaso tenía que excusar mi presencia? No creía que a Devlin le interesara, y a mí me molestó que me redujera al papel de simple espectadora.

Para colmo, a la vuelta me relegó, otra vez y sin preguntar siquiera, al rol de copiloto.

En lo del baño, no quería ni pensar.

Ambos éramos adultos y nunca he tenido complejos sexuales. Dejarme llevar de esa manera tampoco era lo habitual y, sin embargo, algo en él me excitaba tanto que es lo que pasó. De acuerdo que me proporcionó un orgasmo memorable en un baño mugriento, y no negaría que lo necesitaba, lo que no quitaba para que aquella fuese su última hazaña.

Quería que volviera por dónde había venido. Seguiría ocupándome sola de resolver los asuntos de mi familia.

Le puse el ordenador en las manos a tío Peter, le di la contraseña y me marché. No me apetecía conversar con ellos, no me apetecía hablar de los latentes, no me apetecía nada. Mi mal humor se agravaba por momentos.

—Debería llevarte a un hotel, descansarías mejor. Te agradezco la ayuda. Envía una nota con los honorarios a tío Peter, se hará cargo —le gruñí al ponerme tras el volante, sin darle opción a que lo hiciera él.

—¿En qué momento me has contratado? —Alzó las cejas divertido, y a mí me puso más furiosa.

Respiré profundamente, era una señorita y no quería decirle la burrada que tenía en la punta de la lengua.

—Yo me haré cargo, a partir de este momento.

—No puedes. No sabes usar un arma.

—Ya aprenderé —corté, tajante.

—Sabes que te van a matar, ¿verdad?

—Este es un problema de mi familia y mío. Tú ya has hecho mucho más de lo que debías. Te extiendo un cheque y coges un vuelo a donde quieras.

—¿Lo dices en serio? —me preguntó, fríamente—. ¿Es por lo de antes?

Mi determinación flaqueó un instante. No quería hablar de eso, y no porque me avergonzara, sino porque deseaba que hiciera efectiva su promesa de hacer el amor en una cama, con tiempo, con calma. Y pensar en que sería un error del que arrepentirme más adelante, me cabreaba en mayor medida.

—De acuerdo, puedes dormir en el sofá de mi casa esta noche, y mañana te vas.

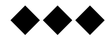
Mi intento de desviar la conversación a algo que no tuviese que ver con lo ocurrido en el baño de Devlin dio resultado, se mantuvo callado.

Conduje hacia mi casa en un silencio bastante opresivo. Él quería hablar, pero, o no daba con las palabras, o no se atrevía. Tomé esa decisión pensando solo en mí, porque Josh me provocaba sentimientos contradictorios que no sabía explicar.

Me duché y cambié de ropa en apenas unos minutos. ¿Estaba huyendo de mi propia casa? Pues sí, ¿y qué?

—Voy a salir.

El asintió y siguió sin decir nada.



Resultado de la velada: una leve borrachera que se me pasó en el taxi de vuelta a casa, más frustrada que antes de salir.

Al rato de estar en el bar, llegó Pam con un humor parecido al mío, por lo que no hablamos mucho. Me prometí que me ligaría al primero que me entrase, hasta que me di cuenta de que no soportaba las tonterías de ninguno de ellos, por lo que me limité a tomar unas copas y a gruñir a cualquiera que tuviese el poco conocimiento de acercarse, viendo mi cara de pocos amigos.

Ya decidí que la noche no entraría en la categoría de mis veladas favoritas, sin saber lo que me aguardaba por la proa.

—¡Ah, hola! ¡Ya has llegado! Tu vecina Cindy ha sido muy amable haciéndome compañía un rato. —Josh se levantó del sofá apresuradamente.

Cindy vivía dos casas más allá, y esa mañana nos echó un buen vistazo al salir, especialmente a él. La muy zorra no había perdido el tiempo.

—Hola Cindy —saludé, evitando por poco que me rechinaran los dientes—. Me voy a dormir. Buenas noches a los dos.

A mitad de camino del dormitorio me giré.

—Pensándolo mejor, me voy a dormir al laboratorio. Tenéis la casa libre. ¡Buenas noches!

La expresión de Cindy se animó casi de inmediato. Josh me siguió hasta la puerta.

—No te vayas… —me pidió en voz baja.

—Mira, oír a una pareja follando es la banda sonora que menos me apetece escuchar en este momento. Eres mi invitado y prefiero no cortaros el rollo.

Se acercó a escasos centímetros de mi boca para decirme con voz ronca:

—No es a ella a la que quiero tener en la cama esta noche.

—¡No soy parte de los honorarios, vaquero!

Se separó de mí. Un colofón genial que cerraba un día de mierda, y una noche peor.

—Vale, nos vemos mañana. Te prometí que te enseñaría a manejar un arma.

—No es necesario. Me las arreglaré —continué con testarudez.

—Bueno, considéralo un plus por mis «honorarios», porque a mí sí que me importa que sobrevivas.

Salí tan rápido que tropecé con mis propios pies. Me sentía

estúpida, esa noche iba a conseguir el máster en ahuyentar hombres de mi lado.

Me permití soltar un grito de rabia cuando estuve sentada tras el volante de mi coche, no antes. Las lágrimas me corrían por las mejillas, ni sollozos ni nada, solo lágrimas de frustración, calientes, ardientes y amargas.

Estaba celosa por primera vez en mi vida, un sentimiento que me hubiera gustado seguir ignorando. ¡Hay que ver lo gilipollas que podemos llegar a ser los humanos!

Me sorprendió la salida de Cindy, tan apresurada que tropezó en un escalón del porche y estuvo a punto de caer, al igual que yo. Corrió hacia su casa con una expresión de indignación y desilusión a partes iguales. ¡Mira, ya no era la única que se iba a quedar sin echar un polvo! «¡Jódete, cabrona!», pensé con malicia.

Josh salió enseguida y se dirigió directamente a mi coche. Me limpié las mejillas disimuladamente, lo único que me hacía falta era que pensase que lloraba por él. Una es un poco capulla, pero una capulla con orgullo.

Dio unos golpecitos en el cristal con el nudillo, indicándome que bajase la ventanilla.

—No te vayas. Recojo mis cosas y me voy a un hotel. Esta es tu casa, si alguien sobra, soy yo.

Se giró y entró en la casa.

Le seguí, cerrando con un broche de oro las escenas ridículas del día.

—Duerme aquí. Puedes marcharte mañana. —Me sonó a súplica y me mordí la lengua, esperando que Josh no lo hubiese notado.

—No me apetece dormir solo —dijo simplemente.

Tenía empaque, estaba poniendo sus cartas boca arriba, jugándose una patada en el culo, que es lo que yo hubiera hecho con alguien tan descarado, en otro momento.

—No tienes que hacerlo. —Seguramente los restos de alcohol en la sangre decidieron en mi nombre, porque no era eso lo que quería contestar. Bueno, sí que quería contestar eso, solo que de otra manera,

de alguna que no sonase a ruego.

Su expresión ceñuda cambió de inmediato. Esbozó una media sonrisa y se acercó, buscando mi boca. Sin llegar a besarme, me miró fijamente, descubriendo en mí el deseo que ya no podía ocultar. Sus labios estaban tan cerca que no pude por menos que lanzarme y robarle ese beso, que ansiaba desde que nos conocimos.

Un gemido escapó de sus labios, y de los míos un jadeo anhelante, al sentir su lengua, suave y húmeda, buscando la mía, encontrándola y acariciándola con morosidad.

Me fue empujando hasta que choqué con la encimera de la cocina. Sorbió mi labio inferior y noté su erección, tan dura como por la tarde, pegada a mí.

Me tomó firmemente de las nalgas, me encaramó sobre la encimera y se colocó entre mis piernas. Me había puesto un vestido muy ligero y escotado para salir esa noche, abrirlo fue un juego de niños, de manera que mis pechos, sin sujetador, quedaron al descubierto enseguida.

Sus caderas me presionaban tan firmemente que no podía moverme como deseaba. Mi tanga era un pequeño obstáculo para sentirlo en toda su integridad. Él se inclinó y mordisqueó mis pezones, doloridos de deseo, y erectos de placer anticipado.

Lo atrapé con las piernas, en un intento de sentirlo más contra mí.

—Todavía no. Quiero que estés tan excitada que no puedas soportarlo —me susurró al oído con voz ronca de deseo.

Me arrancó el tanga y se arrodilló para lamer mi sexo, probando primero con la punta de la lengua. Un par de lengüetazos en el clítoris y me rendí. Mi cuerpo vibraba sin control, mientras Josh seguía provocándome con su boca, elevando mis cotas de placer a niveles insospechados.

Me llevó a la cama entre sus brazos, dejando que me recuperara del orgasmo.

No supe cuando se libró de su ropa, pero estaba tan desnudo como yo al tumbarse a mi lado, abrazándome, besándome el cuello y dejando resbalar sus manos por mi espalda.

Me desasí, tomando el control. Lo lamí despacio, chupé y

succioné hasta que estuvo a punto. Me separó con firmeza.

—Si continúas, no voy a poder hacerte el amor hasta dentro de un rato —me dijo, entre jadeos.

—Esperaremos los dos, entonces —y continué.

No lo tragué porque nunca he tenido especial apetencia por el semen, pero me excitó que eyaculara en mi boca. Me atrajo hacia él sobre la cama y me abrazó. No me equivocaba, su temperatura era más elevada de lo normal, un ascua que me traspasaba su calor.

Deslizó una mano entre mis muslos y me acarició con suavidad.

—No. Quiero que me hagas el amor, no que me masturbes de nuevo.

Josh solo suspiró.

—Ve a la ducha, yo te espero. No puedo masticar chicle y andar al mismo tiempo. —Me guiñó el ojo—, cinco minutos me vendrían bien…

Me metí bajo el chorro de agua caliente y oí que Josh ponía música en el salón. Se escuchaba desde cualquier rincón de la casa, sin resultar una molestia. Era un concierto de Dire Straits.

Aunque no fuese mi hombre perfecto, se le empezaba a parecer. Era hiriente, mordaz y con gran sentido del humor. Y me gustaba muchísimo, una barbaridad, y hasta podía perdonarle que, a veces, me pusiera de los nervios. En honor a la verdad, me ponía de los nervios a todas horas, cada vez que abría la boca, porque tenía razón al hacerme notar que este asunto me quedaba grande.

Poco después me abrazaba por la espalda. Su deseo era bastante evidente, así que se metió bajo el chorro del agua unos segundos, al tiempo que me besaba larga y profundamente.

Lo empujé sobre la cama, mojados los dos, ya no me bastaban las caricias, ¡lo quería todo!

Monté sobre sus caderas y me froté contra su sexo erecto. Necesitaba toda su longitud en mi interior, y me introduje lentamente su miembro, excitada por su expectación. Lo cabalgué despacio hasta que Josh, impaciente, me levantó por la cintura y me colocó bajo su cuerpo para tomar el control. No me importó, mi orgasmo sobrevino

apenas un instante después, desencadenando el suyo.

Quedamos exhaustos uno en brazos del otro, recuperando el aliento.

—Creo que podría quedarme el resto de mi vida en esta cama —me susurró al oído, haciendo que mi piel se erizase—. Todavía te deseo.

—No prometas lo que no puedes cumplir —le dije, deseosa de un chute de energía, porque sentía lo mismo.

Debimos dormirnos en algún momento, aunque no estoy segura, porque en mis sueños seguíamos haciendo el amor.

Igualito que las pelis románticas más almibaradas, lo sé, y no podía evitarlo, porque me sentía mejor que en toda mi vida, aun sabiendo que tendría que terminar pronto.

Era de noche todavía cuando noté su erección contra mi trasero y no pude por menos que pegarme a él, buscándola. Era muy excitante y halagador. Dejé que me penetrase en esa posición y, al intentar moverme, me detuvo con las manos en mis caderas.

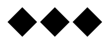
—Shhh, no te muevas, solo siente mis latidos, y deja que yo sienta los tuyos.

Su pene pulsaba en mi interior de forma rítmica y los músculos de mi vagina lo siguieron en un orgasmo incontrolado que se fundió con el suyo. Estuve vibrando como un junco un par de minutos, sin poder controlarme.

Nunca había sentido algo tan intenso, y ahora tenía otra palabra con que describir al cazarrecompensas: adictivo.

Por la mañana no salí a correr. No tenía energía suficiente, después de que él me alcanzara en la ducha y sorbiese mi clítoris, dejándome al borde del abismo, para luego penetrarme con tanta vitalidad, como si fuera el último polvo que íbamos a echar en esta vida.

Estaba satisfecha sexualmente, y también agotada. Nos volvimos a dormir.



En algún momento de la mañana, me levanté con cuidado de no despertar a Josh y llamé a tío Charles. El ordenador no contenía lo esperado. Juré por lo bajo, tendría que buscar al coronel y, gracias a las paranoias de Josh, ya no lo haría con la despreocupación anterior.

—¿Tienes lo que te he pedido?

—De sobra. Si quieres algo más, solo tienes que decirlo.

—Con la pistola y la munición hay suficiente, de momento, gracias.

—Nunca se sabe… Conserva mi número, aunque ya sabes cómo contactar conmigo.

Sparky, así se había presentado, sonrió revelando una dentadura que haría las delicias de cualquier dentista que facturase por horas.

—¡Pensaré en ti si necesito un lanzagranadas! —Me despedí.

Ya en mi coche, me quité las gafas de sol y la gorra de béisbol, elementos imprescindibles que ocultaran mi identidad, una genialidad salida de las peores pelis de detectives, ya lo sé, ¿y a quién le importaba? Me apetecía, y aquella mañana sentía que podía tomarme alguna licencia para mi disfrute personal.

Seguro que Josh tenía sus recursos, pero yo también poseía los míos. Joan, una de mis mejores amigas, fue quien me procuró el contacto. Había defendido al tal Sparky en varias ocasiones y, por el camino que llevaba, tendría que volver a prestarle sus servicios legales en breve.

Las primeras diez balas ni siquiera rozaron el árbol al que apuntaba.

—Tienes que fiarte de tu instinto, o no le darás nunca… —Josh apareció a mi espalda, sobresaltándome.

—¡Joder, qué susto me has dado! Estabas dormido…

—Me encanta seguirte y mirarte el culo, ¿todavía no te has dado cuenta? —Señaló el árbol—. Concéntrate y no lo mires fijamente.

Un nuevo disparo se perdió entre la maleza.

Josh me rodeó con sus brazos, envolvió mis manos en las suyas, y corrigió mi posición. Me recorrió un escalofrío, indicativo de que me

equivocaba al pensar que estaba satisfecha sexualmente, porque volvía a desearlo.

—Luego tendremos todo el tiempo del mundo para hacer el amor —susurró en mi oído, el muy canalla—. Ahora tienes que aprender a defenderte.

Me temblaron las rodillas, anticipando ese momento, y sacudí la cabeza, en un intento por despejarme y centrarme.

—Solo hay una consideración que debes asimilar: esta pistola tiene el poder de quitar una vida, y tú no tienes el poder de devolverla, aunque se trate de un error —me advirtió—. Ahora, apunta, aguanta la respiración y presiona el gatillo. Fíate de tu instinto.

Soltó mis manos.

Tres disparos. Tres en el centro del árbol.

—¡Toma! —Pegué un salto de alegría que le hizo reír.

—Necesitas una motivación. Puedes hacerlo mejor.

—Si tú estás cerca, me siento más segura, no dejarás que me pegue un tiro en el pie.

—Puedes estar segura si sabes lo que haces. Yo soy solo un complemento y, en todo caso, una distracción. Inténtalo otra vez.

—¿Vuelves a Nueva York? —le pregunté, mientras me colocaba para disparar de nuevo.

—¿Quieres que lo haga?

Bajé la pistola. Debía decirle que tenía que marcharse, ya le había complicado bastante la vida.

—No —contesté, por el contrario.

Perfecto. Ahora mi cuerpo se rebelaba contra mi mente.

—Entonces, me quedo —dijo Josh, y me indicó que volviese a apuntar.

Capítulo 12. Josh

Lo de localizar a los latentes por separado no fue idea mía. Era por tenerlos a todos controlados, y asegurarnos de que estaban donde debían estar.

De hecho, me opuse tajantemente a aquello. No creía que Charlie estuviera del todo a salvo, y dejar que viajase por medio país sola, no me convencía.

Ni sus tíos ni ella veían lo peligroso de aquella situación. Ninguno se movía en el ambiente en el que yo lo hacía, así que no imaginaban la escoria que podían mandar a por ellos por unos miles de dólares. Escucharon mis argumentos, pero Charlie decidió que podía cuidarse, se enfurruñó conmigo y luego me convenció en la cama.

Demoré el asunto una semana, excusando la tardanza a querer tenerlo todo bien atado. Mentira, lo que quería era disfrutar del tiempo con Charlie, y ella tampoco parecía tener prisa. Nos dejamos ver por el laboratorio lo justo, aunque la mayor parte del día lo pasamos en su casa, en su cama.

Harry era el que había buscado en el portátil algún documento referente al Proyecto Golondrina, y como no terminaba de confiar en su pericia, preferí echarle un vistazo, en cuanto Charlie y yo llegamos al laboratorio, días después. El cerebrito tendría sus habilidades, sin embargo, yo conocía algunos «truquillos» aprendidos de mi hacker favorito, y prefería cerciorarme.

Efectivamente, habían subido unos archivos a la nube de un servidor, cuyo nombre era alentador: GLNDRN. Se borraron de la memoria, no obstante, la ruta encriptada permanecía en el historial.

—¡Anda, no sabía que fueras un friki de los ordenadores! —dijo Charlie sorprendida.

Le gruñí y seguí buscando la forma de acceder. Al cabo de media hora, me di por vencido, no fuese a borrar el único acceso.

—Estoy a medio camino entre la ineptitud de Harry y la pericia de Devlin —contesté, y por la cara que puso ella, me di cuenta de que ya no recordaba su comentario anterior.

Hice un gesto con la mano restándole importancia, sin embargo, Harry que estaba merodeando por los alrededores, según su

costumbre, me lanzó una mirada aviesa a la que contesté besando a Charlie. Fue solo por asegurarme que le quedaba claro.

—¿Puedes examinarlo por remoto, Dev? —le pregunté, en una llamada que no me apetecía realizar porque ya imaginaba la respuesta.

—Si buscas algo específico que haya sido borrado, tendrías que traérmelo.

Solté un juramento y le expliqué el asunto.

—Pffff, me lo tienes que traer —concluyó.

—¿Te apetece otro momento de intimidad en el baño de Dev? —le susurré a Charlie en el oído, con la mano en su cintura.

A pesar de que se le había erizado la piel, negó con la cabeza.

—Me quedaré hasta que vuelvas. Deberíamos prepararnos y buscar al resto de los latentes.

Cogí el portátil y tendí la mano.

Me miró interrogante.

—¡Las llaves!¡No querrás que vaya andando!

Soltó un suspiro exasperado que me hizo reír.

—¿No te enseñaron que había que compartir?

—¡Vete a tomar por el culo!

—¡Charlie! —se escandalizó Charles Dumpree.

Me encantaba verla enfurruñada, le relampagueaban los ojos y se sonrojaba al mismo tiempo. Aunque también me gustaba cuando reía, parecía brotarle luz de cada uno de los poros, y cualquier versión de ella hacía que mi temperatura aumentase unos grados.

—No la pierdan de vista —ordené a los científicos, subrayando el imperativo al apuntarles con el dedo, antes de salir zumbando a ver de nuevo el careto de Devlin.

Este se quedó con el portátil, prometiendo mantenerse en contacto con las novedades, mientras yo regresaba, bastante más rápido de lo que debía. Quizá tendría que hablar con Charlie sobre alguna multa que le llegaría próximamente. En mi descargo, tengo que decir que me apresuré tanto porque no quería perder ni un minuto que pudiera estar con ella.

Tuve un *déjà vu* a mi regreso al laboratorio, los tres seguían en el despacho del padre de Charlie, casi exactamente como los había dejado 12 horas atrás.

La sonrisa de ella fue capaz de borrar todo el cansancio de las horas de viaje. La tomé de la mano, y la conduje a la habitación que fue el dormitorio de su padre.

—Disculpen un momento, tenemos que hablar en privado.

Nada más cerrar la puerta a mi espalda me rodeó el cuello con los brazos y se aupó para besarme.

—Yo también te he echado de menos —jadeé contra su boca.

¿En qué momento me había convertido en un moñas?

¡Qué conste que no era la primera vez que lo decía, aunque sí la primera que lo sentía de verdad! Ella sacaba lo mejor y lo peor de mí. Me cabreaba con sus ocurrencias poco meditadas, que siempre la ponían en una situación más comprometida de lo que pensaba, pero podía perdonárselo de inmediato, si me besaba de aquella forma que me derretía por dentro.

—Aquí no. —Consiguió desasirse de mis brazos sabiendo que, si no se apartaba, terminaríamos echando un polvo allí mismo—. Nos iremos enseguida, antes tengo que contarte los planes.

De camino al despacho, Harry me lanzó otra de sus miradas envenenadas. Supongo que no le pasaron desapercibidos los labios hinchados de Charlie, el rubor de su cara y sus ojos brillantes. Quizá pensara que, si lograba perfeccionar el repertorio de sus expresiones siniestras, conseguiría intimidarme. Me dio un poco de lástima.

En fin, esos eran los planes, separarnos y localizar a los latentes de la lista. Discutí con todos, me peleé contra la cabezonería de Charlie y, al final, perdí.

O eso pensaron ellos.

La primera parada de Charlie iba a ser en Cleveland, allí un par de colegas de fiar se harían cargo de no perderla de vista en los próximos días. Les puse en antecedentes de lo que esperaba. Gracias a la generosa contribución de Vinn «pesopluma» a mis finanzas, podía permitírmelo.

Dev, por su parte, consiguió recuperar los archivos de la nube donde estaban alojados. Le conté, un poco por encima, de qué se trataba, por si localizaba indicios de algo más que a mí se me hubiera pasado por alto.

Los archivos, enviados a los tíos de Charlie, sirvieron de ayuda con su trabajo. Yo esperaba que fuese más que eso, que solucionaran, por fin, el jodido lío, para que ella estuviese a salvo.



Insistí en que Charlie se quedase con la parte de la lista de los que estaban más cerca de Pittsburg. En cuantos menos aeropuertos y aglomeraciones de gente se metiera, mejor. Prefería no correr el riesgo de que mis amigos la perdiesen entre una confusión de personas.

Yo contemplaba al último latente de mi lista, preguntándome cómo coño iba a contarle esto a Charlie.

Cogí el primer vuelo de Maine a Pittsburgh. Debía llegar antes que ella, que tenía previsto terminar esa misma noche. Yo hubiese llegado al día siguiente.

—Quiero que me expliquen esto. —Señalé la fotografía que había tomado con el móvil, y que estaba terminando de imprimirse.

La recogí de la impresora y la puse sobre la mesa, a la vista de los dos científicos. Se hizo un silencio incómodo, ellos se miraron entre sí, y después a mí.

—Esta mujer es idéntica a Charlie. Y no es casualidad que esté metida en el experimento —afirmé, porque no necesitaba una confirmación.

—Mira, hijo, esto no es asunto tuyo, en todo caso, si alguien ha de pedir explicaciones es Charlie, no tú. —Peter Bronswich habló con calma, y a mí me cabreó más de lo que estaba.

—Para empezar, no soy su hijo —le contesté, de manera bastante brusca—. Y para continuar, sí que me concierne. Si estoy metido en esto, me interesa saber por qué la gemela de Charlie forma parte del rompecabezas.

—Vamos a calmarnos —sugirió Charles Dumpree, notando la agresividad de mis palabras.

—¿Y qué se supone que hay que hacer ahora? —le pregunté bruscamente.

—Lo que hay que hacer es lo que llevamos haciendo desde

siempre: evitar que Charlie se entere —Dumpree contestó en tono calmado.

—Es su hermana, ¿verdad? ¿Y la mujer que la visita es la madre de ambas?

—Es más complicado de lo que parece. —Bronswich movió negativamente la cabeza.

—¡Genial!, tengo tiempo, y no soy tan tonto como parezco.

El despacho del padre de Charlie estaba atestado de documentos y de polvo. Desde que murió -o mucho antes- nadie pasaba un plumero, y el ambiente era cargado y sofocante.

—Siéntese, Carter. —Bronswich volvió al estado de calma que le era habitual, o eso simulaba, porque no se me pasó por alto que había revertido el tuteo—. Hablemos de esto.

—Déjame, Peter. —Dumpree nos invitó a sentarnos—. Su madre tuvo gemelas, ya lo sabes y, por alguna razón que no supieron explicar en su día los mejores especialistas, la rechazó nada más nacer. En este caso, aceptó a la otra niña como si hubiese sido un parto normal y no gemelar, pero cada vez que le acercaban a Charlie se ponía a gritar, y pedía que se la llevaran.

Peter Bronswich escuchaba con la cabeza baja, apoyada entre las manos.

—Tanto los médicos como Mark, intentaron remediar aquella situación. Ni siquiera un intensivo tratamiento psicológico dio resultado alguno. Ni con fármacos, ni con psiquiatras hubo nada que hacer, ya que ante cualquier otro niño se mostraba indiferente. Era una especie de animosidad inexplicable hacia Charlie.

—Mark estaba desesperado por la reacción de su esposa —intervino Bronswich—. Desde muy pronto, y debido a la desafección materna, desarrolló un afecto especial por Charlie, y tomó una decisión que me pareció muy valiente: se divorció de Nina y dejó que se llevara a la otra niña.

—A Charlie le dijimos que su madre había muerto durante el parto, y no hubo muchas más preguntas. Creció con todos nosotros cuidándola, y el silencio sobre lo ocurrido realmente, era parte de ese cuidado —finalizó Dumpree.

«¡Joder, vaya culebrón!», pensé para mis adentros, cuando se lo contara a Vic McPherson no se lo iba a creer.

—¿Y no se les ocurrió que algún día esto podría salir a la luz? De encontrarse Charlie sola, podía haberse dado de bruces con la verdad.

—Retiramos su nombre de la lista, no contábamos con que usara el listado que sacó su amigo del ordenador —contestó Bronswich.

—¡Ya veo que pensaron en todo…! —dije, irónico—. Excepto en que siempre faltaría un latente en la lista.

—Decidimos decirle que ese latente había muerto —intervino Dumpree—. En cuanto a lo de la hermana, por fortuna, vivimos en un país muy grande. Nina volvió a usar su apellido de soltera, que fue el que puso a su hija. Hubiese sido una coincidencia de uno entre 10 millones el que se hubiesen cruzado alguna vez en su vida.

—¡Pues aquí está la coincidencia improbable! Pero no es una casualidad, ¿me equivoco? Algo pasó que la hizo entrar en el programa.

Charles Dumpree me miró fijamente, evaluando si continuaba o no. Al final, se decidió.

—Nina se volvió a casar con un general que tenía algo que ver con Inteligencia del Pentágono. El caso es que se enteró del proyecto de modificación de conducta que estábamos desarrollando. Supongo que no tendría que indagar mucho, nuestras investigaciones sobre problemas conductuales no eran secretas.

—¿Su hija tenía algún problema?

—Un trastorno bipolar bastante severo.

Levanté una ceja, interrogante.

—Mark empezó a investigar sobre estos problemas a raíz del nacimiento de sus hijas, por el trastorno que Nina desarrolló hacia Charlie —intervino Bronswich—. Nos implicamos todos, en principio por simpatía, luego, por temor a que nuestra niña desarrollase, a su vez, algún problema de ese tipo. No fue así, en cambio, hicimos descubrimientos muy novedosos y con grandes perspectivas.

—¿Funcionó con su otra hija?

—Eso es ya algo más complicado. Nina nunca habló con Mark, la negociación se llevó a cabo mediante conductos militares, a través de su marido que se lo encargó a su vez a algún subordinado. Estábamos en un punto crucial de la investigación, una fase de experimentación en la etapa que ya conoce del proyecto, cuando se pusieron en contacto con él para que le implantara a su hija el dispositivo investigado.

—Un momento. Según he entendido, el proyecto fue adquirido por Inteligencia Militar, con la condición de implantarle a su hija el dispositivo modificador de su bipolaridad.

—Casi —contestó Dumpree—, fue adquirido con la condición de que sus dos hijas fuesen implantadas.

Capítulo 13. Josh

Si me llegan a pinchar, no me sacan sangre ni para llenar un dedal.

—¿Charlie también tiene un implante?

—Fue un chantaje en toda regla. La corporación que financia el laboratorio, recibió una oferta por nuestro trabajo, que fue aceptada sin consultarnos. Al principio nos halagó que la investigación resultara tan importante como para que se tuviera en cuenta a tan alto nivel, las pegas vinieron después, cuando nos enteramos del uso que pensaban darle —gruñó Bronswich.

Hasta ahí, ninguna novedad. Por supuesto, en ningún momento había pensado que la financiación del laboratorio y sus trabajadores, más de 20 por lo que pude observar en días precedentes, salía de los bolsillos de aquellos hombres. Siempre hay capital privado que fiscaliza los trabajos de investigación, y no lo hacen por amor a la ciencia.

—Mark insistió en que quería ponerle un implante a su hija, y a los compradores les pareció estupendo, y no solo le pidieron que se lo pusiera a una, sino a las dos, demostrando así su compromiso con el programa —continuó el científico—. Por lo visto, no entendieron que él pretendía colocar a Kim un dispositivo que regulase si bipolaridad, pero las cosas se salieron de cauce.

—Pretendíamos modificar conductas agresivas, no provocarlas. Supusimos que los sujetos estarían destinados a salvaguardar la seguridad del país, eso fue lo que insinuaron, aunque no entraron en detalles —intervino Charles Dumpree—. Mark accedió a implantar a su otra hija con el fin de controlar su bipolaridad, en cuanto a Charlie…, jamás lo consentiría.

—¿Entonces…? —Estaba confuso, empezaba a perderme.

—Entonces, aprovechando la implantación del proyecto en otros sujetos, la hermana de Charlie lleva uno doble. Por una parte, previene el desequilibrio electroquímico de su cerebro y por otra, está tan en blanco como los que se colocaron al resto de colaboradores.

—¿No pidieron que Charlie hiciera la misma prueba que los demás?

—Claro que sí —volvió a intervenir Bronswich—. Charlie llevó un tatuaje temporal en el hombro, a petición de su padre, y a lo que accedió creyendo que era un capricho de este. Y si se fija detenidamente, a la entrada del edificio hay labrada una golondrina en una de las columnas.

—Los engañaron —dije.

—Eso es, y seguiría así, de no haber ocurrido lo del latente —se exasperó Dumpree.

—¿Creen que intentaron activarla?

—La persona que posee las claves tiene que saberlo, el dispositivo de activación incluye un pequeño localizador y le hemos estado dando muchas vueltas, es probable que el responsable quisiera rubricar la hazaña, obligando a que Charlie fuera quien atentara contra su propia familia.

Sonaba maquiavélico, pero lógico, y me parecía que, en caso de ser cierto, se trataba de un asunto personal.

—¿Quién conoce los detalles, aparte de ustedes?

—Solo tres personas del laboratorio estamos al tanto de ese proyecto. Y únicamente Peter y yo tenemos constancia de que Charlie no está implantada.

—En todo caso, es extraño —reflexioné—. De haber intentado activar su dispositivo, sería la hermana la que hubiera atentado contra el laboratorio, ¿no?

—No lo sé. Llevo muchos días sin pensar en otra cosa. —Bronswich se pasó las manos por la cara, en un intento de despejarse.

Tenía que procesar toda aquella información, los tíos de Charlie parecían no enterarse de la gravedad de la situación, y a cada segundo se reforzaba mi certeza de que el asunto era personal, ¿por qué habían querido matarla, si no? ¿Porque hacía muchas preguntas? Tal vez se estaba acercando a la verdad más de lo que alguien hubiese deseado.

—Creo que es un error que Charlie no esté al corriente de la situación al completo —solté, evaluando su expresión.

Ambos me miraron con inquietud.

—Han intentado matarla dos veces —continué—, y si es por esto, no van a parar hasta que lo consigan. No va a estar a salvo, por muy lejos que se vaya a desenterrar huesos, y ustedes lo saben.

Callaron. Sin duda, no se atrevían a contarle toda la historia. Resoplé y me levanté del sillón, cabreado con los dos.

—La mandaron a arreglar sus problemas con la mitad de información. ¡Es una arqueóloga, por Dios! ¡No está preparada para enfrentarse a gente armada!

Siguieron callados y con la vista en el suelo. Sabían que tenía razón.

Tecleé rápidamente un mensaje a Charlie.

«Deja lo que estés haciendo, y vuelve enseguida al laboratorio. Es muy urgente».

—Vayan preparando lo que tienen que decirle.

—Necesitaríamos tiempo… —se atrevió a farfullar Dumpree.

—No hay tiempo. Le acabo de mandar un mensaje. ¿O prefieren enterarse de que la han acribillado a tiros en cualquier sitio al que haya ido, con el propósito de sacarlos de un atolladero, siendo ella misma otra víctima?

«¿Qué ocurre?» preguntó ella.

«Solo vuelve cuanto antes, ¿vale?»

«Puedo llegar en un par de horas. Dime qué ha pasado».

«Algo que tienes que saber».

Tardó cinco minutos en contestar y me pregunté qué estaría pensando. No era el mejor momento para ponerse terca.

«Vale, ya estoy de camino».

Suspiré aliviado. Falsa alarma.

«Ten mucho cuidado».

«Mejor que lo tengas tú, estoy hambrienta».

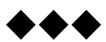
Le envié una carita de tío al que se le cae la baba. Ese era yo, claro. No había forma de expresarlo de manera más gráfica. ¡Sí, me estaba convirtiendo en un moñas a marchas forzadas!

Me giré, enfrentándome a los dos hombres, al tiempo que recomponía mi expresión seria.

—Ya es hora de que sepa toda la historia, se enfadará, por supuesto, pero merece no ir por ahí a ciegas.

—Charlie es la familia que nunca tuvimos por nuestro trabajo. Ha sido la hija de todos —dijo Bronswich.

—Por eso deben decirle la verdad. Es la forma que tienen de protegerla.



¡Demonios, cómo la había echado de menos esa semana! Se acercó corriendo en cuanto me vio, esperándola en el aparcamiento.

—He echado de menos esto —me susurró al oído antes de besarme largamente, presionándose a mí, sin molestarse en echar un vistazo por si alguien nos veía.

—Gracias, yo también te he echado de menos a ti —le contesté con ironía.

—Tú ya me entiendes… —tiró de mi mano hacia la entrada del laboratorio—. Saludamos y nos vamos. Necesito comida, una ducha y a ti, y no por ese orden.

—Podemos darnos una ducha, mientras hacemos el amor y nos comemos el uno al otro —le propuse.

—¡Me gusta el plan!

Tenía una sonrisa pícara preciosa, que se desvaneció un tanto, al detenerse un segundo a pensar.

—Por cierto…, ¿qué haces aquí tan pronto? Se supone que llegabas mañana… —Se detuvo—. Dime qué pasa.

Negué con la cabeza.

—Nada que yo pueda contarte. Tienes que hablar primero con tus

tíos.

Se sumió en un silencio preocupado.

Me hubiese gustado pasar por su casa y hacer el amor con ella o, simplemente, estar un rato a su lado y abrazarla, sin otro propósito. Solo quería sentirla cerca, y que supiera que podía contar conmigo.

Charlie se sorprendió cuando le solté la mano y me quedé atrás, mientras sus tíos entraban con ella en el despacho de su padre. Podía verlos a través del cristal de la puerta, ese sería todo mi papel, cerciorarme de que le contaban la historia al completo, era un problema familiar que dirimir en privado.

—¿Qué pasa ahí dentro?

Harry me sacó de mi ensimismamiento, de forma tan sorpresiva, que no podía imaginar lo cerca que estuve de remodelarle la nariz.

—Tranquilo, hombre. Solo he preguntado… —Levantó las manos, al tiempo que retrocedía un paso, alarmado por mi reacción.

—Conversaciones familiares, ya sabes —le contesté, restándole importancia.

Este tío me resultaba un poco entrometido, y excesivamente interesado por todo lo que ocurría alrededor de Charlie.

En ese momento, ella se levantaba de la silla y les gritaba algo a sus tíos. Estos se habían encogido un poco. Bueno, al menos parecía que le estaban contando la verdad.

—Nunca había visto a Charlie tan enfadada con sus tíos. Tienen una buena bronca.

—Los intereses de la hipoteca, seguro. Eso crea muchas tensiones familiares.

Harry me miró con una expresión incrédula, el humor irónico no era su punto fuerte.

Charlie se volvió a sentar, con la cara entre las manos esta vez. Su espalda se movía de forma espasmódica por los sollozos. Joder, eso me impresionó. Lo que le estaban contando le tenía que haber dolido mucho.

Harry se había dado cuenta y miraba la escena, embobado. Le di

una palmada en la espalda que pretendía ser amigable, y que podía haberle sacado los pulmones por entre las costillas. El sonido hizo que algunos ayudantes más se volvieran hacia nosotros. Con una sola mirada furibunda por mi parte, volvieron a lo suyo.

—¡Ale, chico! ¡Se acabó el espectáculo! ¡Sigue con tu trabajo, que se te enfría el microscopio!

¿Que no estuve muy diplomático? Pues no. Harry contemplaba el derrumbamiento de Charlie como si fuese algo digno de memorizar.

—¡Oye! ¿Qué crees que estás haciendo? —protestó, masajeándose el hombro.

—Estoy invitándote amablemente a que te vayas a jugar con alguna de tus maquinitas. Y si puede ser en otra habitación, mejor, porque si te veo echar otro vistazo por esa puerta, te voy a anudar las tripas al cuello.

Desde luego, no se esperaba algo tan violento ni tan directo. El chico era solo un imbécil, sin embargo, me molestó que viera a Charlie tan vulnerable. A decir verdad, no sé si me incomodó que la viera tan machacada, o que yo tuviese que presenciarlo, sin poder hacer nada, seguramente ambas cosas.

Harry se alejó con una mirada de resentimiento, pero se fue, que era la idea. Yo seguí mirando.

Al cabo de una hora, o lo que a mí me pareció una vida, los tíos de Charlie salieron y me lanzaron miradas rencorosas. Bien, me estaba acostumbrando a no ser el tío más popular del laboratorio.

Charlie se levantó de pronto, y abrió la puerta que comunicaba el despacho de su padre con su antigua habitación. Yo no sabía qué hacer. Esto era algo que tenía que procesar a solas, y debería haberla dejado un rato.

No fui capaz, me sentía demasiado protector con ella, y quizá le viniera bien un abrazo.

Se había acurrucado sobre el viejo edredón rosa que cubría la cama, su refugio durante muchos años. Me senté a su lado y le acaricié la espalda.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Su voz sonaba ronca. No podía ver su expresión porque tenía un brazo sobre la cara.

—Desde hace unas horas, por eso quería que volvieras.

—¿Viste a mi hermana?

—Si.

—¿Es igual que yo?

Me lo pensé apenas un instante.

—No. Físicamente sois calcadas, aunque estoy seguro de que no es igual que tú.

—¿Cómo lo sabes si no has hablado con ella ni te la has follado?

Joder. Me quedé descolocado. No esperaba que se revolviese así contra mí, aunque estuviera enfadada.

—¿Y quién te dice que no? —¡Mierda! No era el momento de bromear. Ni siquiera lo pensé, y ahora era tarde para rectificar o retractarme. ¿Cómo iba a hacerlo? Hay dos cosas que no tienen vuelta atrás cuando las has disparado: las balas y las palabras.

Su silencio fue peor que cualquier cosa que me hubiese podido gritar.

—Lo siento… —comencé a disculparme.

Ella se incorporó, tenía los ojos enrojecidos, aunque secos.

—Vuelve a Nueva York, o a la cloaca en la que tengas tu madriguera. Si puede ser en este mismo momento, mejor.

Se levantó, deslizándose hacia los pies de la cama, y se marchó, dejándome con un palmo de narices, sentado sobre un edredón rosa, en una habitación que fue su refugio durante toda su vida infantil y adolescente.

Su coche no estaba en el aparcamiento, ni ella en su casa. No contestó a mensajes ni a llamadas.

Hubiese podido pedir favores y localizarla, pero ahora se encontraba dolida, y mi presencia no sería bien recibida. Debía darle un poco de tiempo, y fustigarme por no recapacitar antes de hablar.

Me equivoqué al hacer que sus tíos le contaran toda la historia, sin haberla preparado primero, y al no dejarla un rato a solas con sus

pensamientos.

Me equivoqué en todo.

Capítulo 14. Charlie

¡Dios! ¿Qué había pasado con mi vida?

Hacía poco más de un mes preparaba un viaje a Perú con el doctor Stevens, mi mentor y director de la tesis que ya tenía lista, a falta de una fecha en la que defenderla.

Si todo iba según lo previsto, tendría el título de doctora en breve, aunque eso no era lo emocionante: el trabajo lo era. Íbamos a una excavación que requeriría de tres meses mínimo, antes de que el mal tiempo diera por finalizada la temporada. Me entusiasmaba justo lo que más odiaban mis compañeros, la mayoría arqueólogos de salón a los que las incomodidades echaban para atrás.

A mí me gustaban las jornadas agotadoras, los pequeños descubrimientos, los catres inestables en una tienda de campaña, la vida al aire libre y hasta los molestos insectos. De tener la oportunidad, viviría de excavación en excavación, aunque esa práctica se la podían permitir pocos, los nómadas no tenían buena acogida en los grupos establecidos, a no ser que contaran con un gran renombre en el mundillo.

Mi entusiasmo agotaba a mis compañeros, incluso el doctor Stevens perdió la paciencia conmigo en más de una ocasión los meses precedentes, sumido en sus propios problemas.

Estaba terminando los preparativos cuando me avisaron del tiroteo en el laboratorio.

Ajena a la naturaleza de sus experimentos, que nunca me interesaron, de repente me vi inmersa en ellos, intentando deshacer los problemas que causaron, en vez de continuar con mi vida.

El mundo, que pensaba controlado, ya no era lo que creía: mi familia ya no era mi refugio, mi madre seguía viva y me odiaba, tenía una hermana gemela con un trastorno bipolar y, el hombre al que absurdamente entregué mi corazón, apareció en el momento más inoportuno. Como aliño especial, y por si fuera poco el caos, debía cuidarme de algunos individuos que pretendían matarme.

Vale, igual estaba siendo exagerada, porque Josh no podía ser el hombre que el destino me tenía previsto, era demasiado pronto, primero debía afianzar mi carrera. Él hacía que arrinconase mis prioridades, hasta consiguió que olvidase la razón que me llevó a

meterme en aquel lío. Mi padre y sus manejos resultaban irreales, superfluos, comparados con sus caricias.

¡Pues sí, aquel tío con cuerpo espectacular e ironía en sus venas como para parar un convoy de trenes, me había robado la idea de que tenía control sobre mis sentimientos!

Por no hablar de que, entre otras cosas, me hizo plantearme el futuro, ¿y si no encontraba otro Josh en mi vida? Era un sueño en la cama y fuera de ella, tenía aspectos mejorables, pero, ¿hay alguien perfecto?

¿En qué momento se había convertido en una prioridad superior a la de dar con el asesino de mi padre? No lo sabía, ni quería pensar en ello. La única forma de hacer las cosas en condiciones era reiniciando la partida.

Tío Peter y tío Charles tendrían que arremangarse y solucionar el desaguisado que habían creado. Esperaba que hicieran caso del mensaje que les mandé, y se pusieran en contacto con la policía, esta vez, para contarles toda la historia, y no la que creyeran políticamente correcta. La otra alternativa era acudir a los medios de comunicación y obligar a las autoridades a detener a los latentes.

Me engañé creyendo que yo podría solucionarlo, ni siquiera me habían proporcionado toda la información, lejos de eso, me ocultaron lo más significativo. Ya no se trataba de individuos anónimos, sino de mi hermana y de mí. Resultaba duro pensar que ni se les pasó por la cabeza la idea de ponerme al corriente.

Su forma de querer protegerme me había hecho mucho daño. Que me decepcionara un hombre al que apenas conocía era una cosa, que me fallaran ellos, en los que llevaba confiando toda la vida, me costaría perdonárselo. Lo haría cuando doliera menos.

Cogí el coche y conduje sin rumbo fijo, meditando sobre qué hacer a continuación, hasta que llegué a una conclusión: debía volver al punto de partida. Solo había perdido un mes, quedaban dos o más para concluir la temporada. Quizá aún pudiera incorporarme al equipo de Stevens.

Un vuelo con escalas en Venezuela, Colombia y Ecuador me dejaría en Perú en dos días. No era la ruta más directa, y la desecharía de no tener tanta prisa: quería irme en el primer avión que saliera. Desde Lima, ya alquilaría un coche, o me haría con algún medio de transporte hacia Caral. Llevaba todas las vacunas al día y los permisos

correspondientes.

Stevens no respondía a mis llamadas ni a los correos, nada extraño puesto que, en aquel lugar, la cobertura era inexistente. Me daba igual, iba a presentarme allí de todas formas, y de no quedar plazas en el equipo, pediría trabajo en alguno de los otros que excavaban por la zona. Contaba con un buen historial y experiencia.

Desperté a Gina, mi mejor amiga, y le conté lo ocurrido en ese tiempo, llevábamos semanas sin hablar y sentía que, si alguien iba a entender mi estado de ánimo, sería ella y nadie más.

Tampoco me explayé demasiado por no agobiarla, ella tenía sus propios problemas. A pesar de que trabajaba en lo que quería, últimamente no sonaba muy feliz, y eso me preocupaba, ya no terminábamos las conversaciones muertas de risa como antes. Esperaba que fuera circunstancial, no me importaba convertirme en una adulta con responsabilidades, pero no soportaría volverme una amargada.

Regresé a mi casa de madrugada, e intuí que Josh estaba cerca. No sé por qué, era una sensación.

Deseaba verlo y despedirme. Tal vez, en otro momento, lo hubiera considerado, ahora me sentía demasiado dolida, aunque no creyera en lo que dijo. Era mejor dejar las cosas así, antes de que esa relación intrascendente se convirtiera en una dolencia permanente.

No contesté a sus llamadas, ni respondí a sus mensajes desde que abandoné el laboratorio y, a pesar de eso, se encontraba cerca, lo sentía. Sabía que, si marcaba su número, descubriría dónde se ocultaba. Deseché la idea, me convencería para quedarme y yo necesitaba irme.

Aun con todo, al meterme en la ducha, eché de menos que se apretase contra mi espalda y que me hiciera el amor bajo la lluvia templada. Lo añoraba tanto que incluso me pareció percibir un rastro de su olor en el aire, cosas de mi mente calenturienta, porque no habíamos estado en la casa desde hacía una semana.

Me sequé y vestí rápidamente, mientras organizaba en mi cabeza el equipaje que me llevaría: el portátil, cámara digital y de video, camisas y pantalones de trabajo, y dos chaquetas gruesas, además de botas resistentes.

El apartado de ropa interior debía ser abundante. Sabía, por

experiencias anteriores, que la falta de lavanderías y de agua, eran los mayores problemas en una excavación. La constante era el olor a sudor propio y ajeno, porque las duchas estaban limitadas a una diaria, y eso, tras un día trabajando bajo el sol, relegaba el concepto de higiene personal a una mera ilusión.

En esa época del año, la temperatura nocturna era suave, pero el mal de altura provoca que el organismo se enfríe a mayor velocidad. Supone un cambio considerable pasar de los 350 metros de altura aproximada de Pittsburg, a los más de 1700 de Caral, y eso se nota en cuanto bajas del avión en Lima, y te adentras un poco en el país.

El kit de supervivencia de cualquier arqueólogo que trabaje a esas alturas, consiste en una buena provisión de agua, analgésicos, chocolatinas, y tener localizado un transporte de evacuación a zonas más bajas, si los síntomas empiezan a ser preocupantes.

En mi primera toma de contacto con Perú, por poco me da un yuyu: Vilcashuamán se encuentra a unos 3490 metros sobre el nivel del mar. El doctor que dirigía la expedición nos advirtió, yo era una novata entusiasta y no lo tuve en cuenta. Me tuvieron que reubicar en otro yacimiento porque, a medida que íbamos subiendo, notaba la falta de oxígeno, y llegaron los mareos, el cansancio, las náuseas.

Me convertí en una enciclopedia médica andante de los síntomas del mal de altura. De esa forma descubrí la zona arqueológica de Nazca, a unos cómodos 400 metros sobre el nivel del mar, que sigue siendo una de mis favoritas. Los yacimientos son muy interesantes, sin embargo, lo más divertido es que siempre hay por los alrededores pirados de la vida extraterrestre, que abordan a cualquiera para preguntar por las evidencias encontradas. Las negativas no los disuaden, sino que les proporcionan mayores motivos de sospecha.

A raíz de mi llegada triunfal a Perú, decidí ir subiendo poco a poco, hasta que mi cuerpo se aclimatara y, pasados los primeros momentos algo incómodos por la hipoxia, al menos ya no me ponía a morir. Mi padre me consolaba diciendo que poseía otras muchas cualidades, aunque siempre envidié a los compañeros que apenas apreciaban esos síntomas, que a mí me superaban.

Los 1700 metros de Caral me iban a costar un par de días tirada en un catre, luego me acostumbraría, ya conocía la rutina.

—Quizá tengas dificultades si quieres hacer paracaidismo, pero no te impedirá volar, pequeña —decía tío Charles, siempre tan

animoso.

Esa evocación me recordó que seguía enfadada con él y con tío Peter. ¿Cómo podían haberme ocultado lo de mi madre y mi hermana todos estos años? De acuerdo que, siendo más pequeña, no lo hubiese entendido, ahora que ya era adulta, deberían habérmelo contado. Sobre todo, tras el asesinato de mi padre. Si le habían hecho alguna promesa, expiró con él.

Me dolía que mi propia madre me hubiese abandonado y renegado de mí siendo un bebé, me dolía no conocer a mi hermana gemela, y me dolía más que mi padre hubiera prescindido de ellas, obligándome con su silencio, a renunciar a mí también al lazo familiar que nos unía.

Por el momento era suficiente. Tenía mucho tiempo por delante para pensar en eso, y en muchas más cosas que me causaban desazón, pero no podía estar dándole vueltas indefinidamente, centrarme en mi trabajo era la mejor forma de aparcarlo. Lidiaría con ello después de pensarlo, encarándolo con distinto ánimo.

Le dejé una nota en el salón al casero, con un cheque que cubriría los gastos de tres meses, pensando en que antes de que se iniciara esta locura, estaba mirando guardamuebles, con la intención de mudarme a Nueva York con Gina. Ahora tenía más motivos para largarme definitivamente de Pittsburgh. De momento, el asunto quedaba aparcado, al igual que otros planes.

Reservar el vuelo me llevó un rato: me tocó la telefonista sorda, que se empeñaba en que le repitiese los datos, dos y hasta tres veces. Después de colgar, volví a llamar, debía asegurarme de que la reserva estaba hecha, no terminaba de fiarme de que aquella mujer se hubiese enterado de dónde quería ir y cuándo.

Todo estaba correcto. La sorda hizo su trabajo: sacar de quicio al cliente, no dejarlo en tierra.

En el último momento, esperando al taxi, me acordé de que debía meter el coche en el garaje, que era un terreno casi inexplorado. Nunca lo guardaba, porque luego había que sacarlo. Además, teniendo espacio en la entrada, ¿qué más daba?

Ahora me iba por dos o tres meses, no podía dejarlo a la intemperie. Encontrar la llave del garaje fue otro cantar: revolví todos los cajones, bolsos y bolsillos, hasta que recordé que la guardé en la guantera cuando el interruptor automático se averió por falta de uso.

El taxista fue muy amable de llevar mi bolsa de viaje, que abultaba tanto como yo, y pesaba bastante más. Creo que, en el último momento, se me fue la mano con los tres pares de botas que cargaba, ya tendría tiempo de arrepentirme mil veces antes de llegar a mi destino. La mochila iba conmigo, llevaba, aparte de la documentación, los trastos electrónicos que no pensaba perder de vista.

Mientras el vehículo arrancaba, eché un vistazo atrás, no por la nostalgia de abandonar mi casa, sino con la vana esperanza de ver a Josh corriendo tras el taxi para que no me fuera: sí, ¡me tragué muchas pelis policíacas, aunque alguna romántica también había caído!

La vida real resultaba menos emocionante que las películas, y el espacio hasta mi casa seguía tan vacío como un minuto antes. El único cambio era una mayor claridad en el horizonte, amanecía en aquella parte del mundo, mientras que en mi interior reinaba la oscuridad de las últimas decepciones.

Capítulo 15. Josh

Parte de la tensión de mis hombros se disipó en cuanto la vi entrar en su casa, sana y salva.

Tras mi insistencia en que debía cuidarse, se tomaba más en serio su seguridad. Me aseguré de enseñarle los conceptos básicos para detectar si la seguían y, además, iba armada y sabía disparar. Era probable que no acertase a un blanco en movimiento, pero disuadiría a cualquiera que la considerase una presa fácil.

No obstante, todavía era mucho más vulnerable de lo que creía, y la semana anterior me encargué de que estuviera alerta, sin embargo, ahora dudaba que hubiera seguido mis consejos, alterada como estaba al salir del laboratorio.

Vista su tardanza en aparecer, me empecé a preocupar de veras. Comprendía que estuviera cabreada con todo el mundo y, aun así, creí que necesitaba respaldo, que no podría ofrecerle si desconocía su paradero.

Fue en ese momento que se me ocurrió ponerle un localizador. Quisiera o no, sería su sombra hasta asegurarme de que no corría peligro, o hasta que me diera la ocasión de disculparme por mi estupidez, si es que me daba la oportunidad de hacerlo.

También era un riesgo ponerle un localizador, de enterarse me colgaría de las pelotas, un peligro asumible, si servía a mi propósito de asegurarme de que no se le ocurría alguna de sus locuras, como volver a buscar al coronel Hackford.

No perdí un minuto: Devlin me dijo dónde y yo lo conseguí. Tarde o temprano aparecería, o eso esperaba, entonces, le colocaría el dispositivo.

Respiré más tranquilo al verla llegar a casa.

Me deslicé sin ruido por la puerta de atrás, que siempre se dejaba abierta, a pesar de mis advertencias.

La escuché duchándose, y un ramalazo de deseo me traspasó, imaginándola desnuda bajo el agua. Me encantaba abordarla en la ducha, y juraría que a ella también.

Pasar de largo frente a la puerta del baño, requirió de un

abrumador esfuerzo de voluntad. En su dormitorio, sobre la cama, una gran bolsa de viaje vacía y una mochila con su portátil, además de otros aparatos electrónicos. Por lo visto, pensaba largarse.

Imaginé que llevaría la mochila a mano, así que introduje el localizador al fondo de uno de los pequeños bolsillos auxiliares, asegurándome que funcionaba.

Salí con sigilo, si me pillaba entrando en su casa como un ladrón, no sumaría puntos en la casilla del perdón.

Un viaje le vendría bien, se alejaría del peligro y reflexionaría sobre lo que le preocupaba. Hasta puede que llegara a la conclusión de que arreglar los problemas de sus tíos no era cosa suya, porque no lo era. Deberían ser ellos los que pidieran ayuda a las autoridades y, si no funcionaba, airearlo en la prensa. Era la mejor manera de protegerse.

Esperaba que me incluyera entre esas reflexiones, porque no quería ni pensar que todo hubiese acabado. Dependía de ella y me avendría a su voluntad, aunque ya sabía que, en mi caso, recuperarme de esa herida sería un camino largo y doloroso.

Esperé pacientemente, oculto entre las sombras de los árboles, al otro lado de la calle, observando sus movimientos a través de las ventanas. Tampoco en eso me había hecho caso, y las persianas estaban totalmente abiertas.

No se acostó, llenó la enorme bolsa de viaje, puso el móvil a cargar y habló por el teléfono de la casa durante un buen rato. Luego, se dedicó a registrar cajones, bolsos y ropa, sin encontrar lo que buscaba, metió el coche en el garaje y esperó a un taxi, que llegó enseguida. Le di una calle de ventaja, antes de seguirla con la moto que tomé prestada, unas casas más allá.

En el aeropuerto me admiré de su decisión y cabezonería, rechazando la ayuda de otro pasajero, que quería ayudarla a subir la bolsa de viaje a la cinta de facturación de equipaje. La subió con gran esfuerzo, y haciendo verdaderos malabarismos. Era casi tan grande como ella y por su aspecto debía pesar tanto o más. ¿Llevaría algún cadáver dentro?

Se iba hacia el JFK de Nueva York.

Volví a comprobar que el localizador funcionaba, y la perdí de vista en cuanto entró en la sala de espera, tras pasar por el detector de

metales.

Regresé a su casa, después de devolver la moto al vecino, que tan generosamente había dejado las llaves en el contacto. La puerta de atrás seguía abierta, no pude por menos que poner los ojos en blanco, la cerraría antes de irme.

En el salón leí la nota que dejó al casero y me acerqué al teléfono. Rellamé al último número.

—LAN Airlines, dígame.

—Quiero confirmar la reserva que hice, desde este número, a nombre de Charlenne Donovan, mi esposa.

—¿Tiene el número de reserva?

—Lo siento, ella acaba de salir hacia el aeropuerto con la documentación.

—Entonces, no sé si llegará a tiempo, señor Donovan. Tiene salida en diez minutos de Pittsburgh a Nueva York. Si lo pierde, seguramente tendrá que consultar en el aeropuerto, porque no llegaría a los enlaces con Bogotá y Lima. Aunque hay un vuelo directo pasado mañana…

Escuché a la mujer de fondo, le di las gracias y colgué. Ya sabía lo que quería. Se iba a Perú, seguramente, y por el aspecto de su equipaje, a alguna excavación. Eso era bueno, que se centrase en su trabajo.

Me tentó la idea de dormir un rato en su cama, aspirando por última vez, el leve olor a jazmín que desprendían sus cosas. Deseché el pensamiento, bastante echaría de menos su cuerpo tibio, abrazándome como si quisiera meterme en sus sueños, y la forma en que me miraba al despertar, con los ojos cargados de sueño y una sonrisa en los labios.

¡Joder, cómo la iba a añorar!

Salí, comprobando que todas las puertas y persianas estaban cerradas. Eché el cierre a la puerta de atrás y me marché, sin importarme que me viese algún vecino madrugador. Ya me conocían, y no se iban a extrañar.

En el laboratorio de los tíos de Charlie, me los llevé aparte y les informé de su partida. Harry rondaba por allí, y lo largué con un

exabrupto. Empezaba a irritarme su costumbre de meterse por medio.

—Se ha ido por un tiempo a Perú.

—Irá con el Doctor Stevens, estará en buenas manos —asintió Dumpree.

—¿Seguimos contando con su ayuda, señor Carter? —me preguntó Bronswich.

Negué con la cabeza.

—Creo que deberían ponerse en contacto con alguien de Defensa o Seguridad Nacional, y echar mano de los contactos políticos que tengan. Lo que ustedes necesitan es que esos sujetos sean apartados de la circulación, y la única forma en que yo puedo hacerlo es matándolos a todos, algo que no va a pasar.

—Podríamos pagarle… —propuso Bronswich.

—¡No soy un asesino a sueldo! Si en mi trabajo tengo que matar a alguien por necesidad, lo hago. No voy liquidando a gente inocente por ahí, se equivoca conmigo. —me salió un discurso muy cortante, y es que este par de alimañas me tenían harto. Se escondían detrás de Charlie, que era la que se estaba jugando el cuello intentando arreglar sus mierdas.

Ninguno dijo nada. Bien, yo todavía no había terminado.

—Me metí en esto por Charlie, que al fin ha resultado una víctima más de sus malas decisiones. Estuvo en el punto de mira de varios asesinos a sueldo por arreglar su desaguisado. Ahora ya no está aquí y el marrón es suyo, límpienlo cuanto antes porque ustedes lo provocaron.

Dicho esto, di media vuelta, dispuesto a largarme.

—Esto es confidencial —dijo Bronswich a mi espalda, claro indicador de que no iban a poner solución al problema a corto plazo.

Me giré, asegurándome de que ambos me miraban.

—Depende de ustedes.

Me marché sin mirar atrás, seguro de que la amenaza implícita en mis palabras había calado en sus mentes egoístas.

De verdad esperaba que ese par de pirados hicieran algo más que sentarse a ver si el asunto se arreglaba solo. Quería quedarme al margen, pero no podía hacerlo del todo. Charlie seguía siendo parte integrante de esta alocada *troupe*, tarde o temprano volvería y querría ayudarles.

Me mantendría pendiente de sus avances, y me aseguraría de que, si no los había, recibieran una buena patada en el culo. Para cuando Charlie regresara, este problema debía estar resuelto.

Volví a Nueva York, con la intención de regresar a Pittsburg cada pocas semanas, y comprobar que les había dado un ataque de sensatez por fin.

Lástima que no pudo ser. La bala que me recibió en cuanto puse el pie en mi calle, tenía muy malas intenciones. Aunque solo me rozó el cráneo, me dejó inconsciente de inmediato, y creo que por eso sobreviví.

El francotirador no debió tener en cuenta el viento, y la bala, que iba hacia el centro de mi cabeza, se desvió lo justo. Tampoco se cercioró de que el tiro hubiese sido mortal, por lo que esa combinación de circunstancias me tuvo en un hospital durante dos semanas, más por la pérdida de sangre que otra cosa. El médico insistió en tenerme en observación, y a mí el descanso no me vino nada mal.

La siguiente semana se me fue en hablar con la policía, explicar mil veces lo ocurrido… en fin, repetir la jugada desde todos los ángulos con el mismo resultado: no iban a encontrar nada, y yo no tenía nada que decirles.

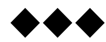
Aquel incidente me hizo tomar conciencia de que todos los que estábamos metidos en los problemas de los profesores chiflados, corríamos un gran riesgo. Ya no me fiaba de que Charlie estuviese lejos, los francotiradores también tenían tarjeta de crédito para viajar.

De acuerdo que mi vida era movidita, sin embargo, los tipos a los que capturaba eran incapaces de disparar desde lo alto de un edificio con un fusil de asalto. En general, solucionaban sus problemas con una buena ensalada de tiros, aderezada con alguna puñalada, si se daba la cercanía oportuna. Lo del francotirador era otro nivel, uno mucho más preocupante.

Días después de salir del hospital, de camino a mi madriguera, ya nunca más volvería a llamarla de otra forma por gentileza de Charlie,

me enteré de la noticia a través de la prensa en internet: el laboratorio de Pittsburgh volvió a ser víctima de otro pirado. El tipo había liquidado a todos los científicos y ayudantes del centro, excepto a tres, que en esos momentos se encontraban ausentes. Por alguna razón, adiviné que Harry se hallaba entre los supervivientes, las cucarachas tenían un gran instinto de conservación.

El asesino, un vendedor de seguros de Florida, fue abatido. Recordaba a aquel hombre, lo tenía en la lista que me tocó verificar. De repente, me entraron muchas prisas.



—Lo siento mucho, el doctor Stevens está con un grupo de arqueólogos y no lo esperamos hasta…

—Sé que están en Perú, lo que necesito es saber dónde se encuentran exactamente.

—No sé si puedo proporcionarle esa información.

—Es urgente, señorita, de lo contrario, no se lo pediría. Hay alguien en su grupo que ha perdido a dos familiares esta semana y tengo que comunicárselo.

—El doctor llama cada cinco días, quizá si me dice el nombre de la persona que busca…

—Soy policía, le daré mi número de placa para que lo verifique, pero esa persona corre peligro y no puedo esperar días, debería ponerme en contacto con las autoridades más cercanas. Si los asesinos van a por él, puede peligrar toda la expedición.

Al otro lado de la línea, escuché a la mujer tragando saliva. Podía haberme topado con alguien menos confiado, y me hubiera llevado un buen rato sonsacarle la información. Mejor así, había prisa.

—Están en Caral, en Perú.

Colgué mientras ella seguía hablando, ya sabía buscar Caral en un puñetero mapa, sobraba la charla sobre geografía que pretendía darme a través del teléfono. No acostumbraba a dejar a la gente con la palabra en la boca, es que odiaba que me hicieran perder el tiempo, cuando no tenía tiempo que perder.

Hice la reserva del vuelo directo a Lima camino del aeropuerto. Salía en cuatro horas, tendría margen suficiente para hablar con Devlin y organizarme.

No necesitaba visado de turista, pero sí reserva de hotel con anticipación, además de contactos en la capital que me proporcionasen un vehículo y armas. Dev se encargó de tenerlo todo listo antes de que saliera mi vuelo. Tendría que plantearme un cambio de actitud hacia el hacker, se estaba portando.

Eso me recordó que tenía muchas llamadas de Vic McPherson, y que no hablaba con él desde que necesité información de Charlie y los tipos que intentaban matarla.

Mantuvimos una larga conversación y le expliqué, sin detenerme en detalles, el marrón en que me había metido. No le pedí ayuda, pero sabía que podía contar con ella, y quizá la necesitara.

A pesar de la preocupación que sentía, estaba deseando volver a ver a Charlie, ojalá ella pensara lo mismo, me conformaba con que me hubiera echado de menos un poquito.

Capítulo 16. Charlie

—James y yo lo hacemos todo juntos, es un amor. Se preocupa constantemente de que esté cómoda. Creo que le voy a dar el sí en cuanto vuelva porque…

Puse los ojos en blanco. Otra vez la verborrea desangrada de Carla y su maravilloso James. Desconecté, quedaría mal pedir que me cambiasen de compañera después de llegar casi a media temporada, y era eso o estrangularla.

Cerré los ojos y me sumí en mis pensamientos.

La tienda de campaña con los dos catres era demasiado pequeña, una de las dos iba a terminar mal, y no sería yo. Si la primera semana soporté su incesante cháchara con paciencia, cada vez eran más las ocasiones en que habíamos tenido un enfrentamiento por lo mismo. ¡No podía haberme tocado una compañera con menos vida interior! Soltaba todo lo que se le pasaba por la cabeza a una velocidad superior a la de la luz.

El doctor Stevens se mostró encantado con mi llegada, quizá un poquito más de lo que me resultaba cómodo, y me puso a supervisar una zona de 10 metros cuadrados a cargo de un estudiante de tercer curso. Situada detrás de la Pirámide Mayor, y muy cerca del rio, se trataba de una parcela muy interesante, ¡lástima que las características del terreno impidieran avanzar rápido!

Habían topado con lo que parecían varios enterramientos superpuestos, que requerían de paciencia, el terreno se hundía con mucha facilidad, y ponía en riesgo tanto lo más superficial, como lo que se ocultaba en el fondo.

Una vez abierto el melón, había que comérselo, o lo que es lo mismo: en cuanto se ahondaba en una formación de esas características, era necesario terminarlo antes de finalizar la temporada. Por muy concienzudamente que se protegiera, los elementos eran muy traicioneros, y podían destrozar los restos ocultos durante siglos.

Stevens conocía mi experiencia con ese tipo de formaciones, y que no me metía a fondo sin evaluar las posibilidades de hundimiento. Anteriormente, siendo todavía estudiante, me hice cargo de una similar con buenos resultados, además de que mi tesis versaba sobre ello, lo que me daba cierta autoridad, que no debe confundirse con

autoridad verdadera, allí era una mandada más.

Nuestro campamento se levantaba a orillas del río Supe, y pasaba la mayor parte de mi tiempo libre al lado de su cuenca. A esas alturas del año, apenas bajaba un hilo de agua, nada que ver con el caudal de la primavera que, a veces, aumentaba con inusitada rapidez amenazando los restos arqueológicos de la zona.

Sin embargo, aquellas avenidas, convirtieron sus orillas en una tierra rica y fértil, los árboles habían resistido el empuje de muchas riadas creciendo orgullosos hacia el cielo, y los campesinos cultivaban a ambos lados del curso del río, creando una franja fresca en el yermo paisaje.

Era muy agradable descansar entre ese frescor, tras pasar todo el día cubierta de polvo y sudando, bajo un sol de justicia.

La mayor parte de los arqueólogos de la excavación nos reconocíamos, diferenciándonos de los turistas, porque siempre íbamos camuflados con churretones de polvo y sudor. Al final de la jornada, tras pasar por las duchas comunales, resultaba complicado dilucidar si el tipo que cenaba a tu lado trabajaba en tu grupo o en cualquier otro.

Después de la cena, me gustaba sentarme bajo un árbol y fijar mi vista en el agua, dejándome mecer por la suave corriente del riachuelo.

Los primeros días fueron extenuantes: durante el día marcaba cuadrículas, me encargaba de lo que los estudiantes iban encontrando, lo señalaba en el mapa del sitio, hacía fotografías y vigilaba lo que se desalojaba en carretillas de mano.

Por las noches, a la luz de lámparas de gas, ya que a las 10 cortaban la electricidad, actualizaba la información en mi portátil y preparaba el trabajo del día siguiente.

Trabajaba hasta que caía rendida en el catre, tan cansada que ni soñaba. Lo malo es que, en cuanto mi cuerpo se acostumbró a ese ritmo endemoniado de trabajo constante, con noches de apenas 5 horas, los sueños volvieron con toda su mala uva.

Los latentes se colaban en mis pesadillas, junto con mi padre y mis tíos, inseparables unos de los otros, compartiendo destino sangriento.

Como contrapunto a tan desagradables sueños, estaban los que protagonizaba Josh. No había olvidado ni una línea de su rostro, ni la sensación de su cuerpo pegado al mío, ni una pizca del brillo de sus ojos cuando me miraba con deseo. Soñaba con que lo tenía a mi lado, abrazándome en la madrugada y acariciándome dulcemente, mientras me mordisqueaba el cuello, y me penetraba sabiendo que estaba preparada, guiando mis caderas en una cadencia lenta que enloquecía mis sentidos.

Solía despertarme con cierta ansiedad, anhelando aquellos momentos. Estaba segura de que ni él ni yo éramos la clase de personas que se enamoraban con facilidad, desde luego, yo no lo era, aunque ahí me encontraba, suspirando todas las noches en un catre incómodo, echando de menos sus ironías y la forma en que conseguía hacerme reír, espantando cualquier pensamiento sobre los latentes o los problemas de mi familia.

De camino a Perú, y antes de quedarme aislada del mundo, tuve largas charlas con mi amiga Gina. Nos conocimos al inicio de nuestras respectivas carreras y nos hicimos tan amigas que parecíamos hermanas.

Gina estudiaba Economía y yo Arqueología, y eso fue lo que causó el conflicto, un estúpido enfrentamiento entre facultades. Coincidimos en una fiesta y cada una despotricó de la carrera de la otra.

Ella me partió el labio y yo le hinché un ojo.

Hubiese sido la fiesta perfecta de haber llevado biquinis y contar con una piscina de barro. Bebimos lo suficiente para tirarnos de los pelos, aunque no tanto como para dar un espectáculo memorable.

Al final, terminamos invitándonos mutuamente a chupitos, durmiendo en mi habitación y vomitando al unísono, una en el lavabo y otra en el inodoro. Fue el comienzo de una gran amistad.

A ella le contaba cualquier cosa, se abstenía de juzgarme y era mucho más sensata que yo, por lo que agradecía sus consejos. Sin embargo, en este tema no podía asesorarme, ya había tomado una decisión al irme de Pittsburg, anteponiendo mi carrera a todo lo demás. Por supuesto, no le hablé del secuestro ni de los muertos, eso requería de una charla cara a cara, pero le conté mi aventura con Josh, mintiéndole descaradamente al asegurarle que pertenecía al pasado.

Tarde o temprano, se me pasaría, incluso aunque me fuera a vivir a Nueva York. Sería extraño que coincidiéramos y, en todo caso, siempre podríamos saludarnos como viejos amigos.

—¿Dónde te has ido, Charlie? —Stevens me sorprendió en uno de mis lapsus de cara al rio.

—Me ha asustado, doctor…, Ken. —Rectifiqué. Unos días atrás me pidió que lo tutease y por mucho que me esforzaba, no me salía.

Era un atractivo hombre de cuarenta y muchos, con un gran talento en su campo, y espantosamente torpe para relacionarse. Recién divorciado, andaba buscando a una futura ex señora Stevens. Su pasión la volcaba íntegramente en el trabajo, que era su vida, así que su esposa tendría solo unas tibias brasas, que se enfriarían antes de que se hubiese terminado la luna de miel.

Lo respetaba como profesional, pero me incomodaban sus recién estrenadas atenciones personales, por lo que evitaba quedarme a solas con él. Salvando las distancias, me recordaba a Harry y a sus torpes intentos de ligoteo.

Stevens era mi tutor y mentor de tesis, nada más.

Tenía un puntillo prepotente, que salía a relucir si se le llevaba la contraria o se enfadaba. A mí me resbalaba, siempre que la cosa no fuera conmigo.

—Estabas ensimismada —dijo, sentándose a mi lado y apoyando la espalda contra el árbol—. ¿Pensando en el trabajo?

—No exactamente, doctor, mi vida no es solo esto —contesté, un poco mosqueada.

Era mi momento de respiro a la caída de la tarde, y ese era mi rincón, ¿qué coño venía a hacer él aquí?

Me miró, algo sorprendido por la brusca respuesta, que pasó por alto porque no se marchó.

—Hay una vacante de ayudante de cátedra…

—Sí, ya sé, el doctor Markus me habló de ello el otro día.

—No le corresponde a Markus ofrecértelo…

—Markus es el jefe de la expedición. Aseguró que mi candidatura

sería tenida en cuenta dada mi trayectoria, y ya que es un puesto que se consigue por méritos de trabajo, me pareció la forma adecuada de ofrecerlo. —Cualquier posibilidad extraña que se le hubiera pasado por la cabeza, se evaporó rápidamente, lo vi en sus ojos.

Podía haberme mostrado más diplomática, si no hubiera venido a interrumpir mis divagaciones en mi tiempo de descanso. Justo me pilló pensando en Josh, y su entrada de Romeo de tres al cuarto, me cabreaba. Las comparaciones son odiosas, lo sé, pero no había color.

Además, el puesto de ayudante de cátedra era deseable únicamente en caso de que el catedrático a asistir tuviese una programación de trabajo en excavaciones. La docencia no entraba en mis planes de futuro, solo de pensarlo me salía un sarpullido.

—¿Esa vida lejos incluye un hombre, o los pobres mortales tenemos una oportunidad?

¡Por favor! ¿La frase la habría buscado en el manual del perfecto ligón de principio del siglo pasado?

—A los dioses nos gusta ser adorados en la distancia —le respondí con poca simpatía, a ver si se enteraba que no me encontraba en ese lugar solitario para estar acompañada.

—Entonces, no querrás descender de tu nube y participar en el consejo que coordina los trabajos semanales.

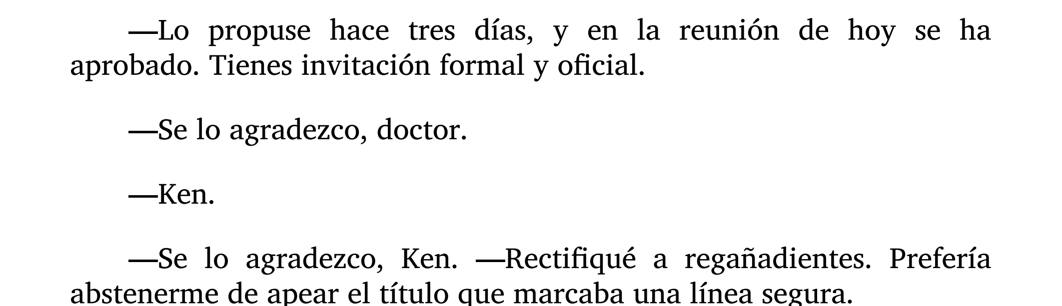
¡Boom!¡Qué cabrón! Cualquier pulla que pensara lanzarle, se disolvió ante la sorpresa. ¡Eso era jugar bien sus cartas!

Participar en ese consejo me aseguraría un puesto de ayudante de cátedra, no solo en una universidad, sino en cualquiera que tuviera una plaza vacante y contase con un amplio programa de campo.

Trabajar en una excavación importante con buenos resultados era una cosa, formar parte del consejo, otra diferente. El puesto significaba un reconocimiento como especialista en la época, y una capacidad organizativa en trabajos de campo equiparable a los de un profesional experimentado.

—Lo haría, si es una invitación oficial y formal, claro.

El muy hijo de puta se permitió lanzar una sonrisita, y yo esperaba no parecer demasiado impresionada.



—Lo propuse hace tres días, y en la reunión de hoy se ha aprobado. Tienes invitación formal y oficial.

—Se lo agradezco, doctor.

—Ken.

—Se lo agradezco, Ken. —Rectifiqué a regañadientes. Prefería abstenerme de apear el título que marcaba una línea segura.

—Puedes agradecérmelo acompañándome a Huacho, tengo que recoger correo y provisiones. Te invito a cenar.

—No me parece buena idea, pero gracias por el ofrecimiento.

—No te proponía una cita, me han hablado de un local con wifi y buena comida. Mi idea era cenar mientras consultaba mi correo, si no te apetece… —Se levantó una vez echado el anzuelo.

Acercarse a la costa significaba ponerse en contacto con el resto del mundo a través de internet, y todos aprovechaban cualquier excusa para pegarse una escapadita que yo me había negado durante todo el mes pasado.

—De acuerdo. —Accedí, cediendo a la tentación—. ¿Cuándo nos vamos?

—En una hora estará listo el camión.

Capítulo 17. Charlie

El local no era nada del otro mundo, una construcción de ladrillo visto, con mesas de manteles a cuadros rojos y blancos, y sillas bastante incómodas, aunque todo ello limpio, detalle de agradecer después de semanas en un polvoriento campamento.

En el trabajo diario esperabas pasarte el día removiendo tierra, no comiéndola. Era rara la ocasión, durante la comida, en que no te chirriaban los dientes a causa del polvo. Lo inhalábamos, lo comíamos, lo escupíamos, y hasta lo soñábamos.

Stevens también sacó su portátil, y cada uno se sumió en su mundo de correos y páginas personales que quería visitar.

Me lanzaba vistazos de vez en cuando, e intentó entablar conversación sobre la cena que, sin ser una maravilla, significaba un cambio en la dieta del campamento, por lo que tuve que estar de acuerdo con él, sin hacer más concesiones, no quería prolongar la charla.

En mi opinión, lo mejor fueron las cervezas frías y con espuma que nos sirvieron al poco de sentarnos. El frescor resultaba delicioso en mi reseca garganta, y el alcohol, estimulante.

Comprobar que no tenía ningún mensaje de Josh en el correo, me causó mayor decepción de la esperada. Ni mensajes, ni llamadas al móvil desde el día que me fui.

Un puñado de notificaciones de las publicaciones científicas que seguía, algunos correos de mis amigas que ya sabían que me encontraba fuera, por lo que no se mostraron insistentes, y miles de spam.

En el móvil recibí varias llamadas de tío Charles y tío Peter y, los últimos días, otras tantas de Harry. Nada en el buzón de voz tampoco.

Dejando aparte que me había ido a la torera, me sentí bastante frustrada. Podía contar con los dedos de una mano, y aun sobraban, la gente que me echaba de menos. Un balance desolador.

—¿Te encuentras bien? —Stevens colocó su mano encima de la mía —. Estás pálida.

Le dediqué una sonrisa poco convincente, al tiempo que retiraba

mi mano hacia el teclado del ordenador, una zona bastante más segura para él, que no sabe lo cerca que estuvo de recibir una patada en las pelotas.

—Sí, ya sabe que los cambios de altura me afectan bastante.

—¿Quieres que te pida agua, o algo más fuerte?

—No, estoy bien, gracias.

—Vale, relájate entonces, todavía tenemos media hora hasta que terminen de cargar el camión.

Le mandé un breve correo a Gina, tras mirar la hora y hacer unos rápidos cálculos, para cerciorarme de que estaría durmiendo. Me hubiera gustado hablar con ella, escuchar una voz amiga que me dijera, sin medias tintas, que era imbécil.

Cerré mi portátil, guardé el móvil y dediqué toda mi atención a terminar la cena.

—¿Tiene un cigarrillo? —le pregunté a Stevens, que seguía enfrascado en su ordenador.

—Pensaba que no fumabas…

—Solo en ocasiones. —No notó la ironía que Josh hubiese pillado al vuelo, en cambio, un nuevo brillo surgió en el fondo de sus ojos.

¿De verdad pensaba que coqueteaba con él? Me dieron ganas de decirle que tendría más posibilidades de ligar con una piedra.

Me tendió un paquete de cigarrillos y un encendedor.

—Salgo fuera —le informé, guardando el portátil en mi mochila.

—Termino enseguida.

Por mí, como si se atragantaba con una patata.

Salí a la puerta, dejé la mochila a mis pies y me apoyé en la pared de la fachada, sintiendo un mareo con la primera calada del cigarrillo.

Me dejé resbalar por la pared hasta que me quedé sentada, con las rodillas apretadas contra el pecho. Miré a un lado y otro de la calle, sintiendo que la memoria olfativa me estaba jugando una mala pasada porque me pareció captar el olor de Josh entre el humo del cigarrillo.

Lo lancé al centro de la calzada, tras apagarlo en el suelo, y apreté la cabeza contra las rodillas. El viaje a la costa había sido una malísima idea.

Stevens salió poco más tarde con su portátil bajo el brazo y me tendió una mano, ayudándome a ponerme en pie. Caminamos despacio hacia donde nos esperaba el camión cargado y listo.

—Pareces triste —me dijo mientras regresábamos al campamento—. ¿Malas noticias?

—No, no he tenido malas noticias.

«¡Ni buenas tampoco, capullo!», pensé, con cierta amargura. A decir verdad, esperaba noticias, una llamada perdida, un mensaje de texto…, cualquier indicio de que Josh me echaba un poco de menos. Y no podía culparlo, yo lo eché de mi vida.

Creo que Stevens vio que no era el momento de insistir en lo que quiera que pensara, porque se despidió, dándome las buenas noches en cuanto nos apeamos del vehículo. Me alegraba que no me obligase a arañarle la cara en alguno de sus avances románticos.

En la tienda, Cara, todavía despierta, se puso a contarme sus planes de futuro, que a mí no me interesaban, salvo que me alegrara la vida marchándose esa noche, así que la dejé con la palabra en la boca. No se iba a molestar, solía hacerle la misma jugada varias veces al día. Otra autista, igual que Stevens.

Caminé despacio por la senda abierta a los turistas que llevaba a la parte de la excavación visitable, me recosté sobre las grandes piedras, la actual cima de la pirámide, y contemplé el manto de estrellas. Se me antojaban cercanas, como si pudiera alargar la mano y tomar un puñado. Era una vista increíble, espectacular en la fase de luna nueva.

—Es una visión fascinante, ¿verdad?

Me sobresalté. Creía encontrarme a solas con mis pensamientos.

—Acostumbro a venir cuando el campamento duerme. De hecho, más de una noche me he quedado dormido donde tú estás.

Se acercó, saliendo de la sombra a la que no llegaba el resplandor de las luces de emergencia del campamento.

—No lo sabía, disculpe si le he molestado, doctor Markus.

—Descuida, no es un sitio para mi disfrute personal, y me alegra que alguien más aprecie la belleza que ofrece el cielo, tendemos a centrarnos en lo que hay bajo tierra. Estas civilizaciones observaban constantemente el firmamento, y muchas de sus construcciones y creencias religiosas se basaban en los movimientos estelares.

—Para ellos el cielo era igual que para nosotros la televisión.

Markus lanzó una alegre carcajada.

—Me gusta tu forma de pensar, ojalá mis alumnos vieran este entorno con mis ojos, que fuera algo más que un lugar de trabajo. Igual es que no consigo transmitírselo, porque me gustaría que levantaran alguna vez la vista, y se fijaran en lo que hay por encima.

—Es posible que se haya perdido la idea romántica de la arqueología, y nos centremos solo en la parte científica, que no digo que sea malo, pero le resta mucho encanto —dije—. Me gusta el trabajo de campo, aunque me agrada más si tengo oportunidad de pasar ratos como este, imaginando la vida que tuvo que desplegarse aquí, en el apogeo de una civilización.

Markus se sentó a mi lado y suspiró.

—Me temo que llevas razón: en este trabajo, los soñadores somos una especie en extinción y debemos apoyarnos. Ahora estoy convencido de no haberme equivocado al proponer al consejo tu candidatura. Seguro que puedes aportar mucho, y tienes experiencia de campo más que suficiente.

Ese comentario me dejó un poco descolocada.

—¿Usted me ha propuesto?

—Y he de decirte que mañana te estrenas, a no ser que no te interese. En la última reunión se acordó que estás lo suficientemente preparada.

—Vaya, se lo agradezco, doctor. No lo esperaba. —¡Menudo caradura Stevens! Igual teníamos unas palabritas pronto.

—Nuestra misión es enseñar, e ir abriendo paso a las nuevas generaciones. Según lo veo, una persona que es capaz de tanta meticulosidad en las excavaciones y a la vez posee una buena visión

de conjunto, merece algo más que un lugar en el consejo. Te vengo observando desde que coincidimos hace dos años, y me alegro de no haberme equivocado al pronosticar una trayectoria brillante en tu carrera.

Tras el bajón de la cena, Markus, uno de los arqueólogos más reputados a nivel mundial en civilizaciones andinas, me estaba proporcionando una inyección de autoestima que no esperaba, y que agradecía.

—Tienes que pensar en ese puesto de ayudante de cátedra del que hablamos. Si lo solicitases conmigo, lo tendrías asegurado.

—Todavía no sé qué voy a hacer con el resto de mi vida, doctor, tengo que meditarlo, aunque le agradezco enormemente la confianza, esta noche necesitaba alguna buena noticia —confesé con franqueza.

—Naturalmente, no te apresures, conseguirás esa plaza en cualquier universidad en la que la solicites. —Me guiñó un ojo, riéndose a carcajadas—. Pero tenía que intentar llevarte conmigo antes de que se te rifen.

Esas palabras en boca de Stevens, me hubiesen sonado fatal, en la del profesor Markus eran halagadoras. Conocía a muchos que matarían por esa oportunidad, y ahí estaba yo, con la cabeza en otro sitio.

—Solo tengo un consejo, si no te molesta: Stevens es un buen profesional que a veces pierde de vista sus prioridades. Nos conocemos desde hace años, y ahora está en ese momento en que conviene andarse con ojo. —Me miró, escrutando mi reacción—. Bueno, veo que sabes de qué hablo, lo que me ahorra tener que explicarte un asunto tan delicado. La labor del jefe de la expedición conlleva muchas obligaciones, y la responsabilidad del bienestar del personal entra dentro de mis funciones. De surgir algún conflicto, espero que me lo comuniques, para que yo me ocupe, ¿de acuerdo?

Asentí aliviada. Me temía ese conflicto del que hablaba Markus, y el que Stevens tuviera antecedentes al respecto eran buenas noticias. Ya no sería su palabra contra la mía. Él tenía un peso específico profesional del que yo carecía, y un problema de esa índole, iría en su currículo, pero también en el mío.

El doctor Markus se retiró a dormir enseguida, demostrando un gran tacto al percibir mi necesidad de soledad.

Acostada sobre las piedras, mirando las estrellas, el recuerdo de Josh me asaltó por sorpresa. Mentira, no resultó sorpresivo, apenas conseguía apartarlo de mis pensamientos durante el día. Deseé que estuviera allí conmigo, y no en la otra punta del mundo. ¿Y si lo buscaba en Nueva York a mi vuelta? ¿Y si no quería saber más de mí? Era yo quién había dado el portazo a nuestra relación, lo lógico es que él continuara con su vida, y no quisiera que entrara y saliera de ella a mi capricho.

Después de darle muchas vueltas, tomé una decisión: la próxima vez que viajara a un sitio con cobertura, tenía que hacer unas cuantas llamadas para disculparme. Al margen de mis sentimientos, debía tener en cuenta los de los demás, y me constaba que mis tíos me querían. En cuanto a Josh, de no poder arreglarlo, prefería que quedásemos en buenos términos, y ya me lamería las heridas por haberme comportado de manera tan infantil.

Con las lágrimas deslizándose hasta mis sienes, dejé que el cansancio y la tensión acumuladas se apoderaran de mí. Me dormí y soñé con lo que deseaba, y temía.

Las primeras luces del amanecer me despejaron con la eficacia de un estridente despertador. Me encontraba entumecida y un poco aturdida al notar el sabor de Josh en mis labios, como cuando acababa de besarme.

Empezaba a preocuparme en serio aquella fijación. ¿Estaría desarrollando alguna psicosis? Mis genes no eran de lo más fiable, dado el historial familiar. Si mi madre tenía un problema psicológico y mi hermana un trastorno bipolar, ¿qué me impedía haber heredado algo de eso? ¿Quizá algún tipo de esquizofrenia? Echaba de menos al cazarrecompensas, pero las vívidas alucinaciones con su olor y su sabor me irritaban porque me impedían olvidarme de él.

Sacudí la cabeza, en un intento de librarme de semejantes pensamientos y los malos augurios que suponían. De momento, debía centrarme en mi trabajo, que era el único punto estable en mi vida.

Ya se oían los murmullos del campamento que cobraba vida con el nuevo día. Me levanté, masajeándome la espalda, y me uní a mis compañeros en el comedor para un desayuno potente con que encarar la jornada.

Capítulo 18. Josh

¡A este paso, iba a tener que robar un banco para financiar la escapadita tras mi arqueóloga favorita! En fin, lo que fácil llega, con mayor facilidad se va.

El amigo de Devlin me esperaba a la salida del aeropuerto Jorge Chávez con los encargos que le hice: un todo terreno usado en buen estado, potentes prismáticos, un rifle M16 con abundante munición y una Glock con varios cargadores.

El tipo, un personaje curioso y divertido, se ofreció a ayudarme y, lejos de molestarle mi negativa, me regaló un sensor de calor que incorporar al rifle.

Dev tenía colegas muy raros. Yo no contaba, era mi hacker, no mi amigo.

Salí de la ciudad y encendí el localizador. El GPS en esa zona montañosa iba un poco a su aire, me fiaba más de los mapas que me descargué durante el vuelo, en previsión de la falta de cobertura. Allí, cualquier tecnología sin conexión a un satélite era tan útil como una piedra.

El mirador al que accedí, quedaba unos cien metros por encima del campamento, un puesto excelente a una distancia más que suficiente para pasar desapercibido.

Durante el día tenía que moverme, los grupos de turistas eran numerosos, aunque los guias los pastoreaban con gran habilidad. Yo debía parecer un turista más contemplando el valle desde el mirador, al que pocos se atrevían a ascender por el empinado sendero. Los valientes que coronaban la cima, ofrecían tal aspecto congestionado que temí tener que elegir entre hacerles el boca a boca, o dejar que palmaran.

Sin embargo, los que me preocupaban eran los numerosos individuos que llegaban en vehículos propios a pasar el día. No podía estar seguro de que Charlie se encontrara a salvo a esa distancia, en medio de tanta gente.

Además de haber adelgazado, parecía muy concentrada en su trabajo. Estaba seria, demasiado. Durante los dos días que llevaba vigilándola, ni una sola vez la vi reír con alegría, y ese no era su estado natural.

Juraría que desconocía lo ocurrido con sus tíos, porque al campamento no llegaba ninguna publicación, ni disponían de una red de internet, ni de cobertura móvil.

Aun con esa seriedad y delgadez, destacaba entre todos, rodeada de un aura especial que solo yo podía ver. Inclinada sobre la tierra, retirando suavemente los restos polvorientos con un pincel, era la mujer más sexy que conocía, incluso al terminar la jornada, cubierta de manchas de sudor y de polvo que le tatuaban la cara, bajo un sombrero de ala ancha tan sucio como toda ella.

Lancé otro vistazo alrededor, en busca de movimientos ajenos al campamento. La vida de Charlie corría peligro y no iba a dejar de vigilar por empalmarme solo con verla. En sus descansos, se dirigía a una zona arbolada al lado del rio para relajarse. Esos momentos me resultaban muy tensos, alejada del grupo era presa fácil.

Ese día se le acercó un tío que no me gustó nada.

A través de los prismáticos pude ver que a Charlie tampoco le entusiasmaba su presencia.

Dar algo por sentado con Charlie, era una pérdida de tiempo, porque al cabo de un rato se encontró con aquel tipo y se fueron en un camión. No los seguí enseguida, tenía el localizador que me daría su posición en un radio de cinco kilómetros. Descendí del mirador y fui a por el coche, oculto a medio kilómetro, entre un grupo frondoso de árboles del valle. Les di cierta ventaja antes de salir tras ellos.

Dejaron el camión en un almacén, y pasearon por las calles de la ciudad de Huacho hasta un pequeño local, del que lo que más me llamó la atención fue el letrero que, en caracteres bien visibles, anunciaba que tenían wifi para sus clientes.

Mal asunto, ahora me arrepentía de no haberle dicho lo de sus tíos el día que llegué a Caral. Aunque no le hubiese hecho gracia verme, al menos se enteraría por alguien conocido, y no por un medio tan frío.

Paseé frente a la puerta del restaurante y eché una mirada al interior. En un rincón, a la entrada, una barra de bar en penumbra me serviría de observatorio.

La mesa que ocupaban ellos se encontraba al fondo, y apenas tenía un vislumbre del perfil de Charlie. No había peligro de que me descubriera por casualidad, a no ser que se girara exageradamente y,

aun así, la escasa luz me ocultaría a su vista. O eso esperaba.

Mientras me servían una cerveza fría, me hice con un diario de la capital manoseado y grasiento, que circulaba por la barra. Lo dejé a mano, por si acaso.

Charlie y su acompañante abrieron sus portátiles y se pusieron a teclear a la rapidez de mi pulso. No dejaba de observar su expresión, sin decidirme a presentarme, cerrar el portátil de golpe y explicarle lo ocurrido. Mi cobardía se impuso, al ver que ella misma cerraba su ordenador. Parecía triste, pero no alterada.

Su compañero le echaba rápidas ojeadas, esperando atrapar su mirada, cosa que no ocurrió porque ella permanecía centrada en lo suyo, sin prestarle atención. Me alivió que la escapada no hubiera sido para una romántica cena, estaba celoso de aquel tipo que, seguro, hubiese preferido meterle mano a Charlie en vez de a su plato.

Me encontraba tan ensimismado, deleitándome en la idea de partirle la boca, que Charlie casi me pilla.

El tipo le dio un paquete de tabaco, y ella se apresuró hacia la puerta, pasando a mi lado. Tuve el tiempo justo de abrir y levantar el diario, ocultarme tras él, y rezar para no haberlo cogido al revés.

Afortunadamente, iba tan perdida en sus pensamientos que no echó ni un vistazo en mi dirección. Se recostó contra la pared y encendió un cigarrillo. Podía verla perfectamente desde mi posición. Dejó la mochila y se sentó a su lado fumando.

A la segunda calada, echó un vistazo a ambos lados de la calle, apagó el cigarrillo, lo lanzó lejos, y apoyó la frente contra las rodillas.

Su acompañante salió en ese instante y me miró con fijeza. Él sí que se percató de que era alguien extraño, fingiendo leer el periódico en una zona apenas iluminada. Volvió a mirarme de reojo antes de salir del local, le tendió la mano a Charlie para ayudarla a levantarse, y se marcharon paseando, igual que habían llegado.

Los adelanté a bastante velocidad en un tramo recto de la carretera, y llegué unos minutos antes que ellos. Ya me encontraba en el mirador cuando aparcaron en un extremo del campamento. Charlie fue hacia su tienda, probablemente a descansar.

Antes de que pudiera acomodarme para pasar la noche, percibí un nuevo movimiento, me llevé los prismáticos a la cara y chasqueé la

lengua, contrariado. Debía estar agotada y, sin embargo, no paraba, ahora comprendía que hubiera adelgazado tanto.

Caminaba despacio por las sendas destinadas a los turistas, paseando entre los restos arqueológicos, guiándose por el débil resplandor de las luces de emergencia del campamento. Se encaramó a la Pirámide Mayor y se recostó sobre las frías piedras. Unos minutos más tarde, una figura salió de las sombras y se acercó a ella. Me tensé, de tratarse de un sicario no podría llegar a tiempo, estaba demasiado lejos.

Charlie no parecía sobresaltada, tan solo se incorporó levemente. Parecían hablar y al cabo de unos minutos el hombre se sentó a su lado.

Un rato después, él se levantó y se marchó. Tomé nota mental de la tienda a la que había entrado. Charlie seguía echada, sin moverse.

¿Estaría bien? ¿Me habría equivocado respecto a aquel tipo?

Abandoné mi equipo, y bajé corriendo del mirador. Mis ojos estaban lo suficientemente acostumbrados a la oscuridad, y llegué a su lado en un minuto, esperando que no fuera demasiado tarde.

Seguía acostada sobre las duras piedras. Le tomé suavemente el pulso en la vena sobresaliente de su cuello, que tanto deseé besar durante un viaje en coche, y que tantas veces besé después: respiraba profundamente. ¡Estaba dormida! ¡Dios, esta mujer me iba a matar de un susto! ¿Cómo podía dormir tan tranquilamente allí, a la intemperie?

Se removió un poco en sueños y me recordó tanto los días en que habíamos dormido juntos, que tuve que resistir la tentación de acostarme a su lado y abrazarla. La besé suavemente en los labios y me marché, bastantes tonterías estaba haciendo.

Volví con calma al mirador y velé su sueño toda la noche. No hacía falta usar la visión nocturna, tenía el sensor de calor que me indicaría si alguien más se le acercaba.

Ese episodio me hizo reflexionar. No podía seguir un mes o más a ese ritmo y, además, me encontraba demasiado lejos para serle de ayuda, si alguien se acercaba a ella. Ya era hora de sacarla de allí o quedarme a su lado.

Eso la cabrearía mucho, pero no había otra forma.

Durante el día, haciéndome pasar por un turista más, me enteré de bastantes cosas respecto a la excavación. Como invitados del PEACS (Proyecto especial arqueológico de Caral-Supe), los anfitriones y responsables del asentamiento, estaban subordinados a su control. Sin embargo, arqueólogos de todas las nacionalidades se daban cita en el sitio durante la mayor parte del año, y eran muy bien acogidos por los profesionales peruanos.

La organización tenía su pirámide de poder, y la cúspide, antes de pasar a los responsables nacionales, la ocupaba el doctor Markus que, curiosamente, era el tipo que acompañaba a Charlie la noche anterior sobre las piedras del monumento.

Me colé en su tienda sin que nadie lo notase. Teníamos que hablar en privado.

—Disculpe por irrumpir de esta forma, doctor, tengo que hablar con usted.

El hombre pareció sorprendido, más que asustado.

—Tengo que hablarle de Charlenne Donovan.

—Charlie, sí, dígame.

—No sé por dónde empezar…

—Tal vez pueda ayudarle: usted es alguien allegado a Charlie, y ha venido a decirle lo que ocurrió en el laboratorio en donde asesinaron a su padre recientemente. Ha vuelto a ocurrir, ¿no es eso? —dijo, al tiempo que se sentaba en su catre.

Vale, me dejó de una pieza en un segundo. ¿Este tío era vidente, o qué?

—En líneas generales, sí. ¿Cómo lo sabe?

El doctor lanzó una risotada franca antes de contestar:

—Lo siento, amigo, es que, sin sentido del humor en estos páramos perdidos de la mano de Dios, somos carne de psiquiatra. Le diré cómo lo sé si se presenta primero.

—Disculpe mis modales, soy Josh Carter. —Le tendí la mano, la tomó y la sacudió un par de veces, sonriendo. Era un hombre muy campechano, rozaba los sesenta, y tenía una mirada juvenil e

inteligente.

—Bueno, señor Carter…, hay un chico de primer año que es un poco patoso, nadie le deja acercarse a los yacimientos porque allá donde va, la lía. Es un buen muchacho y con mucha voluntad, así que me dedico a enseñarle paso a paso y, mientras yo estoy sobre el terreno, lo mando a la costa todos los días, con el fin de que me descargue los principales diarios mundiales. No será un gran arqueólogo, aunque será uno bueno algún día. Las noches aquí son muy largas y me gusta enterarme de lo que pasa en el mundo.

Su franqueza me dejó perplejo. Sin duda, era un buen conversador y mejor persona. Cualquiera en su lugar, se hubiera indignado por encontrarme dentro de su tienda.

—Es posible que ella ya conozca esa noticia… —Aventuré, recordando lo triste que me pareció la noche anterior.

—No lo sabe, señor Carter —aseguró.

—Josh, por favor —rogué— ¿Cómo lo sabe?

—Esta noche pasada hablé con ella. Sí, parecía triste, y no creo que fuera de ese tipo de tristeza por la pérdida de un familiar. Ya llegó abatida esta campaña, y me da en la nariz que no era solo por el fallecimiento de su padre, ¿quizá algo que ver contigo? —soltó, así sin anestesia.

Este hombre tan perceptivo casi me asustaba.

—Entonces, ¿cuál es la estrategia? ¿Te acercas a Charlie y le sueltas la noticia a bocajarro o la vas dosificando? —prosiguió.

—Buena pregunta. —Me indicó con un gesto que me sentara en la silla y lo hice—. El caso es que la última vez que nos vimos, la cosa no terminó…, digamos que está cabreada conmigo, y lo malo es que nadie más va a venir a darle la noticia. Tendrá que conformarse con el mensajero.

—No es la única razón. Esa noticia seguirá ahí a su vuelta, ¿no? Si estás aquí es porque hay algo más que eso.

—¿Trabaja en alguna agencia de inteligencia, o qué?

—Mi trabajo me obliga a ser muy observador, y a calibrar rápidamente lo que es importante y lo que no. No me vas a proporcionar información que no me concierne, y yo sé que hay algo más, por lo que tendré que darte permiso para que te quedes en la excavación, y la protejas de lo que quiera que sea que ha matado a su familia y la acecha.

—¡Ya sé! ¡Lee la mente de las personas! —No lo quise decir en voz alta, pero me salió sin proponérmelo. Este tío era, en verdad, adivino.

—Hijo, cuando tengas mi edad y hayas vivido lo que yo, lo de leer la mente no te parecerá nada especial.

No me molestó que me llamara hijo, lo hizo sin el tono paternalista usado por Peter Bronswich.

—Por cierto, no es por criticar, pero antes de ver a Charlie tal vez convendría que pasases por las duchas. ¿Cuántos días llevas vigilándola?

Definitivamente, este hombre me ponía los pelos de punta.

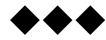
Hizo un gesto con las manos.

—No importa. Usa esta tienda y el catre de ese lado que es el que está libre, si lo necesitas. Aséate, duerme unas horas y luego busca a Charlie. Si no me equivoco, le gustará verte. —Salió sin girarse ni añadir nada más.

Decididamente me gustaba este hombre. Aunque no estaba seguro de su última afirmación, por lo demás era claro y directo.

Tomé una toalla del montón apilado en un rincón, y me fui a las

duchas.



La compañera de tienda de Charlie me dio la bienvenida con un ronroneo.

—Charlie no está, pero puedes esperarla.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla?

—Ni idea, será mejor que la esperes aquí. —se acercó a mí, mimosa, cuál gata en celo.

Poseo una gran sensibilidad hacia los encantos femeninos y la compañera de Charlie era muy guapa, el problema es que no era ella.

—Tengo que verla enseguida —murmuré, y me escabullí hacia el exterior.

No era fácil explicar lo que me pasaba con Charlie, me hacía sentir cosas que ni yo sabía que pudiera sentir. Conocía el amor, aunque no usara la palabra a menudo, ella provocaba algo más potente en mí, un sentimiento que, a esas alturas, ya debería haber olvidado en brazos de cualquier otra.

Lo malo es que ni la enfermera, ni la camarera, ni la azafata, ni siquiera la compañera de Charlie, que se me habían insinuado desde entonces, consiguieron excitarme ni la mitad de lo que me excitaba ella con su sola presencia. Nunca fui un tipo difícil, lo que pasaba es que ninguna de esas mujeres encendía mi imaginación como lo hacía la arqueóloga.

Y no dejaba de ser problemático el cariz que tomaba el asunto, me veía célibe de por vida si ella no quería saber nada más de mí.

Miré la hora y me di una palmada en la frente. Ya sabía dónde se encontraba, y si no hubiera estado tan «espesito», me hubiese ahorrado la búsqueda en el comedor, en su lugar de trabajo en la excavación y en su tienda.

Superé el ataque de cobardía al verla apoyada en el árbol, mirando hacia el río con expresión distraída.

—Tenemos que hablar, Charlie.

Capítulo 19. Charlie

Pegué un salto, levantándome tan rápido que me crujieron las rodillas. ¡No podía ser, Josh tenía que estar a miles de kilómetros!

Me tomó de la barbilla y un gemido de alivio escapó de mi garganta cuando me besó suavemente en los labios. No estaba soñando, ni imaginando. Le rodeé el cuello con los brazos y le obligué a besarme más profundamente, necesitaba cerciorarme de que no era producto de mi mente enferma.

No lo era, me pegó a él, igual que en Pittsburg, y su excitación era notable. Nunca lo diría en voz alta, pero era la materialización del deseo que pedí a las estrellas la noche anterior.

Apoyé la cabeza en su pecho y dejé que su calor me traspasara. ¡Había añorado tanto esa calidez!

—Estás un poco lejos de Nueva York, ¿no? —Hubiese querido mirar sus ojos, cosa que no pude hacer porque sujetaba mi cabeza contra su pecho con fuerza y supe, por el latido de su corazón, que Josh no fingía, sentía lo mismo que yo.

—Tú también —murmuró en mi oído.

—Yo no vivo en Nueva York.

—Por eso estoy aquí y no allí —concluyó él.

Busqué sus labios otra vez, sentía su erección pulsando contra mí vientre, ¡lo deseaba tanto!

No estábamos en un sitio privado, aunque sí alejado de los ojos del campamento. Y, de todas formas, ¿a quién le importaba? Deshice mi abrazo y le desabroché el cinturón despacio, sintiendo su lengua dulce en mi boca, lamiendo mi labio inferior. Los botones del pantalón fueron más rápidos de abrir, ambos nos encontrábamos ansiosos. Por fin pude sentir la tersura de la piel de su pene entre mis manos. Era suave y firme, y reclamaba mi cuerpo.

Mis pantalones de trabajo, tres tallas mayores de lo necesario que me permitían moverme con holgura, cayeron deslizándose hasta el suelo en cuanto soltó mi cinturón. Me deshice de ellos con un par de patadas, impaciente porque él ya me estaba acariciando bajo la ropa interior.

Josh se sentó con la espalda pegada al árbol y me quitó las braguitas de un tirón, rompiéndolas, luego me atrajo a su regazo.

—Me encanta que siempre estés húmeda para mí. —Su voz sonaba ronca de deseo.

—Y a mí me encanta que siempre estés preparado. —Tomé su erección y la conduje hasta la entrada de mi sexo húmedo. Me dejé caer despacio, anticipando su gemido que se unió al mío. ¡Dios, estaba al borde de un orgasmo y no iba a poder esperarle!

Me miró, lo sabía, y le excitaba todavía más comprobar que el placer recorría cada fibra de mi cuerpo, y me hacía temblar. Me sujetó las caderas, impidiendo que me moviera. Los espasmos de mi interior ya eran suficiente estímulo para él.

Cuando se pudo controlar, volvió a mover mis caderas un poco más rápido, al tiempo que me mordía el lado del cuello con suavidad. De nuevo, la maravillosa sensación de calor me inundaba desde el centro del sexo, notaba que él estaba a punto y arqueé la espalda para sentirlo en profundidad.

Ya no controlaba mis movimientos, porque una de sus manos acariciaba mi pecho y la otra hacía lo propio con mi clítoris, para asegurarse de que el orgasmo, esta vez, fuera compartido. Y lo fue. ¡Joder, podría estar así el resto de mi vida!

Abrazados, sintiendo los últimos coletazos del placer, vi por el rabillo del ojo a Stevens que daba media vuelta en mitad del sendero y regresaba al campamento. Esperaba que lo hubiese presenciado todo y se le quitasen las ganas de flirtear conmigo.

Me mintió respecto al consejo y, si Markus no se hubiese adelantado, pensaba meterme un gol con lo de la proposición al puesto de ayudante de cátedra.

¡Hostia, la reunión del consejo!

Me levanté rápidamente y Josh me miró sorprendido. Acababa de darme cuenta de su aspecto cansado. ¿Sufriría también del mal de altura?

—Tengo una reunión en 15 minutos, y tú pareces cansado. Vamos a mi tienda, puedes usar mi catre. —Le conminé a que se vistiera, sin darle opción a protestar.

Él se levantó con agilidad y me abrazó.

—No parece buena idea, si me duermo, tu compañera de tienda me violará.

Solté una carcajada.

—¿Conoces a Carla?

—Claro, he ido a buscarte antes de venir, ¿por qué crees que lo digo?

—Venga, necesitas descansar —le dije, tirando de su mano.

Tenía que apresurarme, no podía llegar tarde.

—Carla, querida, este es Josh. —La muy puta bajó la mirada, sin comentar que ya se conocían—. Va a dormir un rato aquí hasta que yo vuelva, entonces follaremos toda la noche. Si te vas a sentir incómoda, yo misma te buscaré otro alojamiento inmediatamente.

La vi dudar un momento y la dejé procesar la información, aunque lo justo, no era rápida y yo iba con prisa.

—La compañera de Karen se marchó ayer, seguro que le encantará tu compañía.

—Si no te importa… —contestó, deseosa a su vez de perderme de vista, ¡mira que le había costado pillarlo!

—¡Pues marchando, que es gerundio!

Josh contenía la risa. Lo empujé hasta mi catre y me aseguré de que Carla no se perdía el espectáculo. Lo besé profundamente, y pasé la mano por su entrepierna con intenciones poco inocentes. Noté un gemido en mi boca, si no salía de allí enseguida, no saldría en toda la noche.

Carla recogía sus cosas apresuradamente sin quitarnos la vista de encima.

—¿Qué miras? ¿Acaso no le haces lo mismo a tu James? Igual por eso te deja irte todos los años durante tres meses.

¡Qué ganas tenía de decírselo desde que llegué!

Me volví hacia Josh que estaba quedándose dormido, y le di un

beso en la punta de la nariz antes de salir corriendo.

—No has traído ni un boli, Charlie —comentó Stevens aparentando confidencialidad, pero en voz alta, para que lo oyesen todos.

—Al contrario que algunos, tengo una memoria excelente —contesté sin inmutarme y me senté a su lado, puesto que era mi tutor y me habían reservado ese sitio. Con gusto me hubiese ido a la otra punta de la mesa para no perderme su cara de pasmo.

Las personas que componían el consejo sonrieron con disimulo. Markus soltó una risita entre dientes, y se lo agradecí: se había puesto de mi parte y Stevens no podía cambiar eso, estaba por encima de él, y no solo en rango.

El director peruano de la excavación presidia el consejo junto con su segundo, un hombre joven con absoluta cara de concentración. El resto éramos de grupos extranjeros: los directores de otras expediciones con sus mejores ayudantes, dos alemanes, dos ingleses, tres franceses y nosotros tres por Estados Unidos.

Guerrero era el director peruano y, por consideración hacia todos, usó el inglés para indicarnos sobre el plano lo que le parecía más interesante, de cara a la próxima semana. El grupo alemán se trasladaría a cubrir otra cuadrícula, la que habían estado excavando quedaría en manos de estudiantes peruanos, puesto que no dio frutos interesantes, pero sería una buena zona de prácticas.

Todos tomaron notas en cuadernos y en portátiles. Yo me preguntaba qué apuntes tenían que tomar de esa noticia. A mí no me concernía, lo que me interesaba es lo que se trató luego, mi parcela pasaría a manos de un estudiante de Stevens.

—Los enterramientos en la cuadrícula 610 parecen de gran interés, y Larson es especialista en inhumaciones ceremoniales —aseveró Stevens.

—Voy a disentir —replicó Markus con vehemencia.

—Explíquese, doctor. —Guerrero le cedió la palabra.

—Estoy de acuerdo en que Larson conoce los enterramientos ceremoniales, el problema es la acumulación de capas. Con muy buen criterio, el doctor Stevens adjudicó esa cuadrícula a la doctora Donovan, que ya ha tenido experiencia en el campo de estratos

fantasma, con buenos resultados.

—La señorita Donovan todavía no es doctora, y los entierros ceremoniales… —protestó Stevens, sin que nadie le cediese la palabra.

—Estamos escuchando al doctor Markus. Puede rebatir sus argumentos en cuanto termine, no antes —le amonestó suavemente Guerrero.

Stevens enrojeció, y yo no reprimí una sonrisa.

—Como iba diciendo —Markus retomó la palabra, con un gesto de asentimiento hacia Guerrero—, teniendo a dos muy buenos especialistas en una zona tan interesante nos aseguramos con la doctora Donovan —volvió a repetirlo para consternación de Stevens —, que ninguna capa se derrumbe, y con el doctor Larson de que ningún elemento del enterramiento múltiple pase desapercibido. ¿Tú qué dices, Charlie?

Stevens iba a decir algo, quizá que era su turno de rebatir, pero no le pasó desapercibido a nadie que Markus me cediese la palabra, antes de consultar con mi mentor.

—Encantada de trabajar con Larson. Es un buen profesional y esa cuadrícula puede dar algunas sorpresas. Contar con otro especialista nunca está de más —lo dije creyendo en ello. Era un tipo meticuloso y agradable, nos íbamos a entender.

—¿Doctor Stevens? —interrogó Guerrero. Si tenía alguna pega ese era el momento de exponerla.

—Por mí, de acuerdo.

Asumió su derrota, no le quedaban argumentos, e hizo bien en callar. De insistir en ello, hubiese hecho el ridículo.

Una de las cosas que se miraba en el consejo era la trayectoria y capacidad de los que lo componían. Todos sabían que, a falta de presentar mi tesis, publicada y valorada como excelente por expertos en el tema, el doctorado era cosa hecha. Stevens, más que nadie, estaba al tanto de eso por lo que no entendía qué le hizo caer tan bajo. Era otra faceta que me hubiera encantado desconocer de él.

Si se había hecho ideas raras sobre mí, después de verme con Josh se le tenían que haber pasado. Igual era eso, ahora que lo pensaba, aunque no dejaba de asombrarme su mezquindad.

Parte del equipo inglés obtuvo permiso para avanzar con su cuadrícula al sur, al exponer sus hallazgos en esa dirección. Se hizo un recuento de los trabajos de la semana pasada. Guerrero era muy meticuloso, esta excavación era la obra de su vida, y la tomaba muy en serio.

Se dio la reunión por concluida. Stevens salió el primero, recogiendo portátil y notas rápidamente. Markus me presentó al resto del consejo. A la mayoría los conocía, excepto al grupo francés. Todos me dieron la bienvenida y fueron muy amables.

—Deberías tener cuidado con Stevens. No sé qué le pasa contigo, nunca lo había visto tan fuera de sí —me dijo Markus en un aparte—. El trabajo siempre ha sido su prioridad y hoy se ha puesto en evidencia al tratar de relegarte, no es propio de él.

—Intentaré evitarlo en lo posible. Parece que tenía unas expectativas propias respecto a nosotros, y hoy se le han venido abajo, lo que no deja de ser una situación muy incómoda.

—Bueno, en todo caso ten cuidado porque va a buscarte las cosquillas. Por cierto, me gusta Carter, me ha parecido un tipo decente.

—¿Lo ha conocido? ¿Cuándo? —me sorprendí.

—¡Vaya! ¡Me parece que no habéis tenido mucho tiempo de poneros al día! Y yo ya he hablado demasiado, así que le preguntas a él en cuanto tengáis un ratito. —Me guiñó un ojo y se alejó hacia su tienda, no sin antes volverse—. Para tu información te diré que durante un par de noches no voy a aparecer por la pirámide, por si quieres enseñársela.

Se volvió y caminó riendo hacia el comedor. ¡Qué personaje tan genial!

De mi tienda salían unos ronquidos más propios de una sierra eléctrica que de una persona, que hacían volver la vista a los ocupantes de las tiendas vecinas al pasar camino del comedor. Sonreí, Josh no pasaba desapercibido ni dormido.

De Carla no quedaba ni rastro, me alegraba de haberme deshecho de ella.

Lo desperté susurrándole guarradas al oído. Era infalible, ya lo sabía de los días que pasamos juntos.

Me atrajo hasta que me quedé echada a su lado, haciendo peligrar la estabilidad del catre. No estaba pensado para soportar a dos ocupantes, y menos dos que se movían uno contra el otro, intentando dar y recibir placer.

Me marché primero a la ducha, advirtiéndole que no estábamos en mi casa. No podíamos ducharnos juntos, porque seguro que dábamos el espectáculo. Mientras él se duchaba, me acerqué al comedor y pedí un par de platos, que comimos en el valle, sentados en la hierba fresca, contemplando la luna apenas en creciente, que asomaba por encima de la montaña.

Luego, paseamos un poco y le enseñé donde trabajaba durante el día, explicándole lo más relevante, sin extenderme demasiado. Para cualquier persona ajena a mi trabajo era un coñazo oír hablar a un arqueólogo, y lo sabía. Le fui mostrando los restos importantes hasta que llegamos a la Pirámide Mayor.

El campamento se iba sumiendo en el silencio. Se madrugaba mucho, y las jornadas eran largas y cansadas. Todo el mundo intentaba acostarse temprano, y aprovechar las horas de sueño de la noche.

Me senté con las piernas estiradas en lo alto de la Pirámide Mayor, apoyándome en los brazos. Levanté la mirada para contemplar la inmensidad de la bóveda celeste. Josh se acostó, colocando la cabeza sobre mi regazo y suspirando.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Ahora mismo, me siento mejor que en toda mi vida. Mira. —Señaló con un dedo—. En ese cuadrante está tu piscis, con la estrella Van Maanen, la tercera enana blanca más cercana a la tierra.

De constelaciones nunca he tenido mucha idea, y me quedé boquiabierta. ¿Me estaría tomando el pelo?

—Al lado están Aries y Andrómeda. —Fue moviendo el dedo, señalando el cúmulo de estrellas que nos cubrían.

—Te estás quedando conmigo.

—Ni hablar. Desentrañar el mapa celeste es mi afición desde que era pequeño. A veces, las autopistas de la Tierra son más enrevesadas.

Me reí por la comparación.

—¿En serio?

—A mí no me gustaba jugar con los G-man, a menos que pudiese ponerlos en órbita. —Soltó una risita suave que adoraba.

Nunca se me ocurrió pensar lo poco que sabíamos el uno del otro y me prometí que eso cambiaría.

—Nunca tuve una muñeca, no estaban a la altura intelectual de mi padre y mis tíos. Preferían regalarme tablas periódicas y cúmulos de átomos móviles, y aprendí a fingir sorpresa desde muy pequeña —confesé a mi vez.

Y era cierto, excepto el coche por mi graduación y unos pendientes de zafiro muy discretos, que llevaba en todo momento, los regalos de mi padre siempre tenían un propósito didáctico.

—Me hubiese encantado recibir una de esas muñecas a las que puedes maquillar y peinar, en cambio, mi regalo de navidad fue un cuerpo humano, a tamaño real, con todos sus órganos para poder estudiarlos —continué.

—¿Con todos? —me preguntó con picardía.

—En estado de reposo, sí —le sonreí.

—¿Tenía ombligo? —preguntó, al tiempo que se incorporaba, levantaba mi camiseta y besaba el mío.

—Sí —lancé un suspiro.

Él siguió trazando un camino con los labios hasta que llegó al botón de mi pantalón corto.

—Pantalón no llevaba, ¿no?

—No. —Sonreí.

Tiró del mío, mientras yo levantaba las caderas, expectante.

—¿Era chico o chica?

—Chico.

—Entonces no puedo ponerme en tu lugar, a mí me gusta esto. —Hundió la cara entre mis piernas y me acarició con la punta de la lengua. Lo agarré del pelo para detenerlo.

—Sabes que no puedo aguantar mucho eso —suspiré.

—No quiero que aguantes nada. Me encanta hacerte disfrutar.

—Quiero que me hagas el amor, el escenario lo merece —le susurré, más excitada de lo que pensaba.

Nos desnudamos mutuamente, con calma, besando cada zona de la piel que quedaba al descubierto, sintiendo la excitación del otro y disfrutándola.

Se puso encima de mí y me penetró despacio, saboreando mis gemidos de ansiedad. Le gustaba tener el control, lo dosificaba y lo disfrutaba, igual que un adicto al azúcar disfruta de un helado.

Abrí los ojos y contemplé el esplendor del cielo, mientras el placer diezmaba el resto de mis sentidos, y sentía el de Josh como una prolongación del mío. Me encontraba maravillosamente agotada. Aunque las piedras de la cima me arañaron la espalda, solo era consciente del cuerpo de él vibrando a mi lado, respirando conmigo y sintiendo junto a mí.

Me sentía inmortal, invencible, satisfecha y agotada sobre esas piedras milenarias. Empezaba a dormirme, y Josh tiró de mí.

—Vamos a la tienda.

Demasiado cansada, dejé que me llevara sujetándome por la cintura, en un gesto muy tierno. Me acostó en el catre, y me rozó los labios en un suave beso.

Creo que me dormí enseguida. O quizá no tan de inmediato, ya que recuerdo haber pensado en qué clase de química producíamos cuando estábamos juntos. Una que me haría rica, si conseguía sintetizarla en una píldora.

Josh me convertía en una yonki del placer, cada vez necesitaba más de él.

Capítulo 20. Charlie

Me desperté con las primeras luces del día, la hora de ponerme en marcha. Josh dormía profundamente en el catre de enfrente, y me sentí genial, era capaz de afrontar cualquier dificultad si él estaba cerca.

Larson me buscaba en el comedor.

—Parece que hoy empezamos a trabajar juntos —me dijo, a modo de saludo.

—¡Claro! Me alegro de trabajar contigo. ¿Conoces la cuadrícula?

—Sí, he ido de observador muchas veces.

—Si me das cinco minutos, termino de desayunar y nos vamos.

—Te acompañaré con un zumo.

Alan Larson parecía entusiasmado e impaciente, por lo que cogí un zumo a mi vez, y nos marchamos a nuestra parcela de historia. De camino, reprimí un par de bostezos y me froté la cara varias veces, en un intento de hacer desaparecer el cansancio, con Josh cerca iba a ser difícil mantenerme centrada en mi trabajo.

—Vamos con la tercera capa, estamos en un punto complicado. Debajo hay un colchón de aire y los termógrafos no dan una lectura clara, así que hay que ir con pies de plomo. —lo puse al día en un minuto, era un tío espabilado y no necesitaba un discurso explicativo.

Larson asintió, abarcando con una mirada el trabajo avanzado.

Yo levanté la vista, fijándome en un curioso que ya tenía visto anteriormente, llevaba una gorra que le sumía la mitad de la cara en sombras. Sus ojos, velados por gafas de sol, se giraron hacia otro yacimiento y al verle caminar me vino a la cabeza lo que me resultaba extraño, se movía como Josh, con gracia felina, y parecía fuera de lugar.

—¿Te parece que me ocupe de la b10? Está bastante despejada y así no muevo el área complicada —dijo mi compañero.

Asentí, con la cabeza en otro sitio. Pero el hombre ya se alejaba observando otras áreas, por lo que volví a mi labor, había muchos aficionados que regresaban una y otra vez.

—¡Estupendo! Saca lo que puedas sin apoyarte demasiado. El suelo comienza a ser inestable. Si ves que cede, déjalo, esperaremos a ver el volumen de la capa de aire antes de profundizar.

—Buenos días, doctora. Te veo entretenida. —Stevens remarcó el título con cierta ironía.

—Lo estoy —le contesté.

—Quizá desearías estar en otro sitio —insinuó.

Odiaba esta faceta de Stevens.

—Estoy sexualmente satisfecha, si es a lo que se refiere, gracias. —Ya no iba a andarme con paños calientes con él—. Ahora estoy centrada en otra cosa.

—¿Satisfecha sabiendo que tu novio te vigilaba? Eso parece control. Lo vi en la ciudad la otra noche.

El hijo de puta estaba empezando a joderme la mañana.

—No pensaba que fueras el tipo de persona que se deja controlar —concluyó, con aire satisfecho.

—Le veo muy preocupado por cosas que no le conciernen. Tal vez debería estar vigilando sus yacimientos, doctor. Lo que hacen dos personas adultas no es de su incumbencia, a no ser que ahora se dedique a escribir artículos en la prensa amarilla, en lugar de para el National Geographic de arqueología.

—Pregunta a tu novio si hace dos noches no estuvo en Huacho vigilándonos. Yo lo vi.

—Y si eso es cierto, ¿qué cambiaría?

—¡Nada, claro! Si no se fía de ti… —Dejó unos puntos suspensivos en el aire, con toda la mala intención.

—Muy bien, doctor, ya me ha hecho perder cinco minutos de mi tiempo. Si tiene alguna duda más…

—Va armado. Si va a traer problemas, el consejo debería saberlo —añadió con una sonrisa de satisfacción.

—Tranquilo, doctor, su vida no peligra, de momento.

La ironía de mis palabras le resbaló como lluvia sobre un chubasquero, seguramente ni la captó, por lo que decidí ser más concisa.

—Si lo que teme es que le meta una bala en la cabeza, va usted por el buen camino, pero quiero informarle de que yo también sé manejar un arma, y no tendría reparos en usarla contra alguien que me importune más de la cuenta.

Creo que eso sí que lo pilló, porque se marchó sin contestar. Lo malo es que el muy cabrón consiguió su objetivo de sembrar la duda en mí.

—¿Cuándo llegaste? —le pregunté a Josh en cuanto entré en la tienda.

—Dame un minuto, Charlie. —No esperaba una acusación tan directa, pude ver en su mirada que intentaba buscar las palabras.

—Te he dado horas. ¿Cuándo llegaste?

—Tres días, cuatro…

—¿Me has seguido?

—Cada minuto desde que llegué.

Me froté la cara sucia con las manos, todavía más sucias.

—¿Por qué? —Había dado por sentado que estaba allí por mí, porque me echaba de menos. No se me ocurrió que pudiese haber alguna otra razón hasta que Stevens lo comentó, con muy mala leche, hay que reconocerlo.

—Tengo algo que decirte que no te gustará.

—Estamos perdiendo el tiempo. Di lo que tengas que decir de una vez, llevo toda la mañana muy mosqueada.

—Charlie, tal vez… —Intentó acercarse a mí, y me aparté con decisión, no deseaba abrazos, quería respuestas.

—¿Qué es, Josh?

—Tus tíos han muerto a manos de un sujeto del Proyecto Golondrina —dijo, sin mirarme a los ojos.

Tomé aire masajeándome las sienes. ¡No lo podía creer! ¡No podía creer que no me lo hubiera dicho antes!

—Charlie, lo siento. Lamento lo de tus tíos, y aborrezco creer que tú también corres peligro.

Las lágrimas resbalaban por mis mejillas abriendo surcos entre el polvo. De momento, no podía seguir hablando. La mitad de la familia que me quedaba ya no estaba ahí. No importaba que estuviese enfadada con ellos… Bueno, sí que importaba, ya nunca podríamos solucionarlo.

Ya no podrían darme besos en la coronilla, ni reconfortarme en mis debilidades, ni responder las miles de preguntas que deseaba hacerles. Tío Peter y tío Charles ya no serían mi apoyo y mi hogar.

Josh no movió ni un músculo y se lo agradecí. No quería palmaditas en la espalda porque eso no arregla un desgarrón en el alma. Me dejó llorar sin decir nada, sin mirarme.

—No lo entiendo —dije al cabo de un rato, cuando el torbellino de mis pensamientos se asentó.

Él me miró interrogante.

—¿Por qué van a por mí? Yo no era parte del equipo que elaboró el experimento.

—Imagino que es por meter la nariz en el asunto, ya saben que tu padre los engañó sobre tu implante. ¿En qué otra cosa pudo haber falseado el experimento? Tú eras su hija, la única que gozaba de su confianza, quizá piensen que tienes todas las respuestas.

—Pero no las tengo. No sé qué está pasando, ni por qué.

Josh asintió.

—Bien, eso lo sabemos nosotros, nadie más.

—Vale, ¿y quién me busca?

—Supongo que te busca el controlador de los latentes, y quizá Inteligencia Militar, que sabe del experimento y desea detenerlo.

Me quedé sin aliento por un momento.

¿Quién iba a venir tan lejos para intentar algo contra mí?

Resultaba absurdo.

Era posible que mis recelos en cuanto a las intenciones de Josh fuesen fruto del veneno de Stevens, al fin y al cabo, podía haberme avisado por otros medios en vez de venir tan lejos.

—¿Aquí? ¿Por qué iban a molestarse en buscarme en el culo del mundo?

—Me gustaría equivocarme, Charlie. ¡No sabes cuánto!

Me vino a la cabeza el tío al que había pillado observándome en un par de ocasiones esos días, aunque lo deseché, me estaba obsesionando yo sola. Ese hombre podía ser solo un curioso de los que abundaban en la excavación.

—Pues te has callado durante días. Eso pone en riesgo a alguien más que a mí. ¡Hay mucha gente trabajando a mi lado! —le reproché.

—Yo no pretendía…

—¡Deja tus excusas para quién las necesite! —grité. Josh se sentía culpable, cosa que no vi en el momento— ¡Si querías echar un polvo antes de darme la noticia, estupendo, lo has conseguido, pero te has lucido con el resto!

Salí furiosa, camino del rio, en un intento de tranquilizarme. Llevaba apenas unos minutos, debatiéndome entre volver y romperle la cara, o salir de allí cuanto antes, cuando escuché una risita proveniente de la senda que conducía al campamento.

—¿Problemas en el paraíso? —Stevens era lo último que necesitaba para terminar de alegrarme el día.

—¡Hoy tienes el día completo! Mejor deja de espiar lo que hago y dedícate a tu trabajo —contesté malhumorada, usando el tuteo, consecuencia del poco respeto que me inspiraba en ese momento. Había quemado sus naves conmigo.

Se puso frente a mí y me sujetó de los hombros, con intención de decir algo, cosa que le impedí levantando una mano y sacudiéndome la suyas con un gesto brusco. Si me volvía a poner las manos encima le soltaría un guantazo.

—No te molestes, doctor. Te estás poniendo en evidencia…

Una salpicadura de sangre de Stevens me enmudeció de inmediato. Un agujero del tamaño de una moneda le atravesaba el cuello y su cara de sorpresa debía rivalizar con la mía.

Un empujón me derribó al suelo, antes de que el mismo Stevens cayera. Josh me puso una mano sobre la boca para que no gritase, y me instó a que lo siguiera, reptando entre la vegetación. Me ayudó a levantarme tras el refugio de un grueso árbol.

—Voy a salir corriendo hacia el río, cuando veas que me disparan, ve en dirección al campamento. No te pares, no te vuelvas y no dejes de correr. —Me sujetaba la cara entre las manos, mirándome a los ojos—. ¿Me has entendido?

Asentí, lanzando vistazos al bulto que hacía un momento había sido el doctor Stevens, que me pidió que lo llamase Ken, y que ahora estaba muerto, mientras su sangre se escurría por mi cara y mi ropa.

Josh me tomó de la barbilla para que centrara mi atención.

—No lo mires, está muerto. No podemos hacer nada por él. ¿Has entendido lo que te he dicho?

Asentí de nuevo.

—Sales corriendo, te disparan, yo corro hacia el campamento —repetí angustiada— ¿Y si te alcanzan?

—No lo harán, ¿vale? Mírame. —Buscó mis ojos y me inyectó con su mirada el valor que había perdido—. Voy a salir. No lo olvides, no te vuelvas y corre.

Dios, no sabía lo que sentía hacia ese hombre, lo odiaba, lo amaba.

Al verlo correr zigzagueando hacia el río, mientras las balas que lo perseguían levantaban polvo cerca de sus pies, estuve a punto de seguirlo.

En mi carrera, sentí un escozor en la parte posterior del muslo. Llegué al centro del campamento sin recordar cómo y el doctor Markus, que salía de su tienda, me detuvo, preguntándome qué ocurría. No pude contestarle, los sollozos no me dejaban respirar.

Capítulo 21. Josh

Charlie causaba un efecto extraño en mí, me hacía bajar la guardia y olvidar el motivo principal de mi presencia en el campamento.

Me faltó el valor para decirle la noche anterior, que no era necesario el cielo estrellado de telón de fondo, ella era todo el universo que deseaba conocer. No sé decir esas cosas tan cursis, no soy poeta y, sin embargo, era lo que me hacía sentir.

Se rebotó al enterarse de mi vigilancia, y salió de la tienda echa un basilisco. Su enfado era comprensible, aunque esperaba que el daño no fuera irreversible.

Me vestí con rapidez, no quería perderla de vista. Iba a su lugar de recogimiento y no la molesté. Tenía información que procesar y necesitaba intimidad. Ya me había equivocado una vez a ese respecto, no pensaba hacerlo de nuevo.

Ya conocía al doctor Stevens, que no poseía el don de la oportunidad y que adoptó un comportamiento ligeramente agresivo al acercarse a Charlie. Justo cuando pensaba que por fin iba a tener ocasión de partirle la cara, como hubiera deseado dos noches atrás movido por los celos, se desplomó a sus pies.

Con el mismo impulso con que pensaba derribar a aquel energúmeno, me lancé sobre ella. Su rostro aparecía salpicado de la sangre del arqueólogo, por lo demás, juraría que estaba ilesa.

Me siguió, reptando por el suelo cuando le dije que lo hiciera. Sus ojos desorbitados de espanto, no se apartaban de mí, parecía comprender el peligro, y eso era bueno. Me detuve tras un grueso tronco, con intención de asegurarme de que no había sido herida.

—¡Corre! no te pares ni mires atrás.

Esperaba que su confusa mente me hubiese entendido y salí haciendo eses hacia el río. Sabía dónde se encontraba el francotirador, y que me seguiría justo el tiempo para que ella se pusiera en movimiento. Yo lo hubiera hecho así. Y él también lo hizo, Charlie no era una amenaza, al contrario que yo.

Me giré, sin dejar de correr, ella se dirigía a toda prisa al campamento.

El tirador debió pensar que nos habíamos separado para ocultarnos, escuché cerca el ligero ruido del arma provista de silenciador, y esperaba que Charlie no se hubiera detenido. A diferencia de él, yo lo tenía ubicado con exactitud en una pequeña altura que dominaba el lugar al que ella solía acudir tras el trabajo.

Metía apresuradamente su rifle en una bolsa cuando le hundí el cuchillo hasta la empuñadura en los riñones. Subestimó la rapidez de mi reacción y el sigilo con el que podía moverme. Cayó desmadejado a mis pies, con el rostro contorsionado de dolor y los dientes apretados.

El tío no llegaba a los 25 años, habían mandado a un puto crío a hacer el trabajo, ahora comprendía su descuido y su falta de puntería.

—Eres Carter —afirmó en un gruñido—, tienes más vidas que un gato.

No contesté, parecía que los 30 centímetros de acero en los riñones le habían soltado la lengua.

—Pensé que te había matado en Nueva York, y estaba seguro de haberte derribado hace un momento. —Soltó un amago de risita que terminó en un ataque de tos que debió dolerle.

Así que ese era el de Nueva York, bueno era saberlo, y que en ambos casos hubiera fallado conmigo.

—Te has cargado a un arqueólogo, y me ofende sobremanera que nos hayas confundido, yo soy más guapo, con diferencia…

Él hizo una mueca que podía tomarse como una sonrisa, al tío no le faltaba sentido del humor, hasta me hubiera caído bien en otras circunstancias.

—Ahora tenemos que apresurarnos con esto si quieres salvar el riñón: yo pregunto, tú respondes, yo me quedo satisfecho y llamo a una ambulancia. Si seguimos ese orden, nos entenderemos enseguida —proseguí—. ¿A quién le hemos pisado un callo?

—Ella y tú sois una amenaza. —Tosió, escupiendo algo de sangre.

—Me juego los únicos gayumbos limpios que me quedan a que eres de la DIA.

—No lo aceptaría. Mi padre me dijo que jugarse los calzoncillos

era el acto más bajo al que podía llegar un hombre —soltó una risita que terminó en otro ataque de tos con sangre.

—Tú mismo. Si no tengo más remedio, te veré debatirte un rato entre la vida y una muerte lenta y dolorosa, a mi pesar.

—Esa mujer tiene un dispositivo que la obligará a atentar contra cualquier objetivo, no tenía que matarla, solo hacerle una advertencia.

—Yo no tengo ese dispositivo.

—Eres un testigo incómodo, además de molesto.

Me lo decían mucho.

Lo preocupante es que enviaran a un novato a hacer el trabajo, con su falta de experiencia podía haberse cargado a Charlie. El hilo de sangre que le colgaba de los labios era otro mal síntoma que no presagiaba nada bueno.

—Tenía que asustarla —repitió—, tú eres el tipo incómodo que había que abatir.

—¿Quién te lo ordenó?

—Supongo que, a estas alturas, no importa que lo diga. Fue una orden directa de la oficina del general Newport.

Tecleé en mi móvil. ¡Joder, me olvidaba que en ese sitio perdido no había cobertura!

—Lo siento, tío, no hay hospitales por los alrededores y la evacuación tardará horas en llegar. —Era cierto que lamentaba ese final, él solo cumplía órdenes.

—Pareces buena gente, no imagino a quien le has tocado tanto los huevos que te quiere muerto… —Su risa fue otro jadeo salpicado de sangre.

—Hay gente muy susceptible por ahí.

—Sácame el cuchillo, Carter, me has jodido bien y no voy a aguantar tanto. Prefiero desangrarme en condiciones.

—Vaya mierda de soldado si te vas a rendir por una nadería. —La verdad es que me sentía culpable, él cumplía órdenes y era demasiado joven para cuestionarlas, no hacía tantos años que estuve en su lugar.

Corrí hacia mi todoterreno, que continuaba escondido a la orilla del río, lo acerqué, me cargué al chaval al hombro y lo coloqué en el asiento trasero, en una rara posición para que no se rozara, empeorando la situación.

Conduje a buena velocidad hasta una población cercana, apenas un pueblecito, pero que contaba con médico, el de la excavación no me parecía de fiar, tenía pinta de ocuparse de proporcionar analgésicos y poco más. Le aplicaron unos primeros auxilios con el fin de estabilizarlo, y lo evacuaron a la capital en helicóptero.

Tener tal cantidad de arqueólogos extranjeros por la zona, obligaba al gobierno peruano a presentar su mejor cara y estar preparados para un posible accidente en las excavaciones. Si algo le iba a salvar la vida al francotirador sería la rapidez con que se lo llevaron.

En el campamento, la gente aguardaba intranquila, el estado entre una calma superficial y una estampida general. Todos parecían al corriente de la muerte de Stevens, y sus rostros crispados indicaban que estaban a esto de abordar los vehículos de la excavación y salir pitando.

Supe enseguida donde se encontraba Charlie. La tienda de Markus parecía el escenario de una película gore, con sangre por todas partes.

—Tranquilo, hijo. La herida es más aparatosa que grave —me dijo Markus.

Charlie permanecía acostada boca abajo en uno de los catres, con una venda alrededor de su muslo izquierdo, que empezaba a teñirse de rojo.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó ella en cuanto entré.

Me complació el alivio que vi en sus ojos. Había temido por mí, y eso me gustaba.

—Nada importante. ¿Estás bien?

—Lo estoy. —Se incorporó para demostrármelo, sin gran convicción, su tono de piel era de un ceniza claro, con tintes verdosos.

—Descansa unas horas, nos lo podemos permitir. —La ayudé a tenderse de nuevo y le di un beso en la frente.

—Han tenido que seguirte, Josh. No ha aparecido nadie hasta que has llegado tú —dijo.

—Hace dos semanas hubo un accidente en la carretera de acceso —intervino Markus—. Un automóvil colisionó con uno de los camiones que nos traen suministros. El conductor murió en la colisión y las autoridades aún se preguntan adónde iba con las armas que portaba, no hay lugares de caza próximos.

Parecía imposible, pero Charlie palideció aún más. Yo tampoco dije nada. Daba igual que solo tuvieran órdenes de asustarla, un accidente puede ocurrir, en especial si el tirador era tan experto como el que había matado a Stevens.

—He visto a un hombre varios días seguidos —dijo ella, llevándose una mano a la boca—, tendría que haber dicho algo.

Eso pensaba yo también, aunque me cuidé de comentarlo, ya se sentía bastante culpable por lo de Stevens, los reproches sobraban y yo tenía que procesar la información que me proporcionó el tirador, no pretendía matar a Charlie, luego la necesitaban.

Varias horas más tarde, salimos camino de la capital. Markus se ocuparía de hablar con las autoridades y darnos la ventaja necesaria.

Charlie, en la parte de atrás del coche, con la pierna herida extendida sobre el asiento, se mantenía en un silencio pertinaz. Yo era el único en su punto de mira. La tormenta me iba a descargar con toda su crudeza, en cuanto se percatara de que no quedaba nadie más a quien despellejar.

—¿Devlin?

—Joder tío, eres peor que una almorrana. ¿Qué quieres ahora? —refunfuñó el informático.

—Un par de pasaportes y una dirección. Es muy urgente.

—Lo tuyo es siempre muy urgente, Carter. Dame media hora —contestó—. Tendremos que hablar detenidamente de tus encargos urgentes.

—Sí, ya. Te llamo en media hora.

Charlie miraba obstinadamente por la ventanilla. Quería hablar, pero, o no daba con las palabras, o inventaba insultos nuevos con los

que deleitarme. Su respiración era rápida y superficial, síntomas de que se hallaba alterada. No pude por menos que fijarme que todavía conservaba restos de sangre en el nacimiento del pelo y en el cuello.

—Deja de mirarme de reojo. Me pones nerviosa. —Su voz era fuerte, autoritaria, lo que me hizo pensar que no iba a sufrir una crisis inminente.

—Quería cerciorarme de que estabas bien.

—Sí, estoy divinamente, ¡Gracias! Soy una fugitiva en un país del que no puedo salir con mi pasaporte, me han disparado y han matado a un hombre delante de mis narices, antes de tener que huir del trabajo que hubiese decidido mi carrera en un futuro. ¡Sí, definitivamente estoy bien! ¡Bien jodida!

Me alegró el discurso. Su rabia se centraba en lo que acababa de perder. Y no la había emprendido conmigo, que era mejor todavía.

—Al menos, parece que se han tomado la amenaza en serio, y buscan a los latentes —dijo en un murmullo.

—¿Todavía conservas la lista? —le pregunté.

—Sí, claro.

—¿La tienes a mano?

Buscó en la mochila y me tendió un papel. Extendí la mano hacia atrás y lo cogí.

—Dev, ¿estás moviendo eso?

—No han pasado ni diez minutos, ¡dame un poco de tiempo, que no soy Dios!

—Graba esto, Charlie te va a dar el nombre de nueve personas. Mira si estos días han sufrido algún tipo de accidente. —Le pasé el móvil y la lista a ella, que pulsó el manos libres.

—¿Quién es Charlie? ¿Alguna de tus putitas nueva?

—No soy una de sus putitas, Devlin, nos conocimos hace un mes, soy Susan, su novia, ¿recuerdas? —Charlie contestó pacientemente, lanzándome una mirada asesina.

—¡Ups, vaya! Susan, sí. Hola, Susan.

—No me llamo Susan, soy Charlie, y no soy su novia —aclaró ella rápidamente.

Casi pude sentir el rubor de Devlin al otro lado del teléfono.

—¡Ah, pues hola Charlie!

Ella le recitó la lista de los latentes, ya había dejado claro lo que quería decirle a Devlin y no se iba a entretener en darle más explicaciones.

—¿Podrás mirarlo cuanto antes? Es importante.

—Claro, Charlie —Dev seguía cortado—. Estoy ultimando lo de los pasaportes y me pongo enseguida con ello.

—Gracias, Devlin. —Charlie colgó y me alcanzó el móvil entre los asientos—. Tengo que ducharme urgentemente, no puedo embarcar con toda esta sangre encima.

—Lo tengo previsto. Yo iré a por los pasaportes mientras te duchas y te cambias de ropa en algún hotel discreto de las afueras.

—De eso nada. Al hotel, me ducho, me cambio y los dos vamos a por los pasaportes.

—No vamos a tratar con educados hombres de negocios —objeté —. Mejor si me esperas.

—¡Ni hablar! Estoy en un país del que solo conozco los yacimientos arqueológicos, y lo único que me separa de volver a casa sois tú y un documento robado. No, definitivamente no voy a perderte de vista hasta que esté de vuelta, luego te puedes largar.

—Gracias por la confianza, lo último me ha llegado al alma — contesté dolido.

Charlie se volvió a mirar el paisaje por la ventanilla. El silencio se me hacía opresivo, y eso que aún quedaban 120 kilómetros para Lima.

El sonido del móvil casi me hace saltar del asiento un buen rato después.

Devlin me dio dos direcciones con otros tantos nombres y me los incluyó en un mensaje, por si olvidaba los datos.

—Lo siento, tu ducha se pospone, tenemos que ir inmediatamente

—le dije a Charlie—. Si denuncian la pérdida de pasaportes antes de que tomemos ese avión, tendremos que quedarnos aquí hasta que se presente otra oportunidad.

La vi asentir levemente. La luz menguaba con rapidez, anochecía. Introduje la dirección en el navegador GPS y seguí las indicaciones.

—Te quedas aquí. Con toda esa sangre llamarías mucho la atención.

Me miró con gesto hosco. No me gustó su reacción, y tendría que superarlo porque no podía faltar a la cita.

Eran pasaportes robados a una pareja de recién casados, que seguramente no se darían cuenta de su desaparición enseguida. Fiarte de esas conjeturas no dejaba de ser un error, la embajada tenía un número de emergencias, y si daban la voz de alarma nos detendrían nada más pisar suelo norteamericano.

El primer vuelo a Estados Unidos salía en cuatro horas. Había que apresurarse para no perderlo.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué hacéis? —les grité a tres chicos asomados a la ventanilla de nuestro coche, que salieron huyendo.

—Relájate —dijo Charlie—, solo me ofrecían una calada de maría.

Vale, voy a hacer un inciso porque esta parte me crispa, solo diré que la hora siguiente estuve a un tris de estrangularla, no era marihuana lo que fumó, sino crack. Una sola calada y se puso a corretear por la calle, coja y todo. En fin…

Conduje hasta la siguiente dirección guiado por el GPS. Tenía que asegurarme de que esta pareja pasase la noche durmiendo del tirón. No hubiese querido hacerlo y, sin embargo, era imprescindible que nadie diese la voz de alarma antes de que hubiésemos llegado a casa, con tiempo para evaporarnos.

—¿Confías en mí? —le pregunté a mi compañera.

Ella me miró fijamente, y al fin, asintió.

—Entonces haz lo que te diga.

El hotel en que se alojaban los Simons era de nivel intermedio. Un

vistazo alrededor me dio la información que necesitaba.

Caminamos a buen paso hacia los ascensores, Charlie iba tensa, y se dejó llevar por cansancio, no porque le apeteciera. Se soltó el pelo, en un intento de ocultar su rostro y su cuello manchados de sangre seca.

—Un detalle del hotel —dije, con mi voz más festiva al señor Simmons, a través de la puerta cerrada.

En cuanto abrió, lo derribé de un codazo en el plexo solar y continué hasta la cama, donde la señora Simmons se cubría los pechos con la sábana. Le di un leve toque con el canto de la mano en la yugular y cayó cómodamente sobre la almohada. Corrí a la puerta y metí a Charlie en la habitación de un tirón, cerrando tras ella.

—¿Esto es necesario? —protestó con voz vacilante.

—Ve a la ducha y ponte la ropa de esta mujer. Tengo que amordazarlos y atarlos, no queremos que los encuentren antes de mañana. —Teníamos que salir pronto de allí, sus escrúpulos estaban fuera de lugar.

Charlie no perdió tiempo. Se internó en el cuarto de baño, mientras yo arrastraba al hombre y lo acostaba al lado de su esposa. Hice tiras la sábana y los até a los postes de la cama. Los dos estaban inconscientes, pero vivos. Los amordacé y puse fuera de su alcance móviles y el teléfono interno del hotel.

Charlie salió con una toalla alrededor del cuerpo, abrió el armario y escogió un conjunto de pantalón informal y camisa de la señora Simmons. Se volvió de espaldas, cosa que no hizo disminuir mi deseo por ella, muy al contrario, me excitó todavía más. Y es que tenía un trasero precioso.

Intenté alejar esos pensamientos, el dolor de huevos dura una eternidad como les lleves la contraria.

—Espera, hay que vendarte eso o llegarás al avión con la ropa manchada de sangre.

Usé vendas y esparadrapo del botiquín. No parecía una herida grave y después de que el médico del campamento la hubiera cosido, no tendría que sangrar tanto.

Antes de cubrirle la herida le apliqué la crema antibiótica,

cortesía del mismo matasanos. Charlie me dedicó una serie de tacos que hubiesen hecho sonrojar a más de un camionero, y yo me preguntaba si en arqueología también enseñaban a jurar en lenguas muertas.

El vuelo salía enseguida, así que no nos entretuvimos más. Cogimos los pasaportes de la pareja, que estaban en el bolso de ella, y puse el cartel de «No molesten» en la puerta.

Nuestros pasaportes quedaron a cargo del que me vendió los otros. Era una forma de salir del país de incognito. No le dije al tipo que podíamos estar en una lista vigilada, aunque, con un poco de suerte, se los endosaría a alguien que tendría a la DIA tras su culo en menos de lo que tardaba en parpadear.

El viaje de vuelta fue relajado. Charlie se durmió al poco de despegar, la cogí de la mano e intenté relajarme.

Capítulo 22. Charlie

Me parecía de lo más normal que la gente se preocupase por otra, así que el que aquellos chicos se acercasen a la ventanilla a preguntarme si necesitaba algo, me pareció muy educado por su parte.

Les conté que esa misma tarde sufrí un accidente, sin entrar en detalles y fueron tan amables de ofrecerme su pipa. No sé por qué Josh se puso como un energúmeno, ya había fumado maría en la universidad, no era una cría.

Me dio un ataque de risa al explicarle el contenido de la pipa y ver que se llevaba las manos a la cabeza, entre escandalizado y perplejo. Era un exagerado.

—¡No era marihuana, Charlie, era crack!

—¡Anda ya!

Vale, pues eso, odiaba tener que darle la razón. Al cabo de unos minutos, empecé a sentir que me faltaba el aire y, cuando Josh detuvo el coche, salí corriendo. Cojeando y corriendo, debía estar ridícula. Tenía energía en el cuerpo como para haber hecho un viaje a la luna ida y vuelta, todo lo que me rodeaba aumentaba de tamaño por segundos, y se desdibujaba a mayor velocidad.

Josh me seguía, intentando detenerme, y yo no podía parar, necesitaba estar en movimiento, o la energía que sentía dentro me consumiría o explotaría.

No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que la droga se disolvió en mi torrente sanguíneo, solo sé que él estaba allí y demostró una paciencia de santo, devolviéndome al coche, sin más reproches por mi estúpida decisión.

Pretendía relajarme con una calada de marihuana y el crack tuvo el efecto contrario, ahora, en vez de estar solo manchada de sangre, me encontraba, además, sudorosa y acalorada. La preocupación sobre los efectos adversos de la droga en mi cuerpo se me pasó enseguida. Lo sentí por la pareja cuya habitación invadimos, pero necesitaba una ducha como respirar.

Durante el trayecto hasta el aeropuerto Josh llamó para cambiar el nombre de las reservas.

—¿Por qué usamos los pasaportes de esa pareja del hotel y no los que has comprado? Me parece una tontería, la verdad.

—Los de esa pareja son seguros, al menos, mientras dure el vuelo. Los que nos han vendido…, ¡vete a saber si están ya en una lista de buscados!

—Entonces ¿por qué los has comprado? —repetí la pregunta. Su lógica me parecía de lo más confusa.

Me lanzó una breve mirada antes de contestar.

—No quería comprar pasaportes, quería que comprasen los nuestros.

—Vale, ya lo entiendo —asentí irónica—. Compro pan y luego se lo revendo al de la tienda a menor precio… ¡Ya sabía yo que algo no pillaba en las clases de economía!

Volvió a echarme un vistazo, aunque esta vez con una media sonrisa sesgada que tan bien le quedaba a su rostro.

—Si le pegas el cambiazo, y el dueño del súper te compra el pan pasado de fecha, sí que has hecho un buen negocio —me respondió el muy arrogante.

—¡Nos hemos llevado unos pasaportes que no vamos a usar! —exclamé exasperada, viendo que con lo del pan no íbamos a llegar a ningún sitio.

—Si hubiésemos ido a vender pasaportes, el tío ese no nos los habría comprado, pensaría que somos polis o algo así. En cambio, si le pagamos los nuevos y entregamos los nuestros como parte del intercambio, él sabe que nos encontramos en un lío, y no va a dejar de vendérselos a alguien. Y lo hará cuanto antes, porque no va a perder dinero. A nosotros nos conviene más que a él, nos dará unos días mientras la DIA sigue una pista falsa.

Iba a decir algo, y luego me lo pensé mejor. Josh tenía más idea de tratar con delincuentes que yo. A mí esa jugada no se me hubiera ocurrido en la vida, empezaba a pensar que mi capacidad criminal rozaba la nulidad.

—Si, por casualidad, el tipo ve la ocasión de hacer negocio a nuestra costa, se le puede ocurrir dar los nombres de los pasaportes que nos ha vendido, lo que nos aseguraría un recibimiento

desagradable en Houston. —Terminó de explicarme él.

—Pero encontrarán a la pareja del hotel y denunciarán el robo de los pasaportes.

—En cuanto lleguemos a Houston, esos pasaportes ya no nos servirán.

Se fijó en mi gesto de dolor al apoyar el muslo herido en el asiento, me había olvidado de ponerme de lado.

—¿Te duele?

—Un poco, puedo aguantar.

—Toma uno de los analgésicos, están en mi mochila.

—Prefiero esperar a subir al avión, me dan sueño y, si nos van a disparar en el aeropuerto, prefiero que no me pillen medio dormida, se corre peor.

Josh soltó una carcajada.

—¿Y cuándo lleguemos? —le pregunté al cabo de unos minutos.

—Cuando lleguemos nos esconderemos.

—¿Nos? Me buscan solo a mí.

Negó con la cabeza.

—Nos buscan a los dos.

—¿Te lo dijo el tirador?

—Entre otras cosas.

—¿Y me las vas a contar, o tengo que ir adivinando?

—La orden de matarnos partió del despacho del general Newport, ¿te suena?

Negué con la cabeza, no había oído ese nombre en mi vida.

Me contó lo ocurrido con el francotirador y alguna información proporcionada por Devlin, que aclaraba muchas cosas y resultaba más inquietante, si es que podía haber algo peor en todo este asunto.

Por lo visto, Newport era el sustituto de Bronson, el marido muerto de mi madre, con el que ella tenía una estrecha relación. ¿Sería cosa suya? ¿Tanto me odiaba al cabo de los años? ¡Si ni siquiera nos conocíamos! ¿Y qué interés tendría en lo de los latentes?

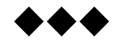
Desde luego, descarté de inmediato la idea de mandarle un regalo el día de la madre.

—De todas formas, eso son buenas noticias —dije—. Quiere decir que están apartando de la circulación a los latentes. Con demostrar que no soy uno de ellos, listo, ¿no?

Josh no se avino a decirme la mentira que yo quería oír, gruñó en cambio:

—El que Inteligencia Militar esté metida en esto no es bueno.

—¿Te han dicho que eres un fenómeno dando ánimos?



Debí dormir durante todo el vuelo. Sospechaba que Josh me había dado un somnífero en vez de un analgésico, porque me cuesta dormir en los aviones y solo recuerdo haberme medio despertado en una ocasión, en que él me hizo apoyar la cabeza en su hombro, al tiempo que me tapaba con una manta. Era un sueño de hombre en sus momentos tiernos.

Y sí, creo que hasta debí babear, porque cuando me pasé la mano por la cara para despejarme, noté un rastro seco desde la comisura de los labios a la mejilla. Josh me estaba mirando. ¡Seguro que se había dado cuenta!

—Roncas —dijo sencillamente, mientras me alargaba una botella de agua.

Me giré como una serpiente a punto de atacar. Entonces vi el brillo de diversión en sus ojos.

—Yo no ronco.

Alzó su móvil.

—Aquí tengo la prueba.

—Tú te has aburrido mucho durante el vuelo, ¿no?

Josh soltó una carcajada ante mi cabreo. ¡No sé por qué le gustaba tanto verme enfadada!

—Yo también me he dormido, aunque de forma intermitente, me despertabas constantemente con tus ronquidos.

—¡Imbécil!

Se rio todavía más fuerte y no le volví a dirigir la palabra hasta que bajamos del avión.

No había sorpresas en el aeropuerto, salimos tranquilamente, más que nada porque yo tampoco podía caminar con rapidez. Josh rompió los pasaportes, que fueron a parar a una papelera al lado de la parada de taxis.

Tomamos uno hasta un barrio residencial de las afueras donde, con pasmosa rapidez, Josh se hizo con un coche familiar.

—¿Entiendes ahora por qué no deberías dejar tu coche fuera del garaje?

—¡Estás muy simpático, parece que viajar te sienta de maravilla!

—Y tú estás de muy mal humor, quizá deberías dormir un poco más.

Me giré hacia la ventanilla, acomodando la pierna herida. Me daba la impresión de que estaba volviendo a sangrar, notaba la zona muy caliente y quizá algo húmeda, aunque me lo callé. No iba a darle ocasión de que se burlase de mí otra vez. Lo hacía solo por picarme, y en otro momento hasta me reiría con él.

Detuvo el coche al cabo de una hora o así, en la última planta de un aparcamiento muy concurrido.

—Quédate aquí.

Volvió enseguida con un coche grande y casi nuevo. Sacó nuestras cosas del maletero y las pasó al otro vehículo, mientras me hacía señas para que me moviese.

—Ponte detrás y échate, vamos a viajar unas cuantas horas, aprovecha para descansar.

—Sí, bwana. —Prefería bromear y que no se diese cuenta de que me sentía mareada. Se me pasaría con un rato más de sueño.

Me entregó una botella de agua y un analgésico desde el asiento de delante.

—Estás muy pálida. ¿Seguro que te encuentras bien? —Había abandonado su tono risueño, ya no bromeaba.

—Solo estoy cansada —le contesté, notando que el dolor pulsante de la herida se atenuaba al estar echada.

—Vale, descansa, perdiste mucha sangre. En un par de horas te despierto para cambiarte el vendaje.

Anímicamente, me encontraba mejor, al fin estábamos en casa y podríamos arreglar las cosas. Si era necesario tener una entrevista con mi madre, me sentía preparada para terminar con este absurdo. Imaginaba que, con hacerme un escáner o algo así, podría demostrarse que no tenía un implante y, por tanto, que no representaba ningún peligro.

Además, tenía curiosidad. Conocerla a ella me daba igual, había elegido apartarme de su vida, pero me gustaría tener trato con mi hermana. Ninguna de las dos pudimos elegir, ahora éramos adultas.

Se me hacía rarísimo pensar que tenía una hermana gemela. ¿Tendría un carácter parecido al mío? ¿Nos llevaríamos bien? Seguro que a ella le resultaba igual de extraño que mí, en el caso de que alguien la hubiera informado de lo gilipollas que fueron nuestros padres.

Nos pusimos en marcha. Josh localizó una emisora que le gustaba y el interior del coche se llenó con una suave música de blues que me dio sueño. A este paso, iba a batir un nuevo record, ¡jamás había dormido tanto!

Capítulo 23. Josh

No quería compartir con Charlie el mal pálpito que tenía desde que descubrí que la DIA estaba detrás de esto. Y más que la Agencia de la Defensa, temía por la mano que la manejaba.

Hasta que Dev no me llamase, no sabría si los latentes estaban siendo «retirados». En cualquier caso, un general podía mover muchos hilos, y el de un satélite no estaría fuera de su alcance.

De ser así, todo lo que habíamos hecho, robar pasaportes, cambiar de vehículo…, no servía de nada. Quizá lo de trasladarnos de coche en el aparcamiento hubiese retrasado que nos localizasen, pero un ojo en el cielo y las cámaras de seguridad los llevarían a nosotros en breve.

De momento, Charlie no debía participar de mis pensamientos aciagos. Hubiese puesto el grito en el cielo antes de llamarme paranoico, incluso reconociendo lo extraño del asunto. No era una latente, aunque la querían de vuelta en casa, y yo estaba convencido de que, aún sin ella saberlo, poseía algo que el que nos buscaba quería a cualquier precio.

Nadie se toma tantas molestias por nada.

Y puede que Charlie tuviera razón al llamarme alarmista, no obstante, prefería pecar de desconfiado.

—¿Cómo andas de hambre? —Empezaba a anochecer, y solo paramos una vez a repostar, era momento de tomarnos un descanso.

La herida de Charlie me preocupaba, era solo una brecha profunda, nada grave y, sin embargo, ella parecía empeorar.

El médico del campamento cosió la herida, y le suministró antibióticos y antiinflamatorios, además de analgésicos, aunque tantas horas de sueño comenzaban a ser síntomas preocupantes. ¿Se debería al shock? Era una tía valiente, no inmortal.

Seguía tapada con una manta de viaje y, de no ser por su palidez, diría que dormía profundamente.

—¿Charlie?

El silencio de atrás no me gustó nada. Paré en un área de servicio, algo apartado del resto de los vehículos, era hora de despertarla, debía

moverse.

—¿Charlie? —La sacudí suavemente del hombro.

Le di unos suaves cachetes en las mejillas, sabiendo que, si se despertaba en ese momento, se iba a poner furiosa conmigo.

—¡Vamos Charlie, hora de levantarse! —Le quité la manta de encima y me quedé mudo de la impresión.

Debajo de ella, el asiento había absorbido por completo una enorme mancha de sangre.

¡Joder! Consulté rápidamente el hospital más próximo y me metí a toda velocidad en la zona de urgencias. La cogí en brazos y aparté con brusquedad a todas las personas que esperaban su turno, vigilantes incluidos.

—¡Deprisa, ha perdido mucha sangre! —grité al personal sanitario presente.

Devlin me sacó también del apuro, dándome un número de seguro asociado a un nombre, y garantizándome que soportaría la inspección del hospital unos días.

Después de rellenar un millón de formularios destinados a asegurar al hospital que sus facturas serían abonadas con diligencia, me dejaron pasar a verla.

El nudo que tenía en el estómago desde que la vi tirada en el asiento de atrás, rodeada de toda esa sangre, por fin se iba distendiendo. Sus mejillas tenían algo más de color, pero todavía se encontraba inconsciente. Un gotero y una bolsa de plasma pendían, en sendos ganchos, sobre ella. Le tomé la mano y le besé los nudillos, al tiempo que me dejaba caer en una silla a su lado, resoplando de alivio.

—¿Es usted pariente?

Un médico bastante mayor y con una gran mata de pelo cano me observaba desde la puerta.

—No, es mi novia. No tiene parientes cercanos, su padre falleció hace un par de meses.

—Soy el doctor Parson. —Me alargó la mano y se la estreché.

—Jeff Murray —me presenté.

—¿Qué le ha ocurrido a su novia?

—Fue un accidente en la excavación donde trabaja, en Arizona. Parece que a un compañero se le resbaló el pico que usaba y le dio por casualidad. Sangró bastante, según me dijeron, y el médico asignado en el yacimiento le cosió la herida y se la vendó. Le recomendó descanso, por lo que fui a recogerla y durante el viaje…

El doctor Parson asentía, escuchando atentamente mi historia.

—Ese médico fue un poco negligente —aseveró—. Suturó por fuera, sin prestar atención al interior y la sangre se estancó, un esfuerzo o cualquier movimiento brusco hizo que la herida volviera a abrirse.

¡Hijo de puta de médico de la excavación!, ¡me hubiese encantado tenerlo a mano en ese instante!

—Ha tenido suerte de llegar antes de que sufriera un choque hipovolémico, ya se encuentra estabilizada. Necesitará algo de sangre y suero, aunque es joven y está sana, no tendrá que quedarse más de dos o tres días. —Sonrió, tranquilizándome—. Hemos suturado la vena que ha causado todo esto y vuelto a coser la herida. Dentro de nada podrán continuar su viaje, y olvidar este episodio.

—Muchas gracias, doctor, me ha quitado un enorme peso de encima —dije, siendo la hostia de sincero.

—Ahora debería ocuparse de sí mismo, a dos manzanas de aquí hay un pequeño hotel donde podrá ducharse y quitarse toda esa ropa manchada de sangre. Si puede descansar, tampoco le vendrá mal, tiene peor color que su novia.

Asentí, hasta el momento ni me había percatado de que yo también tenía la camisa y el pantalón cubiertos de sangre seca.

—Cuando despierte, preferirá no verlo con ese aspecto. Y dormirá ocho o diez horas, tiempo suficiente para que usted descanse un rato. —Me tendió una tarjeta—. Este es mi número, el de abajo es el del hospital, cuando haya descansado llame al que prefiera, le comunicaremos la habitación a la que será trasladada.

Le hice caso y salí tras volverle a besar los nudillos a una Charlie dormida. De momento, se encontraba a salvo y yo tenía trabajo.

En el hotel no se asustaron por la sangre que me cubría, por lo que deduje que debían estar acostumbrados a recibir huéspedes del hospital. Subí el escaso equipaje, me duché y cambié de ropa, metiendo la manchada en una bolsa de basura.

Lo más urgente era deshacerse del vehículo. Lo llevé a un descampado de las afueras, caminé hasta dar con otro coche que me pudiera servir y volví hacia el primero, del que saqué nuestras mochilas, no pensaba regresar al hotel. Rasgué la manta de viaje y metí un extremo en el depósito de combustible, eché dentro la bolsa con mi ropa y repasé que no quedase ningún detalle revelador de nuestra presencia en el interior.

Era la única manera de eliminar la cantidad de sangre que cubría el asiento de atrás, porque eso conduciría, a quien estuviese buscándonos, a un hospital. Necesitábamos unos días, hasta que Charlie fuese capaz de viajar sin correr más riesgos.

Por el espejo retrovisor vi que el vehículo que quedaba atrás estaba envuelto en llamas. Antes de que alguien diese aviso a los bomberos, los asientos y todas las piezas plásticas habrían ardido. Conduje hasta la otra punta de la ciudad y abandoné el coche. Tomé un taxi que me dejó en el centro, y otro que me llevó al hospital.

No quería pensar en la posibilidad de que hubiesen seguido nuestros pasos y hallaran a Charlie sola y desprotegida.

La recepcionista fue muy amable y me indicó la habitación 235, luego, me pasó una nota del doctor Parson: «He mandado colocar una cama supletoria porque sabía que no tardaría en volver. Descanse».

Era un hombre agradable y atento, ¡daba gusto encontrar personas así!

Me acomodé en un sillón al lado de Charlie, que todavía dormía. Suspiré y estiré las piernas. El zumbido del teléfono me sobresaltó, estaba a punto de ceder al sueño.

—¡Hostia tío, me pides algo urgente y luego no coges mis llamadas! —Dev sonaba disgustado.

—He estado algo ocupado esta noche, no me rayes.

—¿Charlie está bien? —preguntó en voz baja. Cuando le solicité un número de seguro, apenas le di explicaciones.

—Lo estará, sí.

—¿Recuerdas los nombres de la lista que me proporcionaste?

—Dime, Dev. —Lo cierto es que ya no me acordaba, no estaba para eso, pero ya que se había molestado…

—Todos, excepto dos, han sufrido un accidente en este mes pasado. Accidentes mortales. Wilbur Nichols y Kimberly Sullivan son los únicos supervivientes, que yo sepa. Al menos no hay nada sobre ellos. Él desapareció de su puesto de trabajo, y ella no aparece por ningún sitio.

Nichols era el tipo que Charlie secuestró en Las Rocosas. ¿Qué habría ocurrido con él? No constaba como una baja del atentado del laboratorio.

—¿Nichols no ha dado señales de vida desde que desapareció de su trabajo?

—Negativo. Como si se lo hubiera tragado la tierra. —Hizo una pausa algo teatral y suspiró—. No sé en que estáis metidos, y no debe ser poca cosa si hay un par de agencias que os buscan. En cuanto empecé a indagar por los nombres de esa lista se dispararon las alarmas, y tuve que activar todos los encubrimientos y cortafuegos. Esos tíos saben lo que se hacen, créeme.

—¿Te localizaron? —pregunté alarmado. Esperaba no haberlo metido en un lío por ayudarme.

—Me fui antes de descubrirlo.

—Lo siento, Dev.

—¡Más lo siento yo! ¡Tuve que destruir un par de aparatos que no me daba tiempo a trasladar, y que me había costado mucho preparar!

—¡Te lo compensaré, colega!

—Si me lo compensas como siempre, más vale que no hagas nada. —Bufó el informático —. De todas formas, si andáis metidos en algo gordo, contad conmigo. DIA y FBI buscan a Charlie, unos de forma encubierta, los otros para interrogarla sobre no sé qué lío de un laboratorio.

—Si quieres que te sea sincero, no sé en qué coño estamos

metidos, y no es el momento de pensar una estrategia, Charlie tiene que recuperarse.

—De todas formas, una mano extra siempre os será útil, ¿no? Podéis encontrarme en la dirección que te acabo de mandar, estoy en un sitio seguro, y no opero desde aquí. No en asuntos peliagudos que me pongan en el punto de mira de los federales. Tal cual lo veo, os hará falta refugio durante unos días.

Me dio recuerdos para Charlie antes de despedirse. Eso me dejó perplejo, Devlin no era la clase de tipos que se preocupan por nadie más que por sí mismos.

¡Caramba, esa descripción se ajustaba a mí hasta hacía apenas un par de meses! Y mírame, al lado de la cama de un hospital, esperando que Charlie se recuperase, con un sentido protector que jamás sentí por nadie, ni siquiera por mí mismo.

Por enésima vez en aquella larguísima noche, me froté el puente de la nariz. Sufría un dolor de cabeza persistente, debido al cansancio y la tensión. Me acomodé lo mejor que pude, tomé la mano de Charlie entre las mías y me dejé ir en un sueño ligero, registrando los movimientos de las enfermeras en el pasillo para distinguirlos de otros no habituales.

Ahora necesitaba estar descansado, pero alerta por ella.

Capítulo 24. Charlie

Me desperté desorientada, ya no me encontraba en el asiento posterior de un coche, sino en la cama de un hospital, rodeada de aparatos que emitían suaves pitidos, y con un catéter en cada brazo.

En un sillón, al lado de la cama, Josh dormía con la cabeza apoyada en un puño y las piernas estiradas, un tobillo cruzado sobre el otro. Su mano libre apretaba la mía con firmeza.

La escasa luz del día nublado se colaba por la ventana, aumentando mi confusión. Josh abrió los ojos y nos miramos. ¿Cómo me había oído?

—¡Buenos días, bella durmiente! —Me regaló una sonrisa radiante, a pesar de sus ojos adormilados.

—¿Dónde estamos? —Notaba la garganta seca y la voz me salió rasposa. Si hubiese estado sola, habría buscado algo donde escupir, me asqueó el sabor de mi boca.

—En un hospital donde te estás recuperando…, ¿quieres un poco de agua?

—¿Recuperando de qué? Me curaron la herida en el campamento… Y sí, por favor, necesito un poco de agua y un cepillo de dientes, si puede ser.

—Agua, ¡estupendo! Me quitas un peso de encima, pensaba que te estabas transformando en vampiro porque te acabas de tragar dos bolsas de sangre —bromeó.

—¿Qué ha pasado?

—Se te abrió la herida y casi te desangras por el camino. Decidí hacer un alto, arreglarlo y tomarnos un descanso.

—¿Descansar? Esto es un hospital, ¿quién descansa en uno? ¿Y tú, que haces en un sillón?

Cerré la boca en el acto, observando el cansancio y la preocupación en su rostro. «¡Vale, genio, y tú, en tu inmensa torpeza, te permites echarle una bronca nada más abrir los ojos!». A veces mi gilipollez me superaba, por lo que suavicé la voz.

—Deberías haber dormido un rato en esa cama —le dije.

—Y tú deberías haberme dicho que te sangraba la pierna —lo dijo con calma, pero con un tono acerado.

—No pensaba que fuera tan grave…

Él alzó las cejas, aunque se guardó el comentario. Su autocontrol superaba al mío de lejos.

—¿Agua? —volvió a ofrecerme.

—Sí, por favor, y un cepillo de dientes, si puede ser —le repetí, evitando seguir con los reproches, su lenguaje corporal indicaba que le faltaba esto para decirme alguna burrada, y no era el momento de discutir.

—La próxima vez que ocurra algo por el estilo, me lo dices, si te parece. Me altera bastante encontrar un cadáver en el asiento de atrás —dijo, en cambio. No sonaba a reproche, más bien a regañina, y eso me hizo sentir peor.

Me quité el molesto sensor del dedo y cogí el vaso, alargando los brazos de forma que no tuviera que acercarse demasiado. Me hubiese muerto de vergüenza si hacía algún comentario jocoso sobre el perfume de mi aliento.

Bebí todo el contenido de un trago, y estaba a punto de pedir más cuando una enfermera entró en tromba, con mirada acusadora.

—¡Vaya susto me ha dado! No se quite el sensor, todavía está débil y tenemos que controlarla desde la sala de enfermería. —Ella sí que me riñó sin cortarse, y sentí un escozor en los ojos.

Si me ponía a llorar ahora, el bochorno no me dejaría alzar la cabeza en varios días, así que me dejé poner el sensor de nuevo, y me recosté contra la almohada, cerrando los ojos y rogando que las lágrimas no se me desbordasen.

—Voy a tomarme un café en el pasillo, vuelvo enseguida. —Josh salió casi con prisas.

Sabía cómo me cabreaba que la gente percibiera mi fragilidad y se quitó de en medio con muy buen criterio. Posiblemente me conocía mejor que yo a él, o tenía más tacto.

La enfermera me remetió las sábanas y comprobó que todo estuviese en orden, antes de decidirse a salir por fin.

—Espere, enfermera. ¿Cuánto tiempo llevo en el hospital?

—Desde ayer por la tarde. Ha estado dormida, le hacía falta.

—¿Él ha estado todo el tiempo aquí?

—No, y ¡menos mal! Iba todo cubierto de sangre y… parecía muy asustado —lo último lo dijo susurrando, como si se tratase de una confidencia—. Se marchó un rato a cambiarse y volvió enseguida. ¡Tiene suerte de que su novio se preocupe tanto! Daría el brazo derecho porque el mío fuera la mitad de atento. Descanse y recupérese cuanto antes, o vamos a tener que hospitalizarlo también a él.

Me guiñó el ojo antes de dejarme sola y me sequé las lágrimas con la sábana. Lo único que me faltaba era que entrase Josh y me viera llorando. Respiré profundamente y olí mi propio aliento.

Pensé en ir al cuarto de baño a buscar un cepillo de dientes, aunque después de la que acababa de organizar por un sensor de dedo, no me decidía a moverme con catéteres y demás. ¡Esta vez, seguro que enviarían a todo el personal de la planta a amarrarme a la cama!

Me volví a adormecer por mucho que intenté mantenerme despejada. Seguramente eran los efectos de la medicación que no podía combatir, por lo que me dejé llevar.

En mis sueños, entré a observarme tendida en la cama del hospital, me incliné para mirarme mejor y me susurré desde muy cerca:

—Preferiría que hubieras desaparecido… —Mi voz no era mi voz, destilaba tanto odio como mis ojos que no eran los míos, aunque debían serlos porque era yo.

Me acerqué todavía más a mi oído.

—Descansa mientras puedas.

Me acaricié la mejilla y me marché, cerrando la puerta tras de mí.

Se sucedió un silencio lleno de los pitidos del maldito aparato que monitorizaba cada una de las reacciones de mi cuerpo. Desde luego, mi pulso iba a toda pastilla, era como si una parte malvada de mí se hubiera escapado y se estuviese burlando de mi agotamiento.

¿Sería un brote de esquizofrenia? Tendría que consultarlo, y pronto. A raíz del descubrimiento de mis antecedentes familiares, notaba síntomas raros, y este era uno de ellos, el peor hasta el momento.

Un enfermo mental no es consciente de su dolencia, no es comparable a un dolor de estómago, que te hace retorcerte. ¿Se debería a eso la alucinación que acababa de tener?

Escuché a Josh volviendo a entrar en la habitación, dejándose caer sobre el mismo sillón que ocupaba antes, con un suspiro. Me tomó la mano, me besó los nudillos y se relajó, sin soltármela.

Me pareció un gesto terriblemente tierno, y de nuevo sentí el cosquilleo de las lágrimas tras los párpados. Seguro que la sangre que me habían puesto pertenecía a alguien en extremo sensible, yo no solía pasarme el día llorando y, desde que me desperté, no quería más que pegarme una buena llorera, de esas que te dejan la nariz atascada de mocos, pero la cabeza y el cuerpo ligeros.

—Sé que no estás dormida, pero deberías descansar —dijo Josh.

Su voz me sobresaltó un poco por lo inesperada. Era profunda y algo ronca, el tono que disparaba todas mis alarmas y, a pesar de la laxitud que experimentaba, también pude sentir la pesadez de mis pechos anhelando sus caricias, y la temperatura de mi sexo elevándose al punto de ebullición.

—Vibras a una frecuencia extraña, me tienes acojonado —añadió.

Por supuesto, no sabía a qué se refería, y me daba igual con tal de saber que seguía a mi lado.

Era una emoción perturbadora y tranquilizadora al mismo tiempo. Me fui sumiendo en un sueño relajado, sin dejar de notar el contacto de su mano sujetando la mía, un espíritu guardián que podía protegerme hasta de las más vívidas ensoñaciones conmigo misma.

Al día siguiente pedí el alta voluntaria, aquel sueño todavía me asustaba, y tenía la imperiosa necesidad de salir de allí, sentía que no estábamos a salvo.

—El rastreo que he realizado indica que ya nadie os busca. Al menos, no abiertamente. Han encontrado a una mujer muerta en El Cairo. Llevaba tu pasaporte, así que las agencias han dejado de rastrearte. Se supone que Josh iba contigo y el accidente múltiple


parece que os ha matado a ambos. —Devlin lo dijo casi con alegría.

—¿Múltiple? ¿Cuántas personas han muerto? —Me quedé sin aliento, igual que si me hubiesen dado un golpe seco en el plexo solar.

Eché un rápido vistazo a Josh que seguía conduciendo, esta vez un coche alquilado con un carnet falso, que no sé de dónde sacó. A esas alturas, ya no preguntaba.

—Cinco, entre ellos vosotros dos, en teoría —contestó Dev.

Me pellizqué el puente de la nariz, percibiendo que se acercaba un enorme dolor de cabeza. ¡Esto era una puta mierda!

—Gracias, Devlin. —Corté la comunicación sin esperar su despedida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Josh ante mi silencio.

—Ocurre… —Tragué saliva con dificultad, parecía haberse vuelto sólida—. Ocurre que han matado a las personas que tenían nuestros pasaportes, junto con otras tres más.

Él no contestó y yo no añadí nada. El silencio se estaba haciendo incómodo.

—No pretendía esto al deshacerme de nuestros pasaportes. Se supone que, habiendo comprobado que no éramos nosotros, regresarían a Lima a buscar nuestra pista. —Josh lo dijo verdaderamente apesadumbrado.

—¿Puedes parar en esa gasolinera?

Me apeé lo más rápido que pude, y contuve las arcadas hasta que caí de rodillas, frente a un inodoro tan sucio que bien podría ser el punto cero de una epidemia. No conseguí vomitar, mi estómago estaba vacío.

Entre los sollozos que me atenazaban la garganta y que no me dejaban respirar, percibí que Josh se encontraba al otro lado de la puerta. No hizo ningún ruido, y tampoco el menor intento por entrar.

Ni yo quería que me viera tan destrozada, ni deseaba ver su mirada de compasión. Tal vez él estuviera acostumbrado a que ocurriesen cosas tan terribles en su vida, yo no.

¡Estaba muriendo gente por nuestras decisiones, por Dios! Gente real. Gente inocente a la que puse en peligro, sin saberlo. No solo la

pareja de los pasaportes y otras personas que iban con ellos, también mataron a Stevens, y los miembros de la expedición arqueológica corrieron un riesgo tremendo, por no hablar de los del laboratorio…

Tenía la impresión de que todo lo que me rodeaba estaba condenado a una desaparición violenta.

¡Esto era un puto desastre!

Debía alejarme de todo y de todos, pensar y tomar una decisión que no pusiera en riesgo a nadie más. Especialmente al hombre que, en silencio, seguía tras la puerta, esperando que me calmase.

Necesitaba estar a solas y pensar. Quizá lo más sensato sería entregarme, y que las autoridades buscaran una solución.

Cuando mis sollozos fueron remitiendo, pude oír que Josh salía del baño, dándome el espacio que necesitaba. Me incorporé igual que una anciana, la pierna herida dormida por completo, y agotada. Salí del cubículo con los parpados hinchados y el rostro enrojecido, podía sentir y ver en el espejo sucio del lavabo que me habían caído cinco años encima en un momento. Tenía vértigo, el estómago encogido, y una opresión preocupante en el pecho. A mis pulmones no llegaba el oxígeno necesario, ¿sería esto un ataque de pánico? Era muy probable.

Nada más salir al aire libre, Josh me rodeó con los brazos, intentando reconfortarme. Mi determinación empezaba a flaquear, y no podía permitirlo, así que me separé de él.

—Yo me apeo aquí, Josh. No sé qué voy a hacer, de momento necesito estar un tiempo a solas para pensarlo.

—Todavía no es prudente que te quedes sola. En casa de Devlin podemos pasar desapercibidos un tiempo, hasta que decidamos qué hacer.

—No voy a ir a casa de Devlin.

—Entonces, me quedo contigo.

—¿Es que no me has oído? —Me empezaba a exasperar que no lo entendiera—. ¡Quiero estar sola!

—Charlie, yo…

—¡Vete! ¡Ya te he metido en suficientes líos! Lo único que quiero

es estar sola un tiempo —dije, bajando la voz—, así que te agradecería que te marchases.

Saqué mi mochila del asiento trasero con manos temblorosas y me encaminé, cojeando, hacia la rampa de salida de la gasolinera.

Josh se detuvo a mi lado con el coche en punto muerto.

—Déjame llevarte a la próxima población, al menos.

—No. Vete ahora —le contesté con la cabeza gacha, sin mirarlo.

Tras una breve vacilación, pasó a mi lado, acelerando al punto de que los neumáticos humeaban, quejándose del mal trato. La fina lluvia que comenzó a caer se mezcló con las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas. No sé de donde salían porque pensaba que me había vaciado.

La última persona que me importaba acababa de salir de mi vida a petición mía, tenía derecho a sentirme un poco desdichada.

Lo único que se me ocurría era ir a Nueva York, a casa de Gina, esperando no meterla a ella también en la vorágine que consumía a todos los que se me acercaban. Allí podría presentarme en el FBI o en la policía, y contarles lo que pasaba. Yo no podía con esto.

No hice autostop, solo caminé por el arcén bajo la fina lluvia, empapándome completamente, sin tomar ningún analgésico de los que llevaba en la mochila, a pesar de que la herida hacía rato que me lanzaba llamaradas de dolor.

Un conductor se ofreció a llevarme, me negué con un movimiento de la mano, no quería tener a ningún ser humano cerca en esos momentos.

Segundos después, una furgoneta se paró varios metros por delante. Iba a hacerle una seña al conductor de que siguiese su marcha, cuando unos enormes brazos me izaron al compartimento de carga, que se abrió mientras pasaba a su lado.

La luz era muy tenue y solo oí la risa del que me atrapó, divertido ante mis esfuerzos por darle una patada con la pierna herida. El dolor me dejó al borde del desmayo, pero en vez de rendirme le mordí la mano y escuché un grito que me complació. Justo antes de que un caballo salvaje me coceara la mandíbula y de sumirme en la oscuridad, saboreé mi propia sangre en la boca: me había mordido la

lengua. De no haberme desmayado, me habría reído de lo lindo.

Capítulo 25. Josh

Nunca me pareció tan frágil y vulnerable, y hubiese deseado seguir ignorando esa faceta suya porque no me agradaba ser, en parte, causante del dolor que ensombrecía sus ojos.

Cuando salió del cuarto de baño y la abracé, me reconfortó más que yo a ella. Mi falta de escrúpulos tenía un límite y el nefasto resultado de mis maniobras, no me alegraba. Corrí un riesgo con nuestros pasaportes y perdí. Sabía que aquello podía terminar de esa forma, aunque no era probable. Por eso no se lo dije a Charlie en su momento, nunca hubiera accedido a aquel trato.

Al fin empezaba a darse cuenta de la clase de personas que teníamos detrás, y quizá del tipo de persona que era yo.

Asustada y decidida a tomarse un tiempo de reflexión, yo no entraba en sus cálculos, a pesar de que mi vida estaba tan jodida como la de ella.

Era probable que ni se le hubiera ocurrido. No era por egoísmo, es que los acontecimientos la superaban.

Aquello también me afectaba, y eso que yo contaba con más preparación. Era mi forma de vida, la que elegí sin coacciones. Los episodios memorables se daban en contadas ocasiones, por eso valoraba el tiempo que pasaba con ella, recordando cada minuto a su lado. Era igual que la heroína, enganchaba con el primer pinchazo y no veía el momento de volver a meterme otra dosis.

En especial, pretendía mantenerla a salvo, justo lo que incumplí al dejarla librada a su suerte en la carretera. También yo tenía derecho a cabrearme, y me largué en un arrebato de mal genio por su cabezonería.

Me arrepentí antes de recorrer dos kilómetros.

Comprendía que necesitara estar un tiempo sola, y se lo daría en su momento, que no era ese. La pondría a salvo, aunque tuviera que atarla, y luego me esfumaría porque no quería imponerle mi presencia.

Tras unos 10 kilómetros, encontré un cambio de sentido. No vi ni rastro de ella. Volví a girar, y a comprobar que no se me había pasado nada por alto, conduciendo más despacio.

Estaba seguro de que ningún vehículo nos seguía, por lo que pudo recogerla cualquier conductor que la viera caminando por el arcén, y eso no era tranquilizador.

¿En qué coño estaba pensando al dejarla sola?

Una tercera vuelta me convenció de que no se hallaba en ese tramo. Dios, ¡que estúpido me sentía! Había ido a buscarla al quinto carajo, y ahora la dejaba tirada en una carretera a la primera de cambio.

Superando bastante el límite de velocidad, me presenté en casa de Devlin.

—¿Y Charlie? —indagó, mirándome con mala cara mientras le contaba lo ocurrido.

Me merecía su gesto de reproche, por lo que me abstuve de contestarle alguna lindeza.

—Vale, dime que alias suele usar, vamos a buscar en los hoteles de la zona.

—Coño Dev, ¡Es una tía legal, la gente normal no hace esas cosas!

Devlin levantó las manos en son de paz.

—Prueba en las ciudades circundantes, igual ha llegado más lejos. —Los nervios me consumían, en algún sitio tenía que estar, ¿no?

—Negativo. —Devlin me lanzó una mirada, que no sabía si era de consternación, o acusadora.

—¡El puñetero localizador! —Me golpeé la frente, acordándome del maldito trasto que no sirvió de nada en Perú.

—Dame el terminal que lo registre. —Dev me tendía la mano moviendo los dedos, exigiéndome premura.

—¡Espera, tío, tiene que estar por aquí! —Revolví frenético en la mochila, creyendo que lo había perdido.

Al final, vacié el contenido en el suelo y lo encontré.

—Un segundo, tengo que buscar un cable compatible.

El corazón me iba a mil por hora, observándolo revolver en una

caja llena de cables negros y enmarañados. Sacó uno y se lanzó al portátil.

—Vamos, bonito, dinos dónde está. —Le rogó al ordenador.

En otro momento le hubiese soltado alguna pulla, ahora solo deseaba que se diera prisa, y si hablando con el trasto ese iba a ir más rápido, por mí como si le quería echar un polvo.

—Tranquilo, tío, lo encontraré con menos de 2 metros de error. –Devlin intentaba calmarme, era su ordenador el que me ponía de los nervios, no era lo rápido que yo hubiese necesitado.

Las líneas de triangulación se sucedían, acercando el objetivo.

—Baltimore. El puerto —dijo por fin, como si yo no hubiera visto lo mismo que él—. ¿Cómo coño ha llegado tan lejos?

No quería pensar en la respuesta a esa pregunta. Me conformaba con saber dónde buscarla.

—Mantente en contacto por móvil si encuentras algo más. —Salté de la silla y me apresuré a salir.

—¡Eh, Bond! ¡no corras tanto! Dame 5 minutos y tendrás ayuda de verdad.

—¿Vas a salir? —pregunté escéptico.

—Necesito un poco de vitamina D, o pasaré al estado de fantasma en nada y menos, y mi furgoneta está bien equipada. Tú conduces y yo rastreo. —Cargó con un portátil y varios trastos más, me lastró con unos aparatos pesados y salimos.

Empezaba a apreciar a este tipo. Arriesgaba mucho ayudándome a buscar a Charlie y, aun así, se estaba metiendo de lleno.

—¡Tienes la furgoneta casi seca! —refunfuñé, impaciente.

—¡Pues detente en la gasolinera más próxima, mira que eres quejica! —me respondió, sentado frente a un par de pantallas de ordenador, desplegadas en la caja de la furgoneta.

—Tú no pierdas a Charlie, yo haré lo que tenga que hacer, ¿vale?

Me lanzó una mirada de reojo sin dejar de teclear.

La caja de la furgoneta se parecía al interior de las camufladas que usaba la policía: una mesa a lo largo de todo el costado, firmemente atornillada, repleta de monitores, teclados, escáneres verdosos y multitud de aparatos que no hubiese podido identificar. Dos sillones de escritorio bastante hechos polvo, y una especie de futón tirado al fondo, completaban el mobiliario.

Comprendí que era su último reducto, su salida de emergencia.

—No pienso perder la señal, no te preocupes, aunque si el FBI me rastrea, espero que me pegues un tiro antes de que nos pillen, y que luego te saltes la tapa de los sesos, porque si le pasa algo a tu chica por haberla abandonado, volveré en forma de fantasma y te aterrorizaré toda la eternidad.

—No olvidaré que tengo tu permiso para pegarte un tiro, y lo aprovecharé, llegado el momento. —Me reí, pero en el fondo me conmovía su preocupación.

Vale, nuestra relación no se basaba en la cordialidad. Lo chantajeé pidiéndole favores informáticos a cambio de no revelar su paradero. Y le pedí muchos de esos favores.

Tuve que buscarlo dos años antes, tras su desaparición con la fianza pendiente. Hicimos un pacto cuando lo encontré: yo no lo entregaba y él me echaba una mano en mis cosas.

Él cumplió conmigo, con creces, y mucho más durante el último mes. No era lo que en la vida normal se podía considerar un amigo y, sin embargo, se comportaba mejor que muchos.

Quizá no teníamos una amistad al uso, pero Devlin era mi friki personal, no lo pondría en riesgo si podía evitarlo.

—Gracias, ya sabía que podía contar contigo —replicó con ironía —. Esperaba algo heroico del tipo: «no te preocupes tío, no nos pillarán».

—¡No me jodas Devlin, que esto no es una peli! Todavía estás a tiempo de apearte. En un tiroteo hay sangre, y huesos pulverizados, y otros fluidos menos nobles saliendo del cuerpo.

—¡Eso, sigue dándome ánimos! —Soltó un graznido, que pretendía ser una risotada y continuó tecleando —. Seguimos al mismo punto, no hay cambios. ¡Espabila que esta furgo puede dar más de sí!

Pisé el acelerador. Llevábamos una hora rodando a más velocidad de la permitida sin que ninguna patrulla nos detuviera. Suponía que era por la magia que Devlin ejercía sobre los radares. En ese campo, él era el mago y yo el ayudante.

—Charlie es una tía maja, creo que nos caemos bien —dijo de repente.

No recordaba que Charlie hubiese sido especialmente amable con él, más bien todo lo contrario.

—Es una tía, y punto —le contesté.

La relación de Devlin con el resto de la humanidad era escasa, ¡por no hablar de su falta de trato con mujeres!

—¿Acaso piensas que te la quiero levantar? —Me miró ofendido.

—Más te vale, odiaría tener que buscarme otro friki.

Él lanzó una carcajada alegre y continuó con lo suyo.

Tras dos largas horas, Dev me indicó una dirección que introduje en el GPS.

—Es probable que me haga falta artillería, algo rápido —le dije en tono apremiante.

Charlie tenía muchos recursos, aunque no pudo haber cogido un avión a Baltimore, eso requería de documentación que no poseía, por lo que no pudo hacerlo por sus medios.

En cuanto a que estuviera en manos de la DIA, también lo dudaba, hubieran sido precavidos deshaciéndose de su mochila. Yo lo hubiera hecho, por si acaso. Cargaba con sus aparatos electrónicos, y todos poseen alguna forma de rastreo.

Detuve la furgoneta en una zona de contenedores. Había dos coches más aparcados cerca, supuse que serían de trabajadores del puerto, y el vehículo de Dev pasaría desapercibido.

—Me da en la nariz que la conseguirás justo en el sitio al que vamos. No es un barco de recreo, es un carguero —dijo Dev—. Las imágenes del satélite indican que hay varios hombres armados en los alrededores, así que ya sabes dónde conseguir artillería sin perder tiempo.

—¡Cojonudo! Suena sencillo, ¿no? —le dije con ironía—. Déjame echar un vistazo. —Me coloqué a su lado y estudié las imágenes infrarrojas que indicaban la posición de los hombres—. No salgas, ni respondas a una llamada en las puertas. Si volvemos, no voy a llamar, entraré directamente, a costa de causarte un infarto.

—¿Y qué tal si hacemos las cosas estilo siglo XXI? —Me lanzó un auricular inalámbrico.

—Tú sabes que yo sé que eres el mejor, ¿verdad?

—Tus piropos resultan conmovedores —dijo pretendiendo indiferencia, pero complacido. No era muy bueno disimulando.

Me coloqué el auricular, e hice un par de pruebas.

—¡No salgas de ahí sin Charlie! —Me advirtió.

—Si no recibes noticias o ves algo raro, márchate. Que nos pillen a los dos no ayudaría a nadie, ¿vale, campeón?

Hasta a mí me sonó un poco condescendiente, cosa que él no percibió, o no quiso hacerlo. Tomé nota mental de que en el futuro debería modificar mi actitud con Dev.

—Si me decepcionas y no sales, te voy a fundir todas las cuentas que tienes por ahí.

—Tuyas son. —No dejaba de sorprenderme el grandullón, en el fondo, me apreciaba—. Deja que vea las imágenes una vez más.

Volví a observar las posiciones de los hombres armados. Las memoricé, y tracé un camino que esquivara a la mayoría de ellos. Sabía dónde se encontraba la mochila de Charlie, y esperaba que ella estuviese cerca.

Me deslicé entre las sombras de los contenedores del puerto. Era de noche, la iluminación escasa, y yo poseía una visión nocturna excepcional, cosa que no le ocurre a todo el mundo. Por ejemplo, al primer tipo que puse fuera de juego, ni llegó a verme. Lo derribé de un golpe y me hice con el arma que necesitaba.

Le quité la chaqueta y la gorra y me las puse. El siguiente vigilante se confió y cayó de cabeza a las aguas del puerto inconsciente, si seguía vivo, se ahogaría en unos minutos. No era una opción dejarlo desmayado, podía despertarse y dar la voz de alarma

antes de tiempo.

En la pasarela del barco, dos tíos más me miraron interrogantes, mientras me acercaba a paso rápido.

—Hemos pillado a un tío intentando colarse con un todoterreno —dije con voz apremiante.

—¿Dónde? —preguntó el mayor de ellos, alarmado.

Le señalé un punto hacia el Norte.

El hombre salió corriendo y su compañero lo siguió.

—Quédate de guardia. —Me ordenó el primero por encima de su hombro.

Subí la pasarela desierta, con el dedo presionando suavemente el gatillo, dispuesto a disparar contra lo primero que se moviese. Solo mis buenos reflejos evitaron que le pegase un tiro a la mujer que avanzaba en mi dirección.

—¿Me buscabas? —Charlie se paró a escasos centímetros, cubierta solo por un delgado albornoz. Sus pechos se erguían bajo la tela, marcando los pezones excitados sin pudor, y la abertura de la prenda era tan amplia que casi no ocultaba nada.

—Seguramente —dije sin terminar de creerme lo que veía. ¿Charlie se encontraba aquí por propia voluntad? Mis esquemas se hacían pedazos más rápido de lo que yo podía asimilar.

Me atrajo con sus brazos, me besó con sus labios blandos y húmedos, y supe inmediatamente que no era ella. Charlie no besaba así, con recato, esperando una reacción, lo hacía sin delicadeza, poniendo cada fibra de su ser en la caricia. A veces nuestros dientes chocaban, pero ese pequeño detalle carecía de importancia.

Ese beso era más ansioso que apasionado. A esa mujer le faltaba la tremenda sensualidad de Charlie, y su olor a jazmín. Era como una fotocopia en blanco y negro de una obra maestra.

La copia física era perfecta, sin embargo, yo contaba con más información sobre Charlie de la que poseía quien intentaba suplantarla.

¿Gemelas? Sí. ¿Iguales? ¡Ni de coña!

—Ven. —Tiró de mi mano hacia el interior del barco.

Me dejé llevar, la gemela era mi pasaporte para acceder al barco sin tener que abrirme camino a tiros, por lo que no rechisté.

El camarote al que me llevó era angosto, la mayor parte del espacio estaba ocupado por un catre.

Se sentó sobre la cama y me atrajo hacia ella por el cinturón. Lo desabrochó y rebuscó dentro del pantalón, momento que aproveché para cogerle un brazo y retorcérselo, haciendo que se girase con un gemido de miedo y sorpresa.

La verdad, no sé qué pensó ella que iba a pasar, si es que pensaba algo, tenía las pupilas dilatadas y la mirada un poco extraviada. Era mi salvoconducto para buscar a Charlie, no iba a perderlo.

Hice que se alzara y le rodee el cuello con un brazo, obligándola a que caminase por delante de mí.

Pasamos frente a unos camarotes cerrados, de los que no salía ningún ruido. El pasillo a la derecha era más largo y la primera puerta llevaba a una cámara con un enorme tanque. La segunda a un motor auxiliar con bidones de gasoil alineados contra la pared, la siguiente a un generador pequeño, en previsión de los posibles fallos de potencia en el puente de mando. Bajo el aparato, una Charlie maniatada y amordazada me miraba con ojos alarmados, intentando avisarme de algo.

Ahí estuve lento de reflejos, centrado solo en el alivio de haberla encontrado viva. El golpe que recibí en la cabeza me estuvo bien empleado, por gilipollas. Lo malo es que perdí el auricular que me conectaba con Dev.

Mientras me deslizaba en la inconsciencia, me dieron una patada en las costillas de propina, eran unos tíos generosos.

—¿Por qué haces esto? Eres mi hermana.

Los ojos se le extraviaron momentáneamente, como si la respuesta fuese evidente, y yo tan estúpida que no la veía.

—¿Y? ¿Qué pasa con que seamos hermanas? No sabes nada de mí, ni te has preocupado en tu cómoda vida.

Me contestó con agresividad, como si mi sola presencia la ofendiese, algo incomprensible porque yo no me encontraba allí por voluntad propia, de hecho, hubiese estado mejor en cualquier otra parte, hasta en el hospital.

Si tanto quería perderme de vista yo estaría encantada de complacerla. Una chispa de peligro que apareció en sus ojos, me indicó que no apreciaría el comentario, por lo que le seguí la corriente.

—¿Eso crees? Nuestro padre amaba su trabajo por encima de todo. ¡Viví siempre en un laboratorio, por Dios! No veo que haya nada envidiable en ello.

—Rodeada de gente con la que hablar y reírte. Fuiste a un colegio normal, a un instituto, a la universidad. ¡Yo siempre he estado rodeada de tutores, medicada todos los días, sin poder salir sola de casa!

—Lo siento, eso deberías reprochárselo a tu madre, no a mí. De saber que tenía una hermana, las cosas podían haber sido distintas. Tal vez hubiésemos podido pasar los veranos juntas. —Mi fotocopia me causaba cierto temor. Su forma de mirarme pasaba del odio a la envidia con demasiada rapidez, y me asustaba.

Su carcajada amarga llenó el espacio del almacén.

—¡Los veranos juntas! ¿Crees que mamá me hubiese dejado?

Sonó muy infantil, hacía bastantes años que era mayor de edad, ya no dependía de la voluntad de su madre. «De nuestra madre», me corregí mentalmente. Sin embargo, esta parecía haber creado en Kimberly una dependencia que perduraba, por muy adulta que fuera. La compadecí por un momento. Solo un segundo.

Ni idea de la forma de tratar a una persona que sufría de bipolaridad. ¿Era conveniente seguirles la corriente o llevarles la contraria? Se me daba mejor lo último.

—No lo sé, no la conozco —contesté—. De hecho, me enteré de vuestra existencia hace poco tiempo. ¡A ver si crees que yo no hubiera deseado una familia normal en un hogar corriente!

—No podemos recuperar eso. —Un velo de decepción la cubrió y, de repente, su semblante volvió a animarse. Me descolocaban esos cambios repentinos—. Tengo que suplantarte durante unos días más, y quizá pueda quedarme siendo tú el resto del tiempo, si mamá me deja.

¿Todo lo que hacía debía contar con el beneplácito de nuestra madre? Debería explotar esa veta triste un poco más, conseguir algún tipo de vínculo emocional, porque iba lista si pensaba suplantarme a tiempo completo, sería sobre mi cadáver y no le saldría gratis.

—¿Viniste a verme al hospital? —Se me ocurrió de repente.

—Te visité, sí —contestó fríamente, sus ojos eran del mismo color que los míos, su expresión, distante—. No imaginaba que lo recordarías. Pasé muchas horas estudiando grabaciones tuyas, aprendiendo cómo andas, hablas y masticas para imitarte, y quería verte de cerca. Mamá me riñó, no quiere que tengamos contacto, pero cedió y dijo que igual me iría bien ver de primera mano el desastre de hermana que tengo. Además, tres de sus hombres me acompañaban, no había peligro.

—¿Y cómo sabía tu madre dónde estábamos?

—Ella sabe muchas cosas, y yo pensaba que, ya que he de convertirme en ti, es mejor que te suplante en todos los aspectos, ¿no es cierto?

—¿En todos? ¿Eso incluye a Josh? ¡No eres tonta! —Me arrepentí de mis palabras en cuanto hubieron salido de mi boca. Debía centrar su atención en mí, no darle la llave de lo que de verdad me dolería.

—Es un hombre muy guapo, y no me ha costado engañarlo.

—De hermana a hermana, te agradecería que lo dejases al margen —le pedí, apelando a nuestra condición—. Él no tiene nada que ver con esto.

—No es tarea fácil —dijo con esa risita que me ponía los pelos de

punta—. Es un tío muy sexy.

—Por favor…, te ayudaré con lo que sea, siempre que lo dejes marchar —la voz me salió temblorosa adrede, esperando que reaccionase.

—Tendré que pensármelo, es muy atractivo. Si te sustituyo en tu vida unos días, puede ser que te suplante en todos los aspectos. Y me parece que eso lo incluye a él, besa de maravilla. —Hizo un mohín pensativo y luego negó —. ¡Ya veremos!

—Gracias. Sé que harás lo correcto.

Haría lo correcto para ella, nada más, estaba como una puta cabra. El caso es que me convenía seguir haciendo el papel de hermana, a ver si daba con su punto sensible y me ganaba una aliada, que no me vendría mal.

Aun así, me dolió pensar en Josh besándola, la duda aguijoneaba mi corazón, y eso no me predisponía al acercamiento.

—A él no parecía preocuparle tanto, me da la impresión de que es de los que puede irse con cualquier mujer.

Me puso la carne de gallina, era una copia de mí misma con los sentimientos extirpados. En todo caso, esa línea de conversación terminaría mal.

—¿Por qué estoy aquí? —Me atreví a preguntar, desviando la atención del tema.

—Tienes algo que mamá quiere a toda costa.

A costa de mí, imaginé, aunque no podía sospechar qué era lo que buscaba. A esas alturas, estaba segura de que ella era la que manejaba a los latentes, y la responsable de la muerte de mi padre y mis tíos. Su marido, el general, debía haberle dado acceso al Proyecto, a mí lo que me escamaba es qué más podía querer, yo no supe de su existencia hasta que un latente inició la tragedia.

Esa línea de pensamientos me estaba jodiendo la tranquilidad que deseaba aparentar. Hubiese querido seguir ignorando la existencia de mi madre la psicópata, y no solo porque una persona que te abandona al nacer inspira poca confianza, sino por su responsabilidad en acabar con las personas que más quería en el mundo.

—¿Quieres que hablemos sobre mamá? —Mi rabia traspasó la armadura de miedo que retenía mi lengua—. Me abandonó al nacer y nunca quiso saber de mí, y jamás dejó que tú y yo tuviésemos contacto. Por lo que a mí respecta, hubiese preferido seguir pensando que estaba muerta.

—¡No digas esas cosas! ¡Mamá es buena! Si no quería que estuviésemos en contacto es porque tú podías ser una mala influencia.

—¿Una mala influencia? —Solté una amarga carcajada—. ¿Acaso te dijo a cuanta gente buena iba a sacrificar para alcanzar sus objetivos? En el mundo en el que vivo, eso se llama asesinato, y está penado por la ley.

—Esos hombres no eran buenas personas. Jugaban con las vidas de los demás. —Dudó un momento, y por fin sentí que su suficiencia se tornaba duda.

Creo que hablaba sobre los muertos del laboratorio, aunque no podía estar segura, debía seguir por ese camino, hacer que su seguridad se tambaleara.

—Eran igual de malos que tú y yo. Yo no elegí una vida sin madre y tú no pudiste escoger. Ninguna pudimos hacerlo y, a pesar de todo, seguimos siendo hermanas.

Su semblante ya no parecía tan amenazador. El aire de arrogancia se borró de su mirada, dando paso a la confusión.

No las tenía todas conmigo, sus cambios de humor eran desconcertantes. En un momento era temible y al siguiente se mostraba temerosa, y no sabía si eso era bueno o malo. Me hubiera sentido más segura en el manicomio de «Alguien voló sobre el nido del cuco».

—Mamá no estará contenta con esto —sus ojos me evitaban, parecía asustada.

—No lo sé, no la conozco —dije con más empaque del que sentía.

—Se enfadará y te hará daño, Charlie. —En un intento de borrar sus palabras, se llevó la mano a la boca—. Me estás confundiendo, es mejor que me vaya.

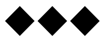
—¡Espera Kim! ¿Te llamas Kimberly verdad?

Asintió.

—Cuándo aclaremos esto, ¿querrás que nos veamos alguna vez? ¿Quedar a tomar un café, o a comer? Me gustaría conocerte.

Su expresión cambió de un anhelo feroz a la más desoladora desdicha en un segundo, y después salió corriendo y llorando.

Joder, ¿cómo iba a tratar con ella? No sentía ni un ápice de amor fraternal, a pesar de que éramos calcos casi perfectos. Me daba miedo imaginar su comportamiento sin el inhibidor. Compartíamos genes, ¿compartiríamos enfermedad mental también? La idea me mataba.



Un rato más tarde, me trasladaron a un camarote que, al igual que una cárcel, se encontraba cerrado por una reja a modo de puerta.

Al otro lado de esta, un tipo grande y feo me vigilaba, haciendo rondas pasillo arriba y abajo. ¡Como si pudiese escaparme por el ojo de buey! Y no es que no lo hubiera pensado. De encontrarse en su sitio la anilla que permitía desenroscar el perno, haría rato que estaría en el agua.

En todo caso, algo hizo mejorar mi situación, igual había tocado algún punto sensible en la pirada de mi hermana, no podía saberlo. Resultó un alivio que me quitaran las esposas y salir de aquella habitación que apestaba a combustible. El camarote disponía de un catre en el que estirarme, un lavabo lejos de la mirada voraz del vigilante, y un portillo por el que ver si era de día o de noche.

—Sabía que debí estrangularte al nacer, me lo decía el corazón.

Me giré apresuradamente, ni siquiera la había oído acercarse por el pasillo, y eso que llevaba tacones.

—¡Hola, madre! Yo no sé si me alegro de conocerte al fin. —Quise añadir que dudaba que un corazón muerto tuviese mucho que decir, aunque me abstuve, en mi situación no podía permitirme demasiados desplantes, y menos sin valorar la nueva amenaza.

La mujer superaba apenas los cincuenta años y era muy atractiva, con esa belleza madura e interesante que siempre admiré en los anuncios de cosméticos. Era evidente que acostumbraba a someterse a duras sesiones de gimnasio, y su pelo castaño y uñas, a los intensos

cuidados de un gabinete de estética. Lástima que en estos establecimientos no maquillasen la mirada también, el odio le irradiaba de todos los poros y se concentraba en sus ojos azules, fríos tal cual debía ser el hielo más profundo del círculo polar ártico.

Si antes sentí miedo con mi hermana, mi madre me producía un desasosiego muy parecido al terror. Solo mi orgullo me impedía esconderme en el cuarto de baño para huir de su escrutinio.

—No me llames madre, y no confundas tu condición de parásito al nutrirte de mi cuerpo con un acto maternal. De no ser porque Kimberly ocupaba el mismo espacio, te hubiese abortado.

—¡Qué agradables estos encuentros familiares en los que intercambiar anécdotas edificantes y divertidas! —Me alegré de tener algo que responder, porque su frialdad me traspasaba y sus palabras dolían.

—Si vuelves a disgustar a mi hija, yo misma te despellejaré, y lo haré despacio, disfrutando.

—Será si puedes acercarte tanto sin que te den convulsiones y haya que llamar a un exorcista.

La estaba cabreando más, y parecía el momento ideal para mantenerme callada. ¡Lástima que lo pensé tarde! Ella hizo un gesto al matón que cuidaba mi puerta y éste me disparó con una Taser.

Me pilló totalmente desprevenida. Esperaba alguna lindeza verbal más que violencia física.

Caí al suelo presa de convulsiones, aunque totalmente consciente. No podía levantarme y enfrentarme a ella, solo pude mirarla con todo el odio que una hija jamás debería sentir por una madre.

Ella salió de mi campo de visión, no sin que antes viera una cruel sonrisa dibujarse en sus perfilados labios. ¡Cabrona!

No sé lo que tardé en recuperarme y juntar fuerzas para llegar a la cama con un poco de dignidad. Me quedé tumbada una eternidad, hasta que el galope de mi corazón comenzó a moderar la marcha. Si pensaba que le iba a dar el gusto de verme llorar, ¡iba lista!

De haber albergado alguna duda sobre la historia que me contaron tío Peter y tío Charles, se me pasó de inmediato: esa mujer me odiaba. Podía notar su aversión en el ambiente, calándome como

si me hubiera puesto una manta mojada en los hombros, a pesar de que hacía rato que me había concedido el regalo de su ausencia.

Me dolían todas las articulaciones, y la herida de bala que iba cicatrizando me pulsaba, lo mismo que si el corazón hubiese decidido trasladarse a otro lugar de mi cuerpo.

Ojalá hubiese tenido esa Taser a mano para dispararle a aquel tipo en los huevos, y luego a mi madre en uno de sus pechos de arpía, a ver si le llegaba la descarga al corazón o al hueco que debía tener en su lugar.

Por mucho que me devané los sesos, no entendía la conexión que pudo existir entre mi padre y ella. Él era taciturno y paciente, jamás me había levantado la voz, tan solo amonestado en tono protector por alguna de mis barrabasadas. Me hacía ponerme en el lugar de la víctima, y me desarmaba completamente con su lógica.

Nunca usó conmigo un tono irónico, y mucho menos sarcástico, ahora sabía de dónde procedían los míos.

Por descontado, había algún tipo de enfermedad mental agazapada en los genes de mi familia y me aterraba pensar que tal vez la mía esperaba el momento oportuno para manifestarse. Mi madre estaba trastornada, ya no cabía duda y, por si fuera poco, tenía una especie de fijación maléfica conmigo.

—Venga, se alegrará de verte —la voz de mi hermana era alegre, la congoja de antes se había esfumado por completo.

—¿Por qué está encerrada? ¿Le ha saltado las muelas a alguien?

Conocía aquella voz, y reconocía su tono irónico. Me senté en la cama de cara a la puerta enrejada. Kimberly tiraba de la mano de Josh.

Mi hermana tenía razón: era sexy, estaba bueno, y era mío.

—Mira quién viene conmigo, Charlie —dijo ella con la jovialidad de quien ha quedado a tomar unas copas—. Espero que no te importe si me lo llevo a la cama un rato. Mamá dice que puedo hacer lo que quiera.

Definitivamente, era una pirada.

Josh me miró un instante y después mi «querida» hermana lo

pegó a su cuerpo y lo besó, mientras frotaba su cadera contra la de él, en clara actitud de provocarle y provocarme. «¡Vale, el mensaje me ha llegado alto y claro, hija de puta!»

Aparté la vista jurándome que, a la menor oportunidad, estrangularía a aquella cabrona con mis propias manos.

Josh la giró, sin separarse de ella, empujándola de espaldas contra la verja, y mirándome fijamente. Una de sus manos reposaba en la cadera de Kimberly, la otra me señalaba el suelo. Miró alarmado hacia abajo y después a mí.

Me indicaba algo, y yo estaba tan jodidamente celosa que no lo entendí, hasta que vi el brillo metálico en el suelo. Me lancé a retirarlo de la vista de todos con el pie.

—Pues en tu lugar, me andaría con ojo, a mí me pegó una ETS —le dije a Kim.

Ella se giró deshaciendo el abrazo.

—¡Estás mintiendo!

—Somos hermanas, ¿no? No te mentiría. —Me encogí de hombros, restándole importancia—. Que se ponga preservativo doble, o se te va a caer el coño a trozos.

No debería pasarme tanto, lo sé, pero era eso o lanzarme, arañarle la cara y recibir de propina otra descarga de Taser.

Su rostro se transfiguró en una máscara de rabia y se marchó dando largas zancadas. Josh me indicaba con los ojos algo que no entendí. El guardia se impacientaba, así que apartó la vista y se fue tras ella.

Él debía tener un plan para sacarnos de aquel lugar, y más valía que me centrara en otra cosa que no fueran los celos, porque quería largarme a toda costa.

El guardia regresó a su puesto con una silla, que colocó a un lado de la reja, dándome la espalda. Me agaché a recoger el regalo de Josh: ¡un clip!

En ese instante sí que se me cruzaron los cables, ¿qué cojones iba a hacer con un puñetero clip? Si fuera James Bond, seguramente me hubiera podido cargar a todos los del barco y salir sin despeinarme,

eso sin haberlo enderezado siquiera… ¡pero yo no era el puto 007!

¿Cómo iba a intentar siquiera abrir la cerradura con el matón haciendo guardia al lado? Desenrosqué el clip al tiempo que cavilaba sobre su utilidad, no se me ocurría nada.

El tío de guardia… ¡ups! El tipo se encontraba tirado en el suelo. Me puse a forzar la cerradura con prisas, hasta que alguien abrió la reja.

—¿Qué estás haciendo aquí todavía? —Josh me miró con cara ceñuda.

—Estoy esperando el autobús —le repliqué, cabreada.

—Anda, vamos. Y deja ese clip, ¿de verdad pensabas abrir la cerradura con él?

—¿Y que querías que hiciera? —Me sonrojé.

—Abrir el perno del portillo y salir por él, claro. ¿Qué otra cosa ibas a hacer con un clip?

—Podías habérmelo dicho por señas, ya que no podías hablar… —repliqué, hiriente.

—¡Vamos, anda, no tenemos tiempo que perder! —me dio un beso rápido en los labios y tiró de mi mano.

Me encantaría tener tiempo para decirle cuatro cosas, si la prioridad no fuese salir de allí cuanto antes.

Recogió la pistola Táser y un arma corta que el matón que me custodiaba llevaba encima. Yo aproveché la oportunidad y le di al tipo desvanecido una patada en los huevos, que le asegurase un buen dolor en cuanto se despertara.

—Ha empezado él —dije, ante la mirada interrogante de Josh.

Corrimos hacia las escaleras del fondo, me entregó la pistola, y me hizo un gesto de que lo esperara escondida. Josh subió rápida y silenciosamente. Oí el zumbido de la Taser y un ruido sordo arriba, un gruñido y otro golpe de un cuerpo que caía al suelo.

Josh se asomó y me conminó a subir, vigilando que el camino siguiera libre, cuando un golpe en la muñeca y un chasquido me paralizaron al pie de las escaleras.

Mi hermana me miraba con una sonrisa ladina, la muy puta me había esposado a ella.

—¡Dónde tú vayas, yo también voy, Charlie!

Capítulo 27. Josh

De no estar amarrado a una tubería con bridas plásticas, hubiera estrangulado a aquella bruja que me enseñaba en una Tablet a Charlie tirada en el suelo, presa de las convulsiones por el disparo de la Taser.

Kim se acercó a escasos centímetros y me susurró:

—Si no me sigues el juego, esto va a ocurrir cada media hora. En alguna de esas puede que le falle el corazón.

—¿Qué más quieres de ella? Dices que la suplantaste durante su ausencia, tienes su documentación y sus cuentas…

—Necesito la clave de una caja de seguridad que compartía con su padre. Él le dejó el contenido y yo quiero lo que hay dentro —dijo, con mirada acerada.

—¿Se la has pedido?

—Todavía no. Antes quiero que entienda lo que puede perder si no me lo da. Y ahí entras tú.

Solté una carcajada con intención de ofenderla. Tenía las pupilas dilatadas y el ánimo cambiante, como si estuviese drogada.

—Charlie y yo echamos unos polvos de tarde en tarde, te equivocas si piensas que hay algo más.

—Ya lo veremos… —Se marchó, dejando la pantalla encendida.

La expresión fiera de Charlie me dio idea de su cabreo, y de que se encontraba perfectamente. Juntó fuerzas y se acostó en el catre. Los hubiese matado por aquello, yo también estaba cabreado. Inspiré profundamente, conteniendo mi ira, debía aguardar mi oportunidad. En cuanto a ella, si pensaban doblegarla de esa forma, tenían trabajo para rato con lo cabezota que era.

Iba a tener que hilar fino si quería sacarla de allí. Y quería hacerlo pronto. El problema era el tiempo, me iba a costar deshacerme de las dichosas bridas.

La cabrona de su hermana volvió a entrar, seguida del tipo que había usado la Taser con Charlie. Le hizo una señal, a la que este respondió apuntándome con un arma algo más clásica, una Beretta. Una pena porque tenía intención de darle un disgusto a la mínima

oportunidad.

Kim se alzó sobre las puntas de los pies y cortó mis ligaduras.

—Si no haces lo que te diga, ella lo pagará.

Calculé mi ventaja: no podría romperle el cuello antes de que el gorila me metiera una bala entre ceja y ceja. No era esa mi oportunidad, por lo que seguí a aquella zorra hasta el camarote donde se encontraba Charlie, que lucía una reja recién estrenada en su honor, a no ser que esa fuera una nueva normativa internacional para embarcaciones de carga que yo desconocía.

Eché una rápida ojeada al panorama del interior del camarote, mientras Kim me pegaba un buen repaso de lengua.

Mis dedos buscaron con agilidad en el bolsillo pequeño de los vaqueros: esperaba que no se me hubiesen caído los clips que siempre llevaba para casos de emergencia. Por experiencia sabía que era un sitio que pasaba desapercibido, en el que no se podía ocultar gran cosa, así que no se registraba.

Saqué el clip justo antes de que Kim me obligase a abrazarla por la cintura y la apreté contra la reja, fingiendo un arrebato de pasión que la complació, y que hizo palidecer todavía más a Charlie.

Era preciosa hasta con ese color cadavérico.

La miré a los ojos y le indiqué el suelo, en el que dejé caer el clip. Le costó comprenderlo, cuando lo hizo, se acercó a la puerta y lo arrastró con el pie. Intenté indicarle el portillo con la mirada, pero ella se centraba en lanzarle pullas a su hermana que, por fin, se picó y dejó de hurgar en el interior de mi boca con su lengua. Se lo agradecí mentalmente, me empezaban a entrar arcadas y la conclusión de toda esa escena, hubiese tenido malas consecuencias.

Kim se marchó a grandes zancadas, miré de nuevo a Charlie y al portillo, luego salí tras la loca aquella. El guardia que nos vigilaba, se detuvo junto a la puerta de la celda con la Taser en la mano izquierda, por si se me ocurrían cosas raras.

Comprendido.

—Ya has oído que a Charlie no le importa que tú y yo juguemos un rato. —Kim sacó unas esposas metálicas y me indicó que me tumbara en la cama.

¡Genial para mí! Unas esposas metálicas contra uno de mis clips, tenían que quedarme dos y yo era hábil con ellos. Esta podía ser la ocasión que aguardaba.

Extraje uno de ellos con rapidez, y me lo coloqué entre los dedos, remiso a que me esposara al cabecero de la cama. Al final, fingí rendirme.

Cuando empezó a maniobrar en los botones de mis vaqueros, intenté concentrarme y que no se me cayese el clip, tenía que enderezar uno de los extremos y comenzar a manipular la cerradura de las esposas.

Kim susurraba lo que ella debía considerar obscenidades, y sobre lo que Charlie le podía haber dado lecciones. Estaba tan cabreada como excitada ante la reacción de mi miembro a sus inexpertas caricias.

Esperaba que el clic de la cerradura le pasara desapercibido entre el tintineo de las esposas contra el cabecero.

Ahora debía obrar con paciencia. A pesar de la atadura, ella no se fiaba de mí, y hacía bien. Levantaba la vista cada poco, asegurándose de que continuaba maniatado.

Sabía lo que quería de mí y fingiría rendirme, aunque fuese a regañadientes, con el fin de que se confiase lo suficiente. La podía haber aprisionado entre las piernas en ese instante, pero con mi pene en su boca, hubiese arriesgado mi masculinidad. Esa opción quedaba descartada por el bien de mi integridad física.

Por fin se levantó, se deshizo de su ropa y montó en mi regazo, con una mezcla de ansia y timidez desconcertantes.

Levanté las rodillas, dándole un golpe en la espalda que la atrajo hacia mis brazos, ya liberados. Su sorpresa me permitió girarla y aplicarle una llave que la dejó inconsciente. Y de verdad, confiaba que por un buen rato. El que me violase una mujer no estaba en mi lista de sueños eróticos, bueno, sí que lo estuvo durante un tiempo, lo que no entraba en ellos es que fuese esta tía.

La erección remitió enseguida, pero el dolor de huevos me hizo caminar hacia el camarote de Charlie como si me faltase el caballo entre las piernas.

El guardia medio dormitaba sobre la silla, y ni se enteró del golpe

con el canto de la mano en la base del cuello.

He de hacer un inciso al respecto: ese golpe lo usaba a menudo a la hora de reducir a alguien porque se me daba cojonudamente bien y, aplicado con destreza, no causaba daños permanentes.

Me arrepentí de haberlo usado con ese tipo, que se permitió hacerle daño a Charlie, este merecía un trato especial. Lo salvó el hecho de que llevara prisa por sacar de allí a aquella cabezota.

Lo agarré en previsión de que su caída organizara un estrépito que llamara la atención. Busqué las llaves en sus bolsillos, mientras contemplaba divertido cómo Charlie intentaba abrir la cerradura con el clip.

Cuando le dije que era para el portillo, me puso mala cara.

—Podías haberme adjuntado un folleto de instrucciones —murmuró enfurruñada. Le di un beso rápido y la insté a salir. No podíamos perder tiempo, aunque me encantaba cómo reaccionaba cuando se enfadaba conmigo.

No había muchos hombres en el barco, aunque preferí adelantarme dejándole a Charlie la Beretta de su guardián, por si acaso.

Sabría defenderse, llegado el momento, y yo debía ocuparme de los hombres que nos impedían el paso al muelle.

La reacción de Kim nos sorprendió a ambos. Había dejado fuera de juego a los dos hombres que montaban guardia en la puerta y llamé a Charlie. Kim apareció tan de repente, que nos quedamos paralizados, y con un hábil movimiento, apresó con el grillete libre la muñeca de la mano armada de su hermana.

La había dejado con uno de los grilletes amarrado a la cama y otro a su muñeca, pero en mi inmensa estupidez, no caí en quitarle las llaves, y es que, con el riego sanguíneo ocupado en otros menesteres, la cabeza funcionaba solo a medio gas.

No podíamos perder el tiempo en soltarlas y, en todo caso, Kim no iba armada y nos serviría para salir de allí. Y de verdad esperaba que a su madre le importase algo más que Charlie, de estar equivocado, ¡lo llevábamos claro!

—¡Zorra! —el cabezazo de Charlie impactó de lleno en la cara de

su hermana.

Oí un crujido, no sabía si Charlie se había roto la crisma, le había reventado la nariz a su hermana, o ambas cosas.

Kim no lo esperaba y se llevó la mano libre a la nariz, en un intento de contener el chorro de sangre que le manó entre los dedos, mientras se tambaleaba, a punto de caer. La sujeté antes de que eso ocurriese y salimos a la cubierta.

No había nadie a la vista, pero apunté a la cabeza de Kim con una de las pistolas confiscada a los guardias, la otra la llevaba en la cinturilla del pantalón.

Al pie de la pasarela, otro par de guardias armados se quedaron paralizados al vernos. Comprendieron mi gesto y dejaron las armas en el suelo.

—Fuera de ahí, no os quiero a menos de 10 metros de la pasarela.

Obedecieron y bajamos del barco todo lo rápido que pudimos. Le di una patada a las armas, que cayeron al agua con un chapoteo sordo, y conduje a las mujeres hacia los contenedores, tras los cuales sabía que tenía que haber, al menos, un par de coches. Devlin debía estar lejos ya.

Me adelanté, con la intención de cerciorarme de que los coches no se encontraban vigilados.

—Si ves a alguien llegar desde el barco, dispara, no vaciles, —Charlie asintió. La vi decidida, lo haría.

Kim, de momento, no iba a ser un problema, se encontraba bastante entretenida con el dolor de la nariz rota.

Los dos coches seguían donde antes, y también la furgoneta de Dev. ¡No sabía si alegrarme, o pegarle un tiro por estúpido!

Dos disparos seguidos me hicieron volverme. Charlie se refugiaba tras un contenedor, y disparaba a los guardias de la pasarela que se estaban acercando con armas de repuesto. ¡Buena chica!

Tiré del brazo de Charlie para que se apresurara y me coloque tras ellas, cubriendo sus espaldas y empujando a Kim.

Devlin no se hallaba a la vista, y la puerta no se abría. La golpeé

con la empuñadura de la pistola.

—¡Dev, abre, soy yo!

Ningún movimiento en el interior.

—¡Dev, voy a pegarle un tiro a la cerradura, si no abres ahora mismo!

Dos hombres armados se unieron a los de la pasarela, y un par de balas silbaron a nuestro alrededor.

—¡¡Devvvvv! —No me podía creer que fuese a esperar las tres llamadas. Más le valía estar muerto porque, de lo contrario, lo estrangularía con mis propias manos en cuanto hubiéramos salido de allí.

La puerta corredera se abrió, dejando entrever la cara pálida de Devlin. Di un tirón para abrir del todo y empujé a las hermanas dentro, sin muchos miramientos.

—¡Arranca! —le grité al informático, al tiempo que apuntaba a los otros coches.

Al primero le acerté en el depósito de gasolina que empezó a salir a chorro por el agujero, al segundo en una de las ventanillas. El movimiento brusco de Dev al arrancar me desequilibró. Volví a apuntar y disparé varias veces más. Alguno de los disparos dio en un neumático.

Saqué la otra pistola y disparé hacia las llantas del primero, esperando crear una chispa que incendiase la gasolina. No lo conseguí, estábamos ya demasiado lejos. Al menos, sabía que ninguno de los dos vehículos nos perseguiría durante mucho rato.

Cerré la puerta lateral de un tirón y me dejé caer sentado, con la respiración acelerada. Charlie se sentó a mi lado, me miraba con aliviado cansancio y con una sonrisa que disipó el mío.

Al cabo de unos segundos, empezó a reír y me uní a sus carcajadas, ¿qué iba a hacer, sino tomármelo con humor?

Capítulo 28. Josh

—¿Cómo me encontraste? —me preguntó Charlie.

No quería responder a esa pregunta con sinceridad.

—Tengo mis métodos. —Le guiñé el ojo y señalé a Dev—. Y un arma secreta. ¿Estás bien?

—Estaré mejor cuando me quite la fotocopia de encima —gruñó, levantando la mano esposada, y centrándose en otro tema que era lo que yo pretendía.

—No sabía que tuvieras sangre escocesa.

Me miró desconcertada, esperando una explicación.

—El golpe que le has dado a tu hermana se llama «Beso de Glasgow», si pillas al otro desprevenido, es un K.O. seguro, de lo contrario, te rompes la crisma —le contesté, riendo ante su cara de pasmo.

—No sabía que tuviera un nombre tan rimbombante, yo solo pretendía darle una hostia y, cuanto más fuerte, mejor —exclamó—. Te advierto que, o nos sueltas pronto, o pienso asfixiarla con mis propias manos, así que tú verás…

—Deja que me asegure de que no nos siguen.

Le di un toquecito en el hombro a Dev, que tenía los ojos muy abiertos y sudaba a mares. No se opuso a que cogiera el volante.

—Vigila que las chicas no se maten, ¿quieres, colega?

—Entonces, ¿te parece bien que me haya quedado? No sabía qué hacer, no podía comunicarme contigo.

—Me alegra que no me hayas hecho caso, Dev, pero ahora asegúrate de que Charlie no se cargue a la otra.

Como imaginaba, ninguno de los dos coches pudo seguirnos, aunque lo intentaron. El del neumático pinchado paró a los pocos metros, con la llanta en el suelo. El del depósito agujereado se quedó sin combustible a unos kilómetros, sin llegar a acercarse a nosotros lo suficiente.

—Tengo malas noticias, Dev.

—Nunca espero buenas noticias tuyas —refunfuñó el informático. Parecía haber adelgazado 10 kilos, cosa que no le sentaba mal, quizá un poco de emoción le convenía a su sedentaria forma de vida.

—Tenemos que abandonar tu furgo.

—Me lo temía —dijo consternado—. Sacaremos antes mis cosas, ¿no? ¿Dónde vamos?

—Deja que lo piense. Tú controla los radares de velocidad, quiero ir lejos y rápido.

—Están puestos en automático desde ayer. Los radares no nos localizarán, tú cuídate de las patrullas —me advirtió.

Reduje un poco la velocidad.

—¡Hostia, tío!, ¿Tú sabes lo que me ha costado organizar esta furgoneta? Tiene paneles con pintura RAM, de bolitas de metal que la hacen invisible a casi todos los radares terrestres. Eso y una ayudita informática, nos oculta a todo lo que no sea el ojo humano. ¡No sé qué haces, que cada vez que entras en mi vida me jodes lo que tanto me ha llevado montar! —Devlin parecía cabreado. El susto de los disparos ya se le había pasado.

—Es culpa mía, Devlin —intervino Charlie—. Yo os he metido a los dos en esto.

Se hizo un momento de silencio.

—Perdona que no te haya saludado, Charlie —Dev parecía recién aterrizado en la Tierra—. ¿Estás bien? ¿Y tú… tu …, en fin…, tu amiga?

Ella soltó una carcajada un poco histérica.

—¡Si no me quitáis las esposas, ella va a estar peor!

—Coge el volante, Dev.

Hurgué un poco en las esposas y solté las muñecas de ambas.

—Deberías dejarla esposada —me sugirió Charlie, frotándose la piel enrojecida.

Kim sollozaba quedamente en el suelo. Ofrecía un aspecto espantoso, la novedad es que ya no sangraba por la nariz que, probablemente, estaba rota. Iba a tener los ojos morados unos cuantos días, y no me dio ninguna lástima.

Parecía indefensa y, aun así, me aseguré de que tuviera las esposas apretadas y de quitarle la llave. Las apariencias engañan y esa tía estaba loca.

—No le quites el ojo de encima —le dije a Charlie—. Si hace cualquier cosa rara, le regalas otra de esas caricias que se te dan también.

Ella me cogió de la pechera de la camisa y me besó larga y profundamente. Olía fatal a sudor, a adrenalina, a los gases de combustible que despiden todos los barcos, y debajo de todo eso estaba su aroma a jazmín. Yo debía de apestar igual, pero sin el jazmín de fondo que minimizara el impacto olfativo, algo que no pareció importarle porque se pegó a mí y pasó lo que tenía que pasar.

—Elige, te apartas, o te voy a hacer el amor aquí mismo —le susurré contra la boca.

—No hay nada que desee más. —Jadeó ella.

¡Dios, esta sí era Charlie! ¡Y cómo la deseaba!

—¡Oye, si queréis, paramos en un motel y os esperamos! —gritó Devlin, mirando por el retrovisor.

La aparté con delicadeza, lanzándole una mirada prometedora, mientras sentía que el dolor de huevos me aguijoneaba de nuevo. ¡Entre las dos hermanas me estaban dejando para el arrastre!

—¡Luego hablaremos! —Le di un mordisco en el lóbulo de la oreja, sin dejar que volviera a pegarse a mí. Mi cabeza pensante debía estar lúcida y, si no me llegaba el riego sanguíneo, mis ideas derivaban a temas menos prácticos.

Relevé a Devlin, que miraba curioso a las dos mujeres.

—Guíame hasta Scranton, Pensilvania —le pedí.

—La ruta más directa está llena de tramos de obras, buscaré otra. —Dev aún estaba nervioso. Saltaba como un muelle en su sillón, frente a una de las pantallas.

—Por esa iremos. Registra a Kim por si lleva algún dispositivo de rastreo o de escucha.

—¿Quién es? —preguntó en voz alta mirando a Kim con lástima.

—Mi hermana —contestó Charlie—, la única que tengo, y resulta que es una psicópata.

—¡Pues de no ser por la nariz, parecéis dos gotas de agua!

—Eso se acabó a partir de ahora, a no ser que se la opere, claro. Va a parecer un boxeador después de una pelea. «Beso de Glasgow» me has dicho que se llamaba eso, ¿no? Creo que será mi golpe estrella desde hoy.

Me reí, no sabía qué me gustaba más, si saber que estaba bien físicamente o que hubiese recuperado su sentido del humor. Seguramente ambas cosas.

A pesar de todo, cuando paramos a repostar, Charlie salió a comprar comida, toallitas húmedas, y una camiseta con alguna frase ocurrente del estado donde nos encontrábamos, no sin antes volver a sorprenderme.

Al detenernos, su hermana hizo intención de largarse, al ver una de las puertas laterales abiertas. Charlie la detuvo, cogiéndola del pelo.

—¿Quieres otro de esos besos? —le preguntó con cara de pocos amigos.

Kim no quería y lo demostró quedándose muy quieta, algo que no terminó de tranquilizar a Charlie.

—Dev, ábreme aquí y cierra con llave en cuanto haya salido —le pidió al informático, que se apresuró a abrir el portón contrario, el que daba a la pared de los baños.

Charlie se apeó con el pelo de su hermana todavía en un puño, y cerró el portón desde fuera, dejando a Kim atrapada de una forma que no se me hubiera ocurrido en la vida. Por mucho que forcejeara, era incapaz de soltarse, a no ser que se dejara el cuero cabelludo en el intento.

—¡Listo! —exclamó Charlie, dando la vuelta a la furgoneta y encogiéndose de hombros ante mi mirada interrogante—. ¡No

preguntes!

No pregunté, por el momento, ya tendría ocasión, porque no pensaba quedarme con las ganas. Charlie era mi mujer ideal, ¿quién iba a reprocharme que me hubiera enamorado de ella como un colegial?

—¿Alguien se apunta a tomar un café? —preguntó—. Esta no va a ir a ninguna parte.

Dev se quedó, pero yo quería darle un buen achuchón a mi arqueóloga, no la había abrazado en condiciones desde Perú, y hacía una eternidad de aquello.

Kim estaba tranquila, lo del pelo la había dejado fuera de juego totalmente, y permitió que Charlie le limpiara la sangre del rostro con las toallitas húmedas, mientras nos poníamos en marcha.

—Apaga todos los dispositivos electrónicos, Dev. A partir de aquí, vamos sobre seguro y no necesito más que mis ojos.

Le costó un momento comprender que me dirigía a él. No apartaba los ojos de Kim, lo que no era buena señal. Vale que no tuviera mucha experiencia con mujeres, pero Dev era de mi equipo, y no iba a consentir que se le fuera la olla por un calentón.

Devlin terminó de desenchufar aparatos y se sentó en el asiento del copiloto.

—¿Qué le pasa a la hermana de Charlie? —me susurró, lanzando un vistazo y comprobando que las chicas no lo escuchaban.

—No lo tengo claro, yo diría que gran parte de lo que le pasa es su madre.

Levantó las cejas en muda pregunta y le resumí lo que sabía hasta ese momento.

—¿Seguro que es bi? —me preguntó.

—Lo dices como si fuese bisexual en vez de bipolar.

—Es que con lo que me cuentas de su madre, lo raro es que haya salido medio normal. Quizá está confusa solo.

—Mira Dev, no te fíes de ella. No sé qué le pasa, no sé si está confundida o tiene un problema mental grave, lo que sé con seguridad

es que es peligrosa. —Lo miré para asegurarme de que me comprendía. Me dio la impresión de que no. ¡Estupendo! Ahora tendría que preocuparme de una y de otro, además de intentar mantenernos a salvo a Charlie y a mí.

Eché un vistazo al retrovisor. Kim se cambió la camiseta empapada de sangre por la que le había comprado su hermana. El verla sin las esposas no me tranquilizaba, me fiaba de ella lo mismo que de una serpiente de cascabel.

La furgoneta no era el vehículo ideal para salvar pendientes y carreteras estrechas, aunque me las arreglé. La cabaña de madera en la orilla del lago Wallenpaupack estaba solo algo más deteriorada que la última vez que estuve allí. Necesitaba unos arreglos, que empezaban a ser urgentes.

Apremié a Devlin, debíamos descargar lo que quisiera conservar. Charlie esposaría a Kim a un poste del porche, mientras ayudábamos al informático.

—Volveré en cuanto pueda. —Abracé a Charlie—. Tu hermana tiene que estar esposada, prométemelo.

Un asentimiento no era suficiente.

—Charlie, es peligrosa. Tienes que mantenerla bajo control, tu vida y la de Dev dependen de ello.

—Te prometo que la tendré controlada todo el tiempo.

—¿Tienes el arma?

Ella asintió, enseñándomela.

No me convencía dejarla con aquellos dos, pero tenía que delegar, deshacerse de la furgoneta era prioritario.

—No enciendas ningún aparato electrónico que pueda indicar dónde estáis —le advertí a Devlin—. Y cuida de Charlie, la dejo en tus manos.

—¡Ah, por cierto, Josh…! —exclamó Dev, sonrojándose un poco —. Llevaba un dispositivo de rastreo.

—¡Joder, Dev! ¿No me lo podías haber dicho antes? —Se encogió de hombros como si se le hubiera olvidado. Lo hubiese matado, de no

ir con prisa—. ¿Dónde está? ¿En la furgo?

—Lo metí en la cisterna de la gasolinera, pensé que si nos seguían…

Respiré aliviado.

—Buen trabajo, Dev. Cuida de las chicas.

Me lanzó una mirada de perro faldero que ha dado la pata a su dueño a la primera, y espera una recompensa, así que arranqué y me largué de allí, antes de que se pusiera a ladrar de contento. ¡De verdad que ese chico necesitaba sacar la nariz de entre los ordenadores y comenzar a codearse con más gente!

Volví por el mismo camino de tierra y, cuando salí a la interestatal 81, tomé hacia el norte, aumentando la velocidad al límite de lo permitido.

Abandoné la furgoneta en una zona discreta y atestada de coches de Syracuse.

En un supermercado hice una compra abundante, y en el aparcamiento abrí un coche rápido y grande. Estaba perdiendo la cuenta de los vehículos que había robado la última semana, a ese paso, iba a ser yo el que estuviese en el punto de mira de un cazarecompensas.

Me quedaban unas tres horas de vuelta, más el tiempo de la llamada, que fue superior al previsto. Me lo tomé con tranquilidad, aunque estaba deseando regresar y descansar un rato al lado de Charlie.

Capítulo 29. Charlie

—¡Estoy demasiado cansada, así que no intentes joderme, Kim! —La señalé con el dedo, subrayando mi advertencia.

La pierna me dolía y mi humor iba a la baja.

Devlin se había dado una ducha, después de meter todo su equipo de la furgoneta en un rincón del salón. Aunque no se pudo cambiar de ropa, se le veía fresco y relajado.

—Me quedo con ella, Charlie, ve tú a la ducha.

—No, primero ella. Yo la vigilaré, así que no te emociones —le dije, más cortante de lo que pretendía.

El pecho de Kim era algo más voluminoso que el mío, y sus caderas eran redondeadas, al contrario que las mías, aunque podía deberse a que yo había adelgazado mucho el último mes. El resto era lo que ya conocía por haberme mirado tantas veces en el espejo.

En conjunto, poseía un mayor atractivo que servidora, y esa idea no mejoró mi humor. ¡Solo pensar en que había besado a Josh, y sabe Dios qué más, me hacía desear apretar el gatillo del arma con que la amenazaba! No lo iba a hacer porque no era una asesina, pero soñar es gratis.

—¿Por qué no has abierto todavía esa caja de seguridad, Charlie? —me preguntó con voz un poco gangosa, no podía respirar por la nariz, y yo me alegraba.

Se habían cambiado las tornas y ahora Kim era quien estaba bajo mi control, otra cosa era saber qué iba a hacer con ella. Esperaba que Josh tuviera alguna idea al respecto, porque yo hubiera preferido abandonarla en la carretera.

Le alargué la toalla, que estuvo a punto de caerse. No era solo su mano la que temblaba, sino todo su cuerpo. ¿Tendría miedo? No había dado muestras de ello en ningún momento.

—¿Te duele? —le pregunté, sin responder a lo que acababa de preguntarme ella.

Se tocó la nariz tumefacta y sacudió la cabeza.

—Puedo ver si hay algún analgésico por ahí… —Le ofrecí.

Se envolvió en la toalla con la cabeza gacha, sin mirarme. Lo tomé como un no.

Vale, soy gilipollas, ya lo sé. Tendría que alegrarme que rabiara de dolor, la descarga de la Taser no me había hecho cosquillas precisamente. De todas formas, busqué en el armario del baño hasta dar con un bote de analgésicos caducados, ella no querría, yo sí. Me tomé uno en seco, esperando que sus compuestos me aliviaran la quemazón de la herida de la pierna.

—Te he preguntado…

—Ya sé lo que has preguntado —la corté—, y no es asunto tuyo. El testamento de mi padre es lo que menos me importaba cuando lo asesinaron, y tampoco me preocupa en este momento.

—No tienes idea de la importancia del legado que dejó —replicó ella.

—¿Legado? Sí, claro. Una casa en las afueras, tan hecha polvo que los pájaros la usan de zona de nidada alternativa, una pequeña cuenta en el banco que no daría para pagar la compra semanal, y un montón de papeles que, vendidos a peso, no compensarían siquiera el tiempo dedicado a recogerlos. Si esperas heredar algún diamante de esos descomunales del que viven cuatro generaciones, ya puedes esperar sentada.

—Los estudios de sus experimentos son mucho más valiosos que cualquier joya, Charlie.

—¡Claro, míranos! Por un momento he soñado que me encontraba en una vieja cabaña al lado de un lago, huyendo de gente que quiere matarme, entre ellos tú —dije con sorna.

—¡No te das cuenta de lo que vale lo que nuestro padre puso en marcha! No hablo de dinero, sino de un gran logro médico.

Puse los ojos en blanco. ¡A saber que le habría contado su madre…, nuestra madre! No todo, estaba claro.

—¿Sabes lo que son los diamantes de sangre? Eso es lo que ha dejado nuestro padre. Suponiendo, y es mucho suponer, que el estudio completo del Proyecto Golondrina estuviese en esa caja de seguridad, ¿qué crees que quiere hacer tu madre con él? ¿Obras benéficas?

Me miró terminando de secarse el cuerpo. El agua le goteaba del

pelo y volvía a mojarle la espalda. Limpia de la sangre seca, la piel alrededor de los ojos y la nariz ofrecía un color púrpura oscuro, y ésta se veía ligeramente aplastada.

—Ese proyecto puede salvar muchas vidas, Charlie.

—Tal como se concibió en un principio, así es. —La miré inquisitiva—. ¿Conoces el resto?

—¿El resto?

—Dime lo que sabes de ese proyecto.

—Se basa en modificar conductas agresivas, y servir de apoyo en enfermedades mentales graves. —Me miró como si fuese idiota.

—Vale, ya lo entiendo. Tu madre te ha contado la parte chula del experimento, la aceptable para cualquier persona preocupada por una sociedad que se degenera. Muy bonito.

—¿Qué quieres decir?

—Mejor vístete y te lo cuento. No sé si Devlin conoce la historia, y no estoy por la labor de contarla dos veces.

Kim se apresuró. El temblor de sus manos iba en aumento y le costó meterse la pernera de los pantalones.

Devlin dormitaba en un sofá, parecía agotado. Se despejó al vernos y observó a mi hermana con más detenimiento del que me pareció oportuno. No era curiosidad, era admiración lo que leí en su mirada. ¡A ver si íbamos a tener un disgusto!, Kim no era el angelito que aparentaba.

—¿Te contó Josh lo del Proyecto Golondrina? —le pregunté directamente, haciendo que desviase la mirada.

—Seguramente, no todo, ¿por?

—Siéntate, Kim. No olvides que llevo la pistola encima, y si tengo que disparar, lo haré sin pensarlo. —Mi parte diplomática había desaparecido, al igual que mi vida, en los últimos días.

Para mi consternación, Dev le hizo sitio a su lado y ella aceptó. ¿Había percibido que podía tener en él a un aliado? Me senté frente a ellos, con el arma a mano.

Vale, no me fiaba un pelo de Kim. Por otra parte, temía su estado de normalidad, ¿sería la calma que precede a la tormenta? No iba a confiarme, si es lo que pretendía. Había sido testigo de sus cambios de humor hacía apenas unas horas, y de lo agresiva que podía ponerse.

—El Proyecto Golondrina se creó… —Debí estar hablando más de una hora de lo que sabía, y de lo que había ocurrido a partir de la muerte de mi padre.

Ninguno de los dos me interrumpió. No preguntaron nada. No hicieron comentario alguno. Solo escucharon.

Devlin tenía un brillo curioso en la mirada, creo que le fascinaba la idea de poder controlar a una persona mediante un implante.

Kim, por el contrario, había ido palideciendo. Llegó a un punto ceniciento en el que pensé en parar. Era la parte de la historia en la que la habían implantado, en un intento de corregir su bipolaridad.

Cuando desvelé que el implante en blanco destinado a mí, también se lo habían colocado a ella, se tapó la cara y sollozó ruidosamente.

Devlin le rodeó los hombros con un brazo y Kim se dejó consolar. Yo me tensé. ¿Ahora venía el cambio? Palpé la pistola, a mi lado en el sofá, lejos de su alcance y preparada por si su parte de Mr. Hide decidía aparecer.

Dev me lanzó una mirada airada y lo entendí, él no había sido testigo de la fase en la que Kim se convertía en una zorra desalmada. Lo sentí por él, le gustaba mi hermana, era evidente. Y yo me sentiría fatal si tenía que pegarle un tiro en su presencia, aunque fuera en la pierna. No me fiaba de sus reacciones.

Mi madre y ella habían formado un tándem durante 27 años, algo se tiene que pegar en todo ese tiempo, y no necesariamente lo bueno. Desde luego, no tenía ninguna confianza en que hicieran lo correcto a estas alturas. Había demasiados muertos.

La gran noticia era que Kim estaba reaccionando como una persona normal, disgustada por la historia que parecía novedosa para ella. Continuaba llorando quedamente, y mi mano se alejó del arma. Mi lengua, sin embargo, resultaba implacable, y no paré hasta que terminé con todo lo que tenía que decir. Aunque no les gustase, era lo que había, y tenían que saber en qué estábamos metidos.

Dev se había ganado el derecho a saberlo, y estaba a tiempo de abandonar el barco, esta movida no iba con él. En cuanto a Kim, pues si fingía, se le daba de miedo, y la verdad es que me gustaría pensar que ella era otra de las víctimas de los manejos de nuestra madre, pero sería muy ingenuo por mi parte.

—Joder Charlie, ya vale, ¿no? —Devlin me lanzó una mirada acusadora.

—Sí, ya vale. ¿Te parezco cruel, Devlin? ¿Tanto cómo los que controlan a personas con vidas normales, con familia, y las convierten en asesinos involuntarios?

Mi hermana seguía sollozando sobre el pecho del informático, sumida en el abrazo de oso que Devlin le proporcionaba.

—¿Crees que vuestra madre sabe eso? —preguntó él, muy acertadamente.

No quería dañar más a mi hermana, percibía su fragilidad entre los brazos del informático, y me encontraba confusa, a mi vez.

Josh me hubiera tirado la bronca y con razón: Kim podía estar engañándonos a Devlin y a mí. Y es que, con toda la fachada de tía dura que me gastaba, en el fondo seguía creyendo en la buena fe de las personas.

—Lo sabe todo. —La voz de Kim nos sobresaltó a los dos.

Devlin y yo nos quedamos mudos. No sabíamos si preguntar algo o esperar a que ella hablase.

—¿Soy bipolar? —preguntó ella con voz ronca.

—No sé qué decir, Kim, solo sé lo que me contaron —dije, tras una pausa que se me hizo eterna, pero es que la pregunta me dejó descolocada, ¿acaso no lo sabía ella? El asunto hubiera tenido su gracia, representado en un escenario de cómicos aficionados—. Según tengo entendido, te pusieron un implante para minimizar tu trastorno.

Kimberly asintió con expresión triste, con las lágrimas surcando sus mejillas.

—Entonces, no debe funcionar, o no tendría que tomar tantas pastillas, ¿no?

Si no hubiera conocido a la zorra que había intentado follarse a Josh, le tendría lástima. Me encogí de hombros, ¿qué podía contestarle?

—Llevo toda la vida enferma, aunque mamá nunca me dijo cuál era mi dolencia.

—Lo siento, Kim. —Y lo dije en serio.

—Supongo que no llevarás ninguna de esas pastillas encima… —sugirió Devlin.

Ella negó con la cabeza.

—Las últimas me las dio mamá en el barco. Me dijo que estaba muy trastornada y necesitaba relajarme, pero en vez de tranquilizarme, me excité más de la cuenta porque quería hacerte daño, mucho daño, Charlie. Y no lo entiendo, las pastillas blancas me relajan y me tomé dos.

Devlin y yo intercambiamos una mirada.

—No has tomado nada desde entonces —afirmé, de sobra lo sabía, no la perdí de vista en ningún momento—. ¿Es por eso que te tiemblan las manos?

—Me pasa cuando las dejo —contestó, inspirando profundamente—. A veces, me canso de tomarlas, no me dejan pensar y paso temporadas sin ellas, hasta que mi madre se entera.

—¿Y qué pasa cuando las dejas? —preguntó Dev.

—Nada, pero mi madre se enfada mucho, dice que puedo tener una crisis.

—¿Te vuelves violenta? —el informático parecía fascinado—. ¿Cómo se llaman esas pastillas?

—No sé cómo se llaman, y no sé si me vuelvo violenta, me quedo en blanco unos días.

Vale, esta conversación me escamaba. ¿Nos estaría engañando? ¡Joder, era una actriz de primera, porque me lo estaba creyendo todo!

—Es preferible que vuelvas a esposarme, Charlie, no me perdonaría que la falta de medicación me hiciera volverme contra vosotros, parecéis buenas personas.

Los chavales de la pipa de crack en Perú hubiesen podido atestiguar mi ingenuidad, porque lo que estaba a punto de hacer era otra de mis ideas felices. Si no me mataba Kim, lo haría Josh, por fiarme de ella.

—Creo que es hora de que os vayáis a dormir, yo esperaré un rato más a Josh. La habitación de la derecha es la de las chicas, la de la izquierda la de los chicos —le aclaré a Dev, por si había imaginado cosas raras.

—Esperaré contigo. —Devlin intentaba ser caballeroso, a pesar de que tenía una cara de sueño que no se aguantaba.

—Tú te vas a dormir. Los dos os vais.

Kim me tendió las manos, esperando que le pusiera las esposas. Negué con la cabeza.

Tomé una decisión de la que esperaba no tener que arrepentirme, tenía demasiados problemas encima, no podía hacerme cargo de más, por el momento. Prefería pensar que Kim era otra víctima en todo este follón de los latentes.

—No voy a esposarte, si te vas esta noche, pues allá tú, pero que sepas que ahí fuera hay osos —bromeé.

Intentó sonreír, pero lo dejó estar, le dolía.

Se encaminó hacia la habitación.

—¡Eh, tú! ¡En casa siempre nos hemos dado las buenas noches! —le di un beso en la mejilla y le apreté el brazo—. Descansa.

Cuando hubo cerrado la puerta a su espalda, Devlin me susurró:

—¿Estás segura de esto?

—No, Devlin. Cada vez que pienso en este tema, me desconcierta más, no tengo ninguna seguridad.

—Bien, vamos a reflexionar un rato. ¡Buenas noches, Charlie!

—¡Buenas noches, Devlin! ¡Y gracias por esperarnos!

Se llevó la mano a la sien en una parodia de saludo militar, antes de cerrar la puerta del dormitorio.

Me duché mientras esperaba a Josh. Al final el sueño me venció y me quedé dormida en el sofá.

—Despierta, bella durmiente. –No era la primera vez que escuchaba eso, y esperaba que no fuese la última.

Me debatí entre despertarme o seguir con un sueño placentero.

—Vamos a la cama —insistió él—. Los dos necesitamos descansar.

—Tienes que acostarte con Devlin, solo hay dos habitaciones —farfullé.

Se rio por lo bajo.

—Eso es lo que parece. Mi guarida está bajo el techo. Déjame que te lleve, preciosa. Hoy necesito tenerte a mi lado para asegurarme de que estás bien y poder descansar yo también.

Me cogió en brazos, como si pesara lo mismo que una pluma, me abracé a su cuello y subimos una escalera empinada hasta la buhardilla de la casa. Me depositó sobre un colchón en el suelo y se tumbó a mi lado.

—Siempre vienes a buscarme, empiezo a acostumbrarme.

Volvió a reír quedamente.

Lo abracé, posando la cabeza sobre su pecho y volví a perder el conocimiento, segura de que no tenía nada que temer a su lado.

Capítulo 30. Josh

Charlie era preciosa, daba igual si estaba despierta o dormida. Su rostro permanecía relajado y, tras los párpados, sus ojos se movían al compás de algún sueño, en el que me hubiera gustado participar.

Y por si a alguien se le ha ocurrido imaginarla en una dulce estampa de heroína dormida en postura fetal, con una mano en la mejilla y los pies estirados cual bailarina de ballet, ya se puede ir quitando la imagen de la cabeza. Charlie dormía despatarrada, ocupando todo el espacio disponible, ¡y hasta el que no lo estaba! Más de una noche me desperté con un brazo suyo en mi cara, y una de sus piernas cruzada sobre las mías.

Me encantaba su espontaneidad, y su delicadeza en los momentos adecuados. Así era, y así me gustaba.

Y me gustaba verla descansar, se lo merecía después de tantos días duros. Yo también me encontraba agotado, sin embargo, mi mente no dejaba de girar en torno al trato que acababa de cerrar para mantenerla a salvo, y que me iba a costar perderla, casi con seguridad.

Odiaba que tomaran decisiones por ella, que es lo que yo acababa de hacer, y ocultándoselo además para que no pudiera buscar alternativas, o negarse. Esto nos superaba, su madre contaba con muchos más recursos que nosotros y no cejaría en su empeño. Dudaba que la suerte nos acompañase otra vez si volvía a cogernos, y resultaríamos por completo prescindibles si encontraba lo que deseaba.

Al despedirme de los tíos de Charlie, aconsejándoles que se pusieran en contacto con alguien que pudiese ayudarlos de verdad, les di el nombre de McPherson, del FBI.

Vic McPherson era un tío íntegro. Nuestra relación venía de lejos, desde que dejé los Rangers y él intentaba reclutarme. Mis constantes negativas no mermaban el aprecio que nos teníamos.

No era una amistad de darse palmaditas en la espalda y tomarse unas copas. Nos tomábamos las copas manteniendo una distancia. Ambos sabíamos que nuestros respectivos trabajos, a veces, rozaban el límite de lo legal. Él, en su condición de agente, tenía que tragar mucho para mantener la fachada, yo me colaba por debajo de la legalidad y conseguía lo que Vic no podía.

McPherson rondaba los 40 años, más por arriba que por abajo, y era propenso a la melancolía. Estaba divorciado y tenía dos hijos a los que apenas veía, su ex se cuidó de envenenar la relación entre ellos y, al parecer, hizo un trabajo de primera.

Se conservaba en forma y mantenía la calvicie a raya, rapándose la cabeza diariamente. Parecía un tipo más duro de lo que era.

Al cabo de unas copas, su tono pasaba a ser paternal, y eso que no nos llevábamos tantos años. No me importaba, era buena persona, con sus carencias y sus debilidades, igual que cualquiera, y apreciaba los ratos que pasábamos juntos. Conocía su integridad, y para mí era suficiente.

Estaba seguro de que habría echado de menos a su compañero de taburete después de dos meses. Lo localicé en su móvil y me pidió un minuto para poder hablar en privado.

No pudo hacer nada por los tíos de Charlie, tras contarle yo lo que ocurría y hablar con ellos, sus superiores creyeron oportuno que un equipo de Pittsburg se hiciera cargo de la investigación. Antes de que se pusieran manos a la obra, el segundo latente había arrasado con todo.

—Si no puedes ocuparte personalmente esta vez, no me sirves, Vic —le dije—. El asunto ha pasado de un atentado local a un riesgo nacional, y solo confío en ti.

—Tengo un peso en la oficina de Nueva York, pero no puedo hacer y deshacer a mi antojo, deberías saberlo.

—Lo que tengo, hará que tus jefes babeen, ni siquiera un idiota dejaría pasar la ocasión de apuntarse un tanto así. —Pasé a contarle lo ocurrido los meses pasados, guardándome lo más personal y comprometido.

—Sabes lo que te va a costar que me ponga manos a la obra con esto, ¿verdad, muchacho? —dijo él en cuanto terminé, parecía contento.

—¿Me estás chantajeando, Vic?

—Pues sí. —rio estrepitosamente.

No tuve que pensarlo, ya imaginaba cuál iba a ser el precio, y estaba dispuesto a pagarlo.

—Vale, hecho.

—¡Ah, no, no, no! Tienes que decir las palabras mágicas.

—Vale, McPherson. Si tú organizas las detenciones, prometo firmar mi solicitud para el FBI. —Cedí de mala gana—. ¿Te va bien?

—La solicitud lleva meses aceptada, sabía que, tarde o temprano, te meterías en algo que no pudieras masticar, Carter.

—¡Eres un cabrón, Vic! Sácanos de este marrón y mi libertad es tuya, estoy cansado de hacer de liebre delante de los galgos.

—¿La hija de Donovan nos entregará esos documentos? ¿Seguro?

—El que esté confusa no significa que sea una inconsciente. Su vida está en peligro por esos documentos, y no creo que tenga la menor intención de retenerlos —le dije con un suspiro—. Su propia madre la quiere muerta, así que calcula quién tiene mayor interés en que esto quede atrás.

—¿Seguro, Carter? —repitió—. ¿Puedes hablar en su nombre?

Claro que no podía, por eso necesitaba convencerla de que este paso era el más conveniente.

—Hablaré con ella antes de que lleguéis, prefiero que esté al corriente de que vais a detener a su hermana, y que no se asuste.

—Bien, Carter. Vamos a repasar lo que tenemos que hacer. Hay tres equipos operativos ahora mismo…

Hablamos un buen rato sobre ello, hasta que el plan tomó forma.

La decisión de poner a Charlie a salvo tenía un precio muy alto: nuestros caminos ya no rodarían en paralelo, ella continuaría con su vida y su carrera, y yo haría lo mismo que hasta ahora, solo que cobrando una miseria del gobierno, y recibiendo órdenes de algún chupatintas que jamás había pisado la calle.

Asimismo, Devlin saldría bien parado, por la mañana se marcharía en el coche con el que regresé a la cabaña, y se establecería en otro de sus zulos, desde donde pudiese hackear a gusto a cualquier agencia estatal.

Disponían de la localización del barco y la de la cabaña, de la que tenían que llevarse a Kimberly. Los documentos que incautasen en la caja del banco serían procesados como pruebas y, con suerte, no volverían a ver la luz.

Debíamos poner punto final a esto, y dejar de huir. Era lo correcto, aunque no por ello me sentía mejor.

Dejaría dormir a Charlie un par de horas más, y luego le contaría lo del trato.

Hubiese jurado que no había dormido más que 5 minutos, cuando el olor a tortitas inundó el espacio de la buhardilla. Charlie roncaba suavemente todavía abrazada a mí. No imaginaba un despertar mejor

que ese, aun sabiendo que podía ser el último.

—No te vayas —me dijo adormilada, al notar que me levantaba.

—Solo iba a la ducha, prometo volver en cinco minutos. —Le besé la coronilla.

—Si no vuelves, iré a buscarte —murmuró, con los ojos cerrados.

—Volveré, preciosa, te quiero.

Me pareció lo más bonito que me había dicho nunca, y yo me sorprendí a mí mismo confesándole mis sentimientos. Preferiría que no lo hubiese oído, me costó mucho labrarme una reputación de tipo duro.

Devlin y Kimberly trajinaban en la cocina, se reían y bromeaban entre sí. Me saludaron con la mano y siguieron con lo suyo. ¿Desde cuándo la hermana de Charlie ya no era una amenaza?

La suponía esposada en una de las habitaciones, no preparando el desayuno con el informático. Algo sustancial debí perderme la noche anterior. Tendría que preguntarle a Charlie, semejante cambio podía complicar las cosas.

Me duché lo más rápido que pude, y volví a subir al desván.

Me acosté al lado de Charlie y me pegué a ella. Olía a sueño, una mezcla del jazmín que le era propio, y algo más dulce.

Suspiró todavía sumida en sus ensoñaciones. La acaricié despacio, sintiendo que su piel iba cobrando vida bajo mis dedos. Se volvió y me miró con los ojos aún cargados de sueño, pero ávidos de más caricias.

Mi mano llegó a la unión de sus muslos, y pude notar su elevada temperatura. Creo que gemimos a la vez, ella por la caricia y yo por el deseo. No habíamos vuelto a estar juntos desde la noche de la Pirámide Mayor. Toda una vida, solo una semana.

No me dejó que la besara en la boca.

—No me he lavado los dientes —dijo.

Me importaba poco, sabría a sueño y a excitación, lo mismo que otras veces, aunque no insistí, la fui besando desde el lóbulo de la oreja hacia los pechos, donde me detuve y me deleité, mordisqueando sus pezones hasta hacerla gemir.

Charlie también me acariciaba, aunque no llegaba donde ella quería, y soltó un gruñido de frustración.

No me di por enterado, quería recrearme en su cuerpo y hacerla vibrar, porque sabía que podía. Era una idea muy prepotente por mi parte, y no por ello menos cierta.

Seguí bajando hasta llegar a su sexo. Charlie me tiró del pelo.

—¡No lo hagas! ¡Quiero que me folles!

Sonreí. Ella era así, no se andaba con tontería románticas cuando me deseaba. ¡Imposible confundirla con otra!

—Luego, preciosa. Quiero sentirte primero en mi boca.

No contestó, los espasmos de placer no la dejaban hablar. Eran lo más parecido a descargas de alto voltaje, bestiales y continuadas. Subí, deshaciendo el camino, hasta uno de sus pechos, y Charlie volvió a tirar de mí, reclamando un beso y olvidando la falta del cepillo de dientes.

—Basta de exploraciones, o te haré lo mismo —me dijo con los ojos brillantes.

Era la mejor amenaza que había escuchado en mi vida. Ella me deseaba, y yo, más.

Cuando la penetré, su orgasmo casi me hace perder la calma. Sus contracciones y gemidos eran un estímulo mayor del que podía soportar, por lo que me quedé completamente inmóvil, respirando apenas junto a su pelo, esperando que se recuperara.

Charlie era, de lejos, el mejor afrodisíaco del mundo. Sus contracciones alrededor de mi miembro, sus gemidos de placer, su humedad renovada, me tenían a punto, pero quería que me sintiera un poco más, y sentirla yo a ella.

La besé en los labios y ella rodeó con fuerza mis caderas, haciendo que la penetrara más profundamente, jadeando contra mi boca.

¡Dios! De nuevo se encontraba a punto, y yo ya no podía aplazarlo más. Charlie me mordió el hombro, e hizo que mi placer se prolongara, regalándome una caricia en la espalda que me produjo escalofríos.

Jamás sentí eso con otra mujer: me ponía al borde del abismo cada vez que estábamos juntos, y no solo físicamente.

No me dejó salir de su interior y me abrazó más fuerte de lo que su constitución delicada dejaba adivinar, al tiempo que me mordisqueaba el lóbulo de la oreja. Mal camino porque teníamos que hablar y esas caricias no presagiaban que fuéramos a hacerlo pronto.

—Ve a la ducha, Dev y tu hermana están haciendo tortitas —le dije festivamente—. Nos esperarán para desayunar.

—Sobre lo de Kim…

—Despéjate. —Ya entraríamos en el tema de Kim y su libertad de movimientos luego—. Tengo que decirte algo antes de hablar de tu hermana.

Corrió hacia la escalera mientras se ponía mi camisa sudada, lanzándome una mirada muy explícita. Sabía cómo me gustaba abordarla en la ducha, hoy no podría ser. Sería un error aplazar más tiempo la conversación que teníamos pendiente.

El sonido de los neumáticos frenando en seco me devolvió a la realidad.

—¡FBI! ¡Al suelo! ¡No se muevan!

Me levanté y me vestí con los pantalones, que era lo único que tenía a mano. Me puse las botas renegando de todo, habían llegado antes de lo esperado, Dev debía encontrarse lejos y no cocinando, en cuanto a Charlie… ¡Mierda!

Un agente la sacaba del baño, cogiéndola por el brazo. Iba mojada y envuelta en mi camisa sudada, y se debatía intentando soltarse del agarre.

—¿Dónde está el agente McPherson? —grité, bajando las escaleras con las manos en alto.

—Él no se ocupa de este arresto —me contestó un agente con cara de padecer de úlcera sangrante.

Devlin y Kimberly me miraron interrogantes y Charlie me lanzó una mirada furibunda que no olvidaría. Ella sí entendía que los había delatado al FBI.

Otros coches iban parando en la entrada de la casa y aparecieron más agentes. Ninguno era McPherson y juré entre dientes.

—Gracias, Josh, ha sido un detalle lo de un último polvo de distracción. Misión cumplida, espero que cobres una buena pasta por esto. —La voz de Charlie estaba cargada de rabia, sus ojos, de decepción.

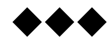
Devlin me miró dolido, aunque ni él ni Kim dijeron nada cuando los esposaron y los metieron en sendos coches.

—¿Por qué nos han detenido? —le grité al agente que me conducía a la entrada de las oficinas del FBI.

—No está detenido. Vamos a interrogarlo, es un testigo.

—No sabía que se esposara a los testigos.

El otro no contestó.



McPherson me esperaba en un despacho poco acogedor y atestado de documentos.

—¡Joder tío! ¿Cómo me has hecho esto? ¡No me ha dado tiempo de hablar con Charlie!

McPherson levantó las manos.

—No ha sido cosa mía. Mi jefe decidió adelantarlo todo, ante la posibilidad de que alguien pudiera escapar.

—¿Y te preguntas por qué no quería trabajar con vosotros?

—Calma, Carter. —Detuvo mis reproches, lanzándome una camiseta con el logo del FBI—. Teníamos razones más que justificadas, que obligaron al equipo a adelantarse. No encontramos ninguna mujer en el barco, solo a unos cuantos hombres armados custodiando material de laboratorio procedente de Asia. Estamos investigando el manifiesto y a la empresa propietaria.

—¡Mierda, Vic! ¡La habéis cagado a base de bien!

—Lo siento, mandé a un grupo de asalto después de hablar contigo, y la tía había volado. Mi jefe decidió adelantar lo de la

cabaña por si alguien más se iba.

Me dejé caer en un sillón y me froté la cara. Había perdido la confianza de Charlie, mi libertad y la de Devlin, y la que tenía que estar detenida, se les escapó de las manos. ¡Estupendo, un éxito de operación!

—Espera un minuto antes de desesperarte, Josh —McPherson posó su mano en mi hombro un segundo y salió.



—¡Eres un imbécil! ¿Por qué no me has dicho nada?

Me levanté con tanta celeridad que el estómago se me quedó en el sillón.

Antes de que pudiese encontrar una respuesta, Charlie se abalanzó sobre mí, me rodeó con los brazos y se puso de puntillas, esperando que la besara. Lo hice. Se pegó a mí y mi cuerpo reaccionó en consecuencia, como venía siendo costumbre.

—Tenemos unos minutos —me dijo.

Mal comienzo, o bueno, según se mire. Sus ojos brillaban de aquella forma…

La aparté de mí. Teníamos que hablar, y lo más sensato era hacerlo cada uno sentado en un sillón, a unos metros de distancia, en previsión de arrebatos que hubiesen estado fuera de lugar.

Su cercanía perturbaba muchos de mis sentidos, mejor dicho: todos, y no debía dejarme arrastrar por el alivio que me produjo su reacción, porque me temía que McPherson no le había contado todo.

Capítulo 31. Charlie

Había estado en una nube desde que Josh me tendió en la cama, hasta que un agente del FBI interrumpió mi ducha.

Al darme cuenta de que fue él quien lo organizó, me cabreé mucho. Comprendí sus intenciones, lo que me disgustaba es que no lo hubiese hablado conmigo.

Por una parte, estaba Devlin, lo que hiciera en su carrera de hacker era cuenta suya, no merecía pagar por esto, y menos después de habernos ayudado tanto.

Por otra parte, Kim. No habíamos tenido ocasión de profundizar más en el papel de nuestra madre y la manipulación a la que estuvo sometida toda su vida. Al final, iba a ser yo la afortunada por su rechazo.

Kim no escapó durante la noche, era más, parecía que las horas de sueño le habían sentado de maravilla, y que el contacto con Dev ejercía una especie de bálsamo sobre ella. Los dos estuvieron cocinando tortitas para alimentar a un batallón, y de camino a la ducha me saludaron con un gesto y unas risitas contenidas.

No era especialista en comportamientos alterados, aunque desde que se esposó a mí, sus episodios agresivos habían cesado. Igual era un «Beso de Glasgow» lo que necesitaba, y no tantas pastillas, lo que se dice una buena hostia a tiempo. Sí, me estaba pasando, lo sé, y es que, por encima del amor fraternal recién estrenado, persistía el recuerdo de Kim besando a mi cazarrecompensas.

El que Devlin estaba coladito por ella, me saltó a la vista en un segundo y, sorprendentemente, el sentimiento parecía mutuo. Me alegraba por Kim, porque si volvía a acercarse a Josh, iba a convertirme en hija única de nuevo.

El agente McPherson me puso en antecedentes de lo ocurrido, en cuanto entramos en las oficinas del FBI de Nueva York. Por supuesto, me avine a colaborar, si el Proyecto se desvelaba en un juicio contra mi madre, la única condición que puse era que las notas del experimento no salieran jamás a la luz.

Si hubiese estado en mi mano, ya serían cenizas. Y tal vez pudiera hacerlo, si conseguía que me dejasen marchar pronto. McPherson me aseguró que todo quedaría aclarado en breve, y que mis documentos

se estaban tramitando. Era el primer paso hacia la recuperación de mi vida.

No me dejaron hablar con mi hermana ni con Devlin, en cambio, el agente vino a buscarme y me llevó con Josh.

Hubiese querido matarlo…, en vez de eso, me lancé a sus brazos. Era un imbécil, pero era mi imbécil. Si algún día daba con la fórmula química que nos hacía excitarnos tanto cuando estábamos juntos, me haría rica y famosa. Tendría que pensar en ello con más detenimiento que el que puse en Caral. Por ahora, me conformaba con tenerlo cerca.

—Tu madre ha escapado —me dijo.

Me sonaba fatal lo de «tu madre», no conseguía conciliar esa palabra con los sentimientos que ella provocaba en mí. De todas formas, ya imaginaba que, después de nuestra huida, no se había quedado a esperar a que la detuvieran, podía ser muchas cosas, tonta no.

—Tú y yo estamos libres de cargos, debemos hacer nuestras declaraciones, y luego quedaremos a la espera de testificar en el juicio —prosiguió.

—¿Y Kim?

Me estaba volviendo sentimental por momentos, y me temía lo peor. Un día antes hubiese sido distinto, sin embargo, la percepción que tenía ahora de mi hermana ya no era la misma. Mi instinto me obligaba a protegerla, como si fuese menor que yo, y por ello menos apta para defenderse.

—Kim quedará a la espera de una evaluación psiquiátrica. Se la considera cómplice de tu madre, el examen dará la medida en la que era, o no responsable. En cuanto a Dev… —Josh torció un poco el gesto—, están investigando su identidad, ya que se ha negado a proporcionársela, y la implicación que tiene en el asunto.

—¡Pues es una mierda! —Me empezaba a enfadar de nuevo—. ¡Se supone que los responsables están muertos, y los que quieren darle continuidad han escapado!

Josh me dio un apretón de manos tranquilizador.

—No sé si voy a poder hacer algo por tu hermana. A Devlin probaré a llevármelo a la mínima oportunidad, no lo juzgarían por

esto, aunque si descubren su identidad, está jodido, tiene cargos pendientes desde hace años.

—Pues sácalo de aquí, ¿a qué esperas?

Me ofuscaba pensar que Dev, después de todo lo que hizo para ayudarnos, se viese envuelto en problemas que no le correspondían.

—Esperaba a saber que tú estabas bien.

—Lo estoy. Por primera vez siento que esta responsabilidad no es solo mía. Me voy a hacer a un lado, y dejaré que otras personas se preocupen y le busquen solución.

La mirada de Josh no fue tranquilizadora, podía ver su falta de fe en que el FBI le concediese al problema la importancia que merecía.

—¡No fastidies! ¿Seguro que saben todo? ¿Y por qué son tan escépticos?

—Ya sabes, ojos que no ven… En teoría solo quedan dos latentes, y uno es tu hermana.

—¿Y qué? ¿Piensan experimentar con ella para saber lo que puede llegar a hacer un latente? —pregunté, incrédula.

Josh apartó la mirada, respuesta suficiente.

—Van a hacerlo, ¿verdad? —le increpé.

Asintió de mala gana.

—¡Y una mierda! —Me levanté con celeridad.

—¡Charlie, espera! —me pidió él.

Le lancé una mirada que lo paralizó.

—Esto es cosa mía, Josh —le dije, y abrí la puerta— ¡Agente, tengo que hablar con mi hermana urgentemente!

Me esperaba una negativa, pero el vigilante de la puerta me cedió el paso, y su compañero me precedió hasta otra habitación, que no era una sala de interrogatorios. Daba la impresión de que no consideraban a mi hermana una amenaza, y me alegré por ello.

—Kim, tienes que contarme todo lo que sepas sobre lo que está

ocurriendo. ¡No puedo protegerte si te callas algo!

—¿Devlin está bien? —me preguntó con los ojos llorosos.

El púrpura de los hematomas se había intensificado, tenía un aspecto espantoso que me provocó ternura. Su mirada y expresión confusas eran similares a las mías, y su alivio al verme no me pasó desapercibido. De momento, yo era su única valedora.

—Devlin está bien, y yo necesito que me ayudes con algunas respuestas, esta gente no se va a conformar.

—¡No sé qué puedo contarte que no te haya dicho ya! —Se apretó las sienes con los puños, en un intento de hacer memoria—. Sé que mamá hablaba a diario por teléfono sobre esto, pero no sé con quién.

—¿Podía ser con alguien allegado a su marido? Solo él pudo proporcionarle los datos del Proyecto Golondrina.

—No. Seguro que no, antes de su muerte, apenas se comunicaban. Era alguien ajeno a la familia que tenía una relación estrecha con mamá, y con nosotras, creo.

—¿Qué quieres decir? —Ese detalle me parecía interesante.

—En ocasiones, hablaban por teléfono de las niñas, y no lo entendía, la única niña era yo. Ahora estoy segura de que se referían a nosotras, y su interlocutor era alguien que nos conocía.

—¿No tienes idea de quién podía ser? ¿Quizá alguno de los que llevaron adelante el Proyecto con nuestro padre?

—No. —Negó vehementemente con seguridad—. La última vez que oí una conversación entre ella y ese hombre fue el día que llegaste al barco, los del laboratorio ya estaban muertos. Mamá se encontraba alterada, y pretendía mataros a Josh y a ti, su interlocutor la disuadió.

—Haz memoria, Kim, es importante… ¿No dijo nada que pueda ayudarnos?

—Nada. Mamá parecía hastiada, pero se avino a entrar en razón para no estropear años de trabajo, dijo.

—¿Era su amante? ¿Nunca lo viste? Kim, es importante.

Ella inspiró profundamente, retorciéndose las manos por la tensión.

—De pequeña, un hombre venía cada cierto tiempo con ella, decía que era un amigo íntimo de la familia. A medida que fui creciendo, sus visitas se espaciaron, hasta que desapareció por completo. Me da la impresión de que era su interlocutor telefónico, con el que hablaba a menudo.

No era una gran pista. Nina debió ser una mujer bella, a juzgar por su actual aspecto, lo que quería decir que no le habrían faltado pretendientes. El problema era descubrir con cual intimó tanto, que compartió con él lo del Proyecto Golondrina.

Debió ser más que un amante, con una posición que le diera acceso y control sobre el proyecto. Su esposo, el general, estaba descartado. Falleció años atrás en circunstancias un tanto extrañas. El hombre tenía un puesto relevante en el Pentágono, aunque no era simpatizante de aquel tipo de experimentos. Era un soldado que creía en su ejército, en los hombres que lo componían y lo que eran capaces de dar de sí, las quimeras las dejaba a su esposa.

Kim tenía poco contacto con el general, que vivía de forma permanente en Washington, aunque sabía del distanciamiento que existía entre el matrimonio.

Imaginé que la falta de interés del general en los asuntos de Nina, podían haber sido un detonante estupendo para deshacerse de él. A estas alturas, me constaba que mi madre era una zorra despiadada, había dado sobradas muestras de ello. Y la creía muy capaz de quitarse a alguien de encima con solo mover un dedo.

—¿Conocerías a ese hombre si lo volvieras a ver? —le pregunté.

—No lo sé, ha pasado mucho tiempo desde la última vez, yo era muy pequeña. Además, mamá se ausentaba durante largos periodos y me quedaba a cargo de otros cuidadores. No sé qué hacía ni con quién se veía.

Asentí. La memoria es algo que puede jugar a tu favor, o volverse en tu contra. Mi hermana, con su historial, no era el testigo más fiable a la hora de señalar a alguien.

Aparentemente, su personalidad violenta había hecho un mutis, no desaparecido, la gente no se cura de una enfermedad mental de la noche a la mañana. Y sin las famosas pastillas mágicas…

—¿Recuerdas cómo se llamaba el doctor que te trataba? —le pregunté al hilo de mis pensamientos.

Me miró confusa.

—¿Crees que él era el amante de mamá? —Negó con la cabeza—. Ni hablar, hubiese reconocido su voz. El doctor Wilson venía a verme dos o tres veces al año.

—¿Vive en Portland? —Era la dirección en la que Josh las había encontrado.

—No, creo que en Nueva York. Avisaba de su llegada y nuestra madre mandaba al chófer a recogerlo al aeropuerto. Me hacía preguntas, me ponía unos sensores en la cabeza, y comentaba con mamá mis avances. Luego, se iba con prisas para no perder el vuelo de vuelta, porque ella solía entretenerlo al insistir en estar presente durante los reconocimientos. Siempre parecía enfadado.

—¿A Nina no le valía con su palabra?

—Mamá llegaba el mismo día que él, no vive en Portland, odia el mar, pero dice que a mí me va bien, y que es un lugar más tranquilo que Washington.

—¿Ella vive en la capital?

—Eso creo.

Yo flipaba. Hasta el momento, hubiera asegurado que vivían juntas, aunque este cambio daba una nueva dimensión al conjunto, Nina tenía absoluta libertad de movimientos sin la obligación del cuidado de una niña. Distaba mucho de la madre cariñosa y preocupada por Kim que aparentaba.

—Vale, voy a estar por aquí cerca si me necesitas, ahora tengo que hablar con Josh —le dije.

—¿Te quedas conmigo?

—Si no te importa… Tu madre no vendrá a sacarte de aquí con un abogado. —Le sonreí, quitándole importancia—. No te preocupes, lo vamos a aclarar todo, ¿vale?

McPherson y Josh estaban discutiendo en voz baja en el despacho. Los señalé amenazadora.

—¡No van a experimentar con mi hermana! ¿Me ha oído, agente? ¡Prefiero quemar las notas de mi padre antes de que consiga una

orden judicial que las ponga en sus manos!

—Ya tengo esa orden, señorita Donovan.

¡Joder, que cabrón!

—Soy su familiar inmediato, y pienso estar presente en cada una de las sesiones psiquiátricas. Si veo el menor atisbo de que la están manipulando de cualquier manera, iré a la prensa. Seguro que saben sacarle todo el jugo a la noticia de que ese peligroso experimento sigue en marcha gracias al FBI —le espeté furiosa.

—Vamos a calmarnos un poco, ¿vale? —Josh se puso entre ambos, separándonos.

Hizo bien, porque ya había desenfundado las uñas.

—Voy a ocuparme de que os traigan ropa, bastante lio estáis armando paseándoos por los pasillos medio desnudos.

—McPherson, queda claro lo que hemos hablado, ¿no? —le preguntó Josh, antes de que el agente saliera de la habitación—. Solo la hermana de Charlie está detenida. Nosotros nos podemos ir en cualquier momento.

El agente asintió.

—Siempre que os quedéis en la ciudad. Necesito vuestro testimonio, y a ti te quiero a mano. —Señaló a Josh—. En cuanto tenga la documentación y la historia, tienes que cumplir tu promesa. Vas a iniciarte con este caso.

Cerró la puerta a su espalda y me quedé mirando a Josh esperando que me aclarara las últimas palabras de McPherson.

—Estábamos en vía muerta, Charlie. Hice un trato con él.

—¿Qué trato?

—Estás ante un flamante nuevo agente del FBI.

Me quedé de piedra. Josh se jactaba de ser su propio jefe, tomaba el trabajo que quería y cuando le apetecía. Sin horarios, sin presiones.

—¿Por qué has hecho eso? Podíamos haber denunciado a mi madre y contado todo, sin tener que comprometer nada. Estábamos ya a salvo, ¡por Dios!

—¿A salvo? —Me alzó la barbilla y me miró a los ojos—. ¡Despierta, Charlie! Con todas las precauciones que tomamos desde Perú, no nos perdieron en ningún momento, ¿crees de verdad que estábamos seguros?

—¿Cómo nos localizaron?

—Buena pregunta. Kim lleva el rastreador del implante, pero ¿cómo nos localizaron a nosotros, por satélite? Eso cuadra más con el francotirador de Perú. Si Inteligencia Militar está con tu madre, el asunto tiene muy mala pinta para los que estamos en medio.

—¿Por qué? Mi madre no es militar, lo era su marido.

—Pues tiene a alguno de los gordos comiendo en su mano.

Me pegué a él en busca de seguridad. Yo tampoco veía la salida de la que me jactaba poco antes, ni siquiera con la intervención del FBI. Josh me rodeó con los brazos, un sitio acogedor del que no quería salir.

—Ahora debo irme. Prométeme que te quedarás aquí con Kim. Durante algún tiempo, es el lugar más seguro en que podéis estar.

Supongo que debió notar la alarma en mis ojos, por lo que aclaró en voz muy baja para que nadie lo escuchara:

—Volveré en un rato, voy a llevarme a Devlin antes de que a alguien se le encienda una bombilla y lo detengan.

Lo besé largamente, un aperitivo de lo que le esperaba a la vuelta.

—¡Más vale que vuelvas pronto! Hay unos cuantos agentes cachas que no me quitaban el ojo de encima. —Reí, no quería que notase mi preocupación.

—No seas creída, es porque solo llevas mi camisa encima.

—¿La quieres?

Volvió a besarme antes de irse. ¡Por su reacción, hubiese jurado que la quería!

Capítulo 32. Josh

Salir del edificio federal con Dev fue más sencillo de lo que había previsto, por fortuna. La idea de discreción de mi compañero era demorarse, como si estuviera por allí pasando el rato, mirando una pantalla de ordenador aquí, una foto de familia allá, un dosier abierto sobre una mesa.

—Espabila, tío. —Lo empujé por la espalda, su idea del disimulo y la mía distaban mucho, y ya había algún agente que se estaba fijando en nosotros.

La excusa de que íbamos a buscar ropa empezaría a hacer aguas en unos minutos, en cuanto llegase alguien con la que McPherson había pedido para nosotros.

Me hice con sendas cazadoras del FBI, colgadas en los respaldos de las sillas de un par de agentes ausentes, y con una gorra, para que Dev ocultara su pelo, que no pasaba desapercibido precisamente.

—Ya saben quién soy. La pantalla del ordenador ha comenzado a parpadear como un árbol de navidad, al poco de dejarme el agente que me tomaba declaración. Le he metido un troyano de los que rondan por la red antes de que volviera, aunque el efecto no será duradero.

—¡Pues mayor razón para irnos cagando leches!

Puenteé un coche abierto en el aparcamiento, y salimos sin que el vigilante nos dirigiese ni una mirada.

—¿Has visto a Kim? ¿Cómo está? —me preguntó, titubeando.

—¡No me digas que te gusta! —Me reí de él—. ¡Quién te lo iba a decir al meterte en este jaleo, al final va a resultar que te he hecho un favor!

Me dio un puñetazo en el hombro.

—¡Vete a la mierda, Josh! ¡Por poco consigues que me enchironen de por vida!

—¡Hiciste un mal negocio el día que nos conocimos!

—Ya lo puedes jurar. No me queda ni un maldito portátil con que empezar a trabajar. —Bufó disgustado.

—Vamos a organizarlo con calma, ¿vale? Paso a paso.

Se relajó un poco.

—No has contestado a mi pregunta —dijo.

—No, no he visto a Kim, aunque Charlie dice que está bien, solo un poco asustada y cansada. —Me miró de reojo, esperando más—. No, no sé si le gustas, Romeo. Hacer de casamentero no es lo mío.

—¿Y qué es lo tuyo?

—Supongo que meter a la gente en follones, y luego intentar sacarlos vivos —contesté con un poco de amargura.

—¡Venga, tío, si te vas a poner en plan depre me apeo en esa esquina!

Conduje en silencio, y aparqué a dos manzanas de mi apartamento, al que llegamos andando, cerciorándonos de no llamar la atención, por si había alguna sorpresa esperándonos.

Me puse una camisa limpia, levanté un panel del techo, y saqué una bolsa de deporte.

—Mira si te vale algo de mi ropa, tardaré un rato, ¡ y no se te ocurra salir!

Volví a coger el coche y conduje hasta Hoboken.

—Alfredo, ¿tienes lo que te he pedido?

El hombre delgado y correoso levantó la cabeza del motor que estaba arreglando, y me lanzó una sonrisa torcida.

—Está al caer, chico. No tengas tanta prisa.

—Si no tuviese prisa hubiese ido a un concesionario.

Me miró un segundo antes de soltar una carcajada. Siempre llevaba manga larga, con el fin de ocultar su pasado carcelario, del que no se enorgullecía, pero tenía tanto sentido del humor como mala hostia cuando te metías con él.

—¿Tienes la pasta?

—Mi caja de los milagros se abre cuando lo haga la tuya, Alfredo.

Volvió a reír y me indicó que lo siguiera al cuarto que hacía las veces de oficina, almacén, dormitorio y picadero. El polvoriento aspecto de la habitación solo veía superada su repelencia por el pestilente olor a sudor, efluvios varios y comida pudriéndose en algún ignoto rincón.

—¡Y luego te extrañas de que no te traigan a reparar los coches del otro lado del rio!

Una nueva carcajada y una palmada en la espalda, claro indicio de que le resultaba divertido y de que me acercaba al límite, me hizo callar.

Me puso delante los documentos firmados y sellados, solo a falta del nombre, que rellené con un boli tan mugriento como la mesa en la que me apoyaba. El chirrido de unos neumáticos le indicó a Alfredo que el pedido acababa de llegar y eché un vistazo. Sí, era una furgoneta algo más grande que la otra de Dev, y nueva.

—Totalmente limpia, ¿verdad?

Alfredo hizo una cruz sobre su corazón, más falsa que un billete de tres dólares, pero tenía que confiar en que estuviese lo suficientemente limpia. Si pasaba desapercibida durante un año, me daría por satisfecho. Le tendí el dinero y me dio un apretón de manos brusco.

—¡Has tenido suerte, chico! Es la última, legal, limpia y nueva que me queda. ¿Qué más quieres?

—Quiero que no me detenga la poli porque no esté tan limpia. Eso es lo que quiero.

Me detuvo, cogiéndome por el brazo.

—Si Alfredo te dice que está limpia, puedes ir al fin del mundo con ella —me dijo muy serio, con un brillo peligroso en la mirada.

—Mira, en gesto de confianza, ese coche lo puedes desguazar, lo he robado esta mañana y no sé qué hacer con él. Si no lo quieres, lo tiro al fondo del rio.

Alfredo recuperó su buen humor.

—Tranquilo, chico. Alguna pieza me servirá, ya lo haré desaparecer por ti. —Me guiñó un ojo con camaradería.

Los dos sabíamos que no iba a desaprovechar ni el cenicero. Subí a la furgoneta y arranqué.

—¡Vamos Dev, tengo que volver a las oficinas del FBI, y no dispongo de toda la tarde!

—¿Y esto? —dijo señalando la furgoneta.

—Esto es tuyo, la documentación está en la guantera. De momento, conduzco yo que sé el camino.

—¿Dónde vamos?

—A recuperar tus trastos de la cabaña, los federales estaban interesados en las personas, no en las cosas. Está todo allí —contesté con un suspiro cansado.

Devlin no dijo nada durante un rato.

—Eres un tío legal —soltó de pronto.

—Ya, ya, ¡Claro! ¡A ver si piensas que tengo tiempo de buscar otro informático que me saque las castañas del fuego!

Su expresión rebosaba satisfacción, y tuvo el buen juicio de guardarse cualquier comentario al respecto.

—¿Y luego?

—Luego te irás a alguno de tus agujeros, ¿o piensas que te voy a pedir en matrimonio?

—Ahora mismo, no tengo ningún piso limpio al que ir —me dijo con voz pesarosa—. Los he quemado todos en los últimos meses.

¡La madre que lo parió! ¿Pero quién me mandaba meterme en estos líos? Ahora iba a tener que adoptarlo también.

—¡Joder Dev! Piensa…, ¿seguro que no tienes ningún lugar donde puedas instalarte una temporada, hasta que te recuperes?

Su silencio me indicó que era hora de callarme a mi vez. Sus búsquedas para mí le habían reventado los dos últimos refugios, además de la furgo.

En otro momento, hubiera tenido gracia la cosa: me liaba con la tía más problemática del mundo que, además, tenía una hermana

bipolar, que pasaba de querer violarme a ser una dulzura, en apenas unas horas. Mi hacker particular se mete en la función, se queda encoñado de ella y debo buscarle vehículo y refugio, porque no tiene donde caerse muerto y lo quieren enchironar. Por si no bastaba, la madre de mi complicada chica quiere matarnos a todos, y yo tengo que entrar en el FBI con tal de mantenernos a salvo.

¡Anda que no!

Esto era un repóquer y lo demás, gilipolleces.

En mi vida me vi metido en movidas chungas, esto ganaba por la mano a todas ellas, y de lejos. Ahora necesitaba un respiro, y un par de vasos de whisky con los que meditar a solas.

Empezaba a saturarme, no veía una salida cercana en esta historia, y estaba claro que la idea de premura del FBI no tenía que ver con la mía.

No había vigilancia en la cabaña y solo los precintos plásticos de los federales nos impedían el paso. Cargamos todos los chismes de Dev y regresamos.

Y ahora que lo pensaba, el requeterrepóquer iba a ser cuando McPherson se enterase de que Dev estaba buscado por la agencia desde hacía años, y que yo lo había sacado de las oficinas del FBI delante de sus narices.

Bien, me había ganado esa hora de asueto, sí o sí.

—Puedo dormir en la furgo, tío, ya iré acondicionándola —dijo Devlin mientras aparcaba cerca de mi apartamento.

—¡No me jodas, Dev! —Miré hacia los lados del callejón y vi lo que buscaba—. ¡Jimmy! ¡Ven un momento!

El hijo de mi casera se acercó con un trote ágil. Tenía un look de rapero cutre del que se sentía muy orgulloso, y que era bastante más aceptable que el de sus amigos. Eran buenos chicos, aunque jóvenes, ya se les pasaría.

—¿Tienes un par de amigos que nos ayuden a subir esto? —le alargué un billete casi más grande que él—. Lo repartes a tu conveniencia, ¿vale? Mi amigo se quedará unos días en mi casa y nadie debe saberlo, lo busca la poli.

Hizo un gesto huraño, fingiendo asco ante la mención de la autoridad, más por las apariencias que otra cosa. Dio un grito y tres de sus amigos, tan peligrosos como él, acudieron a transportar la carga.

—La furgo, me la vigilas, que para eso es tu territorio. —Le tendí otro billete que cogió con más entusiasmo del que debía mostrar en su papel de líder pandillero juvenil—. Y quedas de guardaespaldas de mi amigo. Si ves algo raro por el barrio, se lo cuentas a él.

Devlin estaba con los sentidos divididos. Por un lado, prestaba atención a lo que yo decía, por otro, controlaba que los chicos llevasen sus tesoros con cuidado.

—Te llamaré en un par de horas, Dev, mientras, no la líes demasiado, recuerda que estás en mi casa. Y si revientas Fort Knox, vamos a medias.

—Cuida de las chicas, Josh —murmuró, antes de salir corriendo tras un muchacho que trasladaba, descuidadamente, un aparato que tenía pinta de pesar más que él.

—¡Ponme algo, Debra, estoy deshidratado!

—¿Agua?

—Sí, justo al lado del whisky, si pasa un pez buscando el río, estaremos preparados para hacerle los primeros auxilios.

Ambos reímos. Era una broma privada que venía de los primeros tiempos que pasé en el barrio. Ella siempre me decía que parecía un pez fuera del agua, y me ponía una botella delante.

El local había sido decorado con un estilo ecléctico años 80, con pinceladas rozando el barroco. La sensación que daba era de rechazo. Nadie, con un mínimo sentido de la estética, aguantaría en sus entrañas ni cinco minutos.

Justo por eso era mi sitio ideal. Los parroquianos que acudían habitualmente tenían más cosas en las que pensar que en la decoración. La dueña, Debra, era agradable y amable, jamás se metía en las conversaciones, y cuidaba de rellenar los vasos. Era un lugar serio, no se socializaba, se bebía, que para eso era un bar.

Los clientes nos conocíamos, y tampoco insistíamos si alguien deseaba beber a solas, todos teníamos mejores días que otros. Ese respeto no se podía deducir echando una mirada al local, se aprendía

una vez que te habías sumergido en él.

Hoy me tocaba abstraerme mientras Debra iba rellenando el vaso, sin pronunciar palabra.

Cuando me lo llevé a los labios percibí el olor de Charlie en mi mano. No me había duchado después de hacer el amor con ella y todavía conservaba su aroma, que era mucho más embriagador que cualquier licor. El recuerdo de su cuerpo vibrando bajo el mío me asaltó, y se me ocurrió una idea bastante estúpida.

Si lo pensaba con detenimiento, me rajaría, así que busqué en el móvil la joyería más cercana, dejé unos billetes bajo el vaso, y le guiñé un ojo a Debra antes de salir.

Capítulo 33. Charlie

La última conversación con Josh me dejó pensativa, podían habernos seguido por satélite, de tener los medios, pero ¿y si lo hicieron de otra forma?

Me revolvía el estómago lo que llevaba pensando desde esa conversación. Nunca usaba anillos ni pulseras que hubiesen resultado engorrosos en mi trabajo, sin embargo, había algo que no me quitaba jamás: los pendientes de zafiro que me regaló mi padre al cumplir 16 años.

Esos zafiros que iban conmigo a todas partes. Me los quité y los examiné meticulosamente. Eran unas pequeñas piedras circulares montadas sobre oro blanco, tan sencillas que no llamarían la atención de ningún ladrón.

El derecho tenía algo de lo que el izquierdo carecía: de la base que sustentaba el zafiro, y enroscándose a lo largo de la varilla que atravesaba el lóbulo, salía un diminuto filamento del grosor de un cabello, que terminaba soldado al final de ésta. La rosca que lo cerraba poseía una casi microscópica lengüeta. Imaginé que funcionaría cuando las dos partes estuviesen en contacto. ¿O no? Podían haberse confundido con una irregularidad del metal, y tal vez no era más que eso.

Hubiese deseado tener a Dev allí. ¿Aquello era un localizador o algo por el estilo? ¿Me estaba volviendo paranoica?

No podía deshacerme de aquellos pendientes, eran un regalo de mi padre. Pero ¿eran solo eso?

Sospechaba que no y temía la pregunta que me rondaba la cabeza: ¿con qué fin? Comenzaba a pensar que no conocía a mi padre tan bien como imaginaba.

Aunque si lo que pensaba era cierto, ¿qué más daba? Mi padre ya no necesitaba tenerme localizada en todo momento. ¿Con quién lo habría compartido? ¿Con mis tíos, sus fieles colaboradores que también habían muerto, o con el misterioso amante de Nina?

La lista de preguntas se alargaba demasiado y necesitaba alguna respuesta. De momento, iba a seguir la pista de lo que Kim me había contado, entre otras cosas porque no tenía otro hilo del que tirar, y me aburría de la muerte.

En aquellas oficinas no se respiraba diversión. Todo el mundo trabajaba en una u otra cosa. Salían de sus cubículos con papeles en la mano, volvían a entrar con otros, hablaban por teléfono a gritos haciéndose oír por encima de sus compañeros, consultaban datos en sus ordenadores y, de repente se levantaban y corrían hacia el aparcamiento.

Los envidiaba, de alguna forma. Ellos tenían algo que hacer. Mi obligación, en cambio, era aburrirme tanto que incluso me sorprendí buscando uno de los mandos de las múltiples pantallas de televisión, que retransmitían noticias de todas las cadenas nacionales e internacionales.

Un acto tan normal en cualquier otra persona, uno tan inusual en mí. Jamás veía la tele, de hecho, ni siquiera tenía una pantalla en mi casa.

No era por principios, ni nada tan profundo, se trataba únicamente de que tenía miles de cosas mejores que hacer que sentarme a ver lo que quisieran venderme. Y es que me gustaba perder el tiempo a mi manera.

Cuando vi lo absurdo de quedarme alelada ante una pantalla, retomé la idea de investigar al doctor que visitaba a Kim.

Para seguir aquella pista necesitaba un ordenador, así que le hice la petición a uno de los guardianes de mi hermana.

Me dejaron usar el del despacho de McPherson, con una cuenta invitada. ¡Qué desconfiados! No tenía intención de cotillear las páginas porno que visitaba el agente, solo quería ver quién era el doctor Wilson.

Lancé un silbido sin poderlo evitar, resulta que el tipo tenía consulta en Madison Avenue. ¡Vaya con el doctor! Sus sesiones debían alcanzar precios prohibitivos y, sin embargo, se desplazaba a visitar a mi hermana a domicilio. ¡Cada una de esas visitas debía costarle a Nina un riñón!

Me picaba la curiosidad, y hubiese dado mi brazo izquierdo por poder echar una mirada a sus cuentas bancarias, a las del doctor y a las de Nina, con alguno de esos programas tan chulos del FBI. Ahora echaba de menos la pericia de Devlin, desaparecido desde hacía rato, sin el permiso de los investigadores, al igual que Josh. No parecían contentos cuando vinieron a preguntarme por ellos. ¡Qué iba a saber yo!

La deferencia de Wilson al trasladarse para visitar a Kim podía deberse a que Nina y él eran amigos, puesto que el tema del intercambio de fluidos quedó descartado, o porque tenía relación con el Proyecto.

Y ahora venía mi duda, ¿debía contarlo al FBI, y que se encargasen ellos de investigarlo, o se lo decía a Josh y decidíamos entre los dos qué hacer?

El FBI no parecía tomárselo en serio. Por los comentarios de los agentes que nos trajeron desde la cabaña, tenía la impresión de que pensaban que se trataba de una disputa familiar, provocando que una joven desequilibrada escapara de la casa de su madre, su tutora legal, que tampoco era un ejemplo de salud mental.

A pesar de que Josh estaba convencido de haber hecho lo correcto poniendo aquello en manos del FBI, yo no tenía la sensación de tranquilidad que debiera.

De momento, no podía hacer mucho, excepto hablar con McPherson, y el agente se había ausentado, por lo que no tenía a nadie con quién compartir mis inquietudes, ni con el que pelearme.

Me acababan de traer ropa: vaqueros, camiseta azul oscura del FBI y una chaqueta de punto en la que cabían tres como yo, y que seguro habían requisado en la taquilla de alguna agente, porque tenía un leve olor a perfume. El pantalón me iba bastante bien, la chaqueta me colgaba hasta las rodillas.

Regresé a ver a mi hermana, a la que habían surtido tan bien como a mí, y presentaba igual elegancia en su conjunto.

—Vaya, ¡se diría que acabas de salir de la casa Chanel! —le dije sonriendo.

—¡Me lo has quitado de la boca!

Ambas reímos, yo con alivio de ver que seguía siendo la de antes, sin ningún cambio de personalidad a la vista, ella haciendo una mueca por su nariz dolorida. Sí, le había dado duro, pero se lo ganó a pulso.

A su favor tengo que decir que no se quejó en ningún momento, a pesar de que no quiso tomarse el analgésico que le trajeron con un vaso de agua. Supongo que después de estar toda su vida tomando pastillas, un poco de dolor la hacía sentirse normal.

—Ya sé… ¿Qué sabes de Devlin? —Me autointerrogué, anticipándome a su pregunta.

—¿Y? —Me miró ansiosa.

—Creo que está bien. Josh lo ha sacado de aquí hace un rato, y si no los han traído ya de la oreja, es que no los han pillado.

—¿De mamá se sabe algo?

—Me parece que nada, se largó antes de que el FBI llegase. Tú no tendrás idea de donde ha podido ir, ¿no? —Mi intención no era interrogarla, sin embargo, la pregunta me salió mucho más brusca de lo que pretendía, y es que solo pensar en aquella mujer me crispaba.

—Ya les di a los agentes las direcciones de las casas en las que pasábamos alguna temporada, aparte de la de Washington, Charlie. No sé ningún otro sitio donde pueda estar —contestó algo dolida.

—Lo siento, es que estoy deseando que la cojan, entiendo tus sentimientos, pero sigue siendo peligrosa.

Levantó una mano, interrumpiéndome.

—Yo también quiero que la cojan y explique todo esto.

Por mi parte, no pensaba que pudiera explicar los muertos que tenía en su haber, aunque me cuidé de decirlo en voz alta, ¿para qué preocupar más a Kim?

Un agente nos interrumpió, abriendo la puerta sin llamar. Traía una bandeja con sándwiches y café. Miré el reloj de la pared, ya era hora de almorzar, y ni Josh ni McPherson habían vuelto.

—¿Sabe cuándo va a regresar el agente que lleva el caso?

—Lo siento, no sé nada, solo me han mandado a traerles algo de comer.

Le di las gracias y él salió.

—¿Te importa? Estoy que me muero de hambre. —Kim mordió el sándwich, sin esperar respuesta.

Empezaba a sentirme igual que un ratón en una trampa, me agobiaba no tener nada que hacer y lo de Wilson me parecía importante, y urgente…, o quizá no lo era tanto. Daba lo mismo, me

proporcionaba la excusa perfecta para escabullirme un rato.

—Voy a salir a dar una vuelta. Cómete mi sándwich si quieres Kim, yo no tengo apetito. —Me incliné, le besé la mejilla y le deslicé los pendientes en un bolsillo de su chaqueta.

Igual era una tontería, pero prefería pecar de desconfiada en ese tema. Kim no iba a salir de allí, y yo me evitaba posibles sorpresas desagradables.

Eché un vistazo alrededor, si tenía alguna oportunidad, era esa. La mayoría del personal de oficina había salido a almorzar. Los vestuarios estaban al lado de los baños, me deslicé en unos y luego en los otros, sin llamar la atención.

Los vigilantes estaban en la puerta de Kim, yo era una testigo y no necesitaba escolta.

La mayoría de las taquillas estaban abiertas, solo contenían ropa y objetos personales sin valor. En una de ellas me hice con la americana de un traje de mujer negro, con zapatos de tacón del mismo color, que además eran de mi talla. En otra taquilla encontré un bolso que contenía unos cuantos dólares, tampones y pañuelos de papel. Seguro que la dueña lo usaba poco, y a mí me venía de maravilla.

Me retiré con mi botín al baño femenino, y me cambié con rapidez. Tomé el bolso con desenvoltura, y salí de las oficinas sin mirar a nadie a los ojos, apresurándome, como si llegase tarde a comer.

Al salir del edificio me ubiqué enseguida, la avenida Madison quedaba muy cerca. Finalmente, no iba a tener que coger un taxi.

La consulta del doctor Wilson se hallaba en un primer piso. Cerrada, por cierto. ¿Y ahora qué, Sherlock?

La situación era parecida a la vivida en la oficina donde conocí a Josh, lo malo es que esta puerta no tenía una mitad superior acristalada que poder romper. Era madera sólida, muy sólida. Y yo seguía sin tener ganzúas, ni idea de cómo usarlas.

Me encontraba en el mismo punto muerto de la otra vez, solo que este edificio era muy concurrido, y no hubiese podido tirar la puerta abajo de una patada.

Ya me las tuve que ver en una ocasión con una parecida, con el

resultado de un tobillo dolorido y la puerta tan cerrada como antes del patadón que le arreé.

Aquella experiencia me enseñó varias cosas, a saber: que jamás podría ganarme la vida de canguro, y que las puertas, las llaves y los niños juntos, son armas que carga el diablo.

Mi única experiencia en ese campo laboral tan frecuente entre las chicas jóvenes, fue con un niño de tres años y unos padres despistados que dejaron la llave de su habitación puesta por dentro.

¿Podía ocurrir otra cosa aparte de que el niño se quedara encerrado? ¡Por supuesto que no!

Él se asustó porque me puse como una energúmena, y cuando vi que no era el camino, usé palabras tranquilizadoras para que abriera de una jodida vez. El niño no cejó en su berrinche, y yo tomé impulso y me lancé cual policía contra la puerta de unos traficantes. A ellos les salía, ¿por qué a mí no?

Resultado de la contienda: Puerta 1, Charlie 0.

La ventana de la habitación estaba abierta, e intenté el asalto final, jugándome el cuello. Era saltar desde el balcón hasta esa ventana que quedaba a unos dos metros, con seis de distancia al suelo, o llamar a los bomberos.

Los bomberos no vinieron esa noche, yo me libré de una rotura de piernas por poco, y decidí dedicarme a lo que se me daba mejor: mirar a los niños desde una distancia prudencial por su seguridad y la mía.

Bueno, pues eso, que la puerta actual me recordó aquella experiencia y no tenía intención de perder otro asalto.

No había ningún cartel con un horario de visita ni nada por el estilo. Aquello era discreción y lo demás, tonterías.

A varios metros, la puerta de una agencia de seguros se encontraba abierta. Decidí probar suerte.

—Disculpe… —dije a la recepcionista, que parecía arrancada de una página del Vogue. Y me miró tan despectivamente, como si yo fuese la culpable de que su sueño de modelo se hubiera venido abajo.

—¿Puedo ayudarla? —No era una pregunta amable, a pesar de su sonrisa. Tampoco haría una gran carrera de actriz, decidí.

—Verá, venía a la consulta del doctor Wilson, y está cerrado.

—Si Joanna no está en recepción es que se habrán tomado el día libre. No esperarían visitas. —No de mi estilo, me dio a entender su mirada despectiva.

¡Lástima que tuviera que ser lo más discreta posible, me hubiera encantado poner a aquella zorra en su sitio! Me imaginé propinándole un «Beso de Glasgow» a su delicada naricita de snob, y buscando una puerta hermética donde pillarle el pelo.

Eso me recordó que Josh no me había preguntado sobre la maniobra usada con mi hermana en la furgoneta de Devlin, y casi agradecía que no hubiésemos tenido tiempo, porque él no era de los que se olvidan de los detalles.

—Es que estas cosas solo te ocurren a ti. —Gina se pasó una tarde entera muerta de la risa, y lo sacaba a relucir en cuanto tenía ocasión.

—No fue tan gracioso —le dije riendo a mi vez, ¿qué iba a hacer? Pasadas unas horas, me había olvidado del mal rato.

Mi coche estaba en revisión y quería pasarme por un anticuario en las afueras para recoger una pieza interesante que encontré por internet. Gina me prestó su todoterreno enorme, con el que me llevaba regular, aunque a falta de otro transporte…

Aún no sé cómo ocurrió, pero el caso es que, al bajar del coche con prisas, se me cayeron las llaves de la mano, me incliné para cogerlas y cerrar la portezuela al mismo tiempo. La puerta me atrapó un mechón de pelo y grité de dolor.

Por supuesto, se dieron un cúmulo de circunstancias, a cuál más estúpida. Al caer, la llave con cierre automático por presión se había bloqueado, y al intentar acercarla con el pie, le di una patada y quedó fuera de mi alcance.

Me retorcí y casi me arranco el cuero cabelludo intentando cogerla, ya que era inútil tirar de la manija de la puerta, estaba bien cerrada.

Resumiendo: que el aparcamiento no solo era un sitio poco concurrido, sino que había quedado fuera de la vista de otros compradores, ya que me hallaba entre mi coche-trampa y otro aparcado, por no hablar de la tremenda vergüenza que me daba gritar pidiendo ayuda y tener que explicar lo ocurrido.

El fin de fiesta fue que, después de un rato que me pareció eterno, el dueño del coche contiguo me liberó. El hombre hacía verdaderos esfuerzos para contener la risa, y se le daba fatal, al igual que a Gina cuando me preguntó por la razón de mi demora.

¡Y ahora caía en la cuenta de que mi conflicto con las puertas venía de lejos!

Capítulo 34. Charlie

Bajé hasta la entrada del edificio donde el conserje permanecía atento al ir y venir de inquilinos y visitantes.

—Siento molestarle, el doctor Wilson me contrató para sustituir a Joanna durante sus vacaciones, y no sé dónde he puesto la llave. Llevo toda la mañana buscándola y estoy desesperada.

El hombre, un cuarentón de color con cara de malas pulgas, me miró con poca simpatía.

—Sin la autorización del doctor no puedo abrirle la puerta.

Mis clases de arte dramático del instituto me ayudaron en el trance. Parpadeé, las lágrimas que fui elaborando, ante la impasividad del hombre, cayeron rodando por mis mejillas. Mis hombros se hundieron y le dije con voz estrangulada:

—Gracias de todas formas, buscaré otro empleo. Tenía razón mi madre al decir que una chica de Jersey no tiene futuro en el centro…

No sería candidata a los Premios de la Academia ese año, daba palos de ciego y, aun con todo, debí tocar alguna fibra sensible del conserje.

—Espere, no se vaya. —Su voz me detuvo en la gran puerta de hierro forjado—. Yo soy del este del Bronx, y tampoco me fue fácil conseguir un empleo aquí.

No me giré, dejé que mis hombros se estremecieran como si estuviese sollozando. Él se acercó y me puso la mano en la espalda.

Me hizo sentarme en la habitación de la conserjería y me tendió una caja de pañuelos de papel.

—Me preparé muy bien para este puesto, de verdad. Solo que creo que me dejé las llaves en el coche, y me lo robaron hace dos días —Volví a sollozar, ocultando mi cara entre los pañuelos. Meryl Streep hubiese estado orgullosa, me estaba superando.

—Bueno, muchacha, vamos a tranquilizarnos. Todo se puede remediar. ¿Tenía el doctor algún paciente por la mañana? —me preguntó, en tono paternalista. Me remordió la conciencia tener que engañarle de esa forma.

—No, el primer paciente del día tiene cita dentro de una hora. El doctor me dijo que lo organizase todo porque él llegaría muy justo… —Las lágrimas seguían fluyendo de mis ojos. ¡Vaya, no imaginaba que se me pudiera dar tan bien!

—Entonces, tranquila, lo solucionaremos. Yo no puedo abrir una puerta sin la autorización del inquilino, pero nada impide que te haya invitado a tomar un café. Una manzana más allá hay un cerrajero que te haría una copia en cinco minutos.

—Yo…, yo… —balbuceé, rizando el rizo de mi actuación.

—Debo subir a atender una llamada al séptimo piso, me llevará 15 minutos o más, no puedo ser negligente en mi trabajo. —Me señaló un panel tras el que tenía todas las llaves.

—No sé cómo agradecerle…

—Date prisa. Si entre nosotros no nos ayudamos…, estos estirados no van a facilitarnos las cosas.

Un rato después, de vuelta con mi flamante llave nueva en la mano, el conserje me hizo un guiño cómplice, dejé la original con disimulo, y subí por las escaleras.

La decoración minimalista daba un aire limpio al entorno. Joanna Moore, que era la recepcionista según una placa sobre el mostrador, tenía su pequeño espacio personal. Al lado de la pantalla del ordenador, ocultos a la vista de las visitas, un espejito, un ambientador de gardenia y una revista de cotilleos. Pasé por alto esa zona, ya volvería de ser necesario.

La consulta no era acogedora, a mi parecer, seguía la misma línea minimalista de la entrada, con una mesa de despacho blanca como el sillón de cuero que se encontraba de espaldas a ella y un diván haciendo juego. La única nota de color era un cuadro impresionista que rompía las líneas rectas y aportaba calidez. Me pareció algo de Monet, aunque no podría jurarlo. En todo caso, era una buena copia.

En alguno de los paneles de la pared debía estar oculto el archivador, me puse a golpearlos con los nudillos, por si un sonido hueco me indicaba su posición. A simple vista, no parecía haber nada, y aunque no sabía cómo funcionaban estas consultas, pensaba que tendrían algún tipo de historiales, de cuadernos de notas u ordenador en el que redactarlas.

Casi me da un infarto cuando, por el rabillo del ojo, distinguí una silueta sentada en el sillón. No se me pasó por la cabeza que pudiera haber alguien allí.

El sillón daba la espalda a la entrada, cualquiera se hubiera girado a mirar al recién llegado.

Enseguida me di cuenta de por qué el ocupante no se volvió con curiosidad. En vez de rostro, un amasijo de sangre, masa encefálica, músculos y huesos, resbalaba hacia su pecho, rompiendo el blanco inmaculado de su camisa y pantalones.

¡Oh, Dios mío, me cago en la puta, joder! ¡Otro muerto!

Me incliné, doblada por una arcada improductiva. Boqueé en busca de aire con la sensación de que la habitación había encogido en un segundo.

¡Mierda! Debía ser el doctor Wilson. Mi madre, o alguno de sus esbirros, se me había adelantado.

Me tomé unos minutos para serenarme y por fin di con una plancha que se abría mediante presión, la hilera de ficheros salió automáticamente, y el historial de Kim no se encontraba entre ellos, por supuesto.

Haciendo un esfuerzo, que mi estómago rechazó profundamente indignado, abrí los cajones del escritorio, intentando no rozar el sillón en el que reposaba el cuerpo, al que no dejaba de vigilar de reojo. Nada.

Al otro lado del escritorio, encontré más de lo mismo y me sentí impotente, no solo porque seguía mareada, sino por la falta de escrúpulos de mi madre.

Por otra parte, acababa de meter la pata a base de bien. Nadie sabía que venía a ver a Wilson, así que no se me ocurrió pasar desapercibida. Tanto la recepcionista de la agencia de seguros como el conserje, podían describirme con todo lujo de detalles. Eso, sin contar la cantidad de huellas que había dejado por todos sitios.

Josh hubiese sabido manejar la situación, ojalá estuviera conmigo en ese momento. No me habría dejado mirar el lamentable despojo en que se había convertido el doctor. Ahora aquella cara, mejor dicho, el amasijo que una vez fue un rostro, me perseguiría en mis pesadillas.

Salí tambaleándome a la zona de recepción. Quizá si el doctor no podía responder a mis preguntas, la recepcionista pudiera darme una idea.

Me senté en su sillón y registré los cajones. Debajo de varias revistas, encontré un impreso de meses atrás, en el que constaban su dirección y teléfono. Era la copia de la matrícula de inscripción en las clases de tenis del colegio de sus hijos.

Me dio un vuelco el corazón. ¿Y si habían ido a por ella? ¿Habrían matado también a su familia? Salí corriendo, a pesar del mareo que sentía. Aminoré la marcha cuando pasé al lado del conserje y logré sonreírle.

—El doctor ha cancelado las visitas de hoy. Tengo la tarde libre.

—¡Que la disfrutes! —Me sonrió a su vez, haciendo un ademan de despedida con la mano. Lo lamentaba, cuando se enterase de lo del doctor, no volvería a confiar en nadie como yo.

Empezaba a arrepentirme de no haber compartido la información con alguien del FBI, ahora ya era tarde, y tenía que avisar a Joanna Moore. Desde su casa ya hablaría con quien hiciera falta. Entretenerme en llamar a los federales y dar explicaciones, supondría una demora, y esa mujer y sus hijos podían no disponer de tanto tiempo.

Después de pagar al taxi me quedaron dos dólares en el bolso, no podría ni coger el metro de vuelta.

Joanna vivía en un edificio modesto y cuidado. Llamé a su puerta con varios golpes secos de los nudillos.

—Agente Donovan, FBI. ——No se me ocurrió otra cosa, y necesitaba que abriese la puerta a la primera, confiaba que respondiera a la autoridad como todo el mundo.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmada sin descorrer la cadena.

—¿Trabaja usted en la consulta del doctor Wilson?

Ella asintió. Tenía una preciosa piel de ébano que contrastaba con su vestido amarillo. Sus ojos color avellana se oscurecieron de intranquilidad.

—¿Podemos hablar, señora Moore? —Sentí alivio, y creo que lo

dejé traslucir al preguntarle.

Me franqueó el paso un poco cohibida. Sus hijos, un niño y una niña de unos 8 y 10 años, aguardaban tras ella.

Cerró la puerta detrás de mí y se volvió, dirigiéndose a ellos.

—Id a vuestras habitaciones —les dijo, sabiendo que iban a obedecerla enseguida. Me indicó que la acompañara hasta el salón.

—Señora Moore, el doctor Wilson ha sido asesinado.

Me miró sorprendida. No sabía si preguntar o esperar a que ampliase la información. Tampoco le di mucho tiempo.

—¿Hay algún sitio al que pueda ir, y que no conozcan sus amigos o familiares?

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —Su voz era alarmada. Agradecí que no fuese una de esas personas que se ponen histéricas a la primera de cambio.

—¿Tiene coche? —No le di respiro, porque no había tiempo. Si mi madre iba a por ella, todas las precauciones serían pocas.

Asintió, empezaba a asustarse de verdad.

—Prepare lo imprescindible, tiene que marcharse con sus hijos ahora mismo.

Esperé protestas, maldiciones, negativas, preguntas… No fue así y me sentí desconcertada hasta que caí en sus prioridades. Ella sabía que los negocios de su jefe no eran transparentes, y antes de que fuese tarde, quería poner a los niños a salvo.

Salió corriendo y yo me hice con el teléfono de la mesita. Un aparato viejo, con cable y todo.

—Gina, necesito un favor, para variar. —Sabía que podía contar con ella de forma incondicional, y aunque no hubiera querido implicarla, era la única solución que se me ocurría.

—¡Charlie, por Dios! ¡Qué susto nos diste! ¡Pensábamos que habías muerto!

—Ya ves que estoy bien, pero quiero que esta conversación quede entre nosotras, ¿vale?

—Claro, ¿en qué te has metido?

—Es una historia bastante complicada, aunque prometo que pronto te la contaré con pelos y señales delante de unas copas. Ahora necesito un favor, y es algo que no puedes contarle a nadie, ni siquiera a tu hermana.

Gina y su hermana tenían una estrecha relación, gracias a que los snobs de sus padres eran de los que repartían pasta en lugar de afecto. Otros progenitores modélicos.

—Me estás asustando, Charlie.

—Te aseguro que es cosa de vida o muerte, nena. Tengo conmigo a una mujer y sus dos hijos que corren peligro, y necesito que me ayudes.

—¿Cómo puedo hacerlo? —preguntó enseguida. No me sorprendió, sabía que podía contar con su ayuda y su discreción.

—¿Sigues teniendo la casa de Jacksonville?

—Claro, me voy allá cuando quiero desconectar.

—¿Quién guarda la llave?

—Además de la mía, está la de mi vecino, Johnson.

—¿Puedes llamarle? Que se la entregue a una amiga tuya que se va de vacaciones con sus hijos. No le digas el nombre, ni le des más información.

—Lo llamaré en cuanto termine de hablar contigo.

—Y yo te volveré a llamar en cuanto tenga un rato.

—Pues ya puede ser una llamada larga, Charlie, me tienes muy preocupada.

—Tienes razón. Buscaré el momento de acercarme a verte y prometo contarte todo.

—¿Estás en Nueva York?

—Ahora no puedo hablar.

—¿Es por el tío ese que conociste? ¿Tanto te ha sorbido el seso?

No me lo puedo creer, ¡Si eres santa frígida!

—No, no es por él. Es algo de lo que ya hablaremos. —Explicarlo por teléfono llevaría demasiado tiempo del que no disponía, a pesar de que no iba muy desencaminada. Sí, ese tío me había sorbido el seso y, de paso, mi corazón—. Gracias, nena, te quiero.

Joanna me miraba desde la entrada y le hice señas de que se acercase. Se sentó frente a mí.

—No soy del FBI.

—Ya lo sé —dijo sencillamente. Me gustaba esta mujer, era directa.

—Hace un rato he entrado a su oficina, y el doctor Wilson estaba muerto en su despacho. Iba buscando respuestas que él ya no me puede dar.

—¿Piensa que yo sí?

—Estoy segura de que no me puede dar las que necesito, lo malo es que, si mi madre ha mandado matar al doctor, es posible que venga aquí, tarde o temprano. Me siento responsable, y usted tiene dos hijos.

—Mis hijos no tienen nada que ver con mi trabajo.

—Lo sé, lo sé. —Levanté las manos, indicándole que no pedía explicaciones—. Mi hermana es Kimberly Sullivan, paciente de su jefe. No he encontrado su expediente en la oficina, ni nada relacionado con ella.

—Porque no existe. Era un tema personal del doctor.

—¿Personal? —Me extrañé.

—Cada mes le mandaba las recetas que necesitaba sin que quedasen registros. Eran órdenes especificas del doctor. Las prescripciones venían firmadas por otros médicos —dijo. No apartaba sus ojos de los míos, decía la verdad.

—¿Qué tipo de fármacos eran los que prescribían?

—Estimulantes y ansiolíticos en su mayor parte, anfetaminas en gran cantidad… Una vez pregunté, y el doctor fue muy cortante en su respuesta. No insistí, no podía permitirme el lujo de perder el trabajo. Las recetas no siempre fueron a la misma dirección, hubo cambios a lo

largo de los años, pero las recuerdo.

Me facilitó las direcciones y me quedé de piedra.

Las preguntas se multiplicaban otra vez, esto era el cuento de nunca acabar. Ya sospechaba que la inestabilidad emocional de Kim se debía a los fármacos que mi madre le proporcionaba, ahora tenía la certeza, lo que se me escapaba era la razón.

—Señora Moore, si me permite un consejo, yo dejaría el coche en una gran ciudad, quizá Filadelfia. Luego pueden continuar en tren, donde no les van a pedir nombres. No use los verdaderos, ni tarjetas de crédito, y no llame a sus familiares. No quisiera asustarla más de lo que está, sin embargo, mi madre es implacable y posee muchos medios. Cuantas menos facilidades le demos, mejor.

Su rostro grave tenía un tono apagado. Estaba asustada, pero también decidida.

—Se está implicando mucho, ¿por qué? —me preguntó.

—No quiero cargar con más muertes sobre mi conciencia, lo que hicieran mis padres está hecho, yo no soy igual que ellos. Váyase ahora con sus hijos. En el momento en que tenga la certeza de que están a salvo, la llamaré o iré en su busca. Mientras tanto tienen un lugar donde no los encontrarán.

La mujer me tomó de las manos un segundo. No habló, su mirada era más elocuente de lo que podía ser su lengua. Puede que la culpa fuesen calorías vacías, pero yo me estaba dando un buen atracón, gracias a los manejos de mis progenitores.

No quise tentar más mi suerte, volviendo a usar el teléfono de la recepcionista. Las explicaciones a McPherson tendrían que esperar a mi regreso.

Arranqué los dos teléfonos fijos de la casa ante la mirada atónita de la mujer.

—Tampoco quiero que encuentren a mi amiga con solo una rellamada —le expliqué.

Mientras las luces traseras del coche se perdían entre el tráfico me preparé, temía que McPherson me iba a tirar una buena bronca, esta vez, con razón.

Suspiré pensando en la caminata que me quedaba hasta la oficina del FBI. Un pie después de otro. Los zapatos de tacón empezaban a molestarme, sabía que no andaría un kilómetro más con ellos, así que me descalcé, antes de que me saliese una ampolla. El dolor pulsante de la pierna me haría ameno el camino.

Capítulo 35. Josh

—¿Cómo que se ha ido? ¿Dónde? ¿Qué agentes estaban al cargo? —Empezaba a cabrearme, y mucho.

Caminé a grandes zancadas hasta el despacho de McPherson que se hallaba vacío.

La sala en la que retenían a Kim la vigilaba un agente, que no hizo el menor intento de bloquearme el paso. ¡Bien por él! No tenía ganas de enfrentamientos innecesarios.

—¿Sabes dónde puede haber ido Charlie? —le pregunté bruscamente.

—Hola a ti también, Josh. —Me dejó muy claro que mi brusquedad la había ofendido.

—Lo siento, Kim. Me preocupa tu hermana.

—¿Y Devlin? —preguntó. Entendí la dinámica, esto iba a ser un *quid pro quo*.

—De momento, está a salvo y lejos de aquí.

—Podría decirte lo mismo de ella.

Me empezaba a cansar de la hermanita, que era tocapelotas como Charlie, pero sin pizca de su gracia.

—Podrías. El caso es que tu hermana piensa que eres una víctima, y se siente responsable de tu seguridad, por el contrario, yo no me fio de ti, y te advierto una cosa: si le pasa algo por lo que callas, te reventaré el cráneo con mis propias manos. —No dejé de sonreír mientras me inclinaba sobre ella intimidante.

Mi madre me decía que siempre hay que intentar ser agradable, aunque estés amenazando a alguien con partirle el cuello. La última parte era de mi cosecha, por supuesto, ella nunca lo hubiera aprobado.

—Yo diría que ha ido a ver al doctor Wilson —contestó, nada amedrentada.

Mejor para ella, que siguiese en ese estado de confianza. No suelo amenazar en vano, y esperaba no tener que demostrárselo.

—¿Quién es?

—El psiquiatra que me visitaba.

—¿Tiene consulta en Nueva York?

Ella asintió.

La puerta se abrió para dar paso a McPherson.

—¡No me lo estas poniendo nada fácil, Carter! —Tronó el agente.

—Te resultaría mucho más sencillo si tuvieses la mente abierta, Vic.

—¿Podemos hablar en privado?

En su despacho, se dejó caer en el sillón con un gruñido.

—¡Demonios, muchacho, vas a meterme en un lío antes siquiera de haber almorzado! ¿Dónde tienes la cabeza? No puedes llevarte a un testigo cuando te pase por las narices, esto no es la calle, por no hablar de que estás incumpliendo nuestro trato.

—Teniendo en cuenta que tú incumpliste tu palabra desde el principio, no sé de qué te quejas —le contesté, algo mosqueado.

—Mi superior mandó a otro equipo a por vosotros mientras yo me ocupaba del barco. Sí, antes de la hora acordada, decisión de mis superiores, ¡no soy Dios! —Se justificó.

—Vuestro celo me impidió preparar a Charlie para la detención de su hermana, y organizarnos en consecuencia.

—Mi jefe está cabreado, a Devlin se le busca por delitos informáticos, y tú te lo has llevado.

—Su aportación en este caso es mínima. Se encontraba allí porque es amigo mío, si lo queréis pescar, tendréis que poner un poco más de empeño, yo tampoco conozco su paradero. —Mentí con soltura.

McPherson levantó las manos en gesto de dar el tema por zanjado. Devlin no era asunto suyo, que lo buscase el departamento correspondiente.

—¿Y la chica? ¿Dónde ha ido?

—Me da la sensación de que habría que hacer limpieza en el departamento. Mientras vosotros estáis aquí vigilando a simples testigos, con muy mal resultado, he de señalar, Charlie ya ha movido ficha.

—¿Dónde está?

—¿Dónde has estado tú? —pregunté a mi vez.

—Comprobando esa caja de seguridad, que no contenía más que telarañas.

Bueno, eso daba al traste con la presunción de Nina de que las notas del Proyecto se guardaban en ella, y convertía a Charlie en prescindible. Mal asunto.

—Imagino que esa información no aparecerá en ningún informe… —sugerí a McPherson.

—Por ahora. Prefiero hablar con tu novia desaparecida antes, y ver qué me cuenta.

—Charlie está siguiendo otra pista. No me gusta que haya ido sola, pero parece que tiene más iniciativa que todo tu departamento.

—Supongo que hace falta gente con nuevas ideas —comentó en tono cansado.

—Ha ido a hablar con el psiquiatra de Kim, un tal doctor Wilson.

—¿Y de dónde ha sacado una dirección?

—Cualquier imbécil con dos pulgares, puede buscar esa información en un móvil. —Saqué el mío y busqué al doctor. Temía que el trabajo fuera siempre así, terminaría agilipollándome también.

—Ella no tenía móvil.

—¡Déjalo, Vic! Wilson tiene su consulta aquí cerca. ¿Qué tal si nos acercamos? —sugerí—. Al menos, puede que encontremos allí a Charlie.

El conserje del edificio puso cara de póquer al solicitarle las llaves de la consulta. Por su expresión, supe que Charlie lo había liado, y ahora caía en la cuenta de que facilitarle el acceso fue una malísima decisión. ¡Pobre, ni imaginaba lo persuasiva que podía llegar a ser!

Encontrar al doctor muerto, con el rostro volatilizado no era, exactamente, lo que esperábamos.

—¿Tu chica tiene mal genio? —me preguntó el agente reteniéndome del brazo, por si se me ocurría tocar algo.

—¡Oh, sí! —le contesté vehementemente—. Pero esto no es obra suya, los muertos la impresionan bastante, lo que me extraña es no encontrar su desayuno en la alfombra.

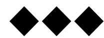
McPherson enarcó las cejas.

—Esto es cosa de un profesional. Venga, Vic, ¿es que no tienes ojos?

El móvil de McPherson vibraba en su bolsillo, insistente, y él contestó con fastidio.

—Tu chica acaba de llegar a las oficinas.

—Pues tú no sé, yo vuelvo. Dudo que tu gente encuentre muchas pruebas por aquí, si el asesino ha venido a por algo, se lo ha llevado junto con la seguridad del silencio del loquero.



En las instalaciones del FBI pudimos localizar a Charlie por los gritos. La acababan de esposar y la experiencia no parecía de su agrado.

—¿Me están deteniendo? ¿De qué me acusan?

El agente que la había esposado lucía un escupitajo en la solapa del traje y estaba colorado, no sabía si de vergüenza, o de aguantarse las ganas de soltarle un sopapo a la fiera que se revolvía, encarándose de nuevo hacia él, con el rostro encendido de rabia.

—Estamos evitando que una testigo recorra la ciudad matando a gente —le contestó McPherson, con gran falta de mano derecha.

—Tal vez deberíamos hablar en tu oficina, Vic. —Aparté al agente que sujetaba a Charlie y le solté las esposas.

Ella se frotó las muñecas y miró a McPherson con rencor. ¡Joder, la falta de tacto de ambos me iba a dar trabajo!

Antes de que Charlie arremetiese contra él, me interpuse entre los dos. Esto se estaba convirtiendo en una constante, parecían dos perros de presa intentando degollarse el uno al otro.

Al fin conseguí un poco de paz, y nos pusimos al día en la privacidad del despacho del agente.

—¿Y la señora Moore? Es necesario que la interroguemos.

—No, no lo es, ya lo hice yo, y con mucho más tacto de lo que el FBI está poniendo en este asunto. —Charlie todavía se sentía peleona.

—Vale, entonces vamos a recapitular: no sabemos si el doctor estaba metido en esto por dinero o porque era parte de la trama —dije, en un intento de captar la atención de los dos, y que dejasen de fulminarse a base de miradas.

Charlie se callaba algo, y no se lo quería preguntar delante de McPherson. Me lo diría cuando tuviese que hacerlo, en privado.

—Vale, ¿y ahora? —Inquirió ella, cediéndonos el turno, tras haber cumplido con lo que creía era su parte.

—La evaluación de su hermana va a seguir su curso. Lo que hemos visto hasta ahora no elimina la posibilidad de que realmente tenga un problema mental que pueda resultar peligroso. —El agente hubiese querido ser más cortante, aunque su voz se notaba cansada.

—Tiene una llamada, señor —me dijo un agente con aspecto de apenas tener edad legal para beber, asomando la cabeza por la puerta. ¿Señor? ¿En qué momento me había hecho tan mayor?

—¿Me la puede pasar aquí? —Me intrigaba. No creía que fuera Dev, y no se me ocurría quién más podía llamarme allí.

—No, señor, es… —Dudó un momento, mirando a McPherson y a Charlie, evaluando si podía decirlo delante de ellos. Decidió que sí—. La llamada ha llegado al móvil de uno de los empleados de la limpieza, no puedo pasarlo por la línea del edificio. El que llama ha pedido hablar en privado con usted.

Nos miramos todos intrigados, y salí tras el agente sin perder un segundo.

—Soy Josh Carter.

—Sé que Charlie se encuentra a su lado, así que va a tener que poner su mejor cara de póker. Conteste con un simple «bien», confirmándolo —la voz era masculina y un poco aguda, aunque no denotaba nerviosismo.

Efectivamente, Charlie y McPherson me habían seguido corriendo y escuchaban, expectantes. El detalle de que era una llamada privada se lo pasaban los dos por ahí.

—Bien —confirmé.

—Lo imaginaba. Necesitamos tener una conversación sin testigos. Hay un móvil en el baño de señoras, segundo cubículo de las galerías Ecotril. Lo llamaré en media hora a partir de ya.

Colgué cuando comprobé que la señal se había cortado.

—Era Devlin, se encuentra lejos y seguro. —Dije lo primero que se me ocurrió, y que resultaba plausible.

Si se lo contaba a Vic, mandaría un batallón y espantaría al tipo que parecía tener algo que aportar a semejante despropósito. De momento, poseía información que solo alguien inmerso en la trama podía conocer, y yo no iba a perderme esa charla privada, ya vería si la compartía.

La mueca de consternación de McPherson al mencionar a Dev, ensanchó todavía más la sonrisa de Charlie. ¿Debería ponerles una camisa de fuerza si los iba a dejar solos?

Volvimos a la oficina e intentamos continuar la conversación interrumpida. Mi intervención se limitó a asentir o negar, no veía la forma de escaparme de inmediato sin llamar la atención.

—Voy al baño —dije por fin. La excusa no era lo mejor de mi repertorio, por lo que me giré en la puerta, aparentando despreocupación—. Deberíamos pensar en cenar algo, me muero de hambre.

Esperaba, y temía, que la elección de la cena les diese para otro

buen rato de discusión.

Charlie me alcanzó antes de que pudiera escabullirme y cerró la puerta del despacho a su espalda.

—Yo también me muero de hambre —dijo, antes de colgarse de mi cuello y besarme como solía.

—¡Eres una caníbal! —Separarme de ella me costaba un ímprobo esfuerzo de voluntad, mi cuerpo, desde luego, no quería perder el contacto—. Pensad en algo, vuelvo enseguida.

En cuanto salí de la vista de ojos indiscretos, me puse a correr como alma que lleva el diablo.

¿Alguien tiene la mínima idea de lo que supone intentar correr empalmado? No le deseo la experiencia ni a mi peor enemigo.

Las galerías quedaban a quince minutos, y pretendí recorrer la distancia en cinco, lo que me proporcionó un flato tan bestial que tuve que sentarme en un banco, hasta que las cuchilladas del costado y la excitación sexual remitieron lo suficiente para poder caminar a paso ligero.

Llegué cinco minutos tarde, y el móvil todavía sonaba. Eso me indicó dos cosas: que quién llamaba no era un profesional -lo de la chorradita de la carrera la debió sacar de alguna peli- y que su interés en hablar conmigo superaba su precaución.

—Veo que le ha costado deshacerse de mirones, Carter.

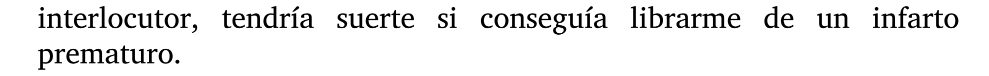
—Estamos solos, señor…

El otro lanzó una carcajada, yo pensaba que era por la gracia de que le preguntase por un nombre que no me iba a dar, y cuando me contestó, entendí mejor el chiste. Me temía que era uno que Charlie tampoco iba a encontrar divertido.

—Donovan, señor Carter, soy el profesor Donovan.

Intenté que mi desconcierto no se trasluciese. Intento vano. Se me debió notar la boca abierta incluso a través del móvil.

—¿Es el padre de Charlie? —pregunté, por ganar tiempo, necesitaba un respiro para dejar de boquear. Entre las punzadas del flato, que todavía me martirizaban, y la presentación de mi


interlocutor, tendría suerte si conseguía librarme de un infarto prematuro.

—Parece sorprendido.

—¡Teniendo en cuenta que estoy hablando con un muerto, sí que me sorprende un poco, no voy a negarlo! Me parece que sus hijas no se van a sentir felices por el milagro.

El comentario no le hizo gracia, como si hubiese cambiado de tema con el fin de hacerle perder el hilo.

—Los sentimientos de mis hijas, ni los de nadie, son importantes, cuando se trata de ciencia. Mi mujer ha decidido, unilateralmente, tomar las riendas del experimento que yo inicié. Se ha permitido pensar que podía controlarlo, lo que no deja de ser una fantasía, ¡ni siquiera ha podido controlar a una hija! —El tono de voz se fue haciendo más bajo y grave, hasta terminar la última frase casi con un graznido.

Empezaba a ponerme nervioso. Ese hombre no hablaba conmigo, sino consigo mismo.

—¿Qué es lo que quiere de mí, señor Donovan?

—Doctor, doctor Donovan —me corrigió, casi de forma mecánica.

—¿Y qué pretende?

—Quiero volver a tener el control de Golondrina. Es mío.

Capítulo 36. Charlie

Josh regresó al cabo de una hora. En ese tiempo, McPherson y yo nos habíamos puesto de acuerdo en un solo punto: ambos compartíamos cabreo por dejarnos al margen de lo que quiera que estuviera haciendo.

En el intervalo, tuvimos tiempo de sobra para lanzarnos pullas y consensuamos que, sin la mediación de un árbitro, no resultaba ni la mitad de divertido.

—Esa caja solo podía haberla abierto usted, Charlie. El banco tiene medidas de seguridad muy estrictas.

—¡Ni me acordaba de que existía! —Puse los ojos en blanco, cansada de repetirlo, y de que el agente no se fiara de mi palabra—. Era un depósito de papeles tan esenciales como diplomas, menciones, artículos y demás chorradas que conseguía en el instituto, ¡ya ve, McPherson, poco menos que secretos de estado!

—¿Cuántas veces tuvo acceso a ella?

—No sé…, ocho o nueve. —Me encogí de hombros—. Esas cosas me importaban con diez años, a medida que fui creciendo, las visitas se iban espaciando, hasta que se terminaron completamente cuando me marché a la universidad.

—¿No vio que la caja contuviera nada más?

—Sí, los artículos de periódicos y revistas científicas donde mencionaban los logros del laboratorio en tal o cual campo. Teníamos una bandeja en la que depositábamos los «documentos importantes» que guardaríamos durante el verano en la caja. —Evoqué con cariño —. Mi padre me alentaba a superarme, y en su momento me entusiasmaba abrirla, por aquello de necesitar mi huella digital y una clave, que me hizo memorizar y prometer que nunca pondría por escrito. Me parecía que era una cosa de mayores, y me encantaba.

—¿Pudo su padre darle la clave a alguien?

—No creo, pero no puedo estar segura. De lo que tengo certeza es de que yo jamás se la he revelado a nadie. De hecho, mi madre pretendía sacármela y hacerse con el contenido. Eso la descarta como ladrona. Que yo sepa, mi padre y ella ya no tenían relación, por eso no entiendo cómo supo de su existencia.

Me quedé pensativa unos segundos, y McPherson respetó el silencio.

—Los compañeros de mi padre eran sus personas más allegadas, y no tenían conocimiento de que la caja de seguridad guardase la totalidad del experimento, o me lo hubieran dicho. De hecho, yo lo desconocía hasta que mi hermana me habló de ello.

McPherson me escuchaba con semblante serio y pensativo.

—Eso deja un solo sospechoso…

—Ajá, uno estupendo, si no estuviera muerto —dije con ironía.

El agente se sentó frente a la pantalla y se puso a teclear.

Unos minutos después, la impresora emitió un carraspeo y comenzó a escupir documentos a mi lado, que no me atreví a recoger para evitar una nueva confrontación. Empezaba a sentirme cansada.

—Por cierto, acaba de llegar el informe preliminar del forense. La muerte del doctor Wilson ocurrió varias horas antes de entrar usted en su despacho. —Su voz me sacó un poco del ensimismamiento en que me encontraba.

—Bueno, al menos no soy sospechosa de asesinato —medio sonreí.

—No es sospechosa de asesinato, pero sí culpable de allanamiento y de entorpecer la investigación… —me espetó de mala manera, ¡ya estábamos otra vez!

—Para la próxima, me haré con una placa de esas de los cereales. Eso me abrirá las puertas de cualquier sitio, como a ustedes, ¿no?

No pretendía burlarme, pero creo que se dio por ofendido. Menos mal que llegó Josh y cortó cualquier contestación, que hubiese comenzado otra serie de andanadas entre nosotros.

Y el caso es que McPherson parecía buena persona. Hacía su trabajo con poca imaginación, ¡claro que tampoco le pagaban por eso! Tenía que atenerse a las pruebas. Pensé en la vitalidad de Josh, en sus recursos, en su desparpajo y espontaneidad, y no podía dejar de compararlos.

Quizá el agente fuera así en su día, alguien con ilusión y

optimismo. Si la agencia podía cambiar tanto a las personas, ya me encargaría de que Josh cumpliese su palabra solo durante el tiempo imprescindible.

Nada más entrar por la puerta, Josh se detuvo, con las manos en las rodillas, ligeramente inclinado hacia adelante. Ante nuestras miradas inquisitivas, levantó una mano pidiendo un momento. Sudoroso y jadeante, parecía haber corrido la media maratón en un tiempo record.

En cuanto recuperó el resuello, me dio un abrazo que me fundió los plomos. Hubiese deseado estar a solas con él. Me besó suavemente, sin dejar de mirarme a los ojos. Tenía cosas que decir y, por su mirada, adiviné que no iban a gustarme.

—Tengo todo lo relacionado con Nina Bronson, y el resultado de la investigación sobre la muerte de Mark Donovan, además de su autopsia. —McPherson señaló el fajo de papeles de la impresora—. Tal vez sea el momento de repasarlos, antes de decidir qué hacer a continuación.

No me apetecía ojear esos documentos, sin embargo, alargué la mano y los cogí. Josh me los quitó.

—Tengo información nueva que dejará todo eso obsoleto —dijo, buscando mis ojos y pidiéndome disculpas por adelantado.

Me pregunté qué ocurriría ahora… ¿Sería mi disfuncional familia responsable de la crisis mundial? ¿Del calentamiento global? ¿De la extinción del leopardo de las nieves?

—Dame un segundo, Carter. Creo que todos necesitamos un café. —El agente pidió a uno de sus hombres que fuese a buscar una cafetera y tazas —. Adelante.

—La llamada de antes no era de Devlin. —Detuvo con un gesto cualquier reproche que pretendiéramos hacerle—. Me citaba en otro teléfono, a varias manzanas de aquí. El que me hablaba dijo que era tu padre, Charlie.

Preferiría haber escuchado que éramos los causantes de la crisis mundial, para qué negarlo…

—Tengo aquí la documentación de su autopsia —atajó McPherson, que no demostró sorpresa—. Si lo de la caja fuerte no me hubiese parecido extraño, seguramente no la habría revisado.

Hizo una pausa, valorando si debía continuar. Josh me apretó la mano, debió percatarse de que la sangre había huido de mi cara, y estaba por jurar que también del resto de mi cuerpo, porque lo sentía lejano.

—No sé si conoce las circunstancias exactas de lo que ocurrió en el laboratorio aquel día, Charlie. —El tono cauteloso del agente me dio a entender que podía ahorrarme los detalles escabrosos solo si abandonaba la habitación.

No me parecía que mi garganta fuese capaz de emitir algún sonido, así que negué con la cabeza. Mi negativa valía tanto para la pregunta como para el ofrecimiento: no sabía exactamente lo que ocurrió en la instalación experimental, y no iba a salir de la habitación.

Debió entenderme, porque continuó.

—Al doctor le dispararon en la cara, en la boca, si hemos de ser exactos. Después lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego en el suelo. No había dentadura, ni huellas dactilares, ni marcas en la piel reconocibles. Sabemos que era su padre por el ADN y el testimonio de un superviviente. El resto del personal corría despavorido.

—Harry Holmes —asentí.

Hubiese querido gritar, comprendía las implicaciones de lo que quería decirme el agente. La rabia que empezaba a ascender hasta mi cabeza, me devolvió la vida a las terminaciones nerviosas.

—De todas formas… —continuó McPherson—, el ADN del cadáver coincide con la muestra que le tomaron a usted.

—¿Quiere decir que la persona fallecida en lugar de mi padre, era familiar mío?

—No sé si lo pasaron por alto o es que solo buscaban la conexión. En caso de haberse tratado del doctor Donovan, debería coincidir en un 50%, la muestra coincide en un 25%.

—Esto mejora por momentos —comenté con desgana—. Si se supone que mi padre está vivo, ¿quiere decir que el muerto era un hermano mío?

—Medio hermano, en todo caso. —asintió McPherson.

Sí, definitivamente, esto mejoraba por momentos.

—No tiene por qué ser eso, Charlie —Josh me pasó un brazo sobre los hombros—. Pudieron cambiar la muestra de ADN, en esta historia nada es lo que parece, y los hilos que han llegado a mover, incluyen eso y mucho más.

McPherson asintió, dándole la razón a Josh.

—Bien, supongamos entonces que yo he hablado con tu padre, y no con un pirado —continuó—. Pretende que demos caza a tu madre, y malogremos su intento de volver a poner el Proyecto Golondrina en marcha.

—Explícate, muchacho.

Llegó el café y McPherson nos sirvió. Era fuerte, y se agradecía el brebaje casi tanto como la pausa.

—El doctor Donovan quiere el control de las instalaciones clandestinas que su ex esposa ha montado durante estos años, y reanudar los experimentos con sujetos implantados. Según él, el Proyecto tiene mucho potencial, y desea desarrollarlo.

—¿A cambio de qué? —indague yo con desconfianza, sorbiendo mi café.

—A cambio de no activar la latencia de tu hermana.

Y el tema seguía mejorando. Ya iba cargada de adrenalina suficiente, y tenía la mente despejada.

—¿Por qué no hace ese intercambio con mi madre? Kim es su hija y se verá obligada a protegerla.

—Me temo que es más complicado que eso, Charlie. —Alargó su mano y apretó la mía, señal de que lo que iba a decir a continuación me dolería—. Tu hermana y tú fuisteis parte de un ensayo desde vuestro nacimiento. Tú ibas a crecer en un entorno dedicado exclusivamente a la investigación, que hiciera de ti una extensión de tu padre. No contaba con tu cabezonería, que te llevó a preferir la arqueología, en vez de la ingeniería genética. Fuiste un experimento fallido.

Sabía la decepción de mi padre por la elección de mi carrera, escuchar que fui un experimento fallido hizo que me estremeciera.

Pensaba que ya estaba a vuelta de todo con lo descubierto de mi idílica familia. Me equivocaba.

—Según palabras textuales de tu padre, Kim no reaccionaba a los tratamientos. —Josh miraba a McPherson, supongo que mi cara sería un poema a estas alturas—. Desde muy pequeña se le asignó un entorno de dependencia y aislamiento. Nunca desarrolló un trastorno, a pesar de que se hizo lo posible por inducírselo mediante fármacos. Iba a ser el conejillo de indias de un proyecto que todavía no estaba más que en la mente del científico.

—Entonces…, ¿era una especie de competición a ver quién conseguía su objetivo? ¿Dos tarados contra el mundo? —Tenía ganas de reírme. Solo faltaría que ahora Kim y yo no fuésemos hermanas, sino clones salidos de una probeta.

Por si acaso, no pensaba decirlo en voz alta, a ver si alguien me daba la razón y me terminaba de rematar la vida.

McPherson tenía la vista baja y su cara expresaba furia.

—¡Hijos de puta! —masculló entre dientes.

—Por hoy, podemos dejar las cosas en un punto y seguido, ¿no? —Josh intentó que su voz sonara desenfadada, yo creía conocerlo un poco, y lo que pretendía era protegerme—. Todos necesitamos descansar unas horas, el día ha sido largo.

McPherson asintió imperceptiblemente, seguía rumiando la información de Josh y, a pesar de su evidente cansancio, adiviné que él no iba a retirarse. Parecía una de esas personas incapaces de dormir cuando la preocupación les rondaba, por mucha necesidad de descanso que tuvieran.

—Podéis ocupar las habitaciones de testigos protegidos por esta noche.

—¿Y Kim? —le pregunté.

—La mandaré a descansar a una de ellas —contestó enseguida el agente—. ¿Puedes acompañarla?, necesito hablar un momento con Carter mientras os instaláis.

Me fijé en que el agente me tuteaba y a punto estuve de decir algo al respecto. Lo pensé mejor, esa habitación prometida me resultaba más tentadora que pelearme de nuevo con él. Además, en realidad, no me importaba.

—Dame un segundo, Vic —Josh me acompañó a una de las habitaciones—. Este es el teléfono de mi apartamento, allí podrás localizar a Dev, por si acaso. Nadie lo sabe y tiene que seguir siendo así.

Asentí, guardando el papel doblado que me ofrecía.

—Joanna Moore, la recepcionista de Wilson. —Le confié a mi vez —. Las direcciones a las que mandaba los fármacos de mi hermana eran, además de la casa de Nina en Washington, la del laboratorio y la dirección de tío Charles.

Se sorprendió, lo mismo que yo al enterarme. El asunto estaba tomando unos derroteros inimaginables, y yo me sentía agradecida de tenerlo de mi parte. No sé cómo hubiera afrontado todo aquello sin su apoyo.

—Eso confirma que siguieron trabajando juntos hasta hace poco —asintió Josh.

—Sí, y también implica que tío Charles sabía lo que ocurría, ¿lo mataría Nina por eso, o solo lo utilizó, lo mismo que utilizaba a los demás?

—Deja de darle vueltas por hoy, necesitamos descansar… —Las arrugas de su frente me indicaban que él tampoco estaba tranquilo.

—Voy a ver a Kim…

—Espera, he deseado hacer esto todo el día. —Me envolvió en sus brazos y me besó con dulzura, sorbiéndome el labio inferior, entrelazando su lengua cálida con la mía.

—Josh —jadeé—, sabes que…

—Sí, lo sé. Yo también te deseo. —Me dio un beso en la punta de la nariz de despedida—. Vuelvo enseguida.

Kim se quedó dormida mientras la abrazaba. Era una sensación extraña, como si me abrazara a mí misma. Quizá hubiese debido ocultarle todo lo que sabía, luego pensé que no sería justo. Quisiera o no, formaba parte de aquella historia.

Sus lágrimas mojaban la almohada, y sentí una gran ternura hacia ella. Nuestros padres habían roto mis esquemas, los suyos tenían que estar por completo destrozados.

Nina se había encargado de que sus relaciones fueran escasas, por lo que no contaba con amistades que la apoyaran. Nos tenía a mí y a Dev, y el informático no se encontraba en posición de echarle una mano. Ahora comprendía mejor sus palabras del barco, envidiaba mi vida porque, dejando aparte lo de criarme en un laboratorio, disfruté de la libertad de poder relacionarme a mi antojo. La familia no se elige, los amigos sí.

Tenía ojeras de cansancio, el púrpura de su nariz y ojos estaba virando a un amarillento verdoso, y creo que, por añadidura, padecía algo de ansiedad. No era extraño, después de una vida tomando fármacos que hicieran fluctuar sus estados de ánimo. Nada que ayudase a aumentar su autoestima.

El médico que vino a hacerle una primera valoración de su estado físico, ya me advirtió que sería conveniente someterla a una cura de desintoxicación.

—No es necesario —le dijo Kim—. Ya he dejado de tomar pastillas durante temporadas, y lo único que ocurre es que lo noto los primeros días, un poco de malestar y ya está.

—¿Se llevó a cabo bajo supervisión médica? —le preguntó el

doctor, alzando las cejas.

Kim negó vehementemente con la cabeza.

—A veces me cansaba y dejaba de tomarlas a espaldas de mi madre. Ella insistía en que las necesitaba, yo pensaba que no, porque no me encontraba mal sin ellas, al contrario, podía pensar mejor.

—Aun así, volvía a tomarlas…

—Mi madre terminaba dándose cuenta y me obligaba a volver a la medicación.

El doctor me echó un vistazo y se encogió de hombros.

—Si puede soportar la ansiedad sin apoyo, le recomendaría que no vuelva a medicarse hasta que se le hagan exámenes más exhaustivos, por lo demás, la veo en buena forma —dijo, dirigiéndose a ambas.

Al final, no le había roto la nariz, pero tenía un traumatismo, más aparatoso que grave. Ante su insistencia en no querer tomar medicación, le proporcionaron una crema antiinflamatoria y le taponaron los conductos nasales. Le realizaron un examen oftalmológico para valorar el grado de afectación de los movimientos oculares y la agudeza visual, y se dieron por satisfechos. El asunto no revestía gravedad, con hielo aplicado en la zona y el tiempo quedaría nueva, con solo una pequeña desviación nasal sin importancia.

Sopesé contarle o no lo de nuestro padre y terminé por contárselo todo. Demasiado la habían protegido ya en su vida, y tenía el mismo derecho que yo a conocer lo que nos atañía a las dos, por muy duro que fuera.

Al final, iba a ser todo cuestión de poder. Un movimiento orquestado para quedarse con el Proyecto Golondrina en exclusiva, que costó la vida a mis tíos.

¿Qué clase de tarados habíamos tenido por padres?

Por un día era suficiente. Me fui a mi habitación donde Josh, ya dormido, ocupaba más de la mitad de la cama individual. Me deslicé a su lado, abrazándolo, y apoyando la cara en su espalda.

Se giró y me envolvió en sus brazos. No había urgencia sexual en el abrazo y se lo agradecí. En ese momento me hallaba más deseosa de

cariño que de sexo.

—Relájate, princesa. Mañana va a ser un día estupendo, ¡Ya verás! —murmuró, todavía con los ojos cerrados.

Me dormí con la cara apoyada en su pecho, rodeada por sus brazos y deseando que las ideas que me atormentaban se alejaran para poder entrar en sus sueños.

Me desperté temprano, aunque no tenía idea de la hora. Josh dormía con la mejilla apoyada en mi cabeza. Le acaricié la mandíbula, cubierta de barba de un par de días.

Me hacía sentir increíblemente bien. Ya sabía que continuaba a mi lado porque, a estas alturas, y a pesar de haberle complicado la vida lo indecible, sentía lo mismo que yo.

Sería más fácil de sobrellevar si se tratara solo de sexo, pero en cuanto se interponen los sentimientos, las cosas se complican mucho. En algún momento tendríamos que abordarlo, aunque no sería pronto, bastante le había jodido la vida, no deseaba agobiarlo en mayor medida.

Dormido todavía, me estrechó más contra él, como si pudiera leer mis pensamientos tormentosos. Le acaricié el pecho y mi mano fue bajando hasta su sexo, dotada de vida propia. Lo deseaba.

Recibió mis caricias sin despertar del todo, suspirando al sentir mi boca sustituyendo mi mano.

Sus dedos acariciaban mi espalda remisos a realizar algún movimiento brusco, con la morosidad que produce un despertar tan delicioso. Pensé en protestar cuando me alzó para besarme en la boca. Cualquier precaución sobraba, ya se estaba colocando entre mis piernas, y frotando su tenso miembro contra mi sexo.

Conocía mi respuesta, y le encantaba penetrarme despacio, experimentando con lo que nos hacíamos sentir el uno al otro. Era consciente de que eso me volvía loca y se demoraba en lo posible, aunque le excitaba tanto que tenía que contenerse para no terminar enseguida.

Me derretía con sus embestidas lentas y profundas, mientras me besaba, imprimiendo a su lengua el mismo ritmo que a sus caderas. Mis jadeos le indicaban el momento en que iba a sucumbir y él se concentraba en esperarme.

La angostura del lecho hizo que los dos nos precipitáramos al suelo, envueltos en un prolongado orgasmo. Le tenía enlazadas las caderas contra mí, y mis uñas arañaban su espalda, ninguno nos dimos cuenta de que ya no estábamos en la cama hasta minutos después.

Cuando los espasmos del placer cesaron, fuimos conscientes de que nos encontrábamos sobre el suelo de linóleo azul, entre una maraña de sabanas, y nos entró un ataque de risa, que fue remitiendo poco a poco.

—Eres la mujer más preciosa del mundo. —Josh observaba divertido que las lágrimas de risa resbalaban por mis mejillas. Sus ojos chispeaban también cuando continuó—, si no estuviera seguro de que no tengo posibilidades, incluso podría proponerte matrimonio.

Me sentía un poco cohibida, y halagada, todo hay que decirlo, sin embargo, sabía por su tono que no era más que un comentario poscoital con intención de piropearme, no una declaración en toda regla. Tenía que responder algo rápidamente.

—¡Desde luego que no me casaría con un pelagatos como tú! —contesté en el mismo tono ligero empleado por él.

Ni yo quise decir eso exactamente, ni él lo esperaba. Lo leí en sus ojos, por los que pareció planear una sombra oscura.

Me sonrió con esa expresión pícara que me encantaba, pero esta vez la sonrisa no llegó a sus ojos. Me dio un rápido beso y se encaminó al baño, después de ayudarme a volver a la cama.

Hubiese querido que me tragase la tierra, me sentía estúpida y mezquina. No sabía expresar mis sentimientos con palabras, mi orgullo se interponía, temiendo que me dañasen. Y en vez de eso mi venenosa lengua tomó el mando, por temor al desengaño.

Sabía que lo había herido, pero no cómo arreglarlo.

Ya había hecho mis planes de futuro, en ellos no entraba una pareja fija hasta dentro de cinco o seis años, una vez que tuviera mi carrera encarrilada. ¡Ja! ¡Cómo si eso se pudiera programar!

Y ahí estábamos, los dos incapaces de expresar lo que sentíamos a las claras, ambos temiendo un rechazo del otro.

Fui hacia el baño donde ya no caía el agua de la ducha. Seguramente estaría secándose. Me puse al otro lado de la mampara y

le susurré.

—Josh, siento lo que te he dicho.

Ninguna respuesta.

—Solo pretendía seguir con la broma, no quería ofenderte —repetí, apoyando la frente en la mampara de cristal opaco—. Me da miedo lo que me haces sentir…

Nada.

Deslicé la puerta acristalada para comprobar lo que temía, había estado hablando sola. Debió salir por la otra habitación, que compartía baño con la mía.

Me metí en la ducha y dejé correr el agua que se llevaría parte de mi frustración. ¿Esa capacidad de herir a la gente la habría heredado o, simplemente, la desarrollé yo solita? No podía volver el tiempo atrás, y lamentarlo no iba a hacer que ocurriese.

Capítulo 38. Josh

—Tengo tu identificación temporal y tu arma —dijo McPherson cuando me llamó desde su despacho, al verme pasar. No pensaba encontrarlo allí tan temprano—. Ya te expliqué el protocolo, en cuanto terminemos con este caso, te someterás a la evaluación de los instructores durante una semana, para que pases a ser agente especial. No tendrás ningún problema, estoy seguro.

Colocó ambas cosas en su escritorio, esperando que las recogiera.

—Desde ahora, eres agente provisional del FBI, comprometido a combatir el crimen… bla, bla, bla. Ya conoces la liturgia. —El hombre tenía aspecto de no haber pegado ojo desde la noche anterior.

—¿Y? ¿Hace falta que me ponga a bailar desnudo bajo la luna llena, o qué?

Me lanzó una mirada de soslayo y se guardó el comentario.

—Los documentos que tienes que rellenar están en tu mesa.

Señaló un cubículo de dos por dos metros. ¡Genial! Esto terminaba de redondear la mañana: un polvo, un desplante y al curro sin desayunar, a esa caja que sería mi oficina… ¡Sí señor, eso era comenzar el día con el pie izquierdo!

—¿Tengo asignado algún caso en particular? Necesito tomar un poco el aire, llevo demasiado tiempo encerrado aquí dentro.

—Estás conmigo en el caso de tu chica.

—Bien, el caso Donovan. Supongo que no puedo elegir, ¿no? —dije más fríamente de lo que pretendía—. Voy a ver si hay algún lugar abierto donde tomar un café decente a estas horas. Luego te veo.

No lo invité a acompañarme, no era la mejor compañía, ni quería hablar con nadie.

Y en mi condición de asalariado de la ley, tampoco iba a romperme los cuernos por ningún caso. De momento, un buen desayuno, luego veríamos.

Un mendigo dormitaba a la salida de la verja que rodeaba el edificio, y le dejé sobre la manta con la que se cubría, un incentivo con el que galopar hacia una crisis cirrótica en condiciones. ¡Qué

alguien lo aprovechase para pegarse una buena fiesta!

La cafetería que elegí se encontraba a dos manzanas. Me tomé la mitad del zumo, en cambio, las tostadas, los huevos y el café quedaron intactos, en realidad, no tenía hambre. Sentía algo así como si me hubiera tragado mi propia decepción, y era un bocado grande, muy grande.

Tomé un taxi hasta mi casa. Devlin dormía a pierna suelta y ni se enteró de que me cambiaba de ropa. Le dejé una nota: «volveré por la noche, si puedo».

La pistola se me clavaba en la columna, ese no era su sitio, necesitaría una funda, además, no tenía prisa por volver al edificio del FBI.

Perdí la mañana entera buscando una a mi gusto, que se adaptase a mi cinturón y, sobre todo, que me permitiese perder alguna hora más.

Pasé de contestar a las numerosas llamadas de McPherson, estaba muy ocupado demorando la vuelta a las oficinas.

Hablé un rato con mi padre y le conté la buena nueva, ¡por fin me había convertido en un hombre de provecho, con un trabajo de verdad! Supuse que le alegraría el día con la novedad.

—No pareces muy contento, muchacho —comentó ante mi falta de entusiasmo.

—Bueno, tarde o temprano debía hacerlo, ¿no?

—Mamá se alegrará. Cree que ya va siendo hora de que sientes la cabeza… ¿Alguna chica en el horizonte que te haya hecho cambiar de opinión?

—Dile que no ponga un cubierto más en Acción de Gracias, a no ser que se vaya a presentar el fantasma del abuelo… —Lo único que me faltaba era cabrear a mi padre, que no debía pagar mi malhumor —. Lo siento, papá, el comentario ha estado fuera de lugar. No, no hay nadie, simplemente me ha parecido que ya era hora de hacer algo que no os avergüence.

Bien, ¡estaba arreglando las cosas por los cojones!

—De acuerdo, Josh. —Mi padre hizo caso omiso del comentario,

de los comentarios—. No sé si decirte que me alegro de lo del FBI o no, no te veo demasiado entusiasmado…

—Déjalo, papá. Dale un beso a mamá, y dile que la llamaré otro rato.

—Cuídate, hijo.

Llamé al número de mi apartamento. Una. Dos. A la tercera Devlin lo descolgó. Me sacaba de quicio esa costumbre. ¿Sería un síntoma de que padecía algún tipo de trastorno obsesivo compulsivo?

—Dev, ¿cómo va?

—De tranqui. Me dijiste que me quedase quieto aquí, que nadie supiese que vivía en tu casa.

—Entonces, ¿por qué has contestado al teléfono?

—Porque has llamado tres veces —dijo como si fuera obvio, y yo imbécil por plantearlo.

La lógica de ese hombre me desarmaba totalmente. A veces, era más simple que el mecanismo de un chupete.

—¿Me echas una mano? Busca vida y milagros de Nina Sullivan, también con los apellidos Donovan y Bronson. Te mando un móvil por mensajero que llegará en menos de una hora. Ya me contarás lo que vayas encontrando.

—¡Espera! ¿Qué sabes de Kim?

—Joder, Dev. ¡Mira que eres insistente! Se encuentra bajo custodia del FBI y está bien.

—Quiero hablar con ella —dijo en tono enfurruñado.

—De acuerdo, te llamará desde este móvil en un rato. Desvía la ubicación del tuyo, no quiero que sepan que estás en mi casa si lo rastrean.

—Gracias, Josh.

Me demoré un rato más comprando un móvil, y cerciorándome que el repartidor se enteraba bien de que no le abrirían la puerta si no llamaba tres veces. ¡Dev y sus manías!

Mi entrada en las oficinas del FBI no tuvo el efecto esperado: ni vítores, ni aclamaciones, solo McPherson con cara de cabreo.

—No sé a qué juegas, Josh, y no es el momento de andar haciendo tonterías.

Sí, McPherson estaba furioso conmigo, y con toda razón.

—He estado trabajando en el caso asignado. ¿Y tú? —indagué a mi vez.

Los documentos de la autopsia del padre de Charlie y los de la vida de su madre cubrían toda la mesa.

—No consigo sacar nada en claro de esto. Tengo a gente investigando quién era el tío que murió en el lugar de Mark Donovan. Harry Holmes está desaparecido, lo mismo que Nina Bronson, los estamos buscando, sin resultados hasta el momento.

Meneé la cabeza.

—Es lo que te he dicho siempre, os estancáis en lo obvio, en los detalles menos importantes. ¿Qué más da quién era la persona que murió en vez de Mark Donovan? Eso saldrá cuando los pillemos a él y a su mujer.

—De momento, no hay pistas que nos lleven a esos dos.

—Dev está buscando información sobre Nina Bronson.

—¿Es eso lo que has estado haciendo toda la mañana? —Bufó McPherson—. ¿Crees que va a encontrar más de lo que nosotros hemos encontrado?

No lo culpaba por su desconfianza, un hacker no podía compararse a un tío legal que trabajase en la agencia. Por eso me fiaba más de Devlin.

—No es por menospreciar a nadie, aunque me juego lo que quieras a que me consigue hasta su talla de bragas.

El agente suspiró y me miró con ojos vidriosos.

—Deberías tomarte un descanso —le dije—. Yo me quedo a la espera de la información. Si hay alguna novedad, te despierto.

—Hay una cosa que debes saber. —Se miró las uñas, apartando la

mirada de mí—. Charlie se ha ido.

Me levanté de un salto del sillón en el que me había repantigado.

—¿Dónde?

McPherson se encogió de hombros.

—Tengo entendido que volvía a su casa. Ha salido poco después de irte tú, pero ha vuelto enseguida. Luego ha llegado su abogado y se han ido las dos, Kim y ella.

—¡Es una testigo! ¡Debería estar protegida!

—Y lo está, solo que no podemos retenerla. He mandado a un par de hombres que les sigan los pasos y no las pierdan de vista.

—La última vez que hizo algo parecido, casi la matan —murmuré entre dientes, y lo miré furioso, apoyando mis puños en la mesa frente a él—. ¡Eres un cabrón, McPherson! ¡La estás usando de cebo! Sabes que Nina intentará llegar a ella.

—Si aparece alguien, lo cogeremos.

—¿Crees que esa mujer se mancharía las manos directamente? Le basta con pagar a alguien. Pero no creo que ahora tenga interés en ella, ya sabrá que la caja se encontraba vacía —reflexioné—. Buscará a la otra persona que ha podido abrirla. Si encontramos a Nina, es muy posible que esté cerca de Donovan.

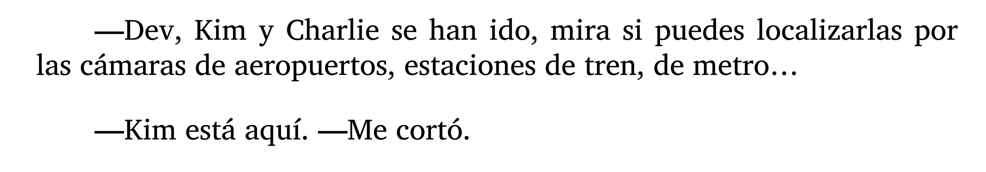
—O no. Según él, discutieron por diferencias en cuanto a la utilidad del Proyecto. Ella lo quiere y Donovan lo tiene, además del control sobre los latentes que quedan, Kim y Nichols, a no ser que este esté ya muerto.

Me froté las sienes. Tenía pinta de que hoy iba a ser uno de esos días interminables. Este, además, sería uno para olvidar por completo.

—Ve a descansar un rato, McPherson. Yo estaré pendiente —le dije. Las ojeras del agente empezaban a verse de un azulado preocupante.

—De acuerdo —claudicó—. Estaré en las habitaciones de testigos. Y no se te ocurra ir por tu cuenta a ningún sitio, vas a conseguir que nos expedienten a los dos.

En cuanto hubo salido, llamé por teléfono.



—Dev, Kim y Charlie se han ido, mira si puedes localizarlas por las cámaras de aeropuertos, estaciones de tren, de metro…

—Kim está aquí. —Me cortó.

—¿Sola?

—Sí.

—Pásamela.

Escuché susurros de fondo y luego la voz de Kim.

—¿Hola? —preguntó titubeante.

—¿Qué ha pasado, Kim? —Conseguí no gritar— ¿Dónde está tu hermana?

—Nos separamos en el Grand Central, nos seguía el FBI. Me hizo disfrazarme y salir por otro lado después de darme tu dirección y dinero para el taxi. La siguieron a ella —dijo de un tirón.

—De acuerdo, no salgáis de casa. Yo iré en cuanto pueda. —Corté sin esperar respuesta.

Charlie no pretendía despistar a los hombres del FBI, solo que perdiesen la pista de Kim. Eso quería decir que las dos estaban relativamente seguras.

Aquello no hizo más que confirmarme que la criatura que me sorbió el seso tenía recursos en abundancia, por si no me había quedado claro con anterioridad. Sabía que Dev y Kim estaban a gusto juntos, y ella podría moverse a sus anchas.

¡Anda que…! ¡Me resultaba difícil reconocer que Devlin había ligado, por fin! Lo más cerca que lo vi de una mujer, fue en uno de sus cubículos, literalmente empapelado de posters de tías en pelotas.

Y se me hacía tremendamente arduo asociar a la Kim de ahora, tímida y temerosa -y con la mala leche de su hermana- con aquella que me comió la polla con tantas ganas. Sabía que se encontraba bajo los efectos de los fármacos que su madre le suministraba, pero en aquel instante la odié, porque odiaba lo que hiriera a Charlie.

No terminaba de sentirme cómodo en su presencia, aunque jamás contaría nada sobre su momentánea fijación sexual conmigo. Ni a Dev ni a Charlie les hubiese hecho gracia, a Kim, menos. El episodio

parecía haberse borrado de su memoria, y yo me alegraba.

Los agentes Morris y Bateman eran los encargados de custodiar a Charlie.

—Hace una media hora que está en casa, agente Carter. —Quizá terminara acostumbrándome a eso, de momento me sonaba muy raro que me llamaran así—. Ha llegado a Pittsburg sin novedad. Hemos trazado un perímetro alrededor de su domicilio, y estamos esperando apoyo de una furgoneta para poner sensores de movimiento. Ha realizado algunas llamadas por el teléfono fijo y no ha conectado ningún dispositivo electrónico.

¡Ja, cómo que iba a hacerlo! Sus cosas se quedaron en el barco, al que la llevaron después de raptarla. Portátil, móvil, cámara digital y todos los trastos que acarreó hasta Perú.

—No saben a quién ha llamado, ¿verdad?

—No podemos pinchar su línea, esperamos apoyo técnico —contestó Morris.

—Gracias. Si hay alguna novedad, me llaman enseguida, ¿de acuerdo?

Me entretuve ojeando el dosier con la autopsia del que no era el padre de Charlie.

—¡Agente, una comunicación urgente! —El hombre me cogió desprevenido, adormilado como me encontraba.

Cogí el teléfono de un manotazo.

—Lo siento, hemos perdido al sujeto. —Jadeó Morris al auricular.

—¡Me cago en la puta…! —Intenté tranquilizarme—. ¿Qué ha pasado?

—La perdimos en la autopista, pisó el acelerador y no pudimos seguirla.

—Llevaba su Audi, ¿no?

—Sí, señor. Un Audi rojo que nos dejó atrás en un abrir y cerrar de ojos. Las cámaras de tráfico están intentando darnos una dirección. —Un chirrido de neumáticos de fondo me indicó que el agente Morris no sabía hacia dónde tirar.

—Yo me hago cargo. ¡Sigan buscando!

¡Dios, que panda de inútiles!

—Devlin, control de las cámaras de tráfico de Pittsburg, hace unos diez minutos. Localiza un Audi rojo. —Le di su matrícula.

—Te llamo en cuanto tenga algún indicio.

—¡Me llamas ya mismo! Es el coche de Charlie, ¡ha despistado a los agentes que la custodiaban! Deja cualquier otra cosa y céntrate en esto, el FBI va a ciegas.

—¡Vale!

Mi cubículo de dos por dos metros era una ratonera. Me fui al despacho de McPherson. Lo de quedarme esperando que me llamaran por teléfono no era mi punto fuerte.

—Las cámaras muestran que ha entrado en un parking del centro. En los siguientes minutos han salido varios vehículos y solo uno indicaba, por el nivel del chasis, que llevaba más peso que la única persona que lo ocupaba. No es seguro, Josh, podría deberse a cualquier otra cosa. Te mando la matrícula y modelo de los cuatro, y te resalto el último, yo no lo perdería de vista.

Devlin sonaba raro, contenido. No era su estilo. Seguramente estaría cortado con Kim delante.

Los datos me llegaron al móvil y se los reenvié a Morris.

—Buscad especialmente al último. ¡Más vale que la oficina de Pittsburgh no escatime medios, o iré personalmente a meterles las pelotas en la boca!

No es que se me hubiese subido el cargo a la cabeza, era una promesa en firme. El que me hubiera equivocado sobre los sentimientos de Charlie hacia mí, no quería decir que me fuese a desentender. La amaba igual, y seguiría velando por su seguridad a costa de cualquiera. Mi cabreo era conmigo mismo por haberlo estropeado antes de tiempo.

Además, me sentía inútil, sentado a cientos de kilómetros de donde estaba ella, sin poder hacer otra cosa que comunicarme con la gente por teléfono.

Charlie debió ponerse en contacto con alguno de sus padres, que le proporcionó instrucciones para perder a sus agentes de custodia.

Devlin me pasó en un archivo todo lo que encontró sobre la madre de Charlie. La única forma de que el tiempo pasara era haciendo algo, así que me armé de paciencia y repasé las casi 100 páginas de historial.

Capítulo 39. Charlie

Me vestí con premura y salí detrás de Josh, no podía dejar las cosas así entre nosotros.

McPherson me dijo que se había ido a desayunar fuera y a esas tempranas horas, no podía haber muchas cafeterías abiertas por los alrededores.

Necesitaba explicarme, disculparme, arrastrarme, de ser necesario. Deseaba que volviera a mirarme como antes de aquel patinazo. Podía vencer mi orgullo, y tal vez tuviese que tragármelo, si todo aquello que pensaba no era más que producto de mi imaginación.

En la esquina, un mendigo me sujetó del brazo y me enseñó un anillo doble en oro blanco, con un pequeño diamante uniendo los dos aros.

—Se lo vendo barato, señora.

—No me interesa, gracias.

—No lo he robado, me lo han regalado. Lo juro.

Me solté de un tirón, pero lo miré con curiosidad.

¿Quién podía regalar algo tan valioso a un mendigo? Una idea se empezaba a abrir paso en mi cabeza. Una que no me gustaba.

Sí, sí que me gustaba, me corregí, lo que me molestaba era su significado, porque hasta ahora había creído que Josh estaba dolido, y esto le daba una nueva dimensión, el equivalente a una estaca en el pecho de un vampiro.

Puestos a meter la pata, yo tenía que hacerlo a lo grande.

—¿Quién se lo ha dado?

—Un federal que ha salido de ahí hace un rato —señaló la puerta de las oficinas por las que yo acababa de salir—. De verdad, señora, no lo he robado.

—De acuerdo, ¿cuánto quiere por él?

El hombre me miró confuso.

—No sé…, cien dólares.

Sonreí ante su ingenuidad.

—No llevo dinero encima, pero vamos a hacer un trato. En un par de horas voy a salir de ese edificio, por entonces ya habrán abierto las casas de empeño. ¿Conoce alguna cerca?

Él asintió sin dejar de mirarme anhelante.

—Bueno, si me espera yo lo acompaño y lo que me den por esto, se lo cambio por el anillo. —Le enseñé la cadena que llevaba al cuello, una amalgama de oro blanco y amarillo, discreta, pero cara.

En realidad, no era mía, sino de Kim. Antes de que entrara en custodia, me pidió que se la guardara. Murmuró que era un regalo que quería conservar y, como no era asunto mío, no pregunté.

—Nadie le va a hacer una oferta mejor —le aseguré—. Al menos, 300 dólares. ¿Qué le parece?

De verdad esperaba que le pareciera bien, porque me iba a quedar con él, aunque tuviera que aplastarle la cabeza contra el asfalto y salir corriendo.

Le tendí la mano, él la miró, un poco receloso, y terminó estrechándomela.

—¡Trato hecho! —dijo, sonriendo con una boca de dientes perfectos que necesitaban una limpieza urgente.

—Y no se lo ofrezca a nadie más. —Intenté intimidarlo—. Lo único que conseguirá es que llamen a la policía, y pase una buena temporada entre rejas por hurto.

—La esperaré, señora, descuide.

«Más le valía» pensé, ahí salió mi vena chunga de nuevo, y es que quería lo que él tenía. Era mío.

Desandé el camino hasta la oficina. Además de recriminarme por mi falta de tacto, el episodio del mendigo me hizo pensar en que no podía sentarme a la espera de que el FBI encontrara a mis padres, en cambio, ellos podían encontrarme a mí. El anillo me encontró porque era lo que tenía que ocurrir.

No soy una gran fan del destino y todas esas cosas, sin embargo,

ese hombre podía haber estado dormido, o haberle ofrecido la sortija a cualquier otra persona que, a pesar de la temprana hora, pasara por allí. Nunca me hubiera enterado.

Pues lo que el futuro me tuviera preparado, ¡lo quería cuanto antes!, y eso incluía un enfrentamiento con mis padres y sus manejos.

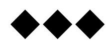
Ya dentro de las oficinas, aproveché la ausencia de McPherson de su oficina y llamé a Joan, mi amiga abogada de Pittsburgh, la que me facilitó el número del tal Sparky, y este un arma que quedó en mi casa cuando me fui a Perú. Era una buena profesional y hubiese querido que ella misma nos representara a mi hermana y a mí, pero necesitaba a alguien que pudiese venir en el mínimo tiempo. Le expliqué «grosso modo» el tema, y me recomendó a un compañero de Nueva York.

—Es muy temprano, y seguramente tendré que despertarlo —me dijo—. Dame un móvil por donde podamos estar en contacto.

—De momento no tengo móvil, Joan. Puedes localizarme en este número, estoy en el despacho del agente McPherson del FBI de Nueva York. Además, necesito algo de dinero en efectivo, no te olvides de que tu abogado venga provisto de fondos.

—¿FBI? ¿En qué andas metida, Charlie? —Su voz se alteró por la excitación, le hubiese encantado estar más cerca, representarme y, de paso, enterarse del asunto con pelos y señales.

—Te lo contaré en cuanto pueda, prometido.



—Vístete, nos vamos. —Mi hermana dormía profundamente, me dio lástima despertarla.

—¿Dónde? —Kim me miraba con ojos cargados de sueño.

—A casa —contesté y salí, dejando que se duchara con tranquilidad. Necesitaría despejarse, y yo la necesitaba despejada.

McPherson seguía fuera y llamé al teléfono que Josh me había dado, tenía una pregunta que hacerle a Dev.

Esperé a que Kim saliera vestida y con el pelo húmedo, y pregunté por un agente al cargo, al que le expliqué la inminente llegada de un abogado que representaría a mi hermana.

El letrado era mayor de lo que esperaba, unos 60 años, casi calvo y con un traje bien cortado e impoluto, que desentonaba con su aspecto de recién levantado. A mí me valía, si hacía su trabajo. Nos reunimos en una sala de interrogatorios, y le conté lo que ocurría lo más brevemente que pude, sin saltarme ningún detalle esencial.

Me escuchó, interrumpiéndome solo cuando consideraba oportuno que le aclarase algo en concreto. No apartó sus ojos de los míos y eso me gustó, no era un tipo que se amedrentase fácilmente.

Al terminar la historia, el abogado se recostó en su silla, y se quedó pensativo unos minutos que se me hicieron eternos.

—Bien, lo que quiere es que las saque lo más rápido posible, ¿no es eso?

—Perfectamente sintetizado —contesté.

Kim nos miraba alternativamente, en silencio.

—Los cargos contra su hermana no se volatilizarán. Aunque usted haya retirado su denuncia contra ella, tendrá que responder a su debido tiempo a los que la agencia le impute. Por ahora, no está acusada oficialmente… —Se levantó y se dirigió hacia la puerta—. ¡Vamos a ello, entonces! Esperen aquí

Tomé la mano de Kim, que parecía un poco asustada.

—¿Crees que saldrá bien? —me preguntó.

—Si no hay cargos, no veo por qué han de retenerte. De tener alguna acusación en firme, ya estarías detenida en una celda, no en una habitación de testigos protegidos.

—Si mamá me encuentra… —No hizo falta que terminara la frase, las lágrimas lo hicieron mejor que las palabras.

—Si haces lo que yo te diga, no te encontrará. —Me incliné hacia ella—. ¿Confías en mí, Kim?

Asintió. Ojalá yo hubiese tenido esa misma confianza en que todo iba a salir rodado.

El abogado apareció minutos después, revisando los documentos que acababan de darle.

—Señoritas… —nos indicó que saliésemos con un gesto—. Nos

marchamos.

Le sonreí agradecida, y conduje a mi hermana por delante de mí hasta la salida del edificio.

—¿Las puedo llevar a algún sitio? —Se ofreció el letrado, indicando el aparcamiento.

—Si ha traído el dinero que le pedí a Joan, podremos arreglarnos solas, gracias.

Me tendió un fajo de billetes, e hizo una leve inclinación de cabeza.

—Ha sido un placer, señoritas. —Se despidió sonriendo, ya bastante más despejado que a su llegada.

—Vamos, Kim. —Arrastré a mi hermana hasta la esquina donde el mendigo aguardaba.

Sus ojos mortecinos se iluminaron en cuanto me vio. Separé 400 dólares y le tendí la otra mano.

—Gracias, señora.

—Con los cien extra, busque una habitación en la que pasar esta noche, cene y duerma en condiciones. Prométamelo. — Me guardé el anillo sin mirarlo y le exigí, sin soltar los billetes.

—Tiene mi palabra —prometió, levantando la mano libre.

Yo metí la mía en el bolsillo de la chaqueta de Kim y saqué los pendientes que también le entregué.

—Esto es un extra por esperarme. ¡Cuídese!

Paré un taxi.

—Grand Central Station —le indiqué al conductor.

Kim aguardaba una explicación de mis manejos, me hice la loca, era asunto mío, y ahora debíamos centrarnos en lo que nos ocupaba: ponerla fuera de circulación. En eso podía ayudarla, otra cosa distinta era lo del implante. Solventar eso requeriría de la colaboración de mis padres, por lo que tendría que esperar a que alguno de ellos se pusiera en comunicación conmigo, que lo harían, más pronto que tarde, seguro. Y eso me daba miedo, aunque estaba decidida a intentarlo.

Nos metimos entre la gran cantidad de gente que abarrotaba la estación a esas horas de la mañana. El FBI nos seguía, y no quería que fuese de otra forma. Los necesitaba de guardaespaldas, en previsión de que mi madre mandase a los suyos, antes de estar preparada.

—Toma —le metí en la mano a Kim 200 dólares y un papel—. Ahí está mi número de teléfono de Pittsburg y la dirección que tienes que dar al taxista.

—¿Nos separamos?

—Sí. Tú te vas con Devlin. Estarás a salvo con él y creo que también se alegrará de verte.

Los ojos se le encendieron.

—¿Está aquí?

—Shhhhh —la amonesté, debía bajar la voz—. Está en casa de Josh.

Caminando entre el caos de la estación, seguí dándole instrucciones.

—Coge un taxi y le das una dirección del centro. Te bajas y caminas un rato, luego coges otro que te lleve a casa de Josh. Quítate la chaqueta y ponte esto, te ocultará el cabello, y agáchate, que nadie te vea. No mires atrás, y dirígete a cualquier salida con la vista baja, ¿de acuerdo? —le tendí una gorra marrón que acababa de agenciarme, gracias al descuido de un hombre detenido en medio del tumulto. Le di un beso en la mejilla y la conminé a agacharse, lejos de los ojos de los hombres que nos seguían.

Me dio la chaqueta, se puso rápidamente la gorra, remetiendo unos mechones rebeldes, y se la caló para sumir su cara en sombras. Se alzó y comenzó a caminar en dirección contraria. La miré de reojo, no se volvió. ¡Buena chica!

Salí y tomé un taxi hacia La Guardia, no me giré para comprobar que me seguían. Esperaba que Kim los hubiese podido despistar, era espabilada, tendría que valerse por sí misma un rato. Tuve que aguardar una hora antes de coger el primer vuelo a Pittsburgh. Me acurruqué en mi asiento de ventanilla, con la mano dentro del bolsillo, acariciando el anillo como si fuera un amuleto y, aunque ya era media mañana me dormí, no tenía ganas de pensar.

Mi casa estaba igual que la dejé, con algo más de polvo, si acaso. Me di una ducha rápida y al fin pude vestirme con mi ropa.

Contemplé un momento el anillo y me lo colgué de la cadena, que no había devuelto. Arreglaría lo de Josh en cuanto pudiese, si es que tenía remedio.

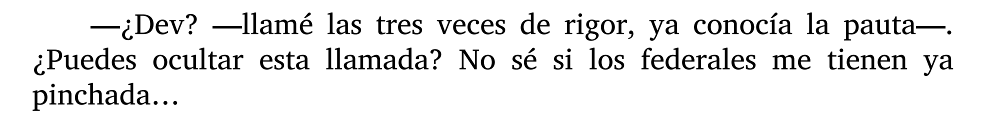
Llamé a Joan, le informé de mi regreso y le di las gracias. Le devolvería el dinero pronto, y el favor cuando lo considerase oportuno.

Los hombres del FBI que me habían seguido estaban fuera, marcando el territorio, lo mismo que un par de sabuesos. No me hubiera extrañado nada que se hubiesen puesto a orinar contra los arboles del vecindario.

Tenía algunos mensajes en el buzón de voz y los escuché detenidamente. Uno de ellos era para informarme de que, tramitada la denuncia del robo de mi documentación, a través de la agencia federal, quedaban a la espera de que fuera a buscarla a una dirección.

Si al día siguiente continuaba viva, iría a por ella. No tenía ni una mala tarjeta de crédito con que poner gasolina al coche, y me quedaban 20 dólares del adelanto de Joan. ¡Decididamente era una manirrota!

Capítulo 40. Charlie



—¿Dev? —llamé las tres veces de rigor, ya conocía la pauta—. ¿Puedes ocultar esta llamada? No sé si los federales me tienen ya pinchada…

—Espera.

No me preguntó quién era. Los hubiese dejado al margen, a mi hermana y a él, si no lo necesitara.

Tardó dos minutos en volver al teléfono.

—No, no tienes pinchada la línea, aunque prefiero desviar el registro, y que este número no figure en tu lista de llamadas. Dame un minuto más.

—Vale.

Esperé.

—De acuerdo, listo.

—¿Está Kim contigo? —le pregunté, ya sin rodeos.

—Sí, está aquí. Creo que nadie la siguió. ¿Quieres hablar con ella?

—No es necesario, con saber que está contigo, ya va bien. Te necesito a ti.

—¡Vaya, me das una alegría!

—¡No te emociones, o le digo a mi hermana que te saque los ojos!

Devlin soltó una alegre carcajada.

—O mucho me equivoco, o alguno de mis padres se va a poner en contacto conmigo. Seguro que están al tanto de que hemos salido de las oficinas del FBI. Yo me he dejado ver y no saben dónde está Kim, así que espero una llamada y una cita. ¿Cómo lo hago? Necesitaría estar localizada y no tengo móvil, ni portátil, ni nada…

—¿No puedes salir y comprar un móvil? —me preguntó él con toda lógica.

—El FBI está en mi puerta, y por si lo has olvidado, estaba muerta

hasta ayer. No tengo ni documentación ni dinero.

—¿No tienes ningún aparato electrónico a tu alcance?

—El PC de sobremesa no me lo puedo llevar en el bolsillo —contesté irónica—, y lo demás quedó en el barco. Ahora estará en manos de Nina o de los federales.

—¿Un teléfono viejo? —sugirió.

—¡Si! Eres un genio, Dev. ¡No cuelgues!

Corrí hacia la habitación que debía ser un despacho, y que no era más que un trastero encubierto. Allí, donde había sido abandonado tres meses antes, yacía mi viejo teléfono, sin pizca de batería, y con el cargador todavía enchufado a la red. Reservaba el orden para mi trabajo, era capaz de clasificar y catalogar la mínima esquirla de hueso sin caer en la desidia, en cambio, en mi vida privada, era el ejemplo perfecto de la desorganización.

Recogí cargador y móvil, y corrí hasta el salón.

—La tarjeta SIM está desactivada, Dev, no sirve —dije fastidiada, mientras recordaba que la había cambiado, al igual que el número, al adquirir el nuevo.

—Vale, vamos a hacer una prueba. Conéctalo a la red, que se cargue la batería, y ve siguiendo mis indicaciones.

Lo hice. Le di todos los datos que me señaló.

—Vamos a comprobar que no esté muerto por completo. Te llamo.

El teléfono sonó entre mis manos, sobresaltándome. ¡Funcionaba!

—¿Podrás rastrearme si lo llevo encima?

—¡Claro, ahora sí! —exclamó contento. Le gustaba obrar su magia, y ver los resultados.

—Entonces lo dejo cargando. No me pierdas de vista, por favor. Si mañana a estas horas no he contestado de alguna forma, dale mi última posición al FBI, que busquen mi cadáver por los alrededores —dije, fingiendo un ánimo que estaba lejos de sentir.

—Lo he sincronizado con el mío. Puedo escuchar cualquier

conversación que mantengas, siempre que el teléfono tenga batería.

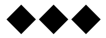
—Gracias, Dev, eres un amigo.

—Puedo sincronizarte también con el de Josh, así no se perderá…

—Prefiero que quede entre nosotros, Devlin, ¿de acuerdo?

—Respetaré tu deseo, Charlie, aunque me quedaría más tranquilo si estuvieses acompañada. En cualquier caso, ten cuidado, ¿vale? Tu hermana te manda un beso.

—Besos a los dos —me despedí, algo más sosegada, sabiendo que alguien velaba por mí.



—Vaya, Charlenne, parece que tienes algunos ases bajo la manga. —La voz de mi madre al teléfono, hizo que el vello de los brazos se me pusiera de punta.

—Me las voy arreglando —contesté secamente—. ¿A qué debo el placer?

—Me parece que tenemos una charla pendiente —dijo con una amigabilidad que sonaba más peligrosa que una auténtica amenaza—. Aunque no por teléfono, por supuesto, imagino que el FBI tiene colocados micrófonos hasta en tus bragas.

—En eso andas un poco desinformada. Todavía no les ha dado tiempo de pincharme el teléfono. Las bragas serán lo último, supongo.

—Bien, entonces quizá deberíamos acordar un encuentro antes de que lo hagan, ¿no te parece?

Era lo que había estado esperando, sin embargo, tenía un nudo en el estómago. Sería mi madre, pero también una amenaza contra mi integridad. Ya me dejó claro en el barco la estima que me profesaba, no podía subestimarla yo.

—Despejaré mi agenda —le contesté.

Me dio una dirección, y un plan en caso de que el FBI me siguiera. No se despidió, cortó la comunicación sin más, y yo miré la hora, todavía tenía algo de tiempo.

Suficiente para llamar a Devlin y ponerlo en antecedentes. Si a Nina le daba la vena parricida, que al menos supieran que era la responsable de que mis trocitos estuvieran dispersos por esos mundos.

Salí con mi Audi, dejando la puerta del garaje abierta. Los agentes me siguieron hasta que, ya en la autopista, apreté el acelerador lo que daba de sí, y los dejé atrás.

Tomé la salida indicada, y me metí directamente en el aparcamiento subterráneo. Un hombre me esperaba, con la portezuela trasera de un todoterreno viejo abierta, en clara invitación. El tipo era bastante anodino, con ropa informal y gesto adusto. Me señaló el hueco entre los asientos y me cubrió con una manta. Ni habló, ni puso música en todo el camino. Únicamente se escuchaba el sonido del tráfico, y el rugido del motor, que se hizo más audible cuando salimos de la ciudad.

No pude precisar el tiempo que estuvimos en el coche, ni la dirección que tomamos. No me levanté en ningún momento y, en esa posición, lo único que podía percibir era cuando cambiábamos de una carretera asfaltada a otra, y luego un camino de tierra, asfalto de nuevo y nos detuvimos, por fin.

La casa frente a la que paramos, era bastante grande, aunque lo que la hacía particular era su diseño: parecía sostenerse únicamente por gruesas vigas de metal cromado, que sujetaban paneles de cristal de diversos colores. Tenía que ser un espectáculo de luz y color durante el día.

El chófer-sicario-mudo me precedió por unas escaleras con soporte metálico y escalones de vidrio, que me hicieron dudar. Seguro que era cristal a prueba de golpes, pero tuve que reprimir el vértigo del ascenso al percibir que el suelo quedaba más lejos a medida que subíamos.

Esas situaciones siempre me han dado un «noséqué», segura de que, tras el paso de cientos de personas, en cuanto llegara mi turno, el cristal cedería bajo mis pies.

Ya arriba, me llevó a una habitación con las paredes de cristal ahumado, y una transparente que era la que daba a la piscina. Nina me esperaba, tan esbelta y elegante como la primera y única vez que coincidimos.

Hizo una seña, invitándome a tomar asiento en un sillón minimalista, que resultó mucho más cómodo de lo que parecía. Con

otro movimiento de mano instó al hombre que me había acompañado a retirarse.

—Vaya, ¿los encargas así para que no te molesten con su cháchara? —le pregunté, refiriéndome al tipo que acababa de salir.

—¿Dónde está Kim?

—Hola, madre, me alegro de verte otra vez, estoy bien, gracias. —Le sonreí irónica.

—Necesito encontrar a Kim, y tú sabes dónde está.

—Pues te equivocas. Sospechaba que, tarde o temprano, me preguntarías por su paradero, por lo que decidimos separarnos. Ella tomó un tren y yo un avión. ¿Has mirado en tu casa? Quizá ha regresado al redil… —No pude evitar el último comentario mordaz.

—¡No seas absurda!

—Exactamente no sé quién es más absurda de las dos en este momento, mamá. —Subrayé la última palabra—. Tú quieres a Kim para tener una moneda de cambio con mi padre. Dime, ¿qué os pasó? Llevabais un montón de años como uña y carne, trabajando juntos, a escondidas, claro. Y de la noche a la mañana, os tiráis los trastos a la cabeza, y os queréis ver muertos el uno al otro. ¿Problemas sexuales? ¿No te ponía ya?

—Lo que pasa, o deja de pasar, no es asunto tuyo…

La corté con un gesto.

—¿No me concierne? Entonces, ¿para qué me has llamado? Yo vivía muy feliz pensando que estabas muerta, y no me hubiese molestado seguir creyéndolo —le espeté con cierta amargura.

Aquello, todo lo que estaba pasando en mi vida, con mi familia, me dolía mucho.

—Te he llamado porque quiero que me ayudes a recuperar lo que se llevó tu padre de la caja de seguridad.

—Y suponiendo que estuviese en contacto con él, que no es el caso, ¿por qué crees que me daría a mí esas notas?

—Porque él te tiene cariño —contestó, torciendo la boca en un gesto de asco, como si la palabra se refiriese a un acto degradante.

—Eres un encanto, mami, ¿te importa que te llame así? —me levanté, con la intención de marcharme—. Por hoy tenemos la cuota de cariño familiar cubierta. No sé dónde está mi padre, ni quiero saberlo. ¡Vuestras disputas, sean las que sean, os las podéis meter por el culo!

Me detuvo, agarrándome del antebrazo.

—Las personas importantes de nuestras vidas, pueden desaparecer en un segundo…

—Pues se te ha ido un poco la mano, te has cargado a las que más me importaban.

—No a todas. —Me lanzó una mirada acerada—. Tu amigo salió solo herido, un fallo que puede corregirse.

—¿Fue cosa tuya? —Mi corazón dio un vuelco, pero no perdí la compostura, no iba a hacerlo delante de ella—. No debería sorprenderme a estas alturas, ¿no? Pues fallaste. Al igual que has errado en la suposición de que sé del paradero de Kim. Estás cometiendo muchos errores, mamá. Eso no debe ser bueno para tu negocio, cualquiera que sea.

No contestó, tan solo siguió contemplándome con sus fríos ojos de reptil. Calibraba mi respuesta. No iba a desfallecer ahora, esta hija de puta volvería a atentar contra Josh si creía que con ello podría doblegar mi voluntad.

—¿Crees que si desarrollo un amor filial hacia ti serías capaz de suicidarte? Eso nos ahorraría una pasta en psiquiatras… —Reí por lo absurdo de la propuesta.

A ella no le hizo gracia, su mano apretó mi antebrazo con más fuerza. Me hacía daño, pero ya me cuidaría de protestar.

—Mark siente una especie de debilidad por ti. —Su aliento era frío, ¿cómo podía darse eso en una persona viva? —. El implante en blanco que lleva Kim, deberías llevarlo tú…, y el muy imbécil fue incapaz de ponértelo. ¡Tantos años, y al final lo estropeó por estúpido sentimentalismo!

—¡Un acto de amor increíble! —Me solté de un tirón, ocultando la satisfacción que sentía por haber alejado la atención de Josh—. Teniendo en cuenta que fuimos vuestras cobayas durante toda nuestra vida, eso no lo exime de lo que hizo. Ni a él ni a ti.

—No es una disculpa, no te equivoques, te estoy ofreciendo un intercambio.

—¿Intercambiar qué? —pregunté.

Sí, entré en su juego, movida por la curiosidad, ¿qué podía tener ella que yo quisiera, aparte de dejar a Josh en paz?

—Tú me consigues lo que quiero y, a cambio, te digo quienes fueron vuestros verdaderos padres.

Capítulo 41. Josh

—¡Si no me vas a dejar llevar esto a mi manera, renuncio ahora mismo!

—Ayudaría bastante que compartieras la información sin tener que sacártela con sacacorchos, Carter. —McPherson estaba inclinado sobre su escritorio, mirándome furioso.

Yo tenía ese don, hacer cabrear a la gente se me daba tan bien como sacarles información. Las personas enfadadas son más sinceras.

—Suéltame un poco las riendas, Vic, puedo ayudar a terminar con todo esto, pero necesito espacio.

El agente, aunque descontento, parecía más descansado. Las ojeras casi habían desaparecido, y las líneas de preocupación se marcaban menos en su rostro.

—De acuerdo, a partir de ahora, te cederé la iniciativa. —Claudicó—. Con la condición de que no me ocultes ningún detalle, vamos a una en esto.

Eso ya me gustaba más, por lo que me levanté cogiendo la chaqueta del respaldo de la silla. Y para quienes piensen que me había puesto a juego con Vic, ya se pueden ir olvidando. Lo del traje tendría que esperar, prefería mi chaqueta de cuero. Y ya me buscaría la forma de que continuara siendo así, solo pensar en ponerme corbata me provocaba asfixia.

—Vamos —le dije.

—¿Y puedo saber adónde?

—A mi apartamento.

Frunció el ceño, y salió detrás de mí, a regañadientes. ¡Se le iba a dar fatal seguirme la rueda!

Llamé tres veces al timbre antes de abrir con la llave.

Kim se encontraba en el centro de la habitación con las mejillas encendidas, Devlin se estiraba la camiseta, en un intento de alargarla.

—Espero no haber interrumpido nada —dije, sabiendo que sí había interrumpido algo. Le estaba bien empleado por no contestar al

teléfono.

—Josh, ¡pensaba que llegarías por la noche! —exclamó Dev, sin dejar de mirar al agente, que los contemplaba a su vez con ojos desorbitados detrás de mí.

—Te he llamado, tío, aunque parece que tu atención estaba en otro sitio.

Kim enrojeció más y me recordó a su hermana, que también se sonrojaba con facilidad.

—¿Es que tienes refugiados a todos los fugitivos del FBI? —me preguntó Vic, asombrado.

—Dev es mi amigo, y estos dos van en tándem ahora, así que…

—Mejor no pregunto más, ¿o Charlie también está por aquí?

Solté una carcajada amarga. Ojalá fuera el caso, eso disminuiría mucho mi ansiedad. Llegaría el momento en que cogiésemos a sus padres y toda la historia terminara. Entonces sería cuando siguiéramos en direcciones opuestas.

Pero Charlie todavía corría peligro y yo no podía, ni quería, dejar que le ocurriese nada irreversible.

—Nadie más debe saber que están aquí, por el momento, ¿vale?

Vic asintió y se dejó caer en un sillón.

—¿Qué sabemos de Charlie, Dev?

El informático echó una ojeada a McPherson, sin decidirse a contarme lo que sabía ante la presencia del agente.

—Dinos lo que sabes, estamos juntos en esto. —Le invité a explayarse.

—Tengo su localización exacta. —Ante mi mirada interrogante, me explicó lo del móvil, y señaló una pantalla en la que parpadeaba un punto rojo sobre un mapa.

—¿Dónde es eso?

—Es una finca que está a nombre de Kim.

Lo miré, sin comprender, y luego a ella, que se encogió de hombros.

—Yo no sé nada de eso, mi madre siempre se ha encargado de mis asuntos, y nunca me dijo que tuviese una casa a mi nombre. Si había que hacer algún trámite legal, me traía el documento y yo lo firmaba. Solían ser temas médicos y cosas por el estilo.

—Deberíais buscar más, ¡quién sabe si tu novia es rica, Dev! —dije bromeando, y dándole un codazo.

Este se frotó el brazo, pero no se quejó del gesto amistoso. Lo que Kim y el tuviesen, le había sentado de maravilla, parecía más joven y dinámico, y se le veía relajado.

—Ya lo hemos hecho —respondió, indicando otra pantalla de ordenador—. Parece que, a la muerte del coronel, Nina puso gran parte de su patrimonio a nombre de Kim. Posiblemente con el fin de evitar impuestos. Es una historia un tanto truculenta: por lo visto, el militar se hallaba tramitando la invalidación de su anterior testamento, a la espera de redactar uno nuevo. Murió, muy oportunamente, antes de hacerlo, así que su esposa era su heredera directa porque no tuvieron descendencia. Los Bronson habían amasado una considerable fortuna, que creció con los años. El hijo era el heredero universal, y no tenía interés en las finanzas, dedicó su vida al ejército y no gustaba de hacer ostentación de la riqueza familiar. De eso se encargaron su cónyuge y un par de abogados que llevaban sus asuntos financieros.

—Vale, entonces ya sabemos por qué Nina tiene tanto interés en el bienestar de Kim —concluí.

—Supongo que algo de eso hay, porque hizo que un tribunal la considerara no apta para ocuparse de su patrimonio y, aunque la nombraron tutora, el plazo de la nueva revisión tutelar terminó ayer. Eso quiere decir que Nina ya no tiene potestad legal sobre Kim, mientras no presente documentos actualizados de su incapacidad. —Aportó Dev.

—¡Un buen golpe económico! —intervino mi compañero—. Arriesgó mucho metiendo a su hija en todo esto.

—No tuvo más remedio, pensó que, si Kim suplantaba con éxito a Charlie, podría hacerse con los documentos de la caja de seguridad. Se equivocó mucho al suponer que tenía a su hija bajo control total —dije pensativo, aunque parecía faltar algún elemento en todo eso.

—He mandado al tribunal las primeras impresiones de los test que un psiquiatra le hizo ayer a Kim, y es muy probable que no se renueve la tutela, sobre todo, si ella solicita la cancelación, sometiéndose a un examen exhaustivo. —Dev le alargó la mano a Kim que se la cogió con fuerza.

—¿Vas a hacerlo? —le pregunté a la mujer.

Kim se mordió los labios, indecisa.

—Todavía no lo sé. Prefiero no tener que salir de aquí hasta que sepa que mis padres están arrestados.

El agente y yo asentimos al mismo tiempo. Era una postura inteligente.

—¿No deberíamos mandar a los agentes que custodian a Charlie la dirección dónde se encuentra? Nosotros estamos demasiado lejos. —McPherson hubiese querido intervenir ya.

Negué con la cabeza.

—No creo que su madre le haga daño, puesto que es la única que conoce el paradero de Kim, y seguro que la necesita para algo más. Quizá piense que puede localizar a Donovan a través de su hija. No, no me fio de que esos hombres se adelanten y la fastidien. Vamos a darle un tiempo prudencial.

Lo dije con mucha más calma de la que sentía. Confiaba en la habilidad de Charlie que, hasta el momento, la había sacado de situaciones peliagudas. Su madre es la que me daba miedo, su odio parecía genuino. Tenía que creer en que su necesidad de ella fuera superior a su inquina.

—Si hay algún movimiento, te aviso inmediatamente —intervino Devlin.

—¿Hay algún medio por el que colarnos en un vuelo que nos lleve a Pittsburgh cuanto antes? —pregunté a Vic, confiando en que nuestra condición de agentes del FBI sirviese para algo más que andar luciendo placa.

—Tenemos unos cuantos helicópteros, pero habría que solicitar permiso al jefe y darle muchas explicaciones. —Meneó la cabeza—. Seguramente llegaríamos antes con el primer vuelo que salga por la mañana.

—¿Será por estas gilipolleces burocráticas que llegáis tarde a todos sitios? —No pude evitar lanzar la pulla.

—¿Cómo se llama vuestro jefe? —Dev se sentó delante de su portátil.

—Murphy, Peter Murphy —dijo McPherson sin hacer caso de mi comentario.

Tomé nota, yo tampoco sabía que tenía un jefe, y mucho menos su nombre. En algún momento tendría que ponerme al día con estas cosas.

—Un minuto —Dev se puso a teclear, mientras una cascada de caracteres se abría camino desde lo alto de la pantalla para desaparecer en cuanto llegaban al final, perdiéndose en el limbo de la red.

El informático echaba rápidos vistazos, y continuaba pulsando teclas con celeridad. La pantalla se aclaró y en lugar de la cascada de caracteres, apareció un formulario en el que Devlin introdujo nuestros nombres y el de Murphy, y lo registró, dándole el visto bueno.

—¡Listo! En el helipuerto tenéis ya un piloto esperándoos.

McPherson, que no perdió detalle de la maniobra, asintió. Tenía que reconocer que el informático era bueno en su trabajo.

El encargado nos esperaba para conducirnos hasta el helicóptero.

—Disculpen, tardará unos minutos en calentar el rotor, es que se me traspapeló su petición, la acabo de encontrar hace solo media hora.

—No pasa nada, a todos se nos traspapelan a veces las cosas —le contesté alegremente, dándole una palmada en el hombro.

Aterrizamos en Pittsburgh de noche. Los agentes Morris y Bateman nos esperaban.

—¿Alguna novedad? —les preguntó McPherson, tras estrecharles la mano.

—Después de entrar en el aparcamiento la perdimos de vista. Seguramente cambió de coche, todavía estamos revisando las imágenes de los conductores que salieron de ese parking, pronto

daremos con el vehículo en el que se fue. —Morris satisfecho, creía haber avanzado a grandes zancadas en la investigación.

Le lancé una mirada explícita a mi compañero: «¿Te das cuenta de lo que vale Devlin?».

—Les hemos traído un coche. Pueden seguirnos hasta la casa de la señorita Donovan. —Bateman se atrevió a meter baza. Era el callado de la pareja, tenía una cara aniñada, y la expresión entusiasmada de estar realizando un trabajo de calado.

—Continúen ustedes, agente —le dije tomando las llaves del coche—. En cuanto haya alguna novedad, avísennos, nosotros llevamos otra línea de investigación.

—¿A dónde vamos? —me preguntó McPherson.

—Al depósito de cadáveres, hay que hablar con el forense que se ocupó de los cuerpos del laboratorio. Convendría cerciorarse de la identidad de los muertos en los dos atentados.

—¿Alguna idea?

—En los dos casos actuaron de la misma forma y quiero saber si hay algún otro cuerpo sin terminar de identificar. En ambas ocasiones, un incendio consumió parte de los cuerpos. Hasta asegurarnos, no debemos dar nada por supuesto.

—¿Crees que alguno más de los que se declararon muertos tras los ataques sigue con vida?

—Al menos deberíamos cerciorarnos de que no es así. Por ahora, no tenemos otra cosa que hacer, hasta que Devlin tenga noticias de Charlie.

Todavía no quería contarle lo que me había confiado ella respecto a que Charles Dumpree constaba como receptor de los fármacos de Kim. Eso indicaba que estaba al tanto de los manejos de los padres de Charlie y, si el profesor Donovan realizó la jugada, poniendo un muerto en su lugar, ¿qué le impedía haber hecho lo mismo?

Capítulo 42. Josh

¿Mencioné antes que los tíos de Charlie me parecieron una panda de chalados? A cada paso, tenía que ratificarme en ello. Me parecía aventurado suponer que Dumpree siguiera vivo sin tener pruebas, pero visto el cariz que tomaba el asunto, tampoco me hubiera extrañado.

—¿Y si Charlie no da señales de vida? ¿Seguiremos esperando? —me preguntó McPherson en un susurro.

—Si a medianoche no hay nada, ¡pobre de Nina como le ponga la mano encima! —gruñí entre dientes.

No quería pensar en eso, porque era una posibilidad que me asustaba mucho, y a la que no dejaba de darle vueltas. Confiaba en que Charlie se hubiese metido en la boca del lobo con algo más que el paradero de su hermana que intercambiar. Ella sabía muy bien a qué se exponía, esperaba que tuviera un plan, aunque fuera uno de esos descabellados con que salía de vez en cuando.

En el anatómico forense pedimos copias de todas las autopsias y nos dispusimos a revisarlas en una habitación que hedía a formol. Por su aspecto, parecía el espacio reservado a los parientes de los fallecidos, y me alucinaba que a nadie se le hubiera ocurrido poner un ambientador que eliminara el olor a muerto.

Aunque esperaba la llamada, el sonido del teléfono me sobresaltó.

—Charlie vuelve a casa.

Creo que los músculos de los hombros me crujieron tanto al destensarse, que hubiera podido despertar a todos los muertos del depósito.

—Gracias, Dev.

McPherson me miraba interrogante.

—Está de vuelta.

Asintió, y siguió mirando el informe forense con más interés del que debía. Sin duda quería decir algo, y vigilaba mis reacciones por el rabillo del ojo.

—¿No deberíamos hablar con ella? —preguntó al fin—. Ya sé que

no soy santo de su devoción, tú, en cambio…

—Yo tampoco soy su persona favorita ahora mismo.

McPherson, con muy buen criterio, siguió ojeando el informe, sin levantar la vista, ni hacer comentarios que empeoraran mi humor. Debió imaginar que habíamos discutido, y lo cierto es que no lo hicimos. Prefería no tener que explicar que fui yo quién cogí la puerta y me marché, por las buenas, igual que un crío de instituto al que hieren los sentimientos.

—Vale, vamos, tarde o temprano tendremos que tener esa charla con ella —dije al cabo de unos minutos.

—¡Espera! Tengo algo aquí que no coincide. Según los resultados de ADN, el del cuerpo que diseccionaron no se corresponde con el del doctor Dumpree.

—¡Joder! ¿Otro resucitado? ¡En ese laboratorio se obraban milagros, no ciencia! ¿Y el informe dental? ¿Huellas?

—Todo lo demás es correcto, lo único que no coincide es el ADN y hay una nota marginal para que se tomen nuevas muestras.

—Ha pasado tiempo más que suficiente. Vamos a tener que hablar con el forense, a ver por qué no se comprobó —espeté, de mal humor —. ¿Hay una dirección en la que podamos localizarlo?

—Lo haremos mañana, no es hora de molestarle con detalles que pueden esperar unas horas más.

Tenía razón, y yo estaba buscando excusas, demorando el momento en que tuviera que hablar con Charlie.

—Vale, vámonos. Mañana aclararemos esto. —Claudiqué de mala gana.

Le dejamos recado al forense de guardia. Era importante que el titular encargado del caso Dumpree se pusiera en contacto con nosotros. La placa del FBI obraba milagros allí, porque no puso ninguna pega.

Morris salió de una furgoneta aparcada al otro lado de la calle de Charlie, la discreción no estaba entre sus aptitudes.

—Hemos podido poner micros, y pinchar sus líneas de internet y teléfono antes de que regresara.

—De acuerdo, vuelva a su vigilancia, agente —le dijo McPherson muy serio—. Buen trabajo.

—Venga, terminemos con esto —dije, precediéndole hasta la puerta de la casa de Charlie.

Me detuvo, sujetándome el brazo.

—Yo no le caigo bien, pero sabe que no pretendo perjudicarla.

Déjame entrar y hablar con ella. Prefiero que vosotros habléis lejos de oídos indiscretos, que escuchen todo lo que tengáis que deciros. No beneficia a nadie que el FBI esté detrás de cada paso que deis.

Lo miré interrogante.

—Charlie confía en ti. Ya se le pasará lo que quiera que le hayas hecho para cabrearla, parece lista, y si va a contar algo de lo que se está cocinando, será a ti, y a nadie más.

¿Qué había hecho yo para cabrearla? Hacer el imbécil de la manera más patética. Ya sabía que no era buena idea lanzarme a comprar aquel anillo y, aun así, lo hice.

El ofendido era yo. No esperé que se lanzase en mis brazos, y que aceptara mi patética proposición, me conformaba con un «tal vez». Lo que me dolió fue la pobre idea que tenía de mí.

En la cama nos entendíamos muy bien, y me jodía que aquello fuera todo. El que me mosqueara que hubiese dejado las cosas claras entre nosotros, era problema mío. No podía culparla por haberme abierto los ojos.

—¿Preparado? —preguntó McPherson, sin darse cuenta de que estaba perdido en mis pensamientos.

Me quedé atrás mientras él llamaba a la puerta.

Al cabo de unos minutos Charlie salió y se metió en su Audi, arrancó y se detuvo a mi lado.

—¿Subes? —me preguntó.

El movimiento que se comenzó a gestar a nuestras espaldas lo detuvo McPherson con un gesto, antes de entrar en su coche. Él nos seguiría, no hacían falta más agentes.

—¿Llevas dinero? —me preguntó Charlie, sin dejar de mirar la carretera.

—Algo llevo.

—Vamos a repostar, entonces, el depósito está seco.

Su olor a jazmín me invadió por completo. Aquello no era justo, ella jugaba con ventaja.

Después de repostar, me llevó bajo el puente de la Libertad, al lado del rio Monongahela. Se apeó y se sentó en el respaldo de un banco que bordeaba el rio.

McPherson hacía rato que se había perdido, concediéndonos privacidad.

—¿Sabes cómo ponerte en contacto con mi padre? —me preguntó, en cuanto me acerqué y tomé asiento a su lado.

—Me llamará. ¿Quieres hablar con él?

—Debería hacerlo —dijo en un murmullo.

Seguía sentada, mirando hacia el rio con las luces de las farolas incidiendo en sus aguas mansas, empeñada en ocultarme sus ojos.

Ya sabía lo que sentía por mí, mejor dicho, sabía lo que no sentía por mí. Ninguno podíamos hacer nada al respecto. Ahora éramos un par de personas ligadas por el interés común de coger a unos personajes, cuya perturbación mental podía poner en peligro a mucha gente.

—Supongo que no tardará en contactar, parece que sigue los pasos de todos, eso te incluye. Por cierto, tu madre no estará ya donde os habéis entrevistado, ¿no?

—Era mucho pedir a Dev que mantuviese la boca cerrada…

—Él y Kim estaban preocupados por ti, no deberías tenérselo en cuenta.

—No lo hago, y en cuanto a tu pregunta, no, no creo que mi madre esté ya en esa casa. —Bajó la mirada hasta sus manos—. Siento mucho lo de esta mañana.

Hubiese preferido que no lo mencionara, pero si algo sabía de Charlie es que prefería abordar los temas escabrosos, cuándo y cómo quería.

—Yo no. Acostarnos juntos mientras seas una testigo en este caso, no es demasiado ético. —Tuve que pensar las palabras para desgranarlas sin desfallecer. Mentir se me daba de maravilla, sin embargo, en esta ocasión no estuve nada convincente.

—Ya —dijo con un suspiro que yo deseé beberme—. Al menos

podías habérmelo dicho, y no largarte sin más.

—¿Para qué darle más vueltas?

Yo no quería darle más vueltas, solo abrazarla y besarla, sabiendo cómo se entregaría a la caricia, con esa pasión que ya echaba de menos. Tarde o temprano, llegaríamos al mismo punto, así que mejor zanjarlo ya.

Mi móvil me evitó continuar con esa línea de pensamiento y quizá con aquella conversación, que hubiese deseado no mantener, ni ahora ni en ningún otro momento.

—Es usted rápido, doctor —dije, y Charlie se giró con rapidez.

—Creo que no le ha dado tiempo a cubrir mis exigencias, joven. Espero, al menos, que tenga alguna noticia.

—Ya sabe la novedad, doctor, su hija ha estado esta tarde con su ex, es posible que ella tenga algo interesante que decirle. —Le alargué el teléfono a Charlie, que hizo un gesto negativo con la cabeza, aunque terminó cogiéndolo ante mi insistencia.

—¿Papá? —preguntó dubitativa—. Me alegro de que estés vivo, pero me has roto el corazón, y eso no te lo voy a perdonar.

Escuchó con los labios apretados. Seguramente, de encontrarse a solas, hubiese dejado correr las lágrimas que estaba reteniendo por orgullo. Me dolía físicamente verla tan acongojada sin poder ponerle remedio.

—Si no tienes nada que decirme para justificar tus actos, prefiero no verte. Me gustaría seguir recordando al padre cariñoso, no al psicópata obsesionado con su trabajo.

Colgó el teléfono y me lo devolvió, furiosa.

El timbre volvió a sonar casi de inmediato.

—Tráeme a mi hija. Tengo que hablar con ella.

Me dio una dirección y colgó.

Le tendí la mano a Charlie y ella me miró interrogante.

—Las llaves. Tienes una cita con tu padre.

—No sé si quiero verlo.

—Sí que quieres. —Moví los dedos, reclamando las llaves de nuevo.

—No sabes lo que yo sé. Encontrarme con él ahora…, bueno, podría estrangularle. —Me tendió las llaves del Audi de todas formas.

—Yo te ayudaría de buena gana, aunque creo que es la oportunidad de llegar hasta él y pedirle respuestas. Y si me cuentas eso que no sé, igual te puedo dar alguna idea mejor que la del estrangulamiento.

—¿Y si no quiero verlo? —Alzó la barbilla, indicio de que iba a ponerse cabezota, y yo no podía permitírselo.

—Pues cierra los ojos. —La tomé por el antebrazo, y la conduje hasta el coche.

—¡Eres un cabrón! —me espetó.

—Puedes esforzarte un poco más, me han llamado cosas peores y tú tienes imaginación de sobra.

—¡Ese hombre no es mi padre!

Me quedé un momento fuera de juego, lo de esta familia no tenía desperdicio. Seguro que la información partió de Nina, y su credibilidad era poco menos que cuestionable.

—Pues durante muchos años se ha comportado como si lo fuese. ¿No tienes curiosidad por conocer sus razones?

—La verdad es que ya no sé si quiero saberlas, no podría perdonarle toda una vida de mentiras. Lo único que me gustaría saber es si mis tíos conocían todo esto, o también los engañó.

No insistí, a la luz de las farolas las lágrimas le brillaban sobre los pómulos. Me pregunté cómo hubiera reaccionado yo de haberme enterado de que mi padre no lo era. No podía ponerme en el lugar de Charlie, me alegraba que el mío fuera un tipo normal.

Y como tengo un pronto bastante gilipollas le pregunté:

—¿Te llevo a casa? Tu hermana está a salvo con Devlin, y tú no tienes por qué ir. Ya te contaré lo que le saque por la mañana.

Negó con la cabeza despacio.

—No merece la pena demorarlo, y lo que tengo que decirle, prefiero que sea de primera mano.

Capítulo 43. Charlie

Siempre pensé que, de tener una madre, esta me hubiese amenazado con un castigo que incluyese varios fines de semana sin salir de casa en caso extremo, en el supuesto de haber hecho algo verdaderamente chungo en el instituto.

Una Ma Baker de progenitora no entró ni en el más delirante de mis sueños. La tía era lista, guapa, rica, y no poseía ni un gramo de empatía. Al menos, no hacia mí.

—Tú me consigues lo que quiero, el paradero de Kim y el de Mark, y a cambio te digo quienes fueron tus verdaderos padres.

Con esa propuesta, rompió mis esquemas por completo. Debía estar ridícula con la mandíbula caída, y es que era incapaz de cerrar la boca.

Por un momento, me alegré de no compartir genes con ella, me daba urticaria pensar que tenía algo suyo. La alternativa que se me ocurrió tampoco era agradable: ¿nos habrían robado? ¿Sabrían nuestros verdaderos progenitores que íbamos a servir de ratas de laboratorio?

Hubiese preferido lo primero, aunque, conociendo el sadismo de la mujer que tenía delante, la segunda propuesta se adaptaba mejor a su forma de ser.

—La verdad es que no me importa en absoluto quienes fueron mis padres, aunque me alivia saber que tus genes no forman parte de mí —dije, más tranquila de lo que me sentía.

Ella alzó la comisura de la boca, en una semisonrisa más inquietante de lo que me hubiera gustado. Jugaba conmigo, la muy cabrona, y yo debía entrar en su juego si quería enterarme de algo.

—Lo que no entiendo es por qué mandaste a esos hombres a matarme cuando di con la pista de Hackford, y al otro que lo intentó en Perú. Si querías obtener la clave del banco, me necesitabas viva.

—Pensaba que eras una latente y, por tanto, peligrosa para mis planes, por eso envié a aquellos inútiles. El que fue a buscarte a Perú no tenía órdenes de matarte, solo de herirte superficialmente si era del todo necesario. Ya habíamos intentado acceder a la caja de seguridad con Kim, cosa que resultó imposible sin la clave, así que te necesitaba

viva. Ese hombre debía asustarte y hacer que volvieras, además de terminar el trabajo que dejó a medias en Nueva York.

—Fue él quien disparó a Josh, entonces.

—Pensaba que un elemento tan preparado, sería capaz de hacer el trabajo con eficacia.

—¡Pero era de Inteligencia Militar! ¿Cómo…?

—Mi esposo me subestimó durante muchos años, y ese fue su mayor error, le costó la vida. Pero me proporcionó la fortuna y los contactos, que en el futuro me iban a venir muy bien. De hecho, uno de ellos es nuestro socio. Se encarga de la seguridad, y hasta el momento, los que más trabajo habéis dado sois el matón que te acompaña, y tú. Contar con medios técnicos y humanos, no solo allana el camino, lo convierte en una balsa de aceite.

Se la veía muy ufana, y a mí me importaba bien poco. Me había aclarado algunos puntos, como que temía a los latentes porque no era ella la que los controlaba, por tanto, debían estar en manos de mi padre, o el que yo creí que lo era hasta hacía apenas unos minutos.

Sacó un móvil del bolsillo y me lo lanzó.

—Tiene un solo número en la memoria. Cuando estés dispuesta a hacer ese intercambio, llámame. —Y salió de la habitación sin despedirse ni volver a mirarme.

Empezaba a mosquearme, siempre me dejaba con la palabra en la boca. Definitivamente, me alegraba que no hubiese formado parte de mi vida, no había algo que me molestara más que esos desplantes, soy discutidora por naturaleza.

Me dejaron a dos manzanas del parking donde se encontraba mi coche. El conductor fue igual de silencioso que en el viaje de ida, y esta vez se lo agradecí mentalmente, tenía demasiadas cosas en qué pensar. No era verdad que no quisiera conocer mi procedencia, y aquella zorra era consciente de mi curiosidad.

A no ser que mi padre, el único que conocía, se pusiera en contacto conmigo, algo poco probable, no había nada que hacer.

Aparcada delante de mi casa, una furgoneta de reparación de cable de televisión, con los agentes dentro. El FBI debería echarle un poco de imaginación. En todo caso, tuvieron tiempo de registrar mis

pertenencias, poner micros y hasta de organizar una fiesta. Dejé el coche en la calle, según mi costumbre, y entré. En la cocina, me dispuse a preparar café, sin ahorrarme ningún ruido.

—Me voy a tomar un café —dije en voz alta, por si albergaban alguna duda.

Esperaba que no hubiesen puesto cámaras, porque tener que cambiarme en el guardarropa de la entrada, no me seducía.

Mientras se hacía el café, me fui al baño con el móvil viejo en la mano y abrí el grifo de la ducha. Esperaba que no localizasen esa llamada.

—Houston, tenemos un problema. —Necesitaba que Devlin me echase una mano con eso. Contaba con que supiera si tenía cámaras y micros.

—Te han puesto micrófonos hasta en el fondo del armario —contestó risueño—. La pantalla por la que me entra tu llamada, no deja de parpadear y pitar.

—¿Me ven? —No me atrevía a ser más concreta.

—No. Solo micros, y descuida, mi señal no la pueden localizar, aunque se peguen una semana buscando.

—Eso quería saber, gracias. ¿Lo demás bien?

—Afirmativo. Te soplan un beso desde aquí.

—Otro. —Corté la comunicación, no quería ponerlos en un apuro. De momento, estaban a salvo, y eso no tenía que cambiar.

Casi me tiro el café por encima al oír el timbre de la puerta. No esperaba que el FBI viniese a hacerme una visita. McPherson entró en la casa sin esperar invitación, y atajando mi protesta con un dedo sobre los labios.

—Buenas noches, señorita Donovan. —Sacó una libreta del bolsillo interior de su chaqueta y escribió: «contesta lo justo, nos están escuchando».

—Agente McPherson —saludé, asintiendo con la cabeza, indicando que ya lo sabía.

—¿Qué tal su paseo? —Volvió a escribir en su libreta: «Josh está

fuera».

—Tonificante, nada como volver a pasear por la ciudad al regreso de un largo viaje. —No sabía ni lo que decía, estaba pendiente del movimiento del bolígrafo sobre el papel.

—Entonces, ¿su paseo no tiene que ver con alguna visita a sus padres? —Escribió: «sal y recoge a Josh, yo me encargo de que no os sigan».

—Para nada. Solo un paseo por mi ciudad de la infancia. —Hice un gesto afirmativo en cuanto leí las líneas.

—Bien, señorita. ¡Buenas noches! —McPherson se marchó sin añadir más. No era necesario.

Me pregunté cómo lo habría convencido Josh para esa puesta en escena, el agente no parecía de los que se la jugaran a los suyos.

Los latidos se me habían acelerado, y me llevé la mano al anillo que colgaba de la cadena entre mis pechos. Salí casi inmediatamente detrás de McPherson, me subí al coche y me detuve unos metros más allá.

—¿Subes?

Josh se sentó en el asiento del copiloto sin decir nada. Conduje hasta la entrada de la autopista, y recordé que necesitaba poner gasolina, o tendríamos la avería del tonto en breve.

—¿Llevas dinero? —le pregunté, rompiendo el silencio—. Tengo que repostar, y estoy sin tarjetas y sin blanca.

Mientras él salía a pagar con su tarjeta, estuve tentada de largarme y dejarlo allí, por capullo. Llevo mal los silencios que no provoco yo misma.

Lo esperé, sin embargo. Todavía sin decir ni una palabra, conduje hasta un rincón que en mi adolescencia me servía de retiro espiritual, un lugar donde pensar en mis cosas.

No se me ocurría ningún otro sitio solitario en el que pudiésemos hablar, vaya usted a saber de qué, porque desde que había subido al coche, la única que dije algo fui yo, y lo justo.

Bajo las arcadas del puente de la Libertad, discurría un paseo a

ambos lados del río, que era la delicia de los ocasionales transeúntes decididos a hacer una pausa del ajetreo urbano.

Me apeé y me senté en un banco de tablones de madera, esperando que él saliera del vehículo. Se acercó, y continuó callado. Me estaba costando horrores guardar la compostura, yo no había pedido esta entrevista, y su silencio me resultaba opresivo.

—¿Puedes ponerte en contacto con mi padre? —pregunté lo primero que se me ocurrió, para iniciar algún tipo de conversación.

No sabía cómo continuar. Su silencio era incómodo. No lo miré a pesar de que notaba sus ojos pegados en mí. Me dolía esa mirada, ya no había forma de disculparme por lo de la mañana sin que sonase falso y muy pensado.

—Vale, no creo que tarde en llamar, hace unas horas que se ha puesto en contacto conmigo, y ya sabe que estabas con tu madre.

—Parece que todo el mundo estaba al tanto de dónde me encontraba, menos yo. —Meneé la cabeza con pesar.

Ya tendría unas palabras con Dev al respecto, aunque igual no. ¿Acaso no contaba con que le hablase de mi escapada a Josh? Era muy hipócrita por mi parte, en el fondo deseaba que viniera a buscarme, lo mismo que llevaba haciendo desde que nos conocimos.

Escogí el momento para disculparme por lo ocurrido esa mañana y me contestó con una gilipollez que casi me hace cruzarle la cara de un guantazo.

Ahora no podía con eso, lo que no quería decir que renunciara a hablar de ello más adelante, que lo haríamos. Herí su orgullo, cosa que lamentaba, pero si yo aparcaba el mío, Josh tendría que hacer lo mismo, porque estábamos hechos el uno para el otro, quisiera él, o no. En ese punto de mi vida, era lo único de lo que estaba segura.

Mi padre escogió ese momento para interrumpir. Por una parte, tenía que hablar con él y pedirle explicaciones, por otra temía lo que tuviese que decirme.

Mi nivel de autoestima no tenía, precisamente, los picos más altos de mi vida, y hablar con mi padre ahora, supondría el final que pretendía aplazar.

En mi interior, había conservado la esperanza de que el

interlocutor de Josh no fuese él, y que este siguiera muerto, preservando así el recuerdo que tenía de toda una vida.

Era demasiado orgullosa, y me tragaba las lágrimas mientras podía. De hecho, me reservaba las pelis dramáticas para mis noches libres, entonces me permitía pegarme una llorera de escándalo, en privado.

—¡No es mi padre! —Tuve que gritarle a Josh ante su insistencia en que debía verlo.

Él hizo ademán de querer abrazarme, al darse cuenta de que estaba llorando. Detuvo su gesto, obcecado en su papel de ofendido. Me hubiese gustado darle una bofetada, por idiota.

—Vamos, te llevo a casa —me dijo, cogiéndome de la muñeca y tirando de mí.

Me desasí rabiosa. ¿He comentado que era demasiado orgullosa? Pues eso. Mis debilidades quedaban para momentos íntimos conmigo misma.

—¡Lo que tengo que decirle, prefiero que sea cara a cara, aunque no me apetezca echarle la vista encima!

Josh se sentó al volante y condujo despacio, dándome tiempo a recuperar la compostura. Los ojos y la nariz roja no le sentaban bien ni a una supermodelo, así que a mí me tenían que dar aspecto de payaso.

Busqué apresuradamente un paquete de pañuelos de papel en la guantera que ya no estaban allí. Él me los alargó. ¿Los había cogido antes de salir del coche porque sabía que los iba a necesitar? Era todo un detalle, y yo agradecí no tener que sonarme con la manga de la chaqueta. Hubiera sido ponerle la guinda a mi arrogancia.

Cuando me sentía superada, usaba mi salvapantallas mental favorito: me veía trabajando en un yacimiento, realizando cualquier tarea sencilla, me proporcionaba paz. Luego tuve que cambiar la imagen a la de Josh a mi lado en una cama de hospital, besándome los nudillos. Adoraba ese momento y lo que me hacía sentir.

En ese punto, ninguno de mis mantras funcionaba.

Capítulo 44. Charlie

El edificio frente al que nos detuvimos, era uno más en una calle plagada de viviendas de protección oficial, en una zona conflictiva. Se veían los desconchones de la pintura y hasta agujeros en los ladrillos, tal vez por disparos, o por algún tipo de proyectil que no podía imaginar. Eran edificios de unos 20 pisos de altura, poco cuidados, y con las puertas de entrada rotas.

El ascensor que tomamos hasta la planta 16 tampoco daba mucha confianza, traqueteaba y hacía ruidos extraños. Usarlo a diario, tenía que suponer un gran acto de fe por parte de los inquilinos.

Se detuvo unos diez centímetros por debajo de las puertas del decimosexto piso, y yo salí con rapidez. Me juré que si salía viva de allí, bajaría por las escaleras, aunque ello me costase un buen rato por la pierna -que había empezado a darme la lata- mi fe no era tan ciega como la de los habitantes del edificio.

—¿Estás segura de esto? —me preguntó Josh, por última vez, antes de llamar a la puerta.

¡Qué iba a estar segura! Quizá él me hubiera infundido algo de temple, si me hubiese abrazado antes de tener que enfrentarme con lo que había dentro.

Abrió un hombre bajo y fornido, con pinta de sicario de la mafia calabresa, que nos hizo señas de que pasáramos. Dentro, otros dos hombres, uno a cada lado de la puerta, nos apuntaban con sendas pistolas.

¿A qué venía semejante recibimiento? ¿No era Nina la que usaba sicarios, o soldados, o lo que coño fueran aquellos tíos?

No resultaba tranquilizador pasar entre ellos al entrar al loft en que habían convertido el piso. Una única habitación, decorada al estilo de principios de los 90 por un optimista, que debió pensar en alquilarlo a algún yupi con pasta, y que había quedado totalmente obsoleto.

Mi padre estaba al fondo, sentado en un taburete ante un mueble-bar acolchado, reliquia de los 80 o 90 del siglo pasado también.

Hubiese querido acercarme a arañarle los ojos, la herida de la pierna, sin embargo, eligió ese momento para ponerse borde y me

tambaleé hacia un lado, como si estuviera borracha. No me caí porque había un sofá al que pude agarrarme, y Josh me sujetó de la cintura. ¡Una entrada triunfal!

—¡Hijo de puta! —La pierna no me funcionaba al 100%, pero la boca si—. ¡Me has tenido engañada toda la vida, ni siquiera te moriste de verdad! ¡Si pudiese, te mataría con mis propias manos!

Sus ojos azules desvaídos se volvieron a mirarme, tranquilos, sin acusar ninguna de las flores que acababa de lanzarle, y eso me exasperó más.

—¡Estás como una puta cabra, si después de todo esto pretendes regresar a tus experimentos sin más! ¿De verdad crees que puedes volver atrás? Me decepcionas, ¡siempre pensé que eras inteligente, no un iluso! —le espeté.

—Charlie, Charlie… —La calma de su voz me enfureció en mayor medida—. Siempre has sido muy vehemente y te has dejado llevar por tus emociones. No serás mi hija, pero eres igual de apasionada que yo.

—Si es un cumplido, puedes ahorrártelos. Lo único que deseo es que nos dejes en paz, a mi hermana y a mí. Lo que tengáis que solucionar Nina y tú, deberíais hacerlo cara a cara, sin meternos más por medio.

—Ni tu hermana ni tu lleváis ningún implante. Fue algo que yo decidí en su momento a espaldas de Nina. No quiero justificarme, mi trabajo era, y es, lo más importante. Así lo comprendió ella en su día, era brillante y tenía sus propias ideas, como la de su presunta aversión hacia ti, que tuvo confundidos a médicos y psiquiatras durante meses.

—No creo que fuera simulada, la verdad, esa arpía me odia.

—Nunca fue cariñosa, no se lo tengas en cuenta.

—¡Ah, bueno, si es por eso, reconsideraré la decisión de no felicitarla el día de la madre! —contesté con ironía.

—A ojos del mundo, asumí tu paternidad, y debía ocuparme de tu educación y de la parte técnica del experimento, a tu madre correspondía hacerse cargo de Kimberly, además de procurar, con su destreza social y belleza, los medios con qué poder deshacernos de la tutela que la corporación nos imponía. Los descubrimientos eran míos, no podía dejar que se los quedaran y los vendieran a su antojo —confesó, sin apartar la vista de mis ojos—. He puesto mis cartas sobre

la mesa.

—Entonces, ¿qué es lo que pretende? —preguntó Josh, adelantándose a mí.

No era eso lo que yo le hubiese preguntado. Se refirió a Nina como mi madre, y me interesaba saber más al respecto. Ya quedaba claro que él no era mi padre, y ojalá se hubiera confundido también al referirse a su maternidad.

—Pretendo no tener que volver a usar a los latentes con el fin de preservar la investigación, y que el nuevo laboratorio se dedique a continuar con el Proyecto Golondrina, a ampliarlo y corregir alguno de sus fallos. ¡Pretendo que Nina no le dé un uso terrorista! Se pueden salvar muchas vidas con ese trabajo, ¡no solo quitarlas! —gruñó mi padre, bueno…, el doctor Donovan—. El interés científico supera con creces cualquier expectativa pasada, y debe conservarse a tal fin.

—Muy loable por su parte —respondió Josh, con mordacidad—. ¡Lástima que todos sus latentes hayan tenido que morir en previsión de que volviera a usarlos! No conozco a su ex, pero me da la impresión de que son iguales, aunque claro, la razón que usted esgrime es más conveniente, cualquier cosa por la ciencia, ¿no?

—No quiero dinero, solo continuar investigando.

—¡Ya! Y esos tíos armados trabajan gratis, por amor a la ciencia, imagino…

—Ellos comprenden mis razones, y el bien mayor que puede reportar un proyecto así —contestó con cierta hosquedad.

—Llámeme loco, por lo que a mí respecta, sus razones valen tanto como las armas que llevan. Lo dicho, ¡Nina y usted son tal para cual!

Mi hasta hoy padre, se mantuvo en un silencio altivo. La expresión de sus ojos no era la que yo conocía, ni su actitud. Bien, quizá el hacerse pasar por muerto lo desquició un poco, aunque no menos que a mí.

Me solté de la mano con la que Josh me sujetaba, en previsión de que una vez pasado el tirón de mi pierna, me acercara a él con las uñas por delante. Podía haberle tranquilizado porque no era esa mi intención, en ese instante barajaba la idea de saltarle los dientes de un puñetazo y quedarme a gusto, o escupirle en la cara y largarme con mi amor propio intacto.

—Aún no has dicho para qué querías verme. Deberías entrevistarte con Nina y llegar a un acuerdo con ella. —Mi pregunta llegó acompañada de unos disparos a nuestra espalda, que pulverizaron la cerradura.

Josh me abrazó, cubriéndome con su cuerpo y Donovan permaneció inmutable, sentado en la banqueta del mueble-bar.

—Para esto te quería aquí, pequeña. —Señaló la destrozada puerta, por la que entraron un par de guardaespaldas que desarmaron a los de mi padre—. Sabía que ella no andaría muy lejos.

—Me encanta ser el cebo de todos los anzuelos —mascullé.

Me preguntaba por qué se mostraba tan tranquilo, estaba claro que sus guardaespaldas no iban a servirle de mucho, y ya me conocía las malas pulgas de mi madre.

De repente, me acordé del móvil que me dio, en caso de que decidiera hacer el intercambio de información. Me hubiera dado de bofetadas. ¡Más me valía dedicarme a la arqueología!

—Eres muy predecible, Mark —Nina se coló entre los escombros de la entrada, con un porte altivo, igual que si acabase de entrar en el salón del trono de Inglaterra.

—Lo mismo digo, cariño.

—Vamos al grano, entonces. —Ella hizo un gesto de hastío—. El laboratorio es tuyo si compartes todo el proyecto con los técnicos que tenemos allí.

—No. Eso me borraría de la ecuación, y no te lo voy a permitir.

Nina se acercó a mí y me apuntó con una pequeña pistola que sacó de su bolso.

—No te estoy dando opciones, Mark, querido. Solo tengo que pegaros un tiro a Charlie y a ti, para conseguir lo que quiero.

—No lo tendrías todo. —El doctor apenas dudó.

—No, ya lo sé. Lo mismo que sé que Kim aparecerá, tarde o temprano, y el puzle estará completo.

—¿El puzle? ¿Qué coño quieres decir? —le pregunté, encarándome con ella.

—¿Fue tan insensato que implantó el proyecto en sus hijas? —mi cazarrecompensas lo miró con verdadera repugnancia.

—Y en sí mismo —terminó Nina—. Dividió el proyecto y lo introdujo en los tres. Esa era su caja fuerte, ¿pensabas que no iba a enterarme de la jugada?

Josh me fue colocando con discreción tras él, me señaló una puerta detrás de nosotros y me susurró: «cuando yo te diga, corre».

—Déjelo, Carter. —Sonrió Nina, dando a entender que nada se escapaba a su radar—. En las escaleras hay más hombres dispuestos a dispararles. Lo que me importa es el implante de Charlenne, que saldría intacto si no le disparan a la cabeza, y tienen orden de no hacerlo.

Rodee la cintura de Josh con los brazos. Odiaría reconocer que me encontraba asustada, y es que aquella mujer era un tiburón que no iba a marcharse sin su ración de sangre.

—No seas obtusa, Nina. ¿Qué ibas a hacer con la información? Tú no estás cualificada, ni tienes a nadie que lo esté. —Donovan se mantenía centrado en su ex mujer.

Josh me mantuvo fuera de su campo de visión, y me volvió a susurrar: «cuando yo te diga», sin tener en cuenta la advertencia de Nina.

Una tos nos hizo volver la vista hacia la entrada.

Harry Holmes sacudía la mano ante su cara, apartando parte del humo y el polvo suspendido en el aire tras los disparos contra la puerta.

—Me alegro de que haya cumplido su palabra, señora Bronson— dijo complacido.

—¡Te he dicho que te quedaras en el coche! —exclamó mi madre.

A Harry se le borró la sonrisa de la cara en cuanto puso sus ojos sobre Josh.

—¡Esto no era lo acordado! Él debería estar muerto. —Se encaró con la arpía desalmada—. Puedo quitarle el implante a Charlie sin hacerle daño, ¡pero el doctor sigue vivo, y este indeseable también!

El muy hijo de puta trabajaba con mi madre, lo mismo que antes encubrió la muerte de Donovan.

—¿No querías que me hiciesen daño, Harry? —pregunté con voz dulce, y con toda la mala leche que pude reunir—. ¡Míralo, qué mono es! ¡Un niño jugando a ser Dios! ¿Quieres una mamada en agradecimiento?

El niñato enrojeció, ese lenguaje le resultaba embarazoso y yo quería que se sintiera más que incómodo.

—Sabes que siempre he sentido debilidad por ti, Charlie. Te iba a hacer un favor y respetar tu vida, después de extraerte el implante.

Iba a contestarle algo hiriente, y Josh me dio un codazo, indicándome que me callara. Yo no consideraba que me estuviera pasando.

Se me escapó una carcajada, mientras veía la cara de Harry adquirir el tono de una cereza madura. Odiaba que me burlara de él, le hacía sentirse lo que reamente era: un miserable gusano.

—Tú tienes tus momentos —le dije a Josh—, este es gilipollas a tiempo completo.

—Vete de aquí, Holmes —le repitió mi madre.

—¡Nunca me diste una oportunidad! —exclamó el muy estúpido con vehemencia, dirigiéndose solo a mí.

Se había picado, y las órdenes de mi madre le resbalaban.

—¡Tendrías que ser un hombre, y no eres más que un crío con ínfulas! —Reí. Me interesaba que la atención siguiera centrada en Harry, porque mi madre también se había despistado y bajado el arma — ¡Ve a buscar una universitaria con baja autoestima para poder echar un polvo rápido, pequeño! ¡Ni con un manual ilustrado sabrías por dónde empezar conmigo!

Se acercó con intención de pegarme un guantazo. Las ganas se le pasaron al darse contra el muro del puño de Josh, que lo dejó sentado en el suelo.

—Vuelve a acercarte a Charlie, y los forenses tendrán que sacarte los dientes del estómago —masculló este, frotándose la mano.

—Yo…, yo le sonsaqué al doctor lo de los implantes con el proyecto… —balbuceó el antiguo ayudante de tío Peter, una rata traidora donde las hubiera, dirigiéndose a Nina—. Esto no es justo.

¿Me pareció detectar un conato de sonrisa en el rostro de Donovan? Parecía que llevaba organizando sus planes largo tiempo.

Harry, que colaboró con él a la hora de fingir su muerte, y que luego se vendió a Nina, parecía anonadado.

—¿Qué piensas que harán contigo ahora que ya no eres necesario? ¿Crees que habrá merecido la pena traicionar a tu mentor, y participar en tantos asesinatos, jodido imbécil? —Le arreé una patada en las costillas, ¡una lástima que me doliera la pierna, me hubiera gustado romperle alguna en honor a tío Peter!

¡Y pensar que aquel miserable se había mantenido al margen del secuestro de Nichols para no mancharse las manos!

—¡Bonita escena familiar!

Me giré, reconociendo la voz de inmediato.

Capítulo 45. Charlie

Charles Dumpree no hubiese podido ocultarme su tono. Me había aconsejado durante años, y ahora estaba igual de muerto que mi supuesto padre.

—¿Es una reunión de resucitados? —No pude contener mi sarcasmo, a pesar del asombro que sentía.

—Es una reunión familiar, Charlie —contestó tío Charles.

—¡Mel Brooks se lo hubiese pasado de miedo con esta historia! —Se carcajeó Josh— Y mira que McPherson me advirtió de la farsa sobre su muerte, Dumpree. Esto es surrealista de verdad.

—Desde que te conocí me pareciste un tío inteligente, no lo estropees. —Tío Charles echó un vistazo alrededor, valorando la situación.

Josh alzó las cejas y una media sonrisa sardónica afloró a sus labios, ¡anda que le importaba mucho lo que el científico pensara o dejara de pensar de él! Estaba de mi parte, y esa era una de las miles de razones por las que lo amaba.

—¿Tío Peter también está por ahí? —le pregunté— ¿Puedo saber a qué estáis jugando?

—Él está muerto, Charlie —me contestó.

—¿Por qué tú no, y él sí? —le pregunté furiosa—. ¿Acaso es que no se percataron, él y tío Bert, de la clase de alimañas que sois?

—¡Cierra esa boca! —me espetó mi madre.

—Sí, mami —dije con recochineo—. Claro, mami. ¡Que te den por el culo, mami!

Tío Charles le hizo una seña, a modo de «yo me encargo» y se acercó a mí. Di un paso atrás y Josh volvió a colocarse entre nosotros.

—Charlie…, permíteme, muchacho, tengo que hablar con mi hija. —El aludido no se movió, sino que reafirmó más su posición—. Charlie, creo que deberíamos tener una conversación en privado.

¿Ahora era hija de tío Charles? Esto podía terminar con la cordura de cualquiera.

—¿Quién era el muerto que ocupó el lugar de Donovan? Su ADN coincidía con el de Charlie. Supongo que era pariente suyo si reclama su paternidad, Dumpree —inquirió Josh.

Este lo miró confuso.

—No sabe de qué habla, Carter.

—¿Seguro que soy yo el que no sabe lo que dice?

Dumpree se volvió hacia Nina.

—¿Qué has hecho? —le preguntó, con un rictus de amargura en su boca.

—Tu hijo era un drogadicto, siempre dijiste que ojalá no hubiera nacido. No hice sino cumplir tu deseo, Charles —contestó ella, sin ningún tipo de remordimiento.

Al escucharla pronunciar su nombre, caí en la cuenta de la similitud con el mío. ¡Ni para eso se habían molestado en devanarse los sesos!

Recordaba algún comentario escuchado en el laboratorio sobre su

breve matrimonio, aunque nunca se habló de hijo alguno. Iba de una sorpresa a otra, y me estaba empezando a cansar.

La reacción de mi «nuevo padre» a la noticia del asesinato de su hijo, fue inspirar profundamente varias veces. ¡Genial, otro abnegado progenitor preocupado por el bienestar de su progenie! En ese momento envidiaba a los huérfanos.

Aquella situación resultaba lamentable, me sentía triste y a la vez enfadada, conmigo y con todos.

—Tenemos que hablar en privado, Charlie —repitió, dirigiéndose a mí—. Hay asuntos que me gustaría que comprendieras.

La tensión en aquella habitación ponía los pelos de punta, como si un centenar de cables de alto voltaje se hubiesen dado cita en el lugar. El único que permanecía tranquilo era Donovan, porque ahora tío Charles, que se supone que era mi padre biológico, quería tener una conversación a solas conmigo… ¡Ja!

—Claro, ven a tomar café a mi casa el lunes próximo, podremos hablar tranquilamente de vuestros chanchullos, cuernos, suplantación y todo eso… —ironicé, y me palmeé la frente—. ¡Ah, y no te olvides de traer una prueba de ADN, porque me mereces tanta confianza como Nina…, papá!

El doctor Donovan soltó una risotada, le divertía el asunto.

—Deberías escuchar lo que tengo que decir, forma parte de lo que eres.

—¡Ya! Un relato estupendo que contar en un crudo día de invierno frente a la chimenea, con un cacao caliente entre las manos, y con un público que quiera escucharlo, que no es mi caso.

Tío Charles volvió los ojos al cielo, gesto que me enfureció más todavía, no era el indicado para perder la paciencia conmigo.

Donovan aprovechó la atención puesta en mí, se giró en la banqueta y manipuló algo tras él. Estiré el cuello y creí distinguir una pequeña pantalla. ¿Era un portátil? No podía estar segura.

Él controlaba a los latentes, por eso mi madre se deshizo de ellos, ¿y si había implantado a algún otro en secreto? Decir que me fiaba poco era quedarse muy, pero que muy cortos.

Claro que no era solo él quién me merecía poca confianza. ¡Y pensar que me había jugado la vida por esa panda de cabrones! Después de esto, lo mínimo que podía esperar era una larga temporada en el sillón de un terapeuta especializado en graves conflictos familiares.

—Bien, entonces, ¿qué? Supongo que esta reunión tendrá alguna finalidad. —Planteó Josh, viendo que las cosas se estaban caldeando —. ¿Ahora viene cuando todo el mundo intenta matar al resto, o vamos a sacar algo en claro?

—Tú no ibas a enterarte de nada, aunque te hiciesen un diagrama, ¿qué más te da? —Harry, todavía tumbado en el suelo sonrió con suficiencia a Josh.

—Si no quieres terminar el día en un hospital, te conviene dejar hablar a tus mayores —le contestó él, dirigiéndole una mirada cargada de malos augurios, mientras me sujetaba, en previsión de que volviera a darle otra patada.

—¡Déjalo, Harry! ¡No es el momento! —intervino Nina, cortando cualquier contestación suya—. Ya sabes por qué estamos aquí, Mark.

El doctor Donovan le dirigió una mirada lastimera, donde brillaba algo más que la locura. Lo comprendí de inmediato: nunca dejó de amarla, a pesar de todo.

—Nina, podemos hacer esto juntos —rogó con la mirada—, volver a empezar el proyecto sin Charles. Tú y yo, igual que antes. Aún estamos a tiempo.

—Te has quedado fuera Mark, las instalaciones y el personal no se pagan con ideales, y este Proyecto supone más que dinero: poder. Ya sé que eso no te importa, y me parece bien que te quedes en tu mundo utópico, mientras yo vuelvo a encarrilar lo que comenzó hace muchos años, y que estropeaste con tus escrúpulos.

—¿Y cómo lo vas a hacer? ¿Con Harry? No es más que un imitador y lo sabes. ¿Con Charles? Su campo es la biónica…, ¿por dónde va a empezar?

Mi cómplice de secuestro, todavía en el suelo, se sonrojó violentamente. Por fin se percataba de que solo había sido un peón en el juego de esos lunáticos.

—Harry me importa tanto como las chicas. —Nina parecía

concentrada en Donovan—. Su papel ha terminado, ya no me sirve de nada. Hay otros ingenieros genéticos muy brillantes esperando en las nuevas instalaciones.

De reojo vi que el ayudante de tío Peter se retorcía, buscando algo en la parte de atrás de su pantalón.

—¿Sabes qué, Nina? —dijo Donovan—. Te crees una visionaria, y no tienes la menor idea de lo que te depara el futuro.

Ella fue a contestar, pero en ese momento, Harry consiguió sacar la pistola del bolsillo trasero de su pantalón y le disparó. La bala dirigida a Nina, se desvió por una patada de Josh, e impactó en tío Charles. Una fina lluvia de sangre nos envolvió, al pulverizarle alguna costilla y perforar su pulmón. Cayó al suelo con la misma expresión de sorpresa que debía lucir yo ante la rapidez de lo ocurrido.

Harry contempló con los ojos desorbitados el espectáculo, sin moverse de su posición, seguramente horrorizado por lo que acababa de hacer. ¡Hasta para eso era un negado!

Donovan se tiró al suelo, cubriéndose la cabeza con las manos, Nina dio un bote por la sorpresa y luego se inclinó hacia tío Charles, no sé si con intención de ayudarle o de rematarle, ¡con esa mujer, cualquiera sabía!

En todo caso, él no iba a salir bien parado del lance, desde mi posición podía escuchar su respiración gorgoteante. Algo de su frialdad se me debía estar pegando, porque no sentí lástima.

Todo esto pareció ocurrir a cámara lenta, y transcurrieron apenas unos segundos antes de que la habitación se convirtiera en un caos. Como si el disparo hubiese abierto la veda, los acompañantes de mi madre abrieron fuego, y creo que ni siquiera ellos sabían cuál era la amenaza que debían abatir.

A su vez, los hombres de Dónovan, que habían sido desarmados, pero que parecían tener un plan B, corrieron a refugiarse tras los muebles, donde debían ocultar nuevas armas con las que responder al fuego de los primeros.

Josh me empujó por encima del respaldo del sofá, caímos al asiento y rodamos hasta el suelo mientras él lo arrastraba sobre nosotros. Bajo la protección relativa del mueble, escuchamos las balas atronando en la habitación.

—¿Estás bien? —me preguntó alzando la voz.

—¡Joder, no, no estoy bien! ¡Me he mordido la lengua!

Era cierto, el costalazo contra el suelo había sido duro, pero nada que no se pasara enseguida, sin embargo, el sabor de la sangre en mi boca despertó una furia mayor que el temor a las balas. Por segunda vez en un corto espacio de tiempo, me mordía la lengua y perdía un padre.

Visto el panorama, me importaba más lo de la lengua.

Por una rendija que quedaba entre el reposabrazos y el suelo, vi la pistola de Harry a pocos centímetros de su mano. Él sangraba profusamente por un par de agujeros que le habían abierto sendos balazos en el pecho, y apenas un susurro líquido dejaba adivinar que seguía vivo. Me estiré y cogí el arma que, sospechaba, iba a hacernos falta.

Josh estaba sobre mí, respirando entrecortadamente, concentrado en los disparos, y el punto desde donde se escuchaban. Me revolví y le alargué el arma de Harry.

—¿De dónde…? —Debió decidir que no importaba la procedencia de la pistola, le habían quitado la suya al entrar en el loft, y no iba a hacerle ascos a esta.

Comprobó el cargador y resopló.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Solo quedan dos. ¿Qué haces?

Había vuelto a sacar el brazo por el hueco y tiraba de la camisa de Harry, en un intento de acercar su cuerpo inerte.

—Déjame a mí —me dijo él.

—Quita, ya casi lo tengo.

El jodido pesaba, pero conseguí acercarlo y palpar en sus bolsillos. Como había imaginado, no llevaba otro cargador. ¡Era inútil hasta para eso!

Me giré hacia Josh y negué con la cabeza.

—De acuerdo, ha llegado el momento de que salgas corriendo. —

Me señaló la puerta de antes—. En cuanto te diga, corre hacia ella agachada.

Negué con la cabeza.

—Charlie, no es el momento de ponerte cabezota…

Pues sí, era cabezota, y no iba a dejarlo solo en medio de aquella pandilla de desquiciados. Era el único que me importaba de todos ellos.

Capítulo 46. Charlie

—¡Basta!

El grito de Nina hizo que el tiroteo cesara. Otra cosa no sé, autoridad tenía de sobra.

Josh se remetió el arma por detrás, justo en el momento en que levantaban el sofá donde estábamos parapetados.

El ambiente apestaba a pólvora y a un olor dulzón. Además de tío Charles, al que nunca llamaría papá, y Harry, pude ver a otros tantos muertos o heridos, puesto que se escuchaban algunos lamentos.

—¡Vámonos! —ordenó mi madre.

Ahora que había cesado el tiroteo, pude oír las sirenas que se acercaban.

Los dos hombres nos indicaron que saliéramos al pasillo, donde había dos más. Mi madre nos siguió, precedida por mi pa…, por Dónovan, que llevaba las manos en alto ante el cañón de la pistola que Nina le incrustaba en los riñones.

Un gran espectáculo el desfile por el pasillo, si alguien más que nosotros lo hubiese visto. Los vecinos, con mejor criterio del que tenían a la hora de subir en la trampa metálica que llamaban ascensor, se mantuvieron en sus casas.

El hombre que nos precedía se adelantó a pulsar el botón de llamada del elevador, que estaba ocupado, y que se detuvo en nuestra planta.

—Métete al fondo y agáchate —me susurró Josh.

El tipo más cercano a él, le dio un codazo de aviso.

A partir de entonces, las cosas se volvieron a poner en marcha, en contra de la voluntad general.

El ascensor se detuvo en nuestra planta y de él salió alguien desconocido para todos, excepto para mí: Wilbur Nichols, guardabosques de profesión, latente a la fuerza.

Los guardaespaldas de Nina, creyendo que era un vecino, ocultaron sus armas de la vista. Observé que Nichols, aquel enorme

hombretón al que llevé dormido en un viaje que quería olvidar, buscaba con su mirada vacía algo al fondo del pasillo.

Creo que Josh también lo había reconocido de las fotos, o es que solo vio la ocasión y la aprovechó.

En cuanto el antiguo guardabosques nos pasó de largo, centrada su atención en Nina, me pegó un empujón y me metió en el ascensor. Ahora comprendía las proféticas palabras de Donovan hacia mi madre, diciéndole que no imaginaba lo que le deparaba el futuro. El último latente, que todos creímos muerto, tenía un objetivo concreto: ella.

Nos dimos contra la pared metálica por la inercia del impulso. Detrás de nosotros, uno de los hombres disparó, y Josh se giró con el arma de Harry ya en la mano, aunque no tuvo ocasión de disparar. Las puertas se cerraron, y la siguiente bala del tipo abolló la puerta metálica, pero el aparato ya descendía. Arriba, escuchamos un tiroteo y algunas exclamaciones, gritos y órdenes.

Varios pisos por debajo, ese reducto que me daba tan malas vibraciones, se detuvo y las luces se apagaron. Grité, sí, grité, segura de que íbamos a desplomarnos. Josh tanteó en busca de mi mano, que le agarré como si me fuera la vida en ello.

—Tranquila, no vamos a caer, estos trastos tienen un sistema de bloqueo.

Ya, eso decían. A mí, en cambio, me daba mal pálpito aquella caja con olor a comida, sudor y metal oxidado.

Las luces de emergencia se encendieron, un par de rayas anaranjadas en los lados que apenas permitían distinguirte la punta de la nariz.

Detrás de las puertas cerradas, se escuchaban voces apremiantes.

—Igual este es el sitio más seguro en que podemos encontrarnos ahora —dijo él, y se sentó en el suelo.

—Pues a mí no me gusta estar aquí encerrada.

—McPherson está de camino…, siéntate —dio un par de golpecitos en el suelo, a su lado.

—¿Y si los hombres de Nina abren la puerta? No hemos podido bajar más de dos pisos.

Me enseñó el arma.

—Tendrían una sorpresa, aunque me parece que estaban bastante ocupados con el latente.

—Lo habrán matado.

Josh se encogió de hombros.

—Nos ha dado una buena oportunidad.

—Eso me recuerda… —Me senté a su lado y saqué la cadena con el anillo, al que la escasa luz arrancó brillos dorados—. Nunca pensé que fueras un cobarde.

Josh elevó los ojos al cielo, aunque también me pareció que se sonrojaba. Me daba igual, teníamos que hablar, y ese era un momento tan bueno como cualquier otro. Además, estábamos encerrados, no podría escaquearse.

—Charlie…, no es el momento.

—Ah, ¿no? ¿Y cuándo lo será?

Miró al frente y ya creía que no iba a contestar cuando dijo en un murmullo:

—No soy el tipo adecuado. Se me ocurrió la idea mientras tomaba una copa, no la medité.

—Tienes razón, no eres el adecuado porque no me gustan los cobardes, pero tengo derecho a decidirlo.

—¿Y si esperamos a salir de aquí? —sugirió.

—¿Y si no salimos?

Pues sí, lo estaba acorralando, y es que, si salíamos de allí, era posible que no volviéramos a tener esa conversación, y eso me preocupaba más que el que los sicarios de mi madre nos apuntasen con armas.

Me miró de reojo.

—Vale. ¿Te gustaría pasar parte de tu vida con un pelagatos como yo? —Se giró y miró al frente, a las puertas cerradas, escudriñando algo interesante que a mí se me pasaba por alto.

—No.

Se volvió a mirarme, y sonrió por un solo lado de la boca.

—Eso ya lo tenía asumido.

—No voy a estar unos añitos contigo —continué—. Pienso pasar el resto de mi vida a tu lado, y ¡ay de ti si rompes este compromiso! Deberías pensar si es lo que quieres, porque no hay lugar para la letra pequeña, te quiero, y en exclusiva.

Ahora fui yo quien se quedó mirando la puerta, con fijeza, esperando su reacción.

—No sé si duraremos mucho tiempo vivos, con los líos en que te metes.

Le di un codazo y él soltó un gruñido antes de reír a carcajadas. Adoraba aquella risa.

—Sabes que te quiero —dijo por fin, y luego, quitando hierro al asunto—, y que me meteré de cabeza en cualquier follón al que me arrastres.

—Bien, eso es lo que quería oír, pero tenemos que salir de aquí —exclamé, poniéndome de pie.

Tampoco deseaba agobiarlo demasiado, ya aprenderíamos a decirnos lindezas en la cama y fuera de ella, ahora era cierto que quería salir.

Él se levantó con un suspiro, e intentó forzar las puertas metálicas, que solo se abrieron unos centímetros. Mi ayuda no mejoró el panorama: estábamos entre dos pisos y no podía sacar más que una mano. Ni siquiera llegaba a golpear la puerta del piso superior.

Miré al techo, en las pelis la gente que está atrapada sale por allí, ¿no?

—No —dijo Josh, siguiendo mi mirada— No llego hasta arriba.

—Aúpame, saldré yo.

Él pulsó el timbre de alarma varias veces.

—Si el FBI ha llegado, y tienen que estar cerca, nos sacarán.

—¿Y si no? Venga, ayúdame, puedo salir por el techo y te abriré. Si esperamos a McPherson, igual tenemos que quedarnos hasta mañana.

Vi que dudaba, tampoco le apetecía esperar.

—A no ser que hagamos la espera más entretenida… —me insinué, pegándome a él.

—Ya, ¡tú quieres que nos pillen *in fraganti*! —Se separó poco convencido, después de darme un rápido beso— ¡Sería el hazmerreír del FBI!

—O te envidiarían… —sugerí.

Ya lo tenía convencido.

—Súbete a mis hombros. —Se acuclilló para facilitarme el movimiento.

Me subí a horcajadas y él se levantó, tambaleándose un poco.

—Oye, ¡que no peso tanto! –protesté.

—¡Anda que no!

Sabía que exageraba, me había levantado cientos de veces sin esfuerzo.

—Tiene tornillos —dije, tanteando la trampilla.

Josh rebuscó en sus bolsillos y me pasó una moneda.

—Prueba con esto.

Ya tenía un tornillo aflojado cuando las luces del interior se encendieron, y el trasto volvió a ponerse en marcha. Josh se apoyó en uno de los lados para mantener el equilibrio, y con la otra mano sacó el arma.

Nos detuvimos en el piso superior y las puertas se abrieron. McPherson se nos quedó mirando y soltó una carcajada.

—¿Qué coño estáis haciendo?

Josh volvió a tambalearse y McPherson, que había perdido la sonrisa, corrió hasta él.

—¿Qué pasa? —pregunté, alarmada.

Él miró hacia arriba y me guiñó un ojo, por su palidez, supe que algo iba fatal.

El agente me ayudó a bajarme de sus hombros, y vi la sangre manchándole la camisa y los pantalones.

El muy gilipollas se lo había callado, y yo haciendo tonterías.

Una bala le había traspasado el costado y perdía sangre a una velocidad que me dejó mimetizada por un segundo. A punto estuve de ceder al pánico, cosa que no ayudaría a Josh. Me quité la chaqueta y la presioné con todas mis fuerzas contra la herida. McPherson, pálido de repente, pulsó el botón de la planta baja, mientras hablaba por el móvil.

La ambulancia esperaba abajo y conminé a los paramédicos a apresurarse, con expresiones gráficas sobre el futuro de sus pelotas si a mi cazarrecompensas le pasaba algo.

Me llevaron a la fuerza en otra ambulancia, y en el hospital, ante mi insistencia y algunas lindezas con que la adorné, me dieron el alta enseguida.

Dos tíos del FBI me flanquearon a la salida del box donde habían intentado examinarme.

—¿No deberían preocuparse más por uno de los suyos? —les grité.

Ellos hicieron caso omiso, y me siguieron hasta la sala de espera. Josh estaba en el quirófano.

—Ya he hablado con sus jefes en el FBI, la herida del agente no reviste gravedad. Perdió mucha sangre, aunque la bala le atravesó, sin afectar órganos vitales. Solo hemos tenido que reparar daños menores y coserlo —anunció muy ufano el doctor a los agentes, como si hubiese hecho una operación a corazón abierto.

—¡Eh! ¡Míreme! Olvide a estos tíos. ¿Él está bien? —la rabia salía de cada poro de mi piel, los agentes ni siquiera conocían a Josh.

—Claro, señora —me dijo, balbuceando ante mi agresividad.

—Más le vale. Voy a verlo ahora, estos señores del FBI son solo la


escolta, así que asegúrese de que no puedan entrar en la habitación, o tendremos unas palabritas.

Capítulo 47. Josh

—¡Coño, McPherson, consigue que me den el alta ya! ¡Me estoy volviendo loco aquí dentro!

Él negó con la cabeza, compungido.

—Charlie me ha prohibido que me inmiscuya y te aseguro, amigo, que no voy a meterme en medio. Si ella dice que necesitas descansar unos días, vas a descansar unos días.

—Eres un cobarde —le espeté.

—No lo dudes, ¡aprecio bastante mi pellejo!

—¿Se sabe algo más sobre el caso?

—No sé si debería contártelo…

Hice un gesto de impaciencia.

—¡Joder, Vic! ¡En teoría el caso era de los dos, y tengo curiosidad!

—Vale, ¡pero si aparece, yo no te he dicho nada! Como ya sabes, Donovan salió bastante bien parado del tiroteo. Su cabeza ya es otro cantar. Nos ha contado muchas cosas que coinciden con lo que sabemos, diferenciar sus desvaríos de la verdad, va a ser arduo… —Se encogió de hombros—. Eso va a llevar más tiempo.

—Si pudiese salir, ayudaría a aclarar la historia —propuse.

Me lanzó una mirada de advertencia.

—¡Os tomáis esto del descanso muy en serio! —protesté, harto de mirar las musarañas en cuanto me quedaba solo. ¡Ni siquiera me dejaban tener móvil!

—Te cuento: el ADN de Nina Bronson y de Dumpree, no deja lugar a dudas de que son los padres de las dos hermanas.

—Vaya, vaya…, ¿cuernos?

—Parece que Donovan hizo una especie de testamento que debía ser abierto en caso de fallecimiento, lo llevaba encima cuando lo trajeron al hospital. En él les dejó a Charlie y a Kim un relato,

confesión, o lo que sea, sobre lo ocurrido y por qué había sido así. Temía que su ex esposa consiguiese quitarlo de la circulación. Poder es lo que motivaba a todos ellos, sin duda.

McPherson asintió y luego continuó.

—Donovan era un visionario y no se fiaba de su mujer ni de su colega. En su calidad de jefe de laboratorio tenía manga ancha y hacía lo que le venía en gana, sin dar explicaciones. El convertir a los portadores de implantes en latentes no fue idea suya. Parece que solo lo hizo satisfaciendo las demandas de su ex, que vio en ello un potencial militar casi imparable.

—¿Ella convenció a Bronson de que la DIA adquiriera el proyecto?

McPherson asintió de nuevo.

—Según los documentos del doctor, Nina vio el potencial bélico del experimento, y lo convenció de explorar otros usos que no fuesen exclusivamente médicos.

Alcé las manos pidiendo una pausa.

—Espera, espera. ¿A cuánto tiempo atrás nos estamos remontando? ¿Esto comenzó hace casi 30 años?

—Efectivamente. Estaban dando los primeros pasos en el desarrollo de un implante capaz de modificar conductas alteradas, cuando ella se quedó embarazada. El asunto no llegó a buen puerto, pero a los lumbreras se les ocurrió una idea de lo más estrafalaria -soy incapaz de describirla de otra forma- Dumpree tenía antecedentes de enfermedades mentales en sus genes, varias personas de su familia los sufrían, al igual que la esposa de Donovan.

—¿Quieres decir que el propósito de su embarazo era concebir un hijo con problemas mentales? —No daba crédito, esa gente estaba tarada de verdad.

—¡Bingo! Un bebé con el que experimentar, dos en este caso, porque no contaron con tener gemelas idénticas. Y entonces se las repartieron con un doble propósito: en primer lugar, la observación y el chasco de que ninguna de ellas sufriera problemas mentales, por lo que había que tomar cartas en el asunto, de lo que se encargó Nina con Kim. El otro fin era preparar a Charlie y que complementara la labor de su padre.

—Tenían conejillos de indias humanos al alcance de su mano, nada que no hubiesen podido conseguir en cualquier institución mental, con la ayuda inestimable del doctor Walker. Y con las paranoias y esquizofrenias ya desarrolladas. ¿Necesitaban tomarse tantas molestias? —pregunté al federal.

—Moldeables desde la cuna —explicó—. Aunque el doctor no lo expresa de esa forma. Dumpree no solo estaba de acuerdo, sino que propuso las condiciones para desarrollar una enfermedad mental en Kim, y corregirla con los estudios que llevaban a cabo sobre implantes. El matrimonio siempre deseó experimentar con seres vivos, y ¿quién mejor que un par de gemelas recién nacidas? Tu chica se libró porque Donovan pretendía convertirla en una extensión de sí mismo, alguien que continuase su trabajo. La peor parte se la llevó Kim, ya lo sabes. En ninguno de los dos casos funcionó: ni Charlie fue la sucesión científica de su padre, ni Kim desarrolló una esquizofrenia que no estuviera inducida por fármacos.

—El doctor que la trataba se encontraba al tanto de esta movida desde el principio, ¿no? —pregunté.

Mi arqueóloga favorita irrumpió en la habitación, fulminando a McPherson con la mirada.

—¿En qué habíamos quedado, federal?

Viendo el azoramiento de mi compañero, salí en su ayuda.

—¡Ven, siéntate aquí y deja en paz a mis visitas, bruja! —le dije exhibiendo mi mejor sonrisa, y palmeando la cama, deseando que se acercase a mí.

—Hasta que no estés recuperado por completo, no quiero que te vengan con historias, ya habrá tiempo…

Hice que se acercara y la besé, era un método infalible, sentí que sus músculos se relajaban con la caricia. Vic, visiblemente azorado, miraba hacia la ventana.

—Me aburro y quiero saber qué es lo que está pasando.

—Yo te contaré lo que necesitas —me dijo melosa al oído.

—Ni hablar, si fuese por ti, me quedaría aquí hasta que me funda con la cama —le contesté con una sonrisa—. Le preguntaba a Vic por lo que sabía el doctor Wilson…

McPherson me miró interrogante. No sabía si continuar o no. Fue Charlie la que contestó.

—El doctor sabía lo que le dejaron saber. Le dijeron que se trataba de un experimento del gobierno, por el que cobraba unas sumas considerables. Se encargaba de tener la medicación a punto, ya que los exámenes a los que sometía a Kim siempre resultaban negativos.

La cara de la mujer a la que amaba, mostraba un rictus triste, aún dolida por aquel culebrón al que la habían arrastrado.

—Todavía no me acostumbro a llamar Donovan a mi padre, como si nunca hubiese formado parte de mi vida —se lamentó.

Le cogí una mano y se la apreté, aquello resultaba duro para ella, cosa comprensible con aquella familia de tarados.

—No está bien decir que me alegro de que Dumpree y Nina estén muertos, se lo buscaron ellos, y tu hermana y tú os merecéis un poco de tranquilidad en vuestras vidas —dije.

McPherson movió afirmativamente la cabeza, de acuerdo conmigo.

—Según los psiquiatras consultados, el desapego emocional de ella podía deberse a algún trastorno, era real —continuó el agente—. Su matrimonio con el coronel Bronson también debió ser calculado, vistos los resultados: se hacía con dinero para preparar otras instalaciones y con relaciones estratégicas.

—Donovan fue el que puso a los latentes en marcha, ¿no? Ninguno de los otros pudo hacerlo —pregunté, al hilo de mis pensamientos.

—Al principio, parecían ir a una con los planes. La corporación que financiaba el laboratorio era la dueña de su trabajo, algo que Donovan llevaba fatal, y Nina peor, porque su potencial era extraordinario. Él fingió su asesinato, ayudado por Harry Holmes y su ex, desapareciendo con todas las notas del Proyecto. Además, para que eso funcionara, debía encargarse de sus colegas. Consideraba el experimento de su propiedad.

—¿Es la razón de que enviara a otro latente? ¿Porque el primero no consiguió terminar el trabajo? —pregunté, aunque no hacía falta contestación.

McPherson se encogió de hombros.

—Dumpree, que comenzó con ellos, y viendo que se lo querían quitar de encima, utilizó su misma jugada. Por entonces, ya se había puesto de acuerdo con Nina en deshacerse de su ex, este quería desarrollarlo a favor de la comunidad científica, los otros dos, la pasta y el poder de fabricar latentes a la carta para el mejor postor —contestó Vic, metido de nuevo en la historia.

—Él y la madre de Charlie tenían claro que Donovan no iba a seguir compartiendo su trabajo —reflexioné—. Pero tampoco sé qué iban a conseguir fingiendo su muerte, jamás tendrían reconocimiento público de ningún tipo, o se verían con querellas de la corporación hasta las cejas.

—El doctor tenía sus ideas respecto al proyecto, no quería venderlo, ni usarlo a conveniencia de intereses militares. Parece que su intención era donarlo una vez concluido. Los otros pretendían comerciar con la nueva tecnología al mejor postor. —Vic hizo un gesto de impotencia con los hombros—. ¡Es exasperante lo que llegan a hacer algunos por ambición! Un logro que podía haber sido, poco menos que un milagro para personas realmente enfermas, malogrado.

—¿Nina llegó a montar un laboratorio?

McPherson rebuscó en su bolsillo hasta que dio con el móvil. Me enseñó una serie de fotos del complejo.

—¡Tuvo que costarle una fortuna montar eso! —Silbé por lo bajo.

—Gracias al dinero de su marido, que jamás supo dónde iba a parar su capital, ni le preocupaba —aclaró Charlie—. El barco donde nos retuvo, era de su compañía naviera, en el que traía material con el que completar sus instalaciones.

—Las localizamos esta mañana —aportó Vic—. Un complejo equipado y preparado, incluso tenían varios individuos dispuestos a ser implantados. Afortunadamente, Donovan se desmarcó, porque ahora tendríamos una fábrica de latentes descontrolados.

—Era ambiciosa y jugaba a varias bandas. Tío Charles iba a desaparecer también —continuó Charlie—. Tenía un equipo preparado que retomara el experimento, a la espera de que ella les llevase el Proyecto completo. Ya sabía que, aparte de los documentos de la caja fuerte que compartía conmigo, había dividido el trabajo en tres microchips que nos fueron implantados, según le dijo a Harry, en otro

de sus faroles. Kim era la única que llevaba uno insertado bajo la piel, de forma muy superficial, y Devlin lo tiró a un lavabo en cuanto se lo quitó. El mío lo disimuló en unos pendientes que le di a un mendigo en Nueva York. Ambos eran localizadores, por eso sabían en todo momento nuestra ubicación. Al sintecho todavía lo están buscando.

Su mirada era divertida. El destino de aquellos pendientes le importaba un comino, si el FBI quería recuperarlos, que se pusieran manos a la obra.

Me reí. ¿Buscar a un mendigo en Nueva York?, ¡buena suerte! La iban a necesitar.

—Ya lo sé…, seguramente estarán en una casa de empeños, ¿y a quién le importa? —McPherson no acostumbraba a dejar cabos sueltos, aunque no parecía deseoso de encontrarlos.

—¡Pues vaya decepción! Yo pensaba que nos seguían por satélite. Me empezaba a sentir alguien importante… —Volví a reír y a encogerme por el dolor en el costado.

Charlie me lanzó una mirada de preocupación y le saqué la lengua.

—Eres un gilipollas —masculló con algo de irritación, la justa solo, sus ojos la traicionaban: no estaba enfadada.

—El doctor no recuerda el código de localización, o no lo quiere recordar —continuó Vic, ignorando la interrupción—. Y lo dicho…, ¿qué más da? Si el jefe pone a alguien tras esa pista, le deseo suerte.

—¿Y su propio implante? —le pregunté.

—El tío está bastante colgado, no lleva ningún microchip bajo la piel ni nada por el estilo, ya lo hemos verificado. Según él, lo tiene todo en la cabeza. Por eso te digo que, si Nina los hubiese matado a los tres, todavía se estaría tirando de los pelos.

—¿Y Harry Holmes?

—El chico se pasó de listo. Al parecer, pretendía llevar a cabo su propia jugada, que no le salió muy bien. Demasiado ego, se creía imprescindible. Parece que Charlie era su talón de Aquiles, y él, un acosador de manual. Fingía ayudar a Nina con la esperanza de que el doctor retomase el control, y ser él quien pusiera a tu novia a salvo de su madre. Debió montarse su película con final feliz…

—Nunca me gustó, demasiado pendiente de lo que ocurría en el laboratorio entre ella y sus tíos. Jamás lo vi trabajando, solo acechando.

—Resultó un peón prescindible, al igual que los demás, obsesionado cada uno con sus ambiciones personales. —Charlie intervino recalcando esto último—. Lo malo es que cuando se usan armas, alguien resulta muerto.

—Aquí muchos jugaban de farol, con sus cartas ocultas y dobles intenciones. —Me incorporé un poco en la cama, estaba hasta los cojones de permanecer allí tumbado, me iban a salir llagas en el culo —. Pues me alegro de que nunca existieran esas notas, nos evitamos tener que dar caza a algún chiflado más.

—Lo tenía todo en su cabeza. Si el moría, el proyecto perecería con él. Y no creas que no es de agradecer, ya hay bastantes armas por ahí, no necesitamos más —suspiró McPherson con cansancio—. El doctor va a estar muy vigilado en un ala de la cárcel habilitada como sanatorio mental, y su trabajo morirá con él.

—¡Es un alivio saber que toda esa jauría está fuera de juego! —Eché un vistazo a Charlie, que estaba demasiado seria—. ¡Ya veremos si su descendencia no organiza otro follón por el estilo!

Ella me sacudió un codazo en el costado herido, un toque de atención, lo justo que me hiciese soltar un improperio, pero no tanto que me doliese de verdad.

Capítulo 48. Josh

McPherson se levantó del sillón, a punto de despedirse, riendo por el último comentario. A Charlie no le hizo tanta gracia, pero eso es porque no lo había procesado aún.

—Me conformaré con que no vayas allanando casas, y descubriendo muertos —le dijo él.

—¡Y escondiendo testigos! —Completé yo. Me dolía cuando me reía, lo que resultaba inevitable.

—Me temo que, teniéndote de compañero, mis días de tranquilidad en el FBI se han terminado.

—¡Haberlo pensado antes!

La arqueóloga le volvió a lanzar una mirada torva, mientras yo me desternillaba, y la atraía para abrazarla. Se revolvió indignada, y se encaminó a la ventana, poniendo espacio entre nosotros.

—A propósito de controlar: déjame el móvil. Tengo que hablar con Dev. —Extendí la mano hacia mi compañero.

—Devlin está con nosotros. Eso, o iba de cabeza a la cárcel. Ha demostrado ser un tío de valía, y parece que prefiere estar a este lado de la ley.

—¿Ya no dudas de su capacidad? —Moví los dedos solicitándole el móvil—. Lo que no entiendo es por qué no te contratan de «captador», se te da de maravilla liar a la gente.

—¡Mira quién habla!

Le volví a solicitar el móvil. Se lo hubiese pedido a Charlie, pero, de momento, estaba medio enfurruñada conmigo.

—Los médicos no estarían de acuerdo… —Fingió resistirse Vic, en un intento de congraciarse con ella. Yo, ni caso, claro.

Dev contestó a la tercera llamada. ¿Qué no tenía un TOC? ¡Anda que no!

—¿Todo bien, Dev?

—Mejor que eso, tío, ¡tengo muchas cosas que contarte!

—¿Qué estás con el FBI? Eso ya lo sé. Te llamo solo para que desalojes mi apartamento, lo voy a necesitar.

Se oyó una risa sofocada al otro lado.

—Ya no estamos en tu apartamento, sino en un pedazo de piso que alucinas, con vistas a Central Park. ¡Mola tener una novia rica! Dispongo de una habitación de 50 metros cuadrados en la que meter mis trastos, y la seguridad de que no me van a…

—Ya me lo contarás. —Le corté la euforia, antes de que fuera a más—. Con saber que tengo una cama a la que ir a parar hay suficiente.

—Tu novia es la dueña del piso de al lado, vamos a ser vecinos. —Podía ver la sonrisa de Devlin a través del teléfono—. Cortesía de Nina, que no hizo testamento.

—¿Vecinos y trabajando en el mismo sitio? —¡Oh, Dios! Lo último que me faltaba era aquello—. Estamos en decadencia, Dev.

—Estoy de acuerdo, colega. Kim y yo nos vamos a casar, y pensamos ser padres cuánto antes. ¿Prefieres que el bebé te llame tío Josh o tito?

—Me cago en…, ¡no jodas Dev! ¿En serio? ¿Te vas a casar, puto Friki?

—¡Y según creo, vas a ser el padrino, a ver cómo te comportas! —Su voz era muy ufana, ni rastro del comedimiento de antaño.

Recordé la conversación que Charlie y yo mantuvimos en el ascensor casi como un sueño, es lo que tiene perder tanta sangre… Le había pedido matrimonio a mi manera, y ella aceptó a la suya, ¡y con sus condiciones! Pensándolo detenidamente, me parecía de perlas, teniendo en cuenta que no quería estar con nadie más.

—¡No des por el culo, Dev! ¡Ya hablaremos de eso, ahora no es el momento!

—Charlie ha dicho que seríais los padrinos, así que…

Colgué. ¿Qué podía decir? No sabía cuál de las noticias me asombraba más, el que Dev estuviese comprometido, o que yo también lo estuviera.

—¿Buenas noticias, Carter? —McPherson no esperó contestación y se despidió con un gesto de la mano después de recuperar su teléfono.

Era buen detective y sospechó que necesitaría intimidad para asimilar las novedades. No me importó, esta vez había cumplido.

El que usara a Charlie de cebo para llegar a sus padres, a pesar de no consultarlo conmigo, podía perdonárselo. Me facilitó el que pudiera acompañarla, tampoco se fiaba de dejarla a solas con su padre, del que ya sospechábamos que estaba un poco desequilibrado.

En cuanto al desarrollo de acontecimientos, demasiado bien había salido, tras aquella puesta en escena de los personajes implicados al completo. McPherson nos tuvo localizados en todo momento, e intervino cuando debía.

Que Nina tuviera protección y hombres disponibles, ya lo sabía, aunque no imaginaba que el doctor también tenía sus recursos, además de un latente en nómina.

Por una vez, un latente que hizo algo más que organizar una carnicería. Su intervención nos permitió salir de allí con vida.

Vic también estuvo a la altura y, aunque no lo habíamos hablado abiertamente, Charlie pensaba lo mismo. Seguía lanzándole pullas, que ya no eran dardos envenenados, sino toquecitos. «Al final terminaría cogiéndole cariño», pensé sonriendo.

Ella se sentó a mi lado, removiendo un poco el trasero, haciéndose sitio. Sus ojos escrutaban los míos, supongo que esperando una reacción ante las noticias de Dev. Me dio un beso dulce, ya se había «descabreado». Mi cuerpo anhelaba más que aquella suave caricia.

—Ya estás bien —dijo, sin más.

—Podría estar mejor. —Le lancé una mirada explícita.

—Olvídate hasta que salgas de aquí, Casanova.

No me lo iba a poner fácil.

—Oye…, lo del tiroteo…, el anillo…

—Ajá. —Me dio pie a continuar, mientras me pasaba la uña por el

interior del codo. Esa no era forma de hablar en serio de algo.

—Recuerdo que tú y yo teníamos un compromiso, ¿no deberías comportarte mejor con tu novio? —La atraje y la besé de nuevo. Me gustaba el calor que desprendía cuando se excitaba.

—Quizá, pero un hospital no es sitio adecuado. —Se volvió a apartar, ahora con decisión.

—Entonces, ¿cuál lo es? —le pregunté, alzando los ojos al cielo.

—Cuando salgas de aquí, lo veremos.

Dos días después, tras arduas negociaciones con Charlie, conseguí que me diesen de alta en el hospital.

—¿A tu casa o a la mía? —le pregunté, en cuanto subimos al taxi — O te hago el amor aquí mismo…, ¡piénsalo rápido!

Ella lanzó una risita y le dio la dirección de un hotel céntrico al conductor.

—Buena elección, un sitio neutral.

—Ha sido cosa de tus padres. Se han presentado esta mañana, sabiendo que salías del hospital. Querían verte y conocerme.

—¿Mis padres? —Esto sí que era bueno—. ¿Y cómo se han enterado?

—Kim —contestó sencillamente.

—¿Tu hermana? ¿Y qué pinta en esto? —Gemí, oliéndome que nos iban a fastidiar el rato de intimidad.

Ella puso los ojos en blanco.

—Tendrías que ver lo mandona que se ha vuelto. Ha decidido que, a falta de otra familia, ella se haría cargo de las presentaciones formales, o algo así. A tus padres les faltó tiempo para venir… Y ahora estamos en un fuego cruzado de nuevo, nos esperan en el hotel.

Cerré los ojos, pasándome las manos por la cara. ¡Joder, si lo sé, me quedo en el hospital!

—¿Y si nos vamos a Perú tú y yo, y que les den a todos? —propuso, acurrucándose contra mi hombro.

Suspiré, sí, quizá deberíamos hacerlo.

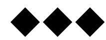
—¿Y si damos la cara y luego nos vamos donde nos apetezca? —dije, en cambio—. Aguantar un rato de cháchara familiar, ya sabes: consejos, admoniciones, achuchones, todas esas cosas. Después seremos libres.

Me lanzó una miradita de aquellas que me derretían por dentro.

—Vale, entramos por la puerta trasera. —Sonrió con malicia—. Podrán esperarnos un rato más.

Estuve de acuerdo con su razonamiento, y le di las oportunas instrucciones al conductor. Ahora faltaba que mi erección disminuyese, y no entrar al hotel dando el cante, así que la alejé de mí. Ella se avino con una risita, lanzando una mirada al bulto de mi pantalón.

—Me recupero pronto, ya te lo dije. —Le guiñé el ojo y me respondió de igual manera.



—Las habitaciones no serán contiguas, ¿verdad?

Me reí sin dejar de mirarla, esforzándose en calzarse los vaqueros, asunto complicado con la piel húmeda de la ducha.

—¿Quieres vestirte? Llevamos más de hora y media de retraso… —Me lanzó una toalla húmeda al regazo.

Me di una ducha rápida y comencé a vestirme. Charlie se maquillaba frente al espejo del baño, quería estar presentable. A mí me gustaba más sin maquillar, aunque me cuidé de decir nada, iba a hacer lo que le diera la gana, como siempre. Y me encantaba que fuera así.

—Deberíamos salir por la puerta trasera y entrar por la principal… —sugirió, preocupada.

—Un poco tarde…, todo el hotel sabe que estamos aquí gracias a tus gritos. —Le rodee los hombros con el brazo. Intentó desasirse, y al final claudicó rodeándome por la cintura, mientras el ascensor nos dejaba en la planta baja.

No solo Kim y Dev estaban allí, McPherson charlaba animadamente con mi padre, mientras mi madre, con la mano sobre la de la hermana de Charlie, parecía conspirar con ella. ¡Mal asunto!

Sentados alrededor de una mesa en la cafetería, componían un cuadro de lo más tranquilizador y familiar. Charlie me aferró con fuerza, estaba nerviosa.

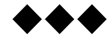
No tenía por qué: mis padres no eran científicos, sino personas normales y afables, que la acogieron como si su hija fuese ella, en vez de serlo yo. Y no porque me diesen mal recibimiento, solo mi madre me reprochó que hubiese estado en el hospital, y no los hubiera avisado.

No iba a sacarla de su error diciéndole que no era la primera vez que me sacaban una bala del cuerpo. Aquello era precisamente lo que no quise que supieran nunca, que mi trabajo, a veces, no salía lo bien que uno deseaba.

—Por cierto… —dije en un momento dado, sin pensármelo—. Charlie y yo nos casamos.

Las charlas se interrumpieron de inmediato.

—¿No? —le pregunté a ella, que se había sonrojado completamente.



Al fin, las cosas iban a pedir de boca. Amaba a Charlie y ella me amaba a mí, lo que me convertía en el tío más afortunado del mundo. Mis padres estaban contentos conmigo, y mi vida parecía tener un propósito.

No me convencía ser colega y vecino de Devlin, pero todo se andaría. Las hermanas debían pasar tiempo juntas y no iba a ser yo quien pusiera barreras a esa relación, aunque tuviese que tomarme las cervezas con Dev, en vez de tomármelas en el bar.

De momento, íbamos a vivir en Nueva York, ella sería ayudante de cátedra del doctor Markus, y yo seguiría con McPherson haciendo lo que sabía hacer, y cobrando una miseria. ¡Menos mal que tenía una novia rica!

Lo cierto es que estaría con ella, aunque fuese debajo de un puente, porque ya no concebía una existencia sin mi arqueóloga chiflada.

Debra nos sirvió de nuevo, y se retiró con su sempiterna discreción.

Charlie, sentada en un taburete entre McPherson y yo, giraba el vaso de whisky en las manos. Parecía querer hablar, y los dos estábamos expectantes, aunque no terminaba de decidirse.

Apuró el vaso y lo dejó con un golpe seco en la barra. En unos segundos había comprendido el funcionamiento de nuestra rutina en el local, y me parecía genial que no soltase alguna agudeza sobre nuestro comportamiento antisocial, íbamos allí a relajarnos, no a entablar conversaciones intrascendentes, ni a conocer a gente irrelevante.

Debra volvió sobre sus pasos y lo rellenó. Elevó una ceja hacia mí, en muda pregunta. Charlie nos sacaba un par de vasos de ventaja, y ese gesto resultaba más molesto que una carcajada.

Entre las dos hubo una corriente de simpatía mutua, que no me pasó desapercibida, y eso que solo intercambiaron un ligero gesto de cabeza cuando las presenté.

Ahora me preguntaba si la camarera no estaría haciendo trampas, sirviéndole agua coloreada en vez de licor. La verdad es que me daba igual, a mi novia le encantó el local, se le notaba en lo relajada que se encontraba, y yo estaba encantado de que hubiese querido acompañarme.

A veces, pensaba en mí mismo como en uno de aquellos latentes que tenía una meta y no cejaba hasta alcanzarla, sin tener en cuenta nada más. Así me sentía desde que irrumpí en la vida de la arqueóloga, o desde que ella lo hizo en la mía. Era un latente con un objetivo: hacer feliz a Charlie.

Vic tampoco se extrañó de verla. El agenten del FBI tendría sus «cositas», pero era listo, por lo que se limitó a saludarla con un gesto y a cederle su banqueta.

En otro momento, me hubiese hecho gracia, teníamos el bar para nosotros solos y había banquetas a patadas, pero comprendí que era su forma de aceptar su presencia, una pipa de la paz espontánea.

—Te debo una disculpa, Charlie. —McPherson fue el primero en

romper el silencio.

Ella ni se giró para mirarlo. El agente puso una placa de plástico, de las que regalaban con una marca de cereales, delante del vaso de Charlie.

—Ya puedes allanar casas sin tener que dar lástima a los porteros.

Ella le lanzó una mirada de reojo y soltó una carcajada, mientras se guardaba la placa en el bolsillo trasero del vaquero.

Ya sabía que terminarían haciendo migas.

Debra regresó con la botella en la mano, de nuevo con la ceja alzada.

—¿Os traigo unos vasos de agua para que la señorita no beba sola, o qué?

Fin

¿Me ayudas con una reseña?

Si la novela ha sido de tu gusto, te agradecería que escribieras una breve reseña en Amazon. No te llevará más de dos minutos y ayudarás a otros lectores potenciales a saber qué pueden esperar de ella.

¡Muchas gracias!

Agradecimientos, ¡y muchos!

A mis hijos, Aisha y Pepe, de los que cada día aprendo, aunque ellos no lo sepan.

También debo agradecer su confianza a las personas que leyeron la novela en una plataforma gratuita muy conocida, y me dieron ánimos para continuar. No puedo nombrarlos a todos porque me dejaría a alguno y sería una tremenda falta de respeto.

Y, por último, al que me ha acompañado mientras escribía cada una de las palabras de mis novelas: Sawyer, el gato de la familia. No es cariñoso y no soy su favorita, pero siempre se echa a dormir cerca de donde estoy escribiendo. El resto del tiempo lo dedica al parkour extremo y a pedir chuches de gato.

Sobre la autora

MariaL Pardos es aragonesa de nacimiento y de corazón. Lleva más de media vida fuera de su tierra, pero siempre la echa de menos.

Ávida lectora de cualquier género desde que tiene memoria, un día probó a poner por escrito sus «películas mentales», dando a luz varias novelas de acción con trasfondo romántico, que han cosechado muy buenas críticas entre sus lectores.

Table of Contents